

x-rite

colorchecker CLASSIC

R. no 3078

LECTURAS RECREATIVAS

CUESTIONES SOCIALES

POR EL

P. VICTOR VAN TRICHT

de la Compañía de Jesús.



MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA
7—San Bernardo—7

1920

100mm



Madrid
Escuela de la Prensa



Cuestiones Sociales



7375m

P. Van Tricht
Cuestiones
Sociales



Apostolado de la Prensa

7375

12/02

4100-1813

CUESTIONES SOCIALES

R. E. no 3078

LECTURAS RECREATIVAS

CUESTIONES SOCIALES

POR EL

P. VICTOR VAN TRICHT

de la Compañía de Jesús.



MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA
7—San Bernardo—7

1920

—*—
CON LICENCIA ECLESÍASTICA
—*—

Tip. Católica.—A. Fontana, San Bernardo. 7.—Madrid

MERCED a la noble generosidad y cristiano desinterés de la ilustre Redacción de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, podemos dar a la estampa, para honrar y enriquecer nuestra modesta acción en LECTURAS RECREATIVAS, algunas de las hermosas y célebres conferencias del insigne P. Van Tricht.

Como nuestra propaganda es esencialmente popular, y por ende gratuita o baratísima, hemos escogido aquellas que van directamente al pueblo, las que tratan de la cuestión social o del problema obrero, que es hoy, el problema del mundo. Si logramos que doctrinas tan cristianas y, por consiguiente, tan llenas de caridad penetren hasta los humildes, tan necesitados de lecturas que les hablen de paz y no de guerra, de resignación y no de odios, de virtudes y no de vicios, habremos hecho muchísimo a favor de ellos, mucho más que todos sus tribunales, o lo que es igual, sus explotadores. No olvida el incomparable autor a los ricos, haciéndoles comprender que no habría cuestión social, si ellos lo fuesen según el Evangelio, porque es evidente que la escasez de los Lázarus proviene de la abundancia de los Epulones. Pero los ricos pueden y deben comprar libros elegantes y de buen precio que les enseñen sus deberes. Nosotros en esta modesta publicación nos dirigimos a los pobres, mostrándoles en ella cuáles son los suyos y cuáles sus derechos como hombres y como cristianos.

DISCURSO PRIMERO

POBRES Y RICOS

CONFERENCIA FAMILIAR

EMINENTÍSIMO SEÑOR (1), MONSEÑOR (2):

SEÑORAS, SEÑORES:

ME acuerdo que siendo yo inspector y maestro de un colegio, en uno de esos días caniculares de verano en que el cielo plomizo y el calor bochornoso enerva los bríos y aun a los niños más traviesos quita las ganas de jugar y divertirse, tres jóvenes alumnos, apoyados sobre el alfeizar de una ventana abierta, sin sospechar que se les pudiera oír, departían entre sí con mucha formalidad. Era su conversación acerca de la pobreza y riqueza, y en su inexperto entendimiento de apenas quince abriles, trataban de hallar la solución de ese doble problema. Varias les ocurrían bien extrañas, pero no tardaban en conocer su insubsistencia. Al fin uno de ellos, mofletudo, enredador y atolondrado, cogió a sus camaradas por el brazo, diciendo: «¡Vaya! dejemos el problema, y a jugar. Lo importante para

(1) El Cardenal Goossens, Arzobispo de Malinas.

(2) Mons. Du Rousseaus, Obispo de Tournai

nosotros es que seamos cada vez más ricos.» ¡Nunca olvidaré esta explosión ingenua y franca del egoísmo humano! Porque después, señores, Dios se encargó de desmentirla. ¡Pobre muchacho! Lo importante para él era ser cada vez más rico.. ¡Ay! lo que ante todo le importaba era conservar lo que tenía.

Pasaron algunos años, y ellos se encargaron de mostrarle con prueba hartó dura, cuán vecinas andan la riqueza y la pobreza.

¡El era rico entonces!... ¡Cuántas veces en mis viajes contemplé, asomándose en la montaña cual nido de águila, el castillo de su padre... mas la ruina pasó por allí; las hermanas de nuestro joven son costureras, y él escribiente de a tres francos!

¡Riqueza, pobreza!... ¡Qué problema!

Usted hijo de gran señor; yo hijo de obrero... Usted rico; yo pobre... ¿por qué?... Usted dichoso; yo desgraciado... ¿por qué? ¿Por qué usted en ese palacio y yo en esta barraca?... ¿Es que yo no valgo tanto como usted?

Estas cuestiones inquietadoras no asaltarán tal vez la mente del rico; ¡le parece a él tan natural ser rico! Pero asaltan la mente del pobre, que siente lo duro de la pobreza.

Asaltan el espíritu de los que sufren, a veces como un grito de desesperación: «¡Ah! ¿qué he hecho yo a Dios?... ¿Le pedí yo acaso venir a este mundo?... Pues ¿por qué me dió la vida si había de ser para atormentarme de esta suerte? ¿No podía haberme hecho feliz como a tantos otros? ¿Qué le hubiera costado?»

Lleno está el mundo de esos porqués revolucionarios; el mundo de los que padecen, digo, no el de los que gozan. Sin cesar suben de la tierra al cielo esas preguntas desesperadas, y suenan como una blasfemia contra la Providencia; mas ¡cuántas veces el sufrimiento que inconsciente las arroja hallará excusa en su ignorancia y en el exceso mismo de su dolor!

¿Por qué?... ¿Por qué?

Yo quisiera buscar una respuesta a esa pregunta; quisiera estudiar con vosotros ese pavoroso problema de la desigualdad de los hombres ante la vida, y si tiene una solución, encontrarla.

Pero ¿la tiene?

En la teoría cristiana, sí.

Fuera de ella, no.

¡Y, notadlo bien, no es este uno de esos fantásticos problemas de pura teoría en que el espíritu analítico se complace y se regocija con la gracia y belleza de sus fórmulas; no es la charada, ni el jeroglífico de las publicaciones recreativas; es un problema vivo, en carne y hueso, un problema preñado de espantos y terrores, un problema que un día—mañana tal vez—trastornará de arriba abajo la sociedad humana!

Mirad si no abajo la multitud de los que no tienen nada y sufren; observadlo bien, ¡ya está cansada!... Con ojos ardientes de codicia, anhelante, azuzada por el hambre y la sed, os mira, os acecha y os dice a gritos: ¿Por qué?... ¿Por qué?...

Como fiera hambrienta, abiertas las fauces, extendidas las garras, presta ya al asalto, espera... «¿Por qué?... ¿Por qué?...

Respondedle, pues.

Y si no tenéis que responderle, encastillaos bien, os lo aconsejo. ¡Ah! ¡ah! ¿qué es lo que digo?... ¿De qué os serviría encastillaros?... Es más fuerte que vosotros el ejército de los pobres y de los que sufren, y el día que os acometa, vuestras más gruesas murallas caerán deshechas como castillo de naipes.

Respondedle, pues, señores; os tendrá más cuenta. Mas para aprender a responderle escuchad a Jesucristo, porque la razón humana no basta. Vais a ver, en efecto, ese fenómeno siempre idéntico, la razón humana intentando resolver uno de los grandes problemas

que agitan al linaje humano. Al principio, maravillosamente iluminada, camina con paso firme y seguro. Avanza, avanza; mas de repente se detiene; ya no ve más, todo es noche, todo tinieblas... vacila... Entonces se le acerca la Fe... sonriendo, le ofrece la mano, y por sendas soberanas, desconocidas al hombre, le conduce triunfante a la verdad y a la paz.

*
* *

No hay sentimiento más profundamente arraigado en el corazón del hombre que el sentimiento de la igualdad ante el derecho. ¡Y es justo! El alma del último de los pobres ante Dios vale tanto como la de un Carlomagno. Por otra parte, no hay tal vez hecho más frecuente en la vida que la desigualdad de los hombres entre sí ante esa realidad que se llama la fuerza de las cosas.

Alguien ha dicho que entre los millares de hojas de que se reviste un árbol en toda su frondosidad de Abril, no podrían encontrarse dos enteramente iguales.

Buscad dos iguales entre los millones de hombres de que se ha cubierto el globo en la frondosa sucesión de los siglos; no los hallaréis, cada uno de ellos es diferente de todos los demás, y en un rasgo del cuerpo, en una tendencia del alma, lleva la marca de su personalidad propia y como sello peculiar.

Ahora bien, entre esas diferencias, las unas nos conmueven, las otras nos dejan insensibles.

Este verano mismo, uno de mis amigos me presentó una hoja de papel, ordinario al parecer, y me pidió que a oprimiera entre los dedos; yo lo hice. Algunos instantes después los vapores reveladores del yodo, dibujaban, en color violáceo oscuro, los menores detalles de mi epidermis, y sobre la blanca hoja de papel no pude menos de reconocer el dédalo de sinuosidades de

mi pulgar y de mi índice. Era un distintivo perfecto, capaz de quedar convicto en un tribunal, porque ningunos otros dedos fuera de los míos se hubieran adaptado a él. ¿Voy a quejarme de que las sinuosidades de mi epidermis no sean semejantes a las vuestras y a demandar por qué?

De ningún modo, ¿no es verdad?... Así obra el hombre respecto de todas esas desigualdades secundarias que no afañen a su felicidad.

La estatura humana tiene un término medio, y ninguno de cuantos se aproximen a él piensa en quejarse. Pero que uno lo exceda o no lo alcance de modo que se note, y por poco que sea se verá en esto un penoso contratiempo, aunque no sea más que para su amor propio. Y al punto cambia todo y surgen los porqués.

De una señorita me contaron que se quejaba a la Providencia porque la había hecho desmesuradamente pequeña. Lo era en verdad; y aunque para sentarse en los salones había hallado el medio de interponer su piececito sobre el sofá por un rápido y disimulado movimiento, lo cual le alzaba todo lo ancho de su botina, una vez en pie brotaba también de su alma la recriminación a Dios: «¿Por qué?»

Hasta aquí, sin embargo, el porqué no tiene el tono de rebelión... es una queja sin exceso de amargura. Pero las desigualdades van creciendo.

Por los grandes claustros de mi colegio veo pasar cada día, agolpándose ante las cátedras de sus maestros, dos o tres generaciones de jóvenes radiantes de salud y de ardor que con el trabajo del estudio se preparan a la vida... ¡Qué fuego en aquellos corazones juveniles, qué vigor en aquellos cuerpos sanos, qué aspiraciones en aquellas almas!... Mas entre ellos van algunos a quienes la muerte ha señalado ya con su marca... ¡Apenas tienen veinte años, y en la palidez de su rostro, en la triste mirada de sus ojos, que se van hundien-

do, en el quejumbroso movimiento de su pecho, en su voz apagada, quebrada y temblona, en la sonrisa incompleta de sus blanquecinos labios, se ve, se palpa que van a morir!

¿Por qué han de morir a los veinte años ellos, mientras los otros van a vivir?

Imaginad en el pleno vigor de su cuerpo a dos hombres, el uno dotado de la llama del genio y el otro de una inteligencia opaca. Ciertamente esta hipótesis no es inaccesible a la experiencia; porque aunque el genio es raro, no es absolutamente imposible encontrarle; y el otro, el imbécil, en una palabra, pues hay que llamar las cosas por su nombre, es tan frecuente, que, según una intencionada frase de Francillón, hay siempre uno más de los que se cree.

Ahora bien, comparad esos dos hombres: los mismos músculos, los mismos nervios, la misma sangre... ¿por qué Dios al uno le ha otorgado genio y al otro imbecilidad? ¿Por qué al uno la iluminación completa de las cosas, y al otro las abrumadoras y espesas tinieblas en que el pensamiento se arrastra embotado? ¿Por qué? Aquí sin duda el desgraciado va a rebelarse. Desheredado de esa noble prerrogativa que hace del hombre casi un Dios, la inteligencia... privado de esos bienes del pensamiento, tan grande que ha podido decirse de Dios que era el pensamiento eterno, va a exasperarse... Pues no, señores, no hay desigualdad con la cual uno se resigne más fácilmente; y nadie está más satisfecho con su talento que un imbécil.

* *

¡Pero el oro, pero la riqueza! ¡Oh! ¡aquí sí que los hombres se sublevan!

¿Por qué estos ricos? ¿por qué aquellos pobres?

¿Más tiene en realidad tanta importancia esta cues-

ción de oro?... ¿En qué consiste que se anteponga a todas las demás? No parece sino que es la única desigualdad de la tierra.

La razón de esto es muy sencilla. El oro es el gran factor de nuestros goces; el deleite y el placer se compran. ¡Y el hombre quiere gozar!... La salud, la fuerza, el ingenio sobre todo, ¿qué le importa? Sin ellos puede pasarse bien la vida. ¡Mas el oro, la riqueza!... ¡Oh! ¡vengal ¡vengal!

Tened a bien, señores, no olvidar este primer jalón de nuestro camino. Si el hombre se queja de la desigual repartición de la riqueza más que de ninguna otra desigualdad en la vida, es porque la riqueza es el instrumento por excelencia de los goces humanos. No busca el oro por el oro. Si el hombre pudiera llegar al goce sin las riquezas, como puede llegar sin el talento, sin el vigor, sin la talla, no haría caso de las riquezas, como generalmente no la hace de la talla, del vigor y del talento.

De modo que la cuestión: ¿por qué unos son pobres? ¿por qué otros ricos? viene a reducirse a esta otra: ¿por qué no es igual la medida de los goces entre los hombres?

Pero entendedme bien. Pudierais equivocaros sobre el sentido y alcance de la palabra goces. Aunque ella comprenda todos los fútiles placeres y vanos contentamientos y alegrías de que el hombre se embriaga, tiene en mi pensamiento significación más elevada y sentidos más profundos. Si la cuestión se redujera a saber por qué fulano cuenta su fortuna por millones y Zutano por cientos de miles; por qué uno puede arrojar puñados de oro sobre la ruleta, y otro apenas si puede aventuar un duro al baccarat; por qué la señora de tal posee soberbias carrozas, y trajes, y brillantes que hacen a muchos consumirse de envidia, mientras vosotros no tenéis más que un mísero *simón*, un modesto

surrah y un joyel de piedras falsas... ¡ah! os lo juro, no apartaría mi vista una línea, no me detendría un instante por una cuestión tan frívola y ridícula. Para vosotros no tendría ni sombra de compasión.

Pero ¡hay otra cosa... ¡Hay que saber por qué al par de vosotros, que sois ricos y estáis hartos, hay otras personas que se mueren de hambre!... Por qué mientras vosotros en torno de vuestras caldeadas estufas reís a todo placer, hay gentes que lloran, y tiritando de frío, mal cubiertas de harapos, van a tender su mano suplicante.

¡Ah! cuando yo veo madres, pobres madres, sollozando y levantando en sus dos brazos hasta el cielo, que parece sordo a su plegaria, sus pobrecitos pequeñuelos, y los oigo clamar, derramando lágrimas... «Señor cura, se me va mi pobre hijo... se muere, y no tengo con qué alimentarle», ¡oh! entonces siento que se me parte el corazón, y a mi vez exclamo: «¿Por qué. Señor, por qué?»

¿No habéis leído en los periódicos esta horrible historia? Una madre, un padre y cuatro hijos pequeños no habían probado bocado alguno hacía tres días... La desesperación siniestra se presentó allí, reforciendo con mano implacable aquellos pobres corazones. El padre fué apresado por deudas y llevado a la cárcel. Entonces la madre, sola ante sus pequeñuelos, que repetían sin cesar «tengo hambre», la madre abandonada de todos, se volvió loca, se armó de un cuchillo y, volviendo la cabeza, uno tras otro degolló a sus cuatro hijos, y luego, tendiéndose junto a sus ensangrentados cadáveres, se degolló a sí misma!

¡Ah! ¡he ahí por quiénes me defengo yo y demando una respuesta!

¡Es por ellos, no por vosotros!



Preguntémonos ahora, si os parece bien, lo que es en el fondo la riqueza. Vais a ver surgir una luz nueva que nos permitirá marcar con un nuevo jalón el camino que vamos explorando.

Vivimos en un tiempo en que la rueda de la fortuna gira con tanta celeridad, que pocos habrá entre vosotros, según pienso, que no hayan presenciado entre los suyos o entre sus vecinos la fábrica de lo que se llama una fortuna.

No todas se levantan de igual modo: las unas suben con prontitud; las otras, piedra a piedra. Habría mucho que decir, bien lo veo, acerca de los diversos procedimientos que siguen los arquitectos; mas por ahorrar a vuestra investigación dificultades inútiles, no hagamos cuenta más que de los procedimientos correctos, normales, honrados, y dejemos los otros al azote de los antisemitas.

Encontrábame yo no ha mucho en casa de un empleado de minas de la región hullera. El edificio, de su propiedad, muy modesto, sin pretensiones de arte ni estilo, pero construído para siglos, aun en aquel suelo quebrado por el hundimiento de las galerías subterráneas, llamaba la atención por su orden admirable, por su extremada limpieza y por su ornato, que, en el salón al menos, confinaba con el lujo. Aquel hombre honrado era un antiguo trabajador de galerías subterráneas; había comenzado por arrancar mineral, trabajando catorce horas diarias, en un tiempo en que con tanto trabajar no se ganaba de jornal más que un franco y setenta y cinco céntimos, y en que la paga se hacía con mes y medio de retraso. Pero arreglado, sobrio, económico, aun de áquel jornal irrisorio había hecho ahorros y con ellos había adquirido una acción, luego dos, más tarde tres... y así sucesivamente; de obrero subterráneo había pasado a ser obrero al aire libre; y grado por grado, marcador, capataz, contador

y por fin jefe de administración, ¡A la hora en que me hablaba tenía sesenta y cinco años y su fortuna oscilaba entre 250.000 y 300.000 francos!... Había establecido a su hijo y casado bien a sus hijas... Y hubiera sido dichoso—¿pero quién lo es en este mundo?—sin su pobre mujer, que, presa de dolorosa enfermedad crónica, se iba muriendo lentamente, y ante la cual silencioso derramaba lágrimas abrasadoras, de un amor que permaneció siempre joven.

Ahora bien; ¿qué viene a ser la riqueza de este hombre? A primera vista, un poco de oro y algunos papeles impresos sobre fondo de colores y enrollados en el rincón de la gaveta.

Pero hay más, señores: ese oro y esos papeles ¿qué vienen a ser en substancia? Nada más que un signo, un objeto convencional.

¡La riqueza de ese hombre es su trabajo! Trabajo acumulado, almacenado durante cincuenta años y oculto allá, bajo la envoltura de esas acciones y de esas monedas.

El oro, el papel no son más que una cubierta; la cosa que cubren es el sudor de ese obrero derramado durante cincuenta años, es su sangre quemada, sus músculos estropeados, su vida gastada; es, en una palabra, él mismo en la obra de su inteligencia y de sus brazos.

Se dijo un día: «La propiedad es un robo».

Este obrero puede responder: «Mi propiedad es mi propio ser, yo mismo!...» ¿Qué concupiscencia habrá tan depravada, tan embrutecida, que en presencia de esa fortuna tan personal como la sangre, se atreva a lanzar miradas codiciosas y gritar: «¡Eso es mío!»

Si hay un derecho de propiedad evidente incontestable, superior a todas las discusiones y a todos los sofismas, un derecho ante el cual todo hombre, si no ha perdido el sentido común, debe inclinarse, es sin disputa ninguna éste.

Ahora bien; así como este hombre ha transmitido a su hijo y a sus hijas su carne y su sangre, les transmitirá del mismo modo, cuando llegue la hora, el fruto de su sangre y de su carne.

Nadie puede prejuizar del porvenir, pero es evidente que si en esa familia se conservan las paternas tradiciones de orden, de trabajo, de economía, de moderación en los deseos, de prudencia en las empresas; si ni el orgullo ni la pereza vienen a ponerse de por medio con su locura y su ociosidad, esa pequeña fortuna va a crecer, y seguir creciendo, y creciendo siempre, y no será necesario llegar a la tercera generación para que el obrero se haya hecho tronco de grandes propietarios.

Si ahora se pregunta de nuevo acerca de estos felices descendientes: «Su fortuna ¿qué es?» Habrá que responder: «Trabajo, trabajo acumulado de generación en generación y bajo la forma muerta de oro, viviendo siempre dispuesto a dar su fruto.»

Esto no es nuevo. Lo que pasa en nuestros días ha pasado en todos los tiempos. El origen de todas las fortunas legítimas—prescindo de las demás,— el origen de todas las fortunas legítimas es el trabajo; trabajo de brazos o trabajo de inteligencia; trabajo en la paz o trabajo en la guerra; trabajo de la mina o trabajo del suelo; trabajo de la industria o trabajo del comercio; ¡pero siempre trabajo!

Ahí está su origen y ahí radica su inviolable derecho. No hurtarás, no codiciarás los bienes del prójimo. ¿Por qué? Porque esos bienes son su trabajo y su sangre... son él mismo.



El oro por sí solo no puede nada; no puede más que la azada del labrador y el martillo del herrero. Pero se

apodera de él el trabajo, y de repente el contacto de la inteligencia o del brazo del hombre lo fecunda.

El capital es inerte mientras no se le agrega la actividad humana.

Haced la prueba, si dudáis de ello: encerrad millones en una caja, y dejadlos allí dormir durante siglos... ¿Creéis que contándolos después habrán aumentado ni un solo céntimo? No, ¿no es verdad?

¿Y qué necesidad tenéis de esta experiencia? ¿No veis lo que sucede en esas familias ricas, poderosas, dominadoras, de donde huye un día el trabajo, expulsado por la invasión de la molicie? ¿No veis lo que sucede todos los días?

¿Creéis que permanecen en un estado fijo? ¡No! Caen y se derrumban como esas viejas ruinas feudales, de las que cada vendabal arranca una piedra.

¿Por qué? ¡Ah! si el trabajo no hubiese hecho más que huir, tal vez se hubieran podido sostener ellos como las momias en los hipogeos faraónicos. Pero cuando el trabajo se va, deja la puerta abierta; y entonces una en pos de otra entran las pasiones devastadoras: caballos, juego, feminismo..., jaurías turbulentas y enloquecedoras del placer. ¡Oh! ¡y qué presto dan cuenta de todo! Al son de los cánticos y de las risotadas ¡cuán velozmente se disipa todo ese noble trabajo de los siglos!... Y un día el último retoño de tan gloriosa alcornia se os presentará en la calle despojado, deshonorado, envilecido, harapiento, famélico y más pobre aún que el último de los pobres; y si no, examinad su alma, no hay fuego; tentad sus brazos, no hay nervios; tocad su cabeza, está vacía, y más vacío aún su corazón.

Luego a la segunda pregunta, señores, que os hacía ha poco, hay una respuesta; pero una sola:

«La riqueza es el trabajo, el trabajo en reserva, economizado y almacenado; y no es otra cosa.»

Ved ahí ya singularmente simplificada nuestra gran cuestión.

¿Por qué unos pueden gozar y otros no?

Porque los unos son ricos y los otros no.

¿Por qué unos son ricos y los otros no?

Porque los unos han trabajado y los otros no.

Lo cual no parece ya tan injusto.

Si subsiste aún la desigualdad, no es ya obra de Dios, sino del hombre; y el hombre, que es su autor, no tiene ya derecho de revolverse contra ella.

Resta, no obstante, un recurso a los rebeldes.

Y es imputar la falta a sus antepasados.

¿Es culpa mía que mis antepasados no hayan acumulado ese trabajo que constituye la riqueza? ¿Por qué he de sufrir yo las consecuencias?

Y, francamente, yo no veo bien lo que puede responder aquí la razón humana, ella, que con tanta indignación y furia se revuelve contra el pecado original de la revelación cristiana.

¡Miserable! no admite que un primer Adán nos haya desposeído de la gracia, y vedla ahí acorralada ante todos los Adanes intermedios que nos desposeen de la riqueza, de la salud, del ingenio y aun del honor.

¡Ahí está el hecho, y fragante! ¿Qué responderá la razón humana?...

Pronunciará una gran palabra: «¡Solidaridad!... ¡Solidaridad!» Así decía también ha poco: «¡Herencia! ¡Herencia!» Pero esta es una palabra vacía que hace constar el hecho sin explicarle, y resuelve la cuestión por la cuestión misma...

Cuando se pregunta a los médicos por qué comiendo de un mismo guisado de almejas uno se envenena y otro no, os responden que es por *idiosincrasia*. Y cuando se les pregunta qué es eso de *idiosincrasia*, os dicen que es una disposición personal que hace que uno se envenene con las almejas y otro no.

La solidaridad tiene un valor semejante al de esa idiosincrasia. Cuando se os dice que por la solidaridad es por lo que gozáis del trabajo o sufrís las consecuencias de la pereza de vuestros antepasados, me guardaré yo de protestar; nada hay más verdadero; pero eso equivale a decir que gozáis o padecéis porque se goza o padece en consecuencia de lo que han hecho nuestros antepasados. La cosa no puede ser más sencilla. ¿Y no quedáis satisfechos?

¿Qué responderá la razón humana a los infortunados que, después de haber trabajado mucho, en una crisis repentina han visto desaparecer todo el fruto de su trabajo, o a los que buscaban trabajo y no le hallaron? ¿Por qué? ¿Por qué?

Puede la razón decir, y dice al desgraciado que se queja: «¡Tanto peor si te quejas; no adelantas nada con quejarte, infeliz! ¿qué quieres que te haga yo? ¡Te ha tocado mal número en la lotería! Es triste cosa; convengo en ello; Pero las cosas son así, ¡allá te las compongas!»

¡Ay! «¡Tanto peor!»

¡Ay! «¡Allá te las compongas!»

Pues bien, ved aquí lo que a su vez os va a responder el pobre: «¡Un momento! Yo tengo hambre, tengo sed, y maldita la gracia que me hace morir como un perro. Vosotros tenéis demasiado que comer y que beber!... ¡Venga, venga!... Me hacéis bellísimos discursos acerca del pasado... Yo no conozco el pasado; yo no conozco más que el presente, y el presente es claro. Yo trabajo y vosotros no hacéis nada. Por tanto, venga vuestro dinero... ¡Paso! ¡y pecho a tierra!»

No digo yo que discurra bien ese pobre; me limito a consignar que en nuestros días muchos discurren así y están dispuestos a obrar de esa manera.

La sociedad se va dividiendo cada vez más netamente en dos fracciones bien distintas y separadas. En la una están los que poseen, en la otra, los que no tienen nada. En la una, los que quieren guardar; en la otra, los que desean coger. Estos dos ejércitos, cada cual por su parte, se organizan sin cesar para la guerra, y algún día, quizá muy pronto, van a encontrarse frente a frente. ¿Queréis una señal de esto?

Ved de una parte los lentos preparativos de una huelga general haciendo resonar el clarín del combate de un extremo a otro de Europa, ¿qué digo de Europa? de un extremo a otro del mundo. Y por otra parte os mostraré las fábricas elevando sus muros, armados de fusiles, de revólvers y de cañones, y acumulando a prevención en torres de refugio provisiones de sitio.

Menester es cerrar los ojos a la luz para no ver que a ese término, a esa guerra fratricida y sangrienta es adonde se dirige la revolución del pobre contra el rico, y que no está ya lejos del campo de batalla.

Pues bien, señores, supongamos por un momento que se encuentran a la vista uno de otro esos dos ejércitos, y que, penetrada de angustia la razón humana ante la sangre que va a correr, se precipita entre los combatientes con la oliva de la paz en la mano.

¿Qué va a decir al rico?

Este le dirigirá a ella poco más o menos este discurso:

«¡Esta riqueza es mía! Es el fruto de mi trabajo o del trabajo de mis padres. Tengo derecho a gozar de ella. Me la quieren arrebatarse... ¡Yo me defiendo!»

¿Qué puede contestar a esto la razón, sino «es verdad; tenéis derecho, defendeos?»

Se vuelven luego hacia el pobre. Pero el pobre, como os acabo de decir, discurre mal, o mejor dicho, no discurre. Se le conduce; se le hace ver gentes rebosando de hartura mientras él tiene el estómago vacío; se

le dice que todos los hombres son iguales, y que eso no es justo. Le basta: coge el hacha y la piqueta, y se lanza a descargar sus golpes sobre el edificio social; después se hará el reparto.

¿Qué puede en tal caso hacer la razón humana con el pobre?

¿Demostrarle que obra mal?... Sermón perdido... Así que, no pudiendo persuadirle la paz, se la impone. Hace con él lo que se hace con una fiera; le envuelve en la red de sus leyes, le sujeta con cuerdas más gruesas y nudos más fuertes, dobla y triplica sus cadenas, y cuando le juzga bien amarrado se echa a descansar y duerme tranquilamente.

Así prende y enlaza la araña a las moscas, y generalmente no se le escapan.

¿Pero creéis que puede sujetarse de igual modo al gran pueblo de los que sufren? ¿Creéis que los encadenaréis con las telas de araña de vuestras leyes? ¡Ea, pues, a ellos!

¡Ah! no, ¡un rugido suyo basta para que todo tiemble!

Recordad; veinte años hace; el pueblo, ese pueblo se apoderó del poder en una gran ciudad que acababa de ser hollada por el pie del vencedor. Y se llamó a sí mismo «La Comunque» y fué soberano.

Necesitóse un ejército para combatirle, un sitio en regla para reducirle, y cuando apretado por el cuello exclamó: «¡Perdón!» fué sobre las ruinas humeantes de los incendios y sobre los cadáveres despedazados de sus rehenes.

Quedó entonces desagrado el bárbaro, y vosotros le juzgáis para largo tiempo fuera de combate.

Mas aguardad, que no tardará en volver a las andadas.

¡No cabe duda!

¿Es la razón la que lucha aquí? No; es la fuerza, es el número.

Pues contaos vosotros, ricos.

Yo contaré a los pobres.

¿Qué sois vosotros ante ellos?

¡Un puñado ante inmensa muchedumbre!

Y cuando esa muchedumbre se una contra vosotros, y contra vosotros acuda rugiendo de todos los puntos de la tierra... ¿creéis vosotros, puñado insignificante, que obtendréis el triunfo?

Sí, si Dios está con vosotros; si no... preparaos a morir.

Poned, pues, a Dios de vuestra parte, señores.

Él puede salvaros, pues aún podéis ser salvos. Pero con dos condiciones: La primera es que lleguéis a impregnar del pensamiento de Dios y de su doctrina el alma del pobre, y hasta la médula de sus huesos. La segunda es que lleguéis a impregnaos también vosotros mismos; vosotros mismos, ¿lo oís?

Réstame exponeros esta doctrina, esta teoría cristiana sobre la desigualdad de las riquezas.

* * *

Permitidme referiros unas palabras del P. Ventura en la oración fúnebre del gran patriota irlandés O'Connell. Decía así:

«Si los reyes—aplicadlo igualmente a los poderosos y los ricos,—si los reyes se dejan penetrar del elemento pagano, esencialmente despótico, renunciando al elemento cristiano, esencialmente liberal (1), como que todo es caridad, y no quieren comprender la doctrina sobre la libertad religiosa de los pueblos y la indepen-

(1) Entiéndase *amante de la libertad justa y verdadera*, según la explica Su Santidad León XIII en la encíclica LIBERTAS, no de la libertad-libertinaje, cual la entienden los *liberales* irreconciliable con la doctrina de la Iglesia, como diametralmente opuesta a la verdad y a la justicia, y cien veces maldecida y condenada en todos sus grados y matices por los Vicarios de Cristo desde Pio VI hasta León XIII. (N. del T.)

dencia de la Iglesia, que constituyó la seguridad y formó la gloria de sus antepasados, la Iglesia sabrá muy bien pasar sin ellos. Volverá sus ojos a la democracia, bautizará a esa heroína salvaje, la hará cristiana, le imprimirá en la frente el sello de la consagración divina, y le dirá: Reina; y reinará».

Cuando el ilustre orador pronunció estas palabras, hace ya cincuenta años, los sabios movieron la cabeza, y tal vez se encontrarían entre ellos quienes les trataran de visionario.

Pero se han sucedido los días a los días, y he aquí, señores, que nosotros vivimos en los tiempos entonces profetizados.

Si miro al rostro de la Iglesia, véole vuelto hacia el pueblo y los pequeñuelos. ¿A quien de vosotros no ha pasmado la autorizada voz del Papa, tomando parte en nuestras luchas sociales y poniéndose del lado del obrero y el débil?

¿Quién de vosotros no ha oído resonar, vibrante como una espada de combate, la palabra del Cardenal Manning, abogando por los cargadores de los muelles de Londres?

¿Quién no ha seguido los pasos de los Pastores de Israel y oído sus voces en defensa de los más desvalidos de su grey, de los infelices obreros?

¿A quién, por fin, no han conmovido los ecos de los grandes congresos de Lieja?

Se dirige, pues, la Iglesia de Cristo a la salvaje heroína y le predica... Y ¿qué, señores, qué nueva ley predica a ese mundo nuevo, a esa nueva sociedad, presta a nacer de entre los escombros de la nuestra, ya decrepita?

Siempre el mismo viejo Evangelio.

Pues ¿cómo es que el metal de su voz se nos hace nuevo, y nuevo también el discurso que brota de sus labios?

¡Ay! ¡entendemos tampoco el Evangelio de Cristo y lo olvidamos tan presto!

¿Qué es lo que el Santo Libro nos dice del rico y del pobre, del grande y del pequeño, del patrono y del obrero?

Vedlo aquí:

Como foco de luz base fundamental de su doctrina pone desde luego la definición neta y precisa de la vida del hombre.

¡Ah! cierto, una cosa que debíamos tener muy bien sabida todos, pues vivimos. Y sin embargo, vosotros no lo sabéis, o al menos vivís como si no la supierais. Apuesto a que si os preguntara, me responderíais: la vida del hombre, ¡bah! pues no es otra cosa que esa medida variable de años que transcurren desde la cuna hasta el sepulcro.

Pero, no, no es eso; lo que vosotros llamáis vida, apenas si llega a ser en ella un accidente ejecutivo.

La vida del hombre comienza en el punto mismo en que Dios infunde en la carne mortal un alma que no muere. A partir de aquella hora el hombre vive, y esto para siempre jamás... Se amontonarán los siglos cual montañas, y ese hombre continuará viviendo siempre. Reconstruid con el pensamiento la carrera de los siglos, comenzadla de nuevo, volvedla a comenzar sin fin... ese hombre comenzará siempre viviendo.

De Isabel de Inglaterra se cuenta que en la fiebre de su grandeza y poderío, enloquecida por las glorias de su corona, exclamó un día: «Deme Dios cuarenta años de reinado, y del *resto* me importa una higa». Reinó, en efecto, los cuarenta años día por día; murió vieja, llena de achaques, despreciada, maldecida. Esto hace ya trescientos años. Pero Isabel vive todavía; más: al cabo de esos tres siglos apenas si se halla en el primer momento de ese *resto*, de ese *resto* a tan bajo precio cedido; y delante de sí tiene la eternidad, lo infinito.

El cuerpo muere, ¡el hombre no muere!

¡Cuarenta, sesenta, cien años ante ese imponderable «siempre», confesadlo, son cifras verdaderamente irrisorias!

Por esto os decía poco ha que la vida del hombre en la carne apenas si es un incidente en su vida total, en su vida real y verdadera.

De consiguiente, para apreciar como es debido la importancia y valor de una cuestión que se refiera al hombre, es preciso desde luego y ante todo preguntarse a que punto de su vida se refiere.

El oro, la riqueza, la fortuna, son cosas capitales aquí abajo, no lo niego, cosas de suma importancia mientras dura el incidente. Pero cosas inútiles, absolutamente inútiles, inútiles en todo el rigor de la palabra allá, donde sigue el *resto*, es decir, mientras dura el hombre, el hombre inmortal a través de los siglos que pasan.

Llama uno aquí abajo a la puerta... ¿Quién es? Es un rico, tiene el oro a montones... ¡Oh! ¡qué pronto se abrirá la puerta y como se inclinarán ante él los criados, qué reverencia le hará el mayordomo!

Que el mismo personaje llame allá arriba y se apresure a dar el mismo nombre y título vencedor: Yo era rico, tenía el oro a montones... De este lenguaje San Pedro no entiende ni palabra; como que ni aquí en la tierra se cuidó jamás de aprenderlo, pobre pescador, y mucho menos lo pudo aprender allá en el cielo.

No conozco, señores, contraste más imponente entre lo que los predicadores llaman espíritu del mundo y el espíritu de Dios, que esa brusca transformación, ese trastorno radical de las ideas humanas acerca del oro.

Aquí lo es todo; allí no es nada. Aquí lo da todo; allí no da nada. Aquí suple por todo; allí no sirve para nada. ¡Nada, nada, vuelvo a deciros!

¿Os acordáis del rico de la Escritura, de sus pala-

cios, de sus servidores, de su lujo, del esplendor de sus orgías... y de Lázaro?

Lázaro, miserable, pordiosero, tendido junto a la puerta del rico, mendigando las migajas que cafan de la mesa y dejándose lamer de los perros.

¡Oh! Aquí ¡cómo le barrerían del camino para dejar expedito el paso al rico! ¿Pero allá?... «Ven, hijo mío, le dirán, ven a mis brazos, pues has sufrido mucho, y en la prueba has permanecido fiel.»

Y no me digáis que me pierdo en leyendas trasnochadas, pues no hago sino repetiros la doctrina purísima del Evangelio; lo mismo que a voces os está diciendo la Iglesia, no ayer, sino hoy mismo. ¿No os acordáis? En las gradas de un templo acaba de recoger a un pobre mendigo, anciano, extenuado, harapiento, descalzo, que con su hortera a la cintura tendía la mano suplicante a los transeuntes en demanda de limosna. Sí, la Iglesia le ha levantado del suelo, y contemplando su alma y viéndola recta, pura, sin mancha, ha cogido a ese pobre, le ha colocado sobre sus altares, le ha ceñido la sien con nimbo de gloria, y volviéndose luego a todo el mundo ha dicho: «¡De rodillas! ¡De rodillas ante mi pobre!... ¡De rodillas ante mi justo, mal cubierto de andrajos!»

Luego, señores, en la vida del hombre, tal como la concibe la mente cristiana, el oro es tan poca cosa, que se debe tener por nada; porque si vale algo en la vida temporal, esta vida es tan irrisoriamente corta, que casi pasa inadvertida. Es lo que son en matemáticas esas cantidades que absolutamente no podrían llamarse nulas, pero que comparadas con otras infinitamente mayores, llegan a ser en todo rigor despreciables.

Síguese de aquí que desde el punto de vista cristiano la cuestión «por qué soy yo pobre, por qué tal otro es rico», pierde de un golpe toda su importancia, y tan

secundaria es en realidad, que parece locura detenerse en ella.

Otra es la cuestión que lleva aquí la primacía. El intervalo de tiempo fugitivo que constituye lo que el hombre llama «su vida» está determinado por Dios como un tiempo de prueba, tiempo durante el cual ensaya Dios la voluntad libre del hombre.

Lo que importa, pues, al hombre, es mostrarse fiel, es corresponder a las esperanzas del divino ensayador y servirle mientras dure la prueba.

Y esto es sólo lo que importa, puesto que el fin y blanco de la presente vida se encuentra ahí, y únicamente ahí.

Ahora bien, señores, este ensayo puede hacerse en las circunstancias más diversas, en la pobreza como en la riqueza, en la enfermedad como en la salud, en la tempestad como en la bonanza, pues Dios tiene en cuenta y mide esos elementos diversos, y aprecia, no el hecho material, sino la parte que la voluntad humana tiene en él. En consecuencia de lo cual todas esas desigualdades que dividen a los hombres, llegan a ser por completo indiferentes. Importa poco ser rico o pobre, sano o enfermo, agudo u obtuso, príncipe o vasallo, puesto que se puede servir al Señor en todas esas condiciones extremas, y en las unas como en las otras guardarle un corazón amante y fiel.

¡Ah! ¡si el oro, si las riquezas facilitasen la virtud!...
¿Pero no sabéis que la comprometen?

Siempre me ha llamado la atención, dice, no recuerdo en qué parte Lacordaire, la incapacidad divina de los dichosos y de los ricos.

¿Y quién no ve qué agregar a las debilidades de la naturaleza humana todas las facilidades que proporciona la fortuna, y cuando la pasión agujereña y clama, tener oro para abrirle de par en par todas las puertas que a su satisfacción conducen es demasiado, verda-

deramente demasiado, para que nuestra energía se sostenga firme y no desfallezca?

El que en esta vida lo tiene todo a su mandar, el que ha podido acostumbrarse a no rehusar nada a sus deseos, ¿cómo queréis que sepa, llegado el momento crítico, sustraerse a la pasión que le invade y le arrastra?

Quien no ha sufrido, ¿cómo queréis que sepa vencerse e imponerse al compromiso de no gozar?

He aquí, señores, por qué el mismo viejo Evangelio no cesa de repetirnos estos dos grandes gritos que eternamente retiñirán en los oídos del olvidadizo género humano: ¡Bienaventurados los pobres! *¡Beati pauperes!* ¡Ay de vosotros, ricos! *¡Vae vobis divitibus!*

Entendedlos de este mundo y de la vida que en él pasamos, y no tienen sentido, porque manifiestamente aquí... padece el pobre, y manifiestamente también, aquí... goza el rico.

Pero entendedlos de la vida definitiva, de la vida real del hombre, de la única importante, porque sólo ella es para siempre; ¡ah! entonces vosotros sois los dichosos, mis queridos pobres; y al contrario, vosotros sois a quienes compadezco y por quienes temo, pobres ricos.

Es verdad que los primeros son ya los últimos, y los últimos primeros. *Erunt novissimi primi et primi novissimi.*

Luego hasta aquí, señores, la teoría cristiana no niega las desigualdades que la riqueza establece entre los hombres. Ni niega el derecho de los propietarios, antes lo afirma y lo defiende. Se limita a conceder a semejantes cuestiones muy poca importancia. ¡El don del oro es a sus ojos muy exiguo, es fútil, es peligroso! *¡Vae vobis divitibus!*

*
*
*

Si yo me detuviese aquí, sería contentarme con un

triunfo demasiado fácil. La solución que acabo de daros es para la otra vida. ¿No hay alguna para la vida presente? Porque, en fin, por fugitiva y rápida que sea, en ella padece el pobre, en ella llora.

«¡Qué injusticia, exclama Bossuet, aun en esta vida, el que los pobres lleven toda la carga, y que todo el peso de las miserias vaya a gravitar sobre sus espaldas! Por cierto, que si de esto se quejan y murmuran contra la Providencia, no es sin algún color de justicia. Estando todos formados de una misma masa, y no pudiendo haber gran diferencia entre barro y barro, ¿por qué hemos de ver de un lado el goce, el favor, la abundancia, y del otro la tristeza, el desamparo, la extrema necesidad, y por añadidura, el desprecio y la servidumbre? ¿Por qué este hombre tan afortunado ha de vivir en tal abundancia que pueda satisfacer sus más raros e inútiles caprichos, mientras que este miserable, tan hombre como el primero, no ha de poder sostener su pobre familia ni apaciguar el hambre que le devora? En tan extraña desigualdad, ¿podría justificarse a la Providencia en la repartición de los tesoros que Dios acumuló para entre iguales, si por algún otro medio no hubiera provisto a las necesidades de los pobres y restablecido cierto nivel entre los hombres?»

Cuál sea ese otro medio lo determina luego el incomparable orador, y os suplico que leáis todo su discurso vosotros mismos, pues yo tengo miedo de lo que os voy a decir, y siento la necesidad de escudarme con su nombre. Tiene un título muy a propósito para lastimar vuestros oídos. Escuchad: «Sobre la eminente dignidad...» ¿de quién? ¿De los reyes? ¡No! ¿De los ricos? No. ¿De los grandes?... No, señores, de los pobres. «Sobre la eminente dignidad de los pobres».

El medio que justifica a la Providencia es la Iglesia; pero ved cómo la entiende Bossuet; cito sus propias palabras:

«La Iglesia, dice, es la ciudad de los pobres... la Iglesia, de primer intento, no se fundó más que para los pobres... los ricos no tienen puesto ninguno en ella; los pobres y los indigentes son sus verdaderos ciudadanos... Los ricos, no temo decirlo—es Bossuet quien sigue hablando—sólo son admitidos en ella por tolerancia; a los pobres y a los indigentes, que llevan la marca y el carácter del Hijo de Dios, es a quienes pertenece propiamente el ser en ella recibidos.»

¡Cómolo ricos, ¿y seréis vosotros excluidos de las gracias de la redención? ¿y estarán para vosotros cerradas las puertas de la Iglesia?

«No, responde Bossuet, Jesucristo recibirá en ella a los ricos; pero a condición de que sirvan a los pobres». ¿Lo oís, señores? «a condición de que sirvan a los pobres, a fin de que la abundancia de los unos supla a la escasez y falta de los otros, y sobre lo superfluo de los opulentos tengan su asignación los necesitados».

¡Ah! señores, tenéis, por tanto, un oficio que cumplir en la Iglesia de Jesucristo, tenéis un papel que desempeñar en la regeneración social, y vedle aquí descrito en términos magníficos.

Es preciso que vuestra abundancia supla a la miseria del pobre... es preciso que el pobre tenga su asignación sobre lo superfluo de los ricos.

De vosotros y por vosotros ha de vivir el pobre. A vosotros lo ha confiado Dios; a vosotros os pedirá cuenta de su vida. Rico, rico, ¿que has hecho de tu hermano el pobre?

¡Ah! Os suplico, no respondáis «que no estabais encargado de él...» Esa fué la respuesta del primer asesino, del asesino de su hermano, y después de tantos siglos todavía lleva su raza el estigma de la venganza de Dios.

La limosna, pues, y el servicio hecho a los pobres

son los medios ordenados por Dios para restablecer la igualdad entre los hombres. ¿Pero cómo se ha de entender esto?

* * *

No hay cuestión más delicada que la del deber de la limosna. Cuando tratan de resolverla los moralistas, deseosos de no recargar demasiado los hombros, cada vez más débiles, de los hijos de Adán, la reducen a proporciones tan diminutas, que no puede uno menos de admirarse. Fuera de los casos de necesidad extrema, he aquí cómo proceden. Suponen cierta renta: separan de ella lo que es necesario para el sostenimiento decoroso de la familia y casa; y las reservas convenientes para el porvenir. Lo que resta lo llaman superfluo, y de ello unos dicen que debe darse a los pobres la décima parte, otros que la vigésima, y otros, en fin, que la quincuagésima. Los más prudentes exponen principios, dan consejos y no determinan cantidad precisa.

Este es el deber estricto, riguroso, de la caridad cristiana. Quien se atiene a él no peca mortalmente.

Pero, permitidme que os lo diga, ¡el que únicamente se atiene a él y a él se limita, no sabe lo que es amar!... Amar... amar a los pobres, en la doctrina de Jesucristo, ¿sabéis lo que es?...

Acababa Nuestro Señor de subir al cielo; la tierra conservaba todavía la huella de sus plantas y las manchas de sangre; el aire que circulaba por la Judea se hallaba aún embalsamado con el perfume de su presencia; los corazones de sus apóstoles y de sus discípulos sentíanse recién caldeados por la llama del divino corazón.

Estaba naciendo la Iglesia; los fieles vivían en el marcial, en medio de la luz; el espíritu de Dios acababa de soplar sobre todos ellos... ¡Oh, sí, era la Esposa de

Cristo, enteramente virginal, toda pura, toda amable, toda amante, recién salida de las divinas manos, palpitante aún de su amor y embellecida con la púrpura de su sangre! Escuchad bien, voy a referiros lo que en ella pasaba; y ya no soy yo el que os habla, ni siquiera Bossuet, es Dios en nuestros libros santos.

«Toda la multitud de los fieles tenía un corazón y un alma; ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Así es que no había entre ellos personas necesitada, porque todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno» (1).

¡Esto es amor!

Entre esos dos extremos, en vuestra mano está, señores, escoger el puesto que os agrade.

De un lado... el deber estricto.

De otro... el heroísmo del amor.

Allí la décima, vigésima o quincuagésima parte de lo superfluo.

Aquí ese sacrificio magnánimo y completo.

El espacio intermedio es grande, ya lo véis, y en él toman puestos muy diversos las almas. Escoged el vuestro, señores, pero no olvidéis que Jesucristo está del lado del amor.

Tal vez os asusto.

¡Ah! con frecuencia oigo decir en torno mío que no se restablecerá el orden social mientras no se vuelva a la idea cristiana... Pues bien, la idea cristiana es la que acabo de exponeros... Acaso creáis vosotros que en el plan cristiano el pobre tendría que resignarse, y es verdad; pero que vosotros no tendríais más que dejaros conducir dulcemente al placer... Os habéis engaña-

(1) Hech. de los Apóst., cap. iv, vs. 32, 34 y 35.

dó... ¡También de vosotros espera sacrificios la ley de Cristo! ¿Pero exige del rico desprendimiento semejante al de los fieles primitivos? Ya os he dicho que no... No lo impone, lo espera. Infunde en los corazones el amor, y luego dice: ¡Ea!...

¿Y adónde? Permitidme que os lo diga otra vez... «No había entre ellos persona necesitada, porque todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno.»

Ciertamente, no era esto una ley; Jesucristo no había impuesto precepto de ello a nadie. Y el mismo apóstol San Pedro tiene buen cuidado de recordar a Ananías su derecho de conservarlo todo: «¿Cómo ha tentado Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, reteniendo parte del precio de tu campo? ¿Quién te quitaba el conservarlo? Y aunque lo hubieses vendido, ¿no estaba su precio a tu disposición? Pues ¿a qué fin has urdido en tu corazón tal engaño? No has mentido a los hombres, sino a Dios» (1).

No, no era esto la ley, y menos lo es hoy día. Pero era la práctica.

Era la práctica, y alentados del amor, ninguno había vacilado... «Todos», es la palabra del sagrado texto, todos habían vendido y todos habían entregado... ¿Pues qué misterio se encierra en esto? ¿De dónde procede esta inspiración y este aliento?... ¿Queréis saberlo?

De Cristo.

«Maestro, ¿qué debo hacer yo para alcanzar la vida eterna?—Guarda los mandamientos». He ahí la ley.

«Maestro, todo eso lo he practicado desde mi niñez... ¿qué me resta hacer?—Si quieres ser perfecto, anda,

(1) Hech. de los Apóst, cap. v, vs. 3 y 4.

vende lo que tienes y dalo a los pobres, y luego ven y sígueme». ¡He ahí el misterio!

*
**

En la Iglesia edificada por sus divinas manos, Jesucristo va a entresacar una raza elegida, un núcleo de predilección, un pueblo de perfectos. A éstos no les basta la simple vida cristiana, tienen que abrazarla en toda su delicadeza; no les basta el deber y la ley, Jesucristo les exige la perfección de la ley y del deber... Venid, les dice, y seguidme. ¿Y por qué señal podremos reconocer, oh divino Maestro, a esos vuestros fieles seguidores?... ¡Mirad, esos lo han vendido todo, y habiéndolo dado a los pobres, se han hecho pobres con los pobres por amor de mí, pobre como ellos!

Y en efecto, señores, mientras duren los siglos veréis germinar esa raza, la raza de los pobres por amor. En los desiertos de la Tebaida, en las grutas de Palestina a la sombra de los Palacios de Roma, tras los muros de nuestras viejas abadías, en los campos y en las ciudades en todas partes la veréis nacer, crecer, florecer y producir su fruto.

La veréis construir palacios; ¿para quién? Para los pobres. Veréis llamar a las puertas de vuestras casas, y sonriendo en el umbral tenderos la mano; ¿para quién? Para los pobres.

La veréis por las calles recoger a los huérfanos, a los enfermos, a los ancianos, a todos los que padecen, a todos los abandonados, y llevarlos a reposar en mullidos lechos, y vendarles con sus tiernas manos las llagas y las heridas, y sonreírles por vez primera a esos desheredados a quienes jamás sonrió nadie, y derramar un poco de dulzura y de felicidad en esas vidas tan profundamente empapadas en amargura. ¡Eso lo veréis todos los días!

Lo que Dios siembra no muere.

Hay en las bóvedas de la basílica de Asís, pintado por el casto pincel de un fraile inmortal, Giotto, un fresco admirable.

A las preguntas que un día dirigieran a Francisco sus compañeros del mundo, sorprendidos de encontrarle soñador, había él respondido: «Sí, busco una esposa, trato de desposarme con una dama, la más noble, la más rica, la más bella que hubo jamás en el mundo».

Y allí, en aquellos muros, está pintada su esposa; divinamente bella, en efecto, pero pálida, demacrada, con el vestido hecho jironés; es la pobreza de Cristo; un perro se abalanza ladrando contra ella, dos chiquillos le arrojan piedras y siembran de espinas su camino, Ella, sonriente, tiende la mano a Francisco, y Jesucristo une a los dos esposos. Y como si aún hubiese pocos del cielo y de la tierra para asistir a las bodas de estos dos mendigos, aparece entre alados espíritus angélicos la majestad del Eterno en ademán de bendecirlos.

He concluído, señores.

* * *

Se ha dicho: Los reyes se van. Lo cierto es que los pueblos llegan.

La salvaje heroína va creciendo.

Pues bien, una de dos: O no inclina su frente ante la Iglesia, y entonces no hallo palabra para describiros la barbarie adonde vamos.

O se deja bautizar por Jesucristo, y entonces os anuncio la paz, la paz en el amor y en la caridad del Señor.

Resumiendo lo dicho: en la idea cristiana la repartición desigual de las riquezas, y en general de las condiciones de la vida, ofrecen un interés secundario, porque no alcanza más que a un periodo muy secundario

de la vida humana, y no contribuye nada al logro seguro de la vida definitiva.

Hasta en el periodo fugitivo y rápido de la vida presente esa desigualdad queda desvanecida por la caridad y la limosna, cubriendo la opulencia del rico a la desnudez del pobre, sirviendo al pobre el rico, conservando el rico el pleno derecho, el derecho natural e inalienable a sus riquezas, pero cediendo, por un libre y generoso movimiento, una buena parte de ellas al pobre. Esa espontánea donación del oro restablece la igualdad destruída y hace que cante la gratitud allí donde lloraba la miseria.

He ahí, señores, la solución cristiana. Ella vuelve al mundo al revés, bien lo sé pero es el único medio de ponerlo derecho.

Si me preguntáis cómo el hombre, en virtud del bautismo, puede transformarse así y de rechazo transformar las sociedades humanas, os explicaré ese misterio en una palabra: Es que la virtud de Cristo realiza un cambio completo en las almas; las vuelve hacia fuera, en vez de replegarlas hacia adentro, arranca de ellas las profundas raíces de esa venenosa planta que se llama egoísmo, y siembra en su lugar los fecundos granos que se llaman amor, abnegación, sacrificio.

«¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!» clama la naturaleza humana. Y el cristiano responde; «Jesucristo ha muerto por nosotros; justo es, pues, que nosotros sepamos morir por nuestros hermanos...»

*
*
*

¡Ah! señores socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, ¡qué a gusto me he hallado entre vosotros para exponer estos grandes principios de la vida cristiana!

Entre vosotros que los comprendéis y los practicáis. Vosotros no lo habéis dado todo a los pobres, ni el

Señor os los exigía; pero les habéis dado lo mejor de vosotros mismos: ¡vuestro corazón! ¡No os habéis desposado con la pobreza, pero os habéis desposado con los pobres! ¡Y los amáis como Cristo los amaba!

La limosna, la caridad, para quien la recibe, tiene yo no sé qué de humillante y de penoso. Ante ella un alma altiva se yergue, se rebela, y con frecuencia sólo el hambre, la horrible hambre le hace bajar la frente y resignarse.

¿De dónde procede que, sin embargo, entre vuestras manos se le dé la bienvenida?... De que, a ejemplo de nuestro divino Maestro, vosotros sabéis amar y respetar al pobre en su miseria; de que sabéis cuál es su puesto en el misterio de regeneración del mundo; de que sabéis que en la Iglesia goza él de más consideración que vosotros.

Habéis tenido poco después de Jesucristo un precursor incomparable: San Pablo.

Hallábanse los fieles de Jerusalén en una gran penuria, y San Pablo se encargó de ir allá a llevarles socorros. «Entretanto, hermanos míos, escribe a los romanos, encarecidamente os suplico por Nuestro Señor Jesucristo que me ayudéis con las oraciones que hacéis a Dios por mí, para que... la ofrenda que voy a llevar a los fieles de Jerusalén les sea grata» (1).

«No dice la limosna que voy a hacerles, observa Bossuet, ni la asistencia que voy a prestarles, sino la oblación de mi ministerio, la ofrenda que en cumplimiento de mi encargo y ministerio voy a presentarles... Se pone mucho más cuidado en las ofrendas, en los presentes, en los regalos, que en las limosnas, y hay cierto arte de realzar el precio de lo que se da por la manera y circunstancias de ofrecerlo. Y de esta manera es como San Pablo atiende a las necesidades de los pobres. No los mira solamente como desgraciados a

(1) Rom., cap. xv, vs. 30 y 31.

quienes hay que socorrer; los considera como personas a las cuales, si se me permite la expresión, hay que hacer la corte. Por esto no juzga bastante que su donativo les alivie, desea que su servicio les agrade, y para obtener esta gracia implora las oraciones de toda la Iglesia.»

Así obráis vosotros, señores; y ¿qué más podría añadir yo, sino alentáros y bendeciros?

Pero hay quien os bendiga mejor que yo.

La caritativa Santa Isabel encontró un día, no lejos de su castillo la Wartburg, a un pobre tendido en el camino, extenuado y moribundo. Tomóle en sus brazos, llevóle al castillo, le lavó, le vistió, le alimentó, y como estaba rendido de cansancio, le acostó en su propio lecho.

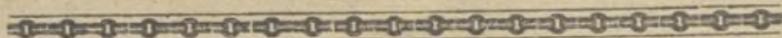
Sucedió, pues, que velando ella junto al pobre, entró el duque su marido. Algunos comensales que tachaban de locura la caridad de la duquesa, dieron aviso al duque de aquel nuevo exceso a que la había conducido su divino amor hacia los pobres.

El duque, irritado, se precipitó en la cámara, y bruscamente descubrió el lecho.

Ya no había pobre alguno.

Mas en el sitio en que había dormido el pobre, reposaba un gran crucifijo ensangrentado con los brazos extendidos.





DISCURSO II

DEBERES DE LOS RICOS EN LA ACTUALIDAD

CONFERENCIA FAMILIAR

EMINENTÍSIMO SEÑOR (1), MONSEÑOR (2):

SEÑORAS, SEÑORES:

EL verano pasado iba yo a tener una conferencia a beneficio de los pobres en una de nuestras más renombradas playas; viajaba solo en mi coche llevado por nuestras vertiginosas máquinas a través de las extensas llanuras de Flandes, que parecían desgarrarse y dividirse en dos ante el rayo que las atravesaba. No lejos de mi asiento habían quedado abandonados algunos periódicos enteramente arrugados; tomé uno por curiosidad, y le recorrí. Era uno de esos periodichuchos populares, tabernarios, innobles, que excitan todas las codicias desenfrenadas de los pobres obreros contra los capitales de los ricos, presentándose los como buena presa. Sin teoría, sin idea, sin programa, pero de esos que soplan a boca llena para atizar el fuego de todos los instintos perversos.

Hice pedazos aquel papelucho, y lo arrojé por la ventanilla.

(1) Mgr. el Cardenal Goossens, Arzobispo de Malinas.

(2) Mgr. Du Rouseaux, Obispo de Tournai.

Y me puse a pensar en ese pobre pueblo que lefa aquello y se nutrfa de aquel manjar. Evidentemente a sus apetitos desordenados sentaba mejor que la lectura del Evangelio.

Entonces ¿cómo luchar?... ¿cómo llegar nunca a contrabalancear esa fascinación del mal, siempre tan sonriente, cuando el bien es siempre tan austero?...

Y me pareció que toda nuestra acción cristiana se reducía a lo que yo había hecho con aquel miserable periódico... Le había hecho añicos, y sus pedazos, después de revolotear un poco, habían caído formando pequeñas manchas blancas sobre los verdes linderos que bordeaban la vía férrea.

«Ya no hará mal a nadie, me había dicho a mí mismo.» Era cierto, aquel único que yo había destruído ya no volvería a hacer daño; pero, ¿y los mil otros?...

¡Ah! ¡los mil otros!...

¡Oh! ¡Qué de almas a quienes no alcanza nuestra influencia, con quienes no tenemos roce ninguno y en las que se enseñorean esas doctrinas y hierva la rebelión de todas las malas pasiones!

El desaliento se apoderaba de mí... ¿En qué va a parar todo esto?... Y veía yo en el porvenir ese horrible fuego de las guerras intestinas, una subida al asalto de los pueblos contra los ricos, una nueva *Jacquerie* entrando a saco, no ya solamente a la Francia, sino al viejo y al nuevo mundo, y después el caos... y esa eterna repetición de la historia, ese volver a empezar, pasando de un trastorno a otro trastorno por intervalos de equilibrio, de orden y de libertad, un poco más largos ayer, un poco más cortos hoy. Como un hombre beodo que, después de un gran traspiés y reverencia al suelo, se endereza, da dos o tres pasos derecho, se inclina, vacila, se tambalea y vuelve a tambalearse hasta que cae y ya no vuelve a levantarse más.

Pensando en esto llegué a mi estación de término;

sacudí mis pensamientos, y marchando a buen paso estuve a poco tiempo en la playa.

La playa estaba encantadora.

* * *

El mar, sobre el que caía de plano un sol hermoso y brillando en un cielo completamente azul, ostentaba reflejos dorados en sus ondas, se balanceaba con languidez y con su espuma empujaba muellemente, y hacía saltar chispas de perlas finísimas.

En la orilla, riendo estrepitosamente, algunos niños ahondaban en la movable arena los fosos de sus ciudadelas, levantando torres en el centro y colocando sobre ellas banderitas de papel azul y rojo que ondeaban con el viento. ¡Oh! ¡qué alegres y puras son las risas de los niños!

Más lejos, los mayores, estudiantillos y colegiales, con su raqueta en la mano, se lanzaban mutuamente las hinchadas pelotas de goma. Y allí también risas alegrés, más conscientes, más discretas, calculadas a veces, y a veces también no exentas ya de picardías, siempre francas.

En el muelle un hormiguero de señoras y caballeros paseando y cruzándose sin cesar; muchedumbre singular y encantadora que lleva tras sí la atención por los colores claros de sus trajes, por el estudiado abandono de sus tocados; desconocidos y desconocidas que se miran y se examinan de pies a cabeza. Y allí también se ofrecen a la vista caras risueñas, caras en las que se ven dibujadas—y no se ve más que esto—la alegría y las sonrisas.

En las terrazas, en los balcones de las *villas* y de los hoteles, lectores y lectoras, reclinados perezosamente en sus butacas o mecedoras, leen el periódico o la novela, o ante un diminuto caballete esbozan una acuarela o un cuadro.

Y de este espectáculo se desprendía tal sensación de bienestar, de vida sin cuidados y hasta de felicidad, que exclamé dentro de mí alma: «¿Pero estoy yo loco? No hay crisis, no hay cuestión social... Este mundo es dichoso, muy dichoso, rebosa de oro, y lo derrama... ¿A qué sueño en catástrofes y en abismos?... ¿Por ventura se anda con la sonrisa en los labios en visperas de una catástrofe? ¿Se juega de ese modo, se rie de esa manera al borde horrible de un abismo?»

«Sí, soy un loco en temer y en temblar y en gritar: ¡ay de tí! ¡ay de tí, Jerusalén!» cuando Jerusalén se divierte tan a su gusto y placer!»

* * *

Todo a lo largo del muelle, apoyando sus codos sobre la barandilla del pretil, hombres, mujeres, jóvenes y doncellas con los niños al pie, se inclinaban sobre el canal donde estaba aparejándose para partir una pequeña flotilla de pescadores. Hubiérase dicho que era una larga cinta extendida sobre las gruesas vigas roídas por la mar y formada de todos los vestidos que, mezclándose más que rozándose unos con otros, fundían sus vivos colores, destacándose en su borde, como variado y caprichoso encaje, los sombreros de paja, los tules, los prendidos, las flores de adorno y las sombrillas.

¡Oh!... ¡era bellísima aquella cinta!

¿Y abajo?

¡Oh! abajo, señores, en aquellas groseras y pesadas barcas que todos vosotros conocéis estaban los pobres pescadores de tez bronceada por el sol y la mar, con su jubón de jerga azul y pantalón burdo remendado y zapatos claveados de tachuelas. Procuraban guardar el equilibrio, balanceados por las olas. Desplegaban parcialmente sus velas y embarcaban algunos víveres

y un poco de agua dulce para alta mar. Un remolcador vino a coger estas barcas una en pos de otra, las puso cara al viento, y las dejó.

Y una en pos de otra fueron pasando ante aquella cinta de arriba... Y mientras pasaban, los pobres infelices que en ellas iban... levantaban sus ojos a lo alto y contemplaban aquella cinta de pulcros caballeros fumando sus cigarrillos y de elegantes damas abanicándose suavemente con sus preciosos abanicos.

¡Ah! ¡dirán que no hay cuestión social!... Allí estaba toda entera... ¡Allí arriba, sobre aquella estacada cubierta de tan hermosa cinta, y allá abajo, en aquellas pesadas barcas de madera negra! Y estaba allí con su rasgo más característico... la indiferencia del que goza arriba para con el trabajador de abajo.

«¡Oh! ¡Hemos de volver otra vez a ver esto! ¡Es muy bonito ver a esas monas trepando por las cuerdas!» Yo mismo recogí en el muelle esta perla, caída de los labios de una señora que yo no conocía, pero que al mostrar tanto desdén a las monas, me pareció que debía tener parentesco muy próximo con los micos.

Aquel día resolví hablar una vez más sobre la cuestión social, y hoy voy a hacerlo desde un punto de vista muy particular, tratando delante de vosotros muy especialmente de los deberes de los ricos en la actualidad. Seré franco y sincero. Así es como vosotros queréis que os hable, ¿no es verdad? Mas por duro que pueda pareceros mi discurso, creedme, sale de un alma respetuosa, amante y ansiosa de vuestro bien.

*
* *

Los deberes de los ricos en la actualidad, he dicho.

«Deber», esta es una palabra muy solemne. Indica una obligación a la cual ninguno puede sustraerse sin deshonra, una especie de compromiso moral de que no

puede nadie escapar sin felonía. «He cumplido mi deber», es el más hermoso testimonio que puede tribu- tarse a sí misma una conciencia recta. Por el contra- rio, «ha hecho traición a su deber», es una de esas sen- tencias irreparables cuya mancha nadie es capaz de borrar del nombre sobre el que ha caído deshonrándole.

¿Está aquí bien empleada la gran palabra «Deber»? Tened la bondad de juzgarlo por vosotros mismos.

No reproduciré ahora, pues demasiadas veces lo he hecho ya, el cuadro de la situación de los espíritus en nuestra sociedad contemporánea; esos dos grandes ejércitos en presencia uno de otro y prestos a venir a las manos: de una parte los ricos, de otra parte los des- harrapados; de una parte los hartos, de otra los ham- brientos. Es necesario cerrar los ojos para no verlos. En el ejército de los ricos está el reposo, la seguridad y yo no sé qué contento beatífico que engendra la dul- ce convicción de que todo va a las mil maravillas en el mejor de los mundos, en que tenemos la suerte de hallarnos, ¡y que se pueden dejar los negocios serios para mañana!...

Y detrás del ejército de los pobres se ve toda una caterva de criminales soplándoles muy por lo bajo al oído cuanto puede encender y avivar sus odios, exci- tando y aguzando todas las codicias, excitando y agui- joneando todas las pasiones ya exaltadas, rugientes y prestos a abalanzarse sobre la presa. Malhechores co- bardes que se parapetan tras de todos esos pechos del pueblo como tras de un muro de carne humana, y que esperan que en los campos de batalla en que se dejarán despedazar esos pobres no han de faltar despojos con que puedan engordar los astutos jefes ocultos del movimiento.

Muy pronto hará diez años que por vez primera os presentaba ese cuadro. Desde entonces las cosas han avanzado mucho.

¿Qué eran aquellas insignificantes huelgas de antes, con unas cuantas pedradas a los cristales y alguno que otro tiro al aire, al lado de la huelga americana de Carnegie, en que los obreros, regimentados en forma de ejército, reciben a la policía y a las tropas a tiros de Winchester, quedan victoriosos durante semanas enteras y no deponen las armas sino ante siete regimientos del ejército federal, decididos, si era preciso, a pasarlos a cuchillo a todos, sin dejar ninguno?

La victoria ha quedado por el derecho, me diréis. Ciertamente: el derecho ha quedado en pie, sobre trescientos o cuatrocientos cadáveres amontonados.

Pero observad otro procedimiento nuevo practicado más cerca de nosotros. Nada de tiros ahora. Algunas fracturas de puertas y prisiones, algunas amenazas de muerte, una tentativa de asesinato, y después la huelga simplemente pasiva, inerte, obstinada. ¿Y qué vemos?... Uno de los más fuertes gobiernos de Europa y sin duda uno de los más poderosos y decididos, entrar en arreglos y componendas, escuchar las proposiciones presentadas por los huelguistas y concederles casi todas, hasta el indulto de los condenados por la justicia. ¿Y no veis adónde vamos?

¿Y no veis cómo el ejército de vuestros enemigos aumenta cada día, se organiza, se somete a la obediencia y a la disciplina y se enlaza y pone de acuerdo a través de las fronteras? ¿No veis ese círculo de hierro que poco a poco se extiende en derredor de vosotros, se estrecha y se cierra?

Poco hace leía yo un libro en que se contaba la última guerra entre Francia y Alemania. No conozco nada más imponente como el ver los dos grandes brazos del ejército alemán extenderse estratégicamente, avanzar cautelosos, y luego, con la horrible precisión de las máquinas, estrecharse lentamente sobre el desconcertado ejército francés y destrozarlo y ahogarle

entre las roscas de aquel inmenso tornillo viviente.

Y en el ejército así aplastado nada se veía, nada se sabía, nada se comprendía hasta el momento, demasiado tardío, en que el ahogo retorció los pechos.

¡Oh! ¡cuál será el destrozo, la inmensa catástrofe de los grandes y de los ricos en las próximas batallas!... ¡qué libro se escribirá sobre ello, y cómo chorreará sangre el corazón leyendo sus páginas! ¡Porque si ellos hubieran escuchado, si ellos hubieran comprendido, si ellos lo hubieran querido!... Pero no han querido porque no han comprendido... y no han comprendido porque no han escuchado.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡cuántas veces he querido congregar y cobijar tus hijos bajo mi amparo, como bajo sus alas cobija la gallina a sus polluelos... y no has querido! Pues ahora he aquí que van a llegar los días de la devastación. Y no os quedarán para refugio más que los muros arruinados de vuestras casas desiertas.

*
* *

Me diréis que he recargado de sombras el cuadro a mi gusto; que desde hace algunos años se ha efectuado un gran trabajo de pacificación; que los hombres de fe y de orden se han hecho a su vez cargo de lo que urgía, y se han dirigido al pueblo y también ellos le han regimentado; y ya os veo mostrándome con un gesto de plena complacencia, la inmensa procesión de obreros cristianos marchando a banderas desplegadas, llenos de valor, de honradez y de calma... ¿adónde?... ¿podrís decírmelo?... ¿A la conquista del cielo?... Sin duda; pero también, y están en su derecho, a la conquista de una suerte mejor sobre la tierra. Esas grandes asociaciones cristianas son incontestablemente sociedades de resignación; más no sólo eso, son también sociedades de defensa y de resistencia, y en caso de

necesidad, sociedades de ataque. Hay entre ellos y el ejército que os amenaza esta diferencia: que ellos respetan el derecho, que su arma es la ley, y... ¡nada más!

Luego volveré sobre este punto, si me lo permitís. Pero desde ahora os confesaré que no he podido menos de sonreírme al ver, hace algún tiempo, la pueril extrañeza y admiración de no pocas personas ante una gran asamblea de esas sociedades cristianas en que franca y lealmente expusieron los asociados con toda claridad lo que pretendían. Aquello fué un asombro, un estupor general. «¡Oh! ¡oh! ¡aún éstos hablan de derechos y de reivindicaciones y de justicia!... ¡Pues entonces, ¡qué demonios! no valen más éstos que los otros!»

Esperabais que éstos al menos os dejarían tranquilos, y convengo que en ese caso vuestra suerte hubiera sido más grata. ¡Héos ahí bien desengañados!

Sea de esto lo que quiera, señores, ya veis que la situación no ha mejorado, que la sociedad continúa siempre en peligro.

Por tanto, el deber de todo hombre, si tiene corazón, es volar en su auxilio y socorrer a los tripulantes que naufragan.

He admirado siempre el valor y entusiasmo con que muchas gentes, que nunca se han cuidado de llevar armas, exclaman: «Cuando la patria está en peligro, todo ciudadano es soldado.» Bellísimo discurso en tiempo de paz. Me complazco en creer que en tiempo de guerra todos esos bravos serían fieles a sus principios y cargarían con su fusil.

Pero ahora no es cuestión de discursos, y no es solamente la patria quien está en peligro, es la sociedad toda entera. Y ahí se os presenta el deber haciendo resonar en vuestros oídos el toque de zafarrancho, invitándoos a desplegar todas las fuerzas y todas las ener-

gías, todo el valor y todas las virtudes. Ahora bien; ¿acudiréis a su llamada?... He ahí la cuestión.

¿O bien desde lo alto de vuestros castillos de almenadas torres, contemplaréis indolentes y sonriendo, cual desde lo alto de su estacada los bañistas de que os hablé al empezar, cómo por vosotros se pelea en la llanura a sangre y fuego?

*
**

He dicho que es deber de todo hombre acudir al socorro de la sociedad amenazada.

Añadiré que es deber especialísimo del rico, y esto por tres potentsimas razones:

Primeramente, porque no tiene otra cosa que hacer.

¡Ah! señores. Dios os ha concedido una suerte envidiable en este mundo. Ni un solo cuidado ha venido a perturbar vuestra infancia; al pensar en el porvenir delante de vuestras cunas, vuestras madres no han temblado ni llorado jamás... todo en derredor vuestro concurría a allanaros y aseguraros los caminos por donde tenéis que marchar; no había gastos que no se hicieran por vosotros, ni goce que no estuviera presto a acudir a vuestro llamamiento. Y cuando a nosotros se nos regañaba por nuestra pereza juvenil, por nuestros descuidos y aturdimientos, cuando nosotros, derramando lágrimas, prometíamos sinceramente la enmienda, a vosotros no había nadie que os hiciera llorar; vuestros padres levantaban el hombro, y apartando un poco la cabeza, con desdeñosa sonrisa decían a vuestros sorprendidos ayos y maestros: «¡Bah! ¡nuestro niño jamás tendrá necesidad de *eso!*» Y *eso* era el trabajo, el trabajo duro y pesado, el trabajo necesario para vivir, el trabajo ejecutado, porque la necesidad urge y agujonea y tira de las bridas y el freno.

¡Y como vuestra infancia, fué vuestra juventud!...

¿Cuándo habéis sufrido vosotros? ¿Y cómo habláis de sentir la necesidad del trabajo? Me acuerdo que un padre, hombre honradísimo, me suplicó un día que me encargara de su hijo, que era un elegante joven, de buen talento, por cierto, pero que en cuanto a cumplir su deber se cuidaba tanto de sus exámenes como de las coplas de Calainos; así es que regresaba todos los años a su casa con sendas calabazas. Me propuse ayudar a aquel padre, que comprendía, a mi parecer, si no ya la necesidad del trabajo, al menos su nobleza. Algunos días después encontré al joven; iba en coche, delante de su cochero, conduciendo con una elegancia perfecta dos magníficos caballos enjaezados según la última moda. Me saludó con gran distinción, con un movimiento elegantísimo de su fusta, y dió riendas a los nobles animales que se lanzaron a la carrera.

Jamás pude convenientemente hablar de trabajo a ese feliz joven tan bien y tan prematuramente adiestrado en conducir sus carruajes.

Y después de la juventud ha llegado vuestra entrada en el gran mundo. Todas las puertas se han abierto ante vosotros. ¡Siempre se abren ante la riqueza!

Y tal vez Dios no os ha dado más que eso, quizá os ha dado solamente la aureola de un gran nombre y la sangre de las antiguas razas. Sé perfectamente que vivimos en un siglo muy democrático, en que nos complacemos en decir muy alto que la nobleza no es nada.

Sé muy bien que desde hace unos cien años se ha hecho tabla rasa de los privilegios, y que ni uno sólo ha quedado en pie ante la ley; bien sé que toda pretensión contraria es silbada por todo lo alto, y que cualquier burgués de Landernau se cree con el valor de un Rohan o de un Montmorency. Pero las costumbres no van tan deprisa como las leyes, y por despojados que estéis, vuestro nombre y vuestra sangre ha-

llan en las profundidades del alma popular respetos inolvidables.

El más convencido propagandista de la igualdad humana tiene una manera de saludar al señor Conde o al señor Marqués, muy diferente de la manera con que saluda al ciudadano tal o cual, aunque éste sea alcalde o gobernador.

Se cita un grito lanzado un día al rostro del emperador de Rusia: «¡Viva la Polonia, ciudadano!» No parece tal acto de valor ni de carácter. Pero yo creo que si el emperador y ese ardiente amigo de Polonia se hubiese encontrado, no ante la muchedumbre reunida, sino en algún salón retirado, creo, repito que el «ciudadano» se hubiera transformado muy suavemente en ¡Señor! o en ¡Majestad!

Ciego prejuicio, se dirá, atavismo intelectual, viejos residuos mal apagados de tradiciones muertas... Sea todo como os plazca, pero al fin es un hecho, un hecho innegable.

¡Ah! señores, si quisierais —pues en realidad os bastaría querer— si quisierais, en todas partes, sí, en todas partes estaríais aún a la cabeza. No se llevarían ya vuestras libreas, no, pero se marcharía a vuestras órdenes.

Y si la riqueza y la sangre Dios os añade todavía ese don superior y fino, esa aristocracia del alma, una inteligencia privilegiada y un gran corazón, ¿no podríamos entonces decir con verdad que os ha colmado de sus dones?...

Mas ¿para qué todo eso? ¿a qué fin? con qué objeto?...

Dejadme que os repita una vez más mi pregunta... es grave y solemne... ¿Con qué objeto? Tantos bienes, ¿para qué?...

¿Pensáis que Dios os los haya arrojado al azar, como arrojan los árboles sus ojas cuando en otoño sacude el viento sus grandes ramas?

¿Creéis que os ha hecho ricos sin designio alguno, y que sin designio os ha dado la nobleza de la sangre, del corazón y de la inteligencia?... No, ¿no es verdad?

Entonces, ¿para qué?... ¡Ah! señores, ¡este «¿para qué?» es terrible!

¿Creéis que ha sido para vuestro engrandecimiento, para enaltecer vuestro insignificante destino personal?... ¡Ah! señores, Dios no se detiene en miras tan mezquinas. Por grandes que seáis, no sois nada delante de El; sois un grano de arena ante el lecho de los mares; cada uno de vosotros es un hombre, un pobre hombre ante todo el inmenso género humano; un hombre que muere y pasa ante todo el género humano que sobrevive y permanece.

Pero si Dios no os ha concedido esos grandes dones para vosotros, luego es para la gran sociedad humana para quien os los ha entregado, para que la ayudéis en su trabajo, para que la dirijáis en su marcha y para que, no teniendo que preocuparos de las cosas materiales, viendo a vuestros hijos bien acomodados y a vuestras hijas bien dotadas, y no teniendo que pedir nada al presente ni temer nada del porvenir, pudierais consagraros enteramente, en cuerpo y alma, a servir a vuestros hermanos.

Ved ahí para qué. Ved ahí el objeto de vuestra vida; ved ahí el plan divino y la medida según la cual os ha de juzgar Dios.

Eso es lo que tenéis que hacer, y no tenéis que hacer más que eso.

* * *

Mi segunda razón, que en parte acabo de tocar, es que vosotros estáis admirablemente provistos para esta obra. Tenéis las tres cosas indispensables: tiempo, dinero e influencia. Y las tenéis sin esfuerzo, sin haber tenido que molestaros para conseguir las.

La mayor parte de los hombres, antes de ocuparse en atender a otros, se ven, por la necesidad de la suerte, obligados a atenderse a sí mismos. Deben seguir trabajosamente una carrera, crearse una fortuna, obtener una colocación, pensar en el porvenir de sus hijos, y ¡cuántos hay que no pueden mirar tan adelante, que tienen que vivir al día, encorvados bajo su trabajo, y sin pensar en el día de mañana, ganar con que vivir al presente!

Pues bien; ¡cosa singular! entre éstos es entre quienes se encuentran los más generosos y los más decididos para todas las grandes obras... Ellos se arreglan para encontrar la hora más a propósito para ir a casa del obrero y del pobre, y si es preciso se la quitarán del sueño y del honesto recreo. Ellos saben hallar el dinero necesario para aliviar su miseria... se privarán de diversiones, y ¿quién sabe? tal vez acortarán su propia ración; pero darán. Las grandes creaciones de la caridad en los últimos siglos son obra de un hombre que no tenía un céntimo, de un hijo de un pobre aldeano y porquero en su juventud, son obra de San Vicente de Paúl.

Y en nuestros días, la admirable, la incomparable institución de las Hermanitas de los Pobres, que recoge y abriga, mantiene y consuela actualmente a más de 50.000 ancianos abandonados, ha salido del corazón de una criada de un pueblo, que no tenía por toda fortuna más que su rosario y su devocionario.

¡Qué ejemplos!... ¡Oh ricos! ¡oh ricos! si quisierais, ¿qué cosas no haríais?

*
*
*

La mejor parte de mi vida, señores, he estado consagrado a la educación de los jóvenes, y siempre me acuerdo con emoción del tiempo que he pasado en ser-

virles. Al verlos crecer ante mis ojos, ¡cuántas veces he pensado en el papel que más tarde habrían de desempeñar en el mundo! Como nos gusta siempre descubrir el velo que oculta el porvenir, yo me figuraba contemplar en lontananza cómo se desarrollaban sus destinos... ¡Cuántas veces esperé grandes cosas!... y después... ¡qué triste desencanto! Gracia, talento, salud, fortuna, carácter, todo lo tenían; y todo ello iba luego a perderse y abismarse en el vacío de las frivolidades mundanas.

• Diez años después, al encontrar alguno de sus compañeros de clase o de estudio, lleno de interés me apresuraba a preguntarle:

«Y fulano, ¿qué hace?» Y fúnebre como toque de muerto, escuchaba la respuesta: «Nada».

O bien: Acaba de batirse en duelo. ¡Cuestión de faldas!»

Y a veces: «Hace dos días perdió al juego en una sola noche 70.000 francos».

Y también: «Se ha ido de expedición a la India a caza de tigres».

¡Oh! ¡Cuán profundamente lacerada se siente entonces el alma!

¿Les ha hecho Dios ricos para eso?

¿Y qué queréis que haga de semejantes hombres la sociedad?

Entre aquellos jóvenes hay uno cuyo triste recuerdo me conmueve cada vez más. ¡Le quería yo tanto! Era bueno, cariñoso, de una franqueza encantadora, muy aplicado y de un talento extraordinario. Apenas salido del colegio se dejó llevar de la fatal seducción del mundo; en la Universidad llegó a contraer deudas por valor de 20.000 francos. Su padre pagó; pero prevenido por este golpe, indicador de lo que iba a ser su raza, el pobre anciano, herido en el corazón murió de pena... El hijo se apresuró a salir de la patria protestad; a des-

pecho de su madre, se casó. Al poco tiempo Dios le llevó su esposa, compadecido sin duda de la pobre criatura. El continuó su vida. Un día le volví a ver cuando el infeliz acababa de pasar la noche en el baile, y después del baile en el juego. En sus labios se dibujaba una sonrisa iriste; ¡supe en el mismo día que aquella noche había pedido prestados cinco luises al cafetero del círculo!.. y así continuó, hasta que llegó al extremo, ¡y hoy día, ocultando su nombre, pues era uno de los más nobles de nuestras provincias, está limpiando vasos en una cervecería de París!..

Otra vez os pregunto: ¿qué queréis que haga la sociedad de ese pobre mozo?

Bien sé que éstos son casos excepcionales, y que generalmente se evita el llegar a tales extremos. Pero decidme con toda franqueza:

Arreglar los gastos de casa de modo que no excedan a las rentas, y aun enriquecerse constantemente gastando algo menos, y por lo demás montar con maestría sus caballos, dirigir con destreza sus coches, frecuentar con aplauso los salones, el club, los teatros y los circos, tener abiertas en verano sus *villas* o casas de campo, y en invierno sus hoteles veranear todo el tiempo que plazca en los establecimientos balnearios o en las playas del mar, saber llevar adelante una intriga con toda la cautela necesaria para que no sufra menoscabo la buena reputación ni pueda nadie convertirla en materia explotable, firmar sus cuentas o autorizar para ello a sus administradores, hacer por sí mismo la elección de los mejores puros habanos y de los vinos más exquisitos... cazar, comer, beber y divertirse, decidme, repito, ¿creéis que eso basta para el debido empleo de la vida... que eso sea suficiente para conservar el honor?...

¿Y por quién habéis tomado a Dios si creéis que os va a dejar vivir a vuestro capricho sin responsabilidad

nninguna? ¿No véis que a cada paso él desmenuza esas potencias, derriba esas grandezas, hace que se derrumben en el polvo esas antiguas casas que habían desafiado a los siglos, y arranca y barre con un soplo de viento esas nobles razas que parecían arraigadas en la historia?

¿Y por qué, por qué?

¡Ah! El por qué se halla escrito manifiestamente en la Sagrada Escritura: *Factio lascivientium auferetur.*

Dejadme que os lo diga, porque esta verdad llena mi mente y se desborda de mi corazón.

El trabajo es vuestra ley, como es la ley de toda criatura humana. Nadie ha venido a este mundo para gozar. A todos y a cada uno se nos ha dicho: «¡Comerás el pan con el sudor de tu rostro!» *In sudore vultus tui vesceris pane!*... Y ya que a vosotros se os da ese pan sin que tengáis que adquirirlo con el trabajo material que otros, emplead vuestra energía en favor de los demás, trabajad para vuestros hermanos, trabajad para la sociedad, trabajad para el porvenir de los pueblos. Por los demás, tenéis a la vista magníficos ejemplos; podría citaros nombres ilustres que el pueblo acogería con hurras y bendiciones.

Imitadlos, señores; sobre todo vosotros, jóvenes, que tenéis delante toda vuestra vida ofreciendoos ancho campo a vuestras empresas, trabajad, trabajad, no os dejéis invadir por la lepra de la holgazanería; tened cuidado de vuestro honor... no arrojéis a los vientos frívolos del mundo todas las energías y todas las generosidades de vuestros corazones; trabajad, trabajad para que de nosotros quede algo más que un poco de polvo despreciado, y sobre vuestras tumbas, encima del escudo de vuestros antepasados se puedan grabar estas hermosas palabras: «¡Cumplió en vida con su deber!»

Resta la tercera razón, la razón más interesante, que os impone el deber de trabajar en la forma social. Y es que, después de todo, os va en ello vuestra suerte. *Tua res agitur.*

El gran nudo de la cuestión, lo que se juega y arriesga en la batalla son vuestras riquezas...

Es, en efecto, evidente, señores, que el blanco hacia el cual dirige sus miradas el pueblo, el término adonde quiere llegar, su sueño, si queréis, pero un sueño que sale de sus entrañas y que ha impregnado hasta la médula de sus huesos, su sueño es una nueva repartición de la riqueza.

Ahora bien; de cualquier modo que a eso se llegue, ya sea por procedimientos pacíficos, ya por violencias revolucionarias, es manifiesto que los paganos habéis de ser vosotros.

A quien no tiene nada, claro es que nada le podrán quitar, y la multitud de los que viven de su trabajo podría en rigor desentenderse de la contienda; siempre les quedara ese trabajo que constituye su medio de subsistencia. No tendrán que emprender vida nueva... una vez pasada la crisis, se entregarán otra vez a su labor material o mental, y podrán vivir como antes. Pero vosotros, cuya vida no se apoya en el trabajo, vosotros que tenéis vuestra subsistencia en vuestras fortunas... ¿no veis que es vuestra vida misma la que se halla amenazada? .. ¿Qué haríais si sobreviniera el socialismo o el comunismo triunfante?... ¿Qué haríais si vuestras heredades fueran, como en el siglo pasado, vendidas en pública subasta, o lo que es más probable, porque las ideas han avanzado, repartidas entre los revolucionarios vencedores?

Muchos ganarían en el cambio; vosotros por precisión tendríais que perder en él. No, no es al que tiene poco, ni al trabajador, a quien los descontentos, los necesitados y los hambrientos tienen odio, es al rico;

y es sumamente instructivo el ver cómo lo entienden.

¿Os acordáis de una serie de atentados que, cometidos casi en el mismo día y a la misma hora en una de las grandes ciudades de nuestro país, sembraron el espanto en todo el reino? Parecía que no se oía más que el estruendo de las espantosas explosiones de dinamita, y todo el mundo se preguntaba hasta dónde llegaría aquella repentina efervescencia del crimen.

Uno de los cartuchos de dinamita hizo explosión en un hotel, ¿y por qué? Era un misterio... Nada le señalaba a una venganza. Cuando se preguntó al culpable por qué se había ensañado contra aquel edificio, respondió: «Porque tenía en las ventanas cortinas elegantes».

Las cortinas, por elegantes que fuesen, no tenían nada que ver con lo de adentro... no eran más que un signo... el signo de la fortuna, y a la fortuna es a la que se odia; contra ella, pues, contra ella sola iba dirigido el tiro.

Hace poco leía yo un libro titulado *Del problema de la miseria*, ¿y sabéis la solución que allí se daba a tal problema? Vedla aquí: «La miseria procede siempre de la riqueza, en el sentido de que ésta jamás quiere—pudiendo siempre hacerlo—hacer lo que la miseria tiene derecho a exigir de ella: prestarle ayuda para vivir. La existencia de la una tiene su origen—como sus excesos tienen su justificación, y sus extravíos su excusa—en la ciega codicia de la otra y en su obstinado egoísmo».

Vuestro interés y vuestra obligación van, pues, de acuerdo, señores, para gritaros: ¡Trabajad! ¡trabajad! ¡Obrad! ¡obrad! ¡y obrad pronto! porque los tiempos peligrosos se aproximan aceleradamente. ¡Apresuraos! ¡apresuraos! porque la marea sube y en el cielo sombrío se acumulan negros nubarrones.

Pero ¿qué hacer?

Voy a decíroslo.

Es preciso, en primer lugar, dar algo de vuestra fortuna. Después, y sobre todo, dar algo de vuestras personas. ¡Vuestro oro y vuestro corazón!

Dar algo de vuestra fortuna gratuitamente, impulsados por vuestro corazón y por vuestro amor. Eso, eso es la caridad, eso es la limosna. Es propio de la caridad el que nada os fuerce a hacerlo y el que no esperéis en retorno de ello gracias ni beneficios. Ya lo hizo notar Cicerón, escribiendo acerca de la caridad estas magníficas palabras: *Carum ipsum verbum est amoris ex quo amicitiae nomen est ductum...* La expresión *caro* (de donde se deriva caridad) es una palabra de amor de la cual proviene el nombre de *amistad*... Porque si en la caridad buscamos nuestro provecho y no el bien de aquel a quien amamos, no habrá ya en tal acción más que un préstamo a interés, una manera de comercio en que cambiaremos mutuamente nuestras ventajas. *Mercatura quaedam utilitatum suarum.*

Hominum caritas et amicitia gratuita est. La caridad y la amistad de los hombres son gratuitas. Entre hombres, la caridad, lo mismo que la amistad, es un don gratuito.

¡Y qué bien lo comprenden las almas verdaderamente cristianas!

Permitidme citaros un rasgo que a mí me parece el ideal de la caridad así comprendida.

Un honrado obrero, padre de familia, trabajador y animoso, había visto caer una tras otras todas las desgracias sobre su cabeza... hasta llegar a verse obligado por la justicia a dejar su casita, a vender su taller, sus herramientas, sus muebles, todo lo que le servía para ganar el pan, a fin de satisfacer a sus acreedores, ¡que andaban en coche!

Para salvarle hubieran sido necesarios al menos 1.500

francos... y mejor aún 2.000... con éstos hubiera salido a flote.

Los pidió, no en don, sino en préstamo, y en préstamo sincero, pues como he dicho, era un hombre honrado y laborioso y había calculado que, una vez en pie, su trabajo le permitiría devolverlos en tres o cuatro años.

Un rico de corazón verdaderamente cristiano, se los adelantó, y el obrero, por toda paga, le firmó un recibo reconociendo su deuda. Con este anticipo pagó su alquiler y todo cuanto debía, y con el resto el pobre hombre compró una partidita de madera para reanudar sus trabajos. Pero ¡ay! no llegaron los encargos, y era preciso vivir. Le cayó enfermo un hijo, y fué preciso pagar al médico y las recetas al boticario... ¡y había que continuar viviendo! Entonces, viendo llorar a su mujer y a sus hijos, vendió su madera inútil, y luego sus herramientas, y después sus muebles, y despojado del todo se fué en casa del rico.

«¡Ah, señor —le dijo—, bien sabe Dios que yo quería devolverlos los 2.000 francos que me habíais prestado, pero la suerte me es contraria; he luchado en vano; ya no tengo nada, lo he vendido todo, y ahora me veo precisado a ir pidiendo por esos mundos de Dios para dar de comer a mi mujer y mis a hijos.»

El rico, lejos de recibirle mal, «¡pobre amigo mío—le dijo—, todo eso es mucho más triste para vos que para mí!...» Y dirigiéndose a su escritorio y cogiendo el recibo de la deuda se lo entregó, dándole encima un billete de 100 francos.

Contaba yo un día este rasgo con admiración delante de otro rico. «¡Bah!—me dijo éste,—debiera haberle puesto a flote por segunda vez».

Quedé sorprendido de tan generoso arranque. Pero algún tiempo después, pidiéndole yo a él mismo una limosna para otro pobre, me dió ¡100... céntimos! «Los

tiempos eran malos, los negocios no iban bien... ¡La muletilla y excusas consabidas!...

*
* *

Esta caridad es el don gratuito y hecho de buen grado. Pero hay otra manera de repartir la fortuna, que, aun cuando todavía no sea hoy de uso corriente, amenaza entrar bien pronto en las costumbres, y a la cual sería conveniente, a mi juicio, que se conformara toda alma cristiana. Voy a explicarme muy claramente, para que no se tergiverse mi pensamiento.

Vuelvo otra vez a mi punto de partida, señores. La causa inmediata del malestar social en que nos agitamos, es la falta de equilibrio en la falta de la repartición de la riqueza pública. El Papa la señala en términos enérgicos, y no hay un solo economista que no vea en ella un peligro inminente para la sociedad contemporánea.

Si se tuvieran en algún punto reservados los tesoros de Golcondo, se podría acudir a ellos y sacar lo necesario, y sin quitar nada de arriba, añadir un poco abajo. La solución en este caso se encontraría hecha, y quedaría restablecido el equilibrio. Pero así como no se crea la fuerza, tampoco se crea la riqueza; se transforma y pasa de un lugar a otro; a esto se reduce todo. La única solución posible, por consiguiente, es añadir abajo, claro está, pero tomándolo de arriba. No hay otro recurso.

Y a eso miran cuantos se preocupan del porvenir.

Siento mucho tener que decirlo, pero las cosas son así. Todos los que se afanan por salvar la sociedad de la crisis que la acongoja, tratan de esquilarnos. Amigos y enemigos están de acuerdo en este punto; sólo que los primeros se contentarían con que por vosotros mismos os desprendierais de algunas gruesas

vedijas pendientes, inútiles y que os afean, mientras que los segundos quieren arrancaros, a pesar vuestro, todo el vellón, y no rehusarían tomar la piel por añadidura.

Mas ¿cómo quitar de arriba para añadir abajo?

¿Cuál es el medio? He ahí la cuestión.

No es que falten medios; pero ¿dónde está el bueno, el que pueda restablecer el equilibrio sin violencia, sin sacudidas, sin rompimientos, evitando esas oscilaciones dolorosas, esos altos y bajos tan ocasionados a desórdenes y conflictos?

Dejemos a un lado los medios revolucionarios. Esos están al servicio de todas las malas causas que recurren a ellos, reemplazan un desorden por otro desorden, y dejando eternamente en pie y clamando al cielo la protesta del derecho violado, provocan tarde o temprano el fuego y la sangre de las represalias.

Notemos, sin embargo, que esos medios forman uno de los elementos de la historia humana, que entran permisivamente como instrumentos en los planes de la Providencia divina... y que el tiempo, que no tiene fuerza suficiente para consagrar la iniquidad, a la larga concluye, sin embargo, por echar sobre ella las sombras del olvido y del silencio.

Dejemos, pues, a un lado los medios violentos, el arma de las revoluciones y ese robo preconizado por las turbas y las naciones poderosas, que por más que se le denomine con los más decorosos nombres, siempre será robo.

Pasemos a los medios legales y pacíficos. Pero exclamaréis: «¿Cómo? ¡medios legales de quitarnos nuestros bienes! ¡Si no los hay, si no puede haberlos!... ¿Qué hacéis, pues, del derecho de propiedad y del séptimo precepto del Decálogo: «No hurtarás?»

¡Oh! señores, ciertamente, jamás seré yo quien bata en brecha ese principio ni ese derecho. Pero yo no sé si vosotros lo entendéis bien y si encierra en verdad

todas las conclusiones que de él queréis deducir. Conviene no olvidar que los bienes de la tierra han sido para utilidad de todos. Si llegara, pues, a suceder que la propiedad privada los apartase de su fin para hacerles servir a la utilidad y al bien de uno solo o de un pequeño número, perdería a la vez su título legítimo...

Caducaría su derecho.

Cuando se quiere establecer en derecho natural el principio de propiedad, se parte de este hecho, que siendo la riqueza fruto del trabajo personal, se hace propiedad de la persona. Y bajo esta forma el principio es absolutamente inatacable.

De igual modo es fácil probar que cierta acumulación de riqueza, fruto de un trabajo personal más intenso o más hábil, es perfectamente legítimo; sirve para dar una seguridad para el porvenir y un desahogo de vida que el hombre puede razonablemente proporcionarse. Esto también me parece inatacable.

Mas cuando esta acumulación traspasa toda medida razonable, cuando llega a ser absolutamente exorbitante, cuando excede los límites, no sólo de las exigencias presentes, sino de las probables contingencias más desastrosas del más lejano porvenir... cuando esteriliza en provecho de uno solo ese suelo, esa tierra, esa riqueza dada para bien de todos, cuando cesa de ser un bien para el público y se convierte para él en un peligro, entonces la legitimidad de ese amontonamiento inútil me parece mucho menos evidente, mucho más difícil de sostener, y hasta os diré sin ocultarlo, que yo la negaría si supiera dónde fijar el límite.

Yo puedo evidentemente hacer mi provisión de trigo, y si soy comerciante, llenar mis trojes, graneros y almacenes... Sin embargo, hay un límite en que me detienen todas las leyes y todas las sociedades, en que ya no soy ni comerciante, ni propietario, sino acapara-

dor, en que ya no sirvo a mi país ni a mi pueblo, sino que exploto su hambre.

Ya lo veis, vuestro derecho no carece de límites.

Si en una sociedad determinada, la ley existente permitiera traspasar esos límites e hiciera reinar en la repartición de la riqueza esas desigualdades fatales que hacen zozobrar a la nación, sería preciso... ¿qué, señores?... ¿Buscar el restablecimiento del roto equilibrio en los grandes trastornos de las revoluciones sangrientas?... ¡Jamás! Las sociedades no se curan con eso, antes bien se destruyen. ¡No! Mas entonces debería ser la preocupación urgente de los sabios el buscar leyes nuevas que por medio del empleo pacífico y sin violencias del impuesto y del fisco hiciesen volver lentamente al fiel la desequilibrada balanza, y leyes que una vez restablecido el equilibrio, le asegurasen y fijasen entre ligeras variaciones, no permitiéndole más que oscilaciones inofensivas.

A esto se ha llegado ya en muchas sociedades europeas; y de ahí han salido el impuesto progresivo sobre la fortuna—a veces en razón geométrica muy fuerte—y las nuevas leyes—onerosísimas a veces—acerca de la transmisión de la riqueza entre vivos o por herencia... Sin negar la propiedad privada, estas leyes la limitan y la vinculan.

¿Qué significa todo esto, señores?

Una sola cosa, y es que por encima de todos los derechos personales y privados del individuo está domiñándolos y regulándolos el derecho superior del pueblo y de la sociedad. Ese derecho es el que hay que asegurar y defender; y si para asegurarle y defenderle es preciso sacrificar vuestros derechos privados, sacrificadlos, tal es vuestro deber.

*
**

Se ha dicho del Derecho romano esta bella frase:

que era «la razón escrita». La propiedad, según él, era sagrada; pero tenía fijado un límite máximo. Las tierras asignadas en el campo romano, *ager romanus*, tenían sus límites demarcados por los augures, y cada patricio no tenía en él más que un lote sólo de dos yugadas (*juguera*)—una media hectárea próximamente— en el tiempo de Rómulo, y de siete yugadas—cerca de dos hectáreas—después de la expulsión de los Reyes.

Las tierras conquistadas, el *ager publicus*, formaban el dominio nacional; el Estado las vendía o las arrendaba a ciudadanos pobres o a soldados; pero no cedía su propiedad, y las entregaba en concesión enfiteútica.

A la larga, sin embargo, sucedió lo que sucederá fatalmente en todas las sociedades donde no reine la caridad de Cristo; sucedió que, merced a la usura, todas las tierras pasaron a manos de los ricos, y que la masa del pueblo se quedó sin nada. *Latifundia perdidere Italiam*.

¿Dónde se encontró el remedio? En las leyes agrarias. No eran éstas, como han dado algunos en decir, la reglamentación de un repartimiento... ¡No! Ellas no tocaban a la propiedad sagrada del *ager romanus*; solamente regulaban la posesión de los bienes comunales. Recordad la ley de Licinio Stolón. Disponía ésta en primer lugar que nadie poseyera más de 500 yugadas por cabeza. Después señalaba el número máximo de cabezas de ganado que podían tener en los pastos, y otras cosas semejantes.

Esta ley colocaba la pequeña propiedad al lado de la grande, contenía al rico en sus ambiciones y satisfacía al pobre en sus deseos, y hubiera, en fin, salvado la república.

Mas los ricos no se resignaron con ella. Bajaron la cabeza, porque era preciso, pero para mejor buscar un resquicio o alguna rotura en las mallas por donde escapar.

Y hallaron mil... ¡Oh miseria humana! Uno de los primeros que por allí pasó fué el mismo Licinio Stolon. Hizo inscribir 500 yugadas a su nombre y otras 500 a nombre de su hijo, emancipado para este fin.

¿Qué sucedió entonces?

Lejos de mitigarse el mal, se empeoró. Esto pasaba en 378. En 133 los Gracos trataron de hacer revivir esta ley, que había nacido muerta; y mueren con ella ellos mismos. Entonces viene Mario, Sila y los Triunviros... Los soldados y los pobres se lanzan sobre Italia; 120.000 legionarios se reparten las tierras más fértiles de la península, echando de ellas a los propietarios patricios y senadores, los degüellan si resisten, y arrojándolos a puntapiés se instalan en sus palacios y soberbias villas, gritando: «¡Atrás, atrás, decrépitos ricos de antaño; ahora vuestros antiguos bienes son nuestros!»

Haec mea sunt, veteres migrate coloni!

Y los ricos huían proscritos, malditos, contentos si podían escapar de la espada.

Nos patriae fines et dulcia linquimus arva

..... en quo discordia cives
Perduxit miseros.

Aquel magnífico Senado de Roma no había querido escuchar nada; «diríase que tocar, aun indirectamente, al derecho de los grandes se habían arrogado de apoderarse de todos los bienes que les convinieran, era una flagrante violación de la propiedad de los *quirites*.

Las únicas concesiones que, según ellos, hubiera podido y debido hacerse al pueblo en el *ager publicus*, eran aquellas que ellos mismos juzgaran a propósito hacer»

Adónde les condujo aquella obstinación, os lo he acabado de decir.

Pero nosotros no nos hallamos en el mismo caso, me diréis.

¡No! y quiero esperar que nos hallamos muy lejos de él. No obstante, señores, si llegara esa hora sabed resignaos a esos sacrificios que salvan con más prudencia y cordura que la que manifestaron los grandes y nobles de Roma.

¡No! no nos hallamos aún en igual caso; el pueblo, en su mayor parte al menos, no sueña en leyes agrarias. Más ¡cuántas cuestiones se hallan hoy a la orden del día, exigiendo de vosotros, no ya sólo el don de la caridad, sino también la cesión forzosa, o poco menos de una parte del rigor de vuestros mismos derechos: ¡Salario mínimo; elevación del salario; participación en los beneficios!... ¡He ahí palabras preñadas de tempestades!

Estas palabras se han abierto camino y cada día avanzan más. Y al presente, observadlo bien, ya no es sólo el obrero revolucionario quien se pone frente a vosotros, es también el obrero honrado, leal, laborioso y esforzado; y no apela a la violencia, sino a su derecho, no se os presenta en la amenaza en los labios, sino que os habla con el respeto que os debe y con la noble dignidad que se debe a sí mismo.

Vedles a miles bajo los pliegues de sus banderas, bendecidas al pie de su altar... vedles, salen del templo, a donde han ido a suplicar a Jesucristo, ¡el Obreiro Dios! su hermano; pues con verdad pueden llamarle su hermano teniendo Jesús encallecidas sus manos y fatigados sus brazos por el manejo de los rudos instrumentos del trabajo.

¡Ah! hubiera sido extraño que no los amara con predilección Jesucristo, a ellos, trabajadores como El.

Esos trabajadores vienen y os piden:

Que mejoréis su suerte elevando su salario; que haya más equidad en la repartición de lo que correspon-

de al capital y lo que se debe al trabajo; que os pongáis de acuerdo con ellos; que los escuchéis cuando estáis decidiendo de su suerte y de su vida. Os piden que los protejáis contra los explotadores avaros, fijando en vuestras industrias el *mínimum* del precio que se ha de pagar a su trabajo.

Y aun ha sucedido que algunos han reclamado también, todavía un poco vagamente por ahora, más no está lejano el día en que precisarán su pensamiento, han reclamado, repito, una participación en vuestros beneficios, participación cuya proporcionalidad habría que discutir. No entra eso en sus derechos, bien lo sé, y por esto lo piden hoy en súplica; ¿quién sabe si algún día no lograrán imponérselo? No ignoro que la cuestión tiene sus dificultades; pero se han resuelto ya tantas veces y en condiciones tan diversas, y con tan buen resultado, que no dudo que puedan resolverse siempre... cuando se quiera resolverlas bien.

¿Habéis reflexionado alguna vez sobre el alcance moralizador de esa repartición proporcional de los beneficios? Llega hasta el fondo de la cuestión social. Destruye de un golpe el antagonismo entre el patrón y el obrero, entre el capital y el trabajo; de dos enemigos hace dos asociados, confunde sus intereses, y en vez de la guerra, hace reinar la paz... ¡Ahí quizá se encuentre la salvación!

Para moler el trigo en Roma, los ricos se valían de los esclavos, y para que al dar vueltas a la tahona no comieran algunos granos, les ponían al cuello una especie de argolla muy saliente que les impedía llevar las manos a la boca.

¡Eso es el hombre! Y es probable que el maligno que invetara semejante argolla se frotaría las manos de gusto, diciéndose: «¡Ahora sí que he hecho mi negocio: ya no comerán mi trigo!»

¿Queréis vosotros ahora escuchar la voz de Dios?

Dios en los Sagrados Libros ha hecho escribir estas palabras: «No atarás la boca al buey que trilla. Déjale que al pasar tome su bocado».

Pues bien; ante esas nuevas exigencias por excesivas que os parecieren, sed una vez más generosos; dad, seguid dando, sacrificaos. ¡No hay grandeza sino en el sacrificio de sí mismo por los demás!

¡Sacrificaos... para salvaros!

Porque de otra suerte ved lo que va a suceder, lo que está ya sucediendo.

* * *

El obrero ha comprendido que ante todo y sobre todo nada importaba tanto como contar consigo mismo y sólo consigo. «Ayúdate» es la primera mitad del proverbio. Se ha constituido, pues, para empezar, en sociedades cooperativas de consumo, lo cual ha reducido sus gastos.

Esto, ya os lo he dicho, es la ruina o poco menos de todo el comercio al por menor; el desastre para toda una clase social, importante, trabajadora, generalmente honrada, tal vez demasiado ávida de ganancias, pero con frecuencia obligada a resarcirse de ese modo de todos los créditos aleatorios a los cuales se ve forzada.

¿Qué querfais, sin embargo, que hiciera el obrero?... Para él eso era un primer paso para su emancipación.

A las sociedades cooperativas de consumo ha añadido bien pronto las sociedades de seguros contra la enfermedad y los accidentes del trabajo, contra la huelga o paralización de labores y demás.

Sociedades ya de resistencia, señores, por más que os desagrade la palabra.

Hasta tanto que su educación económica y sus recursos le permitan inaugurar con éxito las sociedades cooperativas de producción, ved cómo se extienden.

cual un reguero de pólvora, las uniones profesionales, los sindicatos de oficios particulares, los antiguos gremios resucitados bajo formas contemporáneas.... Y a dónde le va a conducir esa agrupación de fuerzas esparcidas, el obrero lo sabe muy bien, y espera su hora... ¡Y será fuerte!... Fuerte ¿contra quién?... ¡Contra vosotros!

Cuando estén organizadas esas grandes familias, esas grandes potencias de los trabajadores, entonces serán ellos, y no vosotros, los que fijen su salario y su parte de los beneficios, y respetuosos, pero intransigentes os darán a elegir entre aceptarlo o rechazarlo. Entonces os exigirán lo que hoy día se contentan con pedir, y vosotros estaréis a merced suya.

Y no os irritéis, señores, por ese movimiento de asociación que se difunde entre las clases obreras. En primer lugar, es enteramente inútil vuestro enojo; no detendrá ese movimiento; y ese movimiento, por otra parte, es fatal en la presente situación.

Cierto es que tal movimiento puede llegar a ser peligroso si no es bien dirigido. Mas por eso mismo vuestro deber peculiar es tomar parte en él para poder dirigirlo a su tiempo y apartarle de los excesos adonde podría conducir. Ricos, tomadle bajo vuestro patronato, y no llevéis a mal que esa fuerza de asociación que os ha permitido elevar al décuplo la producción y el beneficio de vuestras industrias, favorezca también a los pequeños y al obrero y aumente un poco su miserable ahorro, que es toda su fortuna.

Finalmente, y con esto concluyo. Dad, no sólo el espontáneo tributo de vuestra limosna, no sólo vuestra resignación y grata conformidad a sacrificios un tanto forzosos... ¡dad, sobre todo, algo de vosotros mismos; dadles a los pobres obreros vuestras personas!

¡Ahl señores, ¿por qué os aisláis de esa suerte en el

mundo? ¿por qué tenéis tanta repugnancia en descender hasta el pueblo? ¡Serfais tan fácilmente amados!... ¡Y es tan delicioso sentirse amado!

No quiero insistir largamente sobre este punto, reservándome el tratar de él, y por extenso, cuando os hable de la caridad personal. Pero permitidme contaros un rasgo.

Estaba yo en casa de uno de mis amigos, y después de un paseo por el parque fuimos a ver la aldea. No pasaba un solo paisano ni un obrero sin que mi amigo le saludara por su nombre, añadiendo algunas buenas palabras de afecto, una pregunta acerca de la salud de la mujer y los hijos, sobre la esperanza de la cosecha, el estado del ganado y cosas semejantes, terminando frecuentemente con un apretón de manos. Esto no disminuía en nada sus rentas, y en cambio le hacía querido de todos. No había enfermo, aunque fuera en la choza más pobre, a quien no fuera a visitar; cuando no podía él, le reemplazaba en estas visitas su esposa o su madre; tenía en el palacio un botiquín completo y pipas de vino para los convalecientes... Todo el mundo lo sabía y acudían allá con entera confianza. El palacio no era solamente la casa del señor, era también la casa del pobre, el refugio universal de todos los necesitados. Como prolongábamos el paseo, su señora y su madre, un poco cansadas, tomaron un atajo, dándonos cita para el «castillo de la Viuda».

Este «castillo de la Viuda» excitaba mi curiosidad y esperaba con impaciencia llegar a él.

A la vuelta de un camino, «Vedle allí», me dijo. Era una pobre choza, en parte de ladrillos y en parte de tapias, con tejado de paja; un cuartito, y en el fondo una alcoba, al lado una cocinita y un establo para cabras. Aquello era el «castillo de la Viuda». «Cuando la viuda perdió su marido—me dijo—no podía la pobre pagar ya el alquiler, y se vió amenazada de ser puesta

en la calle. Entonces compré yo la choza y dejé en ella a la pobre mujer. Poseo, sin arruinarme, cinco o seis castillos de este género.»

Entramos agachándonos, porque la entrada era muy baja, y yo contemplé... un cuadro que quisiera poder pintaros.

Ante el hogar, en que sobre grandes troncos de encina había una marmita negra, en la cual hervían unas patatas, se hallaba sentada la condesa calentando sus pies húmedos por el rocío de la hierba; junto a ella, su madre había tomado la media que estaba haciendo, y a la vez que hablaba, hacía deslizar entre sus dedos las agujas y el grueso hilo de lana, y delante de las dos señoras la viuda con un niño pequeño en los brazos y otro mayorcito agarrado y medio escondido entre los pliegues de su saya, recordaba su abandono y su miseria.

Al ver esto, sintiendo una emoción que no olvidaré jamás, me pareció que se estaba desarrollando ante mis ojos una página del Evangelio. Porque eso es el Evangelio, señores, y el que no lo comprenda así, no tiene el sentido de la caridad de Cristo.

¡Ah! señores socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, ¡vosotros le tenéis, vosotros tenéis el sentido de esa caridad divina, porque habéis comprendido que lo que es preciso dar sobre todo al pobre, más que la plata y que el oro, es vuestra mano y vuestro corazón! Vuestra mano, para levantarle de la abyección en que le ha sumido su infortunio; vuestro corazón, para hacerle gustar la única y verdadera dulzura de la vida, el amor.

A vosotros nada tengo que enseñaros. Mas ¿por qué no se apresuran todos a seguir vuestros pasos y a formar en vuestras filas? ¿Por qué no os siguen todos a la miserable morada de esos pobres; por qué no se sientan con vosotros junto a ellos en sus sillas; por

qué no derraman todos en ellos el bálsamo del consuelo que cura las heridas, y ese vino del respeto y de la amistad que eleva los ánimos abatidos?

¡Ah! ¡no saben ellos las incomparables delicias que el Dios de los pobres hace gustar a los que los aman!

Jóvenes, queridos jóvenes, a vosotros me dirijo una vez más, a vosotros, que sois el porvenir y la esperanza social. Id, id al obrero y al pobre... primeramente porque ese es vuestro deber, y que no se falta a un deber sin sufrir menoscabo en la dignidad y sin llevar un estigma ignominioso en la frente; después porque eso es bueno y grato al corazón, y que ni en vuestros salones ni en vuestros círculos gustaréis alegrías y goces tan dulces y puros; y, en fin, porque eso es útil... En el día de las iras y venganzas os será de sumo precio el que el pobre os ame, y que al veros pasar grite: «¡No le toquéis!... ¡ese nos quería!

* * *

Señoras, al parecer no os he hablado absolutamente nada a vosotras esta noche, desengañaos, sin embargo; de vosotras no se ha separado un punto mi pensamiento. En esta cuestión social vuestro papel es inmenso, y en vosotras es en quienes la sociedad coloca su más sólida esperanza. Sois madres, y espera que comunicaréis a vuestros hijos esos grandes corazones, siempre abiertos a las causas generosas. Espera que les haréis amar al obrero y al pobre, que les inspiraréis hacia esos hermanos desgraciados, no solamente la compasión, sino también el respeto y el deseo de aliviarles, que les haréis poner manos a la obra y servirles con amor,

Haced de ellos hombres de trabajo, hombres de acción, hombres de caridad, y no permitáis que arras-

tren en el mundo la frivolidad de uná vida inútil para Dios y para sus semejantes.

Pero hay más; además del cetro de la maternidad vosotras lleváis otros cetros.

En otro tiempo los caballeros de pro, a mandobles y a botes de lanza se disputaban el honor de un premio que venía de vuestras manos. Hoy se hallan relegadas a las panoplias las espadas y las lanzas; pero sois todavía las reinas de muchos torneos. Por favor no déis el premio más que a los dignos. Y que únicamente sea digno a vuestros ojos el que trabaje, el que se abnegue, el que se sacrifique, y que en nuestras luchas contemporáneas, firme, de pie en la brecha, combata los santos combates del deber.

Acordaos de aquellas mujeres antiguas que viendo a sus esposos, a sus hijos, a sus hermanos, remisos en correr al socorro de la patria, indignadas y valientes, ellas mismas cogían sus armas y escudos y se las ponían en las manos, diciéndoles: «Id, volad enseguida, y volved vencedores con ellos, o que sobre ellos os traigan muertos».

Pues bien, enviad también vosotras vuestros caballeros al obrero y al pobre. Arrojadles a los pobres; arrojad a todos esos Hércules desocupados que están hilando a la rueca a los pies de Onfalia; decidles que su puesto no es entre los husos y las agujas, que sean hombres al fin, y que si quieren conquistar vuestro aprecio, procuren al menos que no tengáis que avergonzaros de ellos ante la Sociedad.



DISCURSO III

EN LA FÁBRICA

CONFERENCIA FAMILIAR

*Antra Aetnea tonant, validique incudibus ictus
Auditi referunt gemitum, striduntque cavernis
Stricturae Chalybum et fornacibus ignis anhelat.*

(VIRGILIO. *Encida*, lib. VIII vs. 419 y sig.)

SEÑORAS, SEÑORES;

LA noche era magnífica, tranquila, de un negro puro y transparente; a modo de perlas brillaban en el horizonte millares de estrellas temblorosas, como si los últimos fríos de Abril las hicieran todavía tiritar. Pero yo no miraba ni al cielo ni a las estrellas. A pocos tiros de piedra de mi ventana, la gran fábrica extendía confusamente la sombría masa de sus negras construcciones. Por encima seis grandes chimeneas proyectaban su perfil en medio de una luz vaga y vomitaban nubes purpuradas con los reflejos de las llamas. Más abajo se abría la boca de los cubilotes arrojando haces de fuego. Los agujeros de los techos dejaban escapar lluvias de blancas y rojizas chispas. Sobre todos los cuerpos de edificio pendía y se balanceaba un mar borrascoso de vapores y de humos, cuyas ondas parduzcas y negras giraban bajo la acción del viento, que soplaba con fuerza, y subía hacia el cielo en torbellinos siniestros; hubiérase dicho que era una cabalgata de fantasmas a través de un inmenso incendio. Yo escuchaba como un trueno lejano el sordo crujir de las máquinas, el ruido anhelito del vapor, que parecía ja-

dear, agobiado del trabajo; los martillos pilones que caían golpeando sobre el yunque, las estridentes sierras que rechinaban al morder el hierro, todos esos estruendos y aullidos de la materia aprisionada, encadenada y esclavizada por el hombre y trabajando a sus órdenes y bajo su mano, botando aún y encabritada como en un circo de fieras bajo el látigo del domador. Yo había visto ya aquella vieja fábrica, e iba a volver a verla y me embargaba la emoción,

Quisiera decir lo que he visto repetidas veces; quisiera hacérselo ver a los demás, pero no con los ojos corporales, sino con los del alma, que es como hay que ver estas cosas.

* * *

El más compendioso tratado de Química os dirá que entre la fundición del hierro y la del acero la diferencia esencial consiste en la proporción de carbono que contienen. Mientras los hierros conservan de dos a cinco y medio por ciento, los aceros no pasan de dos a siete décimas.

Se explicarán en el mismo tratado los procedimientos por medio de los cuales la industria transforma en acero los diversos hierros fundidos, y cómo por la fundición de manganes se obtiene el acero pudelado.

El hierro dulce en barras, caldeado al rojo entre dos camas de carbón de maderas mezcladas con sal, da el acero de cementación.

El acero bruto fundido en crisoles en el seno de un horno atmosférico se convierte en el acero más homogéneo bajo el nombre comercial de acero fundido.

Si el tratado no es absolutamente muy viejo y anticuado, describirá el modo de formar el acero por el procedimiento Bessemer.

Si es contemporáneo, tal vez describa el procedimiento Thomas y Gilchrist.

Y en la gran fábrica los ojos no verán más. Verán las olas de oxígeno del aire borbotando en hierro líquido, quemándole su carbono y precipitándose hacia el cielo en nubes de ácido carbónico, y el acero derramando en las lingoteras su chorro de fuego chisporroteantes. No verán más que eso.

No verán al obrero, de pecho y brazos desnudos, que derrama gota a gota su incesante sudor sobre el suelo que le empapa y sobre el acero que le evapora.

No verá aquellos estirados músculos tersos, aquellos nervios febriles, desarrollando también ellos y derramando a torrentes aquella fuerza y aquella energía humanas sin las cuales todo aquel imponente mecanismo no sería más que una potencia ciega que todo lo rompería y destrozaría quebrantándose y destruyéndose a sí misma, como un navío abandonado, sin brújula, rompe, hiende y despedaza la roca sobre la cual se destroza él mismo con crujido siniestro y sombrío.

No verán a través de los siglos ese continuado y progresivo empuje de los espíritus, pasando de la forja de los salvajes—simples hornillos de arcilla en que soplan con fuelles rudimentarios formados de piel de cabra,—a través de los crisoles de la Edad Media, hasta los magníficos convertidores de nuestros días. No verán cuantas vidas se han necesitado para llegar a este punto, ni la acumulación de pensamientos humanos que se han reconcentrado en él, produciendo esa hermosa maquinaria que es hoy la última palabra y que será mañana un trasto viejo del que se reirán nuestros sucesores.

Y en esos hombres ennegrecidos de carbón, y por cuya piel quemada va dejando marcado un surco rojo el sudor que los corre, no verán el corazón... ¿Creéis vosotros que aquel obrero que con los extremos de largas tenazas sujeta un lingote hecho ascua está pensando en el acero? No, piensa en su mujer, que está

durmiendo allá lejos, en su casita blanca, al lado de una cuna; y esta visión es la que danza ante sus ojos en medio del humo y de la llama; y ella es la que comunica fuerzas a sus músculos, valor a su corazón y felicidad a su vida. Porque para ellos y por ellos trabaja, él es quien los mantiene; y conforta el decirse a sí mismo esto interiormente cuando el trabajo es duro y el cuerpo se cansa.

*
*
*

¡Nada de esto ven los ojos, pero lo ve el alma!

A la hora en que me retiraba yo a dormir entraba al trabajo la tanda de obreros de noche, que eran unos mil doscientos hombres; la tanda de los que trabajaban de día, esparcida en las casitas o en los hospedajes de la ciudad y de la campiña, descansaba para volver al trabajo al despuntar el alba. Pero las grandes máquinas mugientes no reposan jamás.

No cesa el ruido; ciento once máquinas de vapor, diez locomotoras, cincuenta y siete calderas, siete trenes de laminar, tres convertidores, las torres, las bombas, las grúas, las sierras, las cizallas, los pilones, todo aquello bufa, jadea, grita, muge, silba, ronca, chillaba, rechina, ensordece, atruena, hiere, aplasta, vomita vapor, fuego y llama de día y de noche, sin cesar nunca, con trepidaciones que conmueven el suelo, cual si tuviera estremecimientos de fiebre, y con estruendos acompasados y lejanos que parecen suspiros de algún cílope encorvado sobre sus yunques.

*Antra Aetna tonant, validique incudibus ictus
Auditi referunt gemitum, striduntque cavernis
Stricturae Chalybum et fornacibus ignis anhelat* (1).

(1) «Cavernas semejantes a las del Etna retumban con los recios golpes dados en los yunques, difundiendo por los ecos roncós gemidos; rechina a todas horas en aquellas cuevas el derretido metal de los Calibes, y jadea sin cesar el fuego en las fraguas.»

Y los mil doscientos hombres corren y se cruzan en aquel dédalo de aceros brillantes y de hierros sombríos, haciendo cada cual su obra, como se entrecruzan las hormigas laboriosas en sus parduzcos senderos.

Un ojo vigilante lo dirige todo, a la manera que un general del ejército desde lo alto de una colina observa el despliegue de sus tropas en la llanura. Aquí el estado mayor son los contramaestres, los inspectores, los jefes de taller, los capataces de obreros, ¡qué se yo!

Hay entre éstos uno a quien con frecuencia se olvida.

Es un joven de unos diecisiete años, casi un niño, afeado por las manchas de aceite y grasa de su blusa azul, pero embellecido por la palidez juvenil de su rostro y el brillo inteligente de sus ojos negros. Tiene su mano sobre una palanca, y según que la inclina, infunde la vida en aquellos monstruos de hierro, la modera, la excita o la extingue. El es el que pone en movimiento, acelera, precipita o retarda y contiene a la gran máquina, y los inmensos volantes le obedecen a él, al pequeño maquinista.

Silencioso, observador, con las manos cruzadas tras la espalda, sosegado en medio de aquella agitación febril, el jefe mecánico va de máquina en máquina, las mira, las observa, las estudia en su funcionamiento, señala donde rozan o rechinan o muerden, aprieta o afloja un tornillo, arregla un muelle, levanta un coginete de cobre o una resbaladera. Es el médico de aquel cuerpo.

No me he olvidado del mecánico que vi en mi primera visita. Era un apuesto obrero de cuarenta años, valiente, robusto, sobre cuyas espaldas, anchas y rectas, se destacaba una cabeza inteligente, serena y honrada, pero velada de una melancolía inolvidable.

Me habían contado su historia (1).

Había entrado en la fábrica casi niño, sin otra preparación que las lecciones de la escuela de instrucción primaria, pero con mucho despejo de ingenio, una grandísima fuerza de voluntad y la noble ambición de obrar bien. De escalón en escalón había llegado a aquel puesto de honor, pues lo es verdaderamente. No tenía sobre sí más que a los ingenieros de servicio y al director técnico. Estaba en la cumbre, pues por su falta de estudios no podía subir más arriba. Su sueldo era crecido y podía vivir sin ningún apuro y con holgura.

Pero había tenido que derramar muchas lágrimas en su vida. Casado siendo aún muy joven, su mujer no había sobrevivido al nacimiento de su primer hijo; se había quedado solo con aquella pobre criatura, que exhalaba quejidos y llanto, agitaba sus bracitos, e inconsciente, de día y de noche, buscaba y llamaba infantilmente a la que ya no existía. Una vecina se encargó de cuidar al niño por una módica retribución, y por la noche, cuando terminado su trabajo volvía nuestro mecánico a su casita vacía, corría, se lavaba la cara y las manos y se arreglaba para parecer bien a su hijo; luego acudía a tomar en sus brazos, al pequeño enfajado, y con esa desmaña propia del hombre, le levantaba en sus manos callosas, le llevaba en sus brazos, le sentaba sobre sus rodillas, le arrullaba, le miraba largamente con dulces sonrisas, tratando de espiar en sus ojos, que apenas se abrían, un rayo de conocimiento, un destello de amor, y viéndolos inertes y vacíos, ¡se echaba a llorar!... después devolvía el niño a la vecina. El po-

(1) En este relato he sustituido la persona, y lo prevengo. El mecánico cuya historia refiero no vivió en esta fábrica alemana, sino en una fábrica belga, y murió aplastado bajo las ruedas de una locomotora. Por el contrario, la horrible muerte que referiré luego es realmente la de un pobre mecánico empleado en la fundición de acero.

bre chiquitín, alimentado con biberón, murió a los seis meses. ¡El padre fué al cementerio a colocar el ataúd del niño junto al ataúd de la madre!...

Largo tiempo vivió retirado y sombrío, huyendo de las tabernas donde sus camaradas festejaban el Domingo y donde el contraste de las risas de ellos con su interior sufrimiento laceraba su corazón. Pero aun en las más tiernas almas el tiempo debilita y adormece el amor de los que ya no existen... El no olvidó; pero tampoco se acordaba ya como antes. ¡Ah! ¡no era él de mejor condición que los demás!... Un día en una fiesta de aldea le vió una mujer; le juzgó buena presa, le quiso para sí, le tendió sus redes, y él se dejó prender. Ella conoció que era honrado, y a su vez aparentó virtud y honradez siendo una perdida. Advirtieron al mecánico sus camaradas lo que era aquella mujer; más él no les quiso dar oídos, y la amó con amor profundo y respetuoso largo tiempo, muy largo tiempo. Este respeto fastidiaba a la embaucadora, aquella mujer quería otra cosa, y nuestro hombre sintió que ella le dejaba. Un día la sorprendió con un pudelador borracho, estando ella borracha también. Aquel rayo le hizo ver claro, pero juntamente dió muerte a su corazón.

¿Se puede vivir sin amar?... Nuestro mecánico reconcentró su amor en sus máquinas, y conforme a esa necesidad imperiosa y vivificante del alma, las personificaba, por decirlo así, y las animaba. Las llamaba y distinguía por determinados nombres: una era la gruesa Kate; otra, la monita Gretchen; otra, Tecla la morena; como se acaricia un caballo que se estima, así acariciaba él el cobre de sus locomotoras; las hablaba, las excitaba, las reprendía, las encontraba cualidades y defectos característicos. Una de las pequeñas locomotoras le había una vez dado un empujón haciéndole rodar por el suelo... y la guardaba rencor. «La miserable, decía incomodado, ha querido morderme.»

Y esta manfa le consolaba; vivía en aquel mundo donde su imaginación le hacía ver inteligencia y amor. Para él, los volantes cantaban, los engranajes se hablaban; y él cantaba y hablaba con ellos. Estaba orgulloso de aquel mundo, porque era el mundo del poder y de la fuerza, y en aquel mundo mandaba él. Mas en la soledad de su casita vacía recobraba su frente el fruncimiento y el tinte melancólico; cuando al pasar por las calles, la puerta entreabierta de alguna taberna dejaba escapar las risas de las mujeres llevándolas hasta su oído, tomaba su vista un aire y un brillo feroces... ¡su alma sangraba todavía!

Pero ¡las máquinas no mueren! ¡las máquinas no engañan! Y volvía a pensar en sus máquinas.

«¡Sin embargo, la miserable ha querido mordeme!»

*
*
*

Acuérdome que la víspera de tomar la sotana, algunos oficiales del regimiento en que servía mi padre me invitaron a comer. Asistí con ellos al comedor del regimiento, y guardo muy fiel y reconocida memoria del honor que aquel día me dispensaron; pero me llamó sobre todo la atención la organización de aquellas «cooperativas.» Entonces apenas eran conocidas, y aquello fué, me parece, como el primer rayo de luz que me sirvió para ver los grandes problemas sociales de nuestra época. Ahora, antes de volver a ver la fábrica, fui a desayunarme al comedor de los obreros.

La Dirección ha establecido uno para sus obreros celibatarios.

¿Por qué para los celibatarios solamente? ¡Ah! la razón de esto es sabia y profunda. Para no quitar al obrero casado ni siquiera un segundo de aquella vida de familia, que después de todo es la gran moralizadora y acaso la única. Para no amenguar ese trato fami-

liar y no aflojar esos lazos domésticos que son su salvación. Porque, observadlo bien, aun cuando su mujer le lleva su comida a la fábrica en esos potes de hierro esmaltado, limpios y relucientes... son sus manos las que la han preparado, ella es la que ha escogido los manjares; ella la que le sirve, aquello es, en una palabra, «su» comida; y mientras come está ella junto a él, hablándole, animándole y haciendo dulce la existencia durante aquella hora de comida.

Por esto la fábrica establece su restaurant y abre su comedor para los celibatarios sólo. Por la mañana, al tiempo de entrar, el obrero que quiere comer allí lo declara en la ventanilla del portero, entregando un bono firmado por su mano. El portero le da en cambio una especie de billete de ferrocarril, timbrado y fechado. El día de la paga se arregla la cuenta. Al medio día el obrero va al comedor, entrega su billete y se sienta a una de las mesas en la sala.

La vajilla y el cubierto son de hierro esmaltado y de peltre; las mesas, de pino; nada de sillas, sino bancos, también de pino, y todo tan limpio, tan ordenado, tan fresco, que da gusto verlo. En el fondo, a través de los arcos abiertos, se ven las cocinas humeantes, ante las cuales van y vienen y trabajan tres cocineros arregados, inteligentes y vivos, y entre las mesas circulan dos sirvientes con la servilleta al brazo.

El obrero recibe dos grandes platos de sopa o de potaje, cien gramos de carne y dos libras de patatas cocidas. Yo he comido estos manjares con ellos, y los he hallado excelentes. Pues bien, ¿sabéis cuánto cuesta todo ello al obrero? Treinta pfennig, unos treinta y siete céntimos de nuestra moneda. Evidentemente la fábrica pierde en esta empresa.

Pierde el salario de los cocineros y sirvientes, el carbón, el capital empleado en la construcción y el material de la sala, y no cobra más que el coste de los gé-

neros. Eso pierde. Pero en cambio gana en tener así al obrero mejor alimentado y mejor dispuesto, a tiempo para reanudar el trabajo, y sin las pesadeces del alcohol infecto de los cafetines y de las tabernas; el obrero en fin, reconocido y amante.

¡Oh! ¡qué ganancia ésta! ¡y cuán rara es hoy día!

Por mucho tiempo que estos grandes cuarteles de la industria no se ha considerado al obrero más que como una fuerza material y bruta. No se ha visto en él más que al trabajador, no se ha visto al hombre; sólo se ha visto un instrumento compuesto de músculos y nervios y que parecía sin alma. Se le escribía, se le reñía, se le excitaba, y después se le pagaba, y a eso se reducía todo. De su dicha, de su bienestar, de su salud, de su porvenir, nadie se cuidaba. Eso era negocio suyo. Dondequiera que faltaba la savia cristiana no se comprendía que eso no basta, que necesita el obrero algo más que capataces y administradores que le paguen, que tiene derecho a más; al respeto y al amor.

Y por mucho tiempo el obrero se ha sometido a ese papel de máquina inerte y ha soportado con paciencia ese yugo de siervo y de esclavo:

Después se ha despertado de improviso, ha levantado su frente, ha echado hacia atrás sus cabellos, y cruzando los brazos en la huelga ha lanzado como un trueno el grito terrible de sus reivindicaciones.

Al pronto su actitud ha producido indignación; luego se ha tratado de revoltosos a esos pobres que osaban quejarse. Se han reunido tropas y se las ha ordenado descargar sobre ellos.

Pero hay en la justicia un poder invencible que no puede destruir las balas.

Se comienza a ver ahora que hay algo más que hacer por el trabajador y por el pobre; y aguijoneado el deber por el temor, se han puesto manos a la obra.

Alemania ha inaugurado en favor del obrero lo que se ha llamado el socialismo del Estado: una serie de leyes magnificas que le aseguran contra todas las vicisitudes de la existencia. Dígase lo que se quiera, yo me inclino a creer que es de lo mejor que puede hacerse.

En nuestro país donde el temor del Estado nos hace injustos aun para con él, se espera todo de la iniciativa privada. ¿La iniciativa privada? ¿Cuál?... ¿La del obrero? ¿Pero qué puede hacer el obrero? ¿Dónde están sus recursos? ¿Tiene por ventura educación económica? ¡Si apenas entiende lo que es la caja de ahorros...! ¿La del patrono?... Mas ¿qué necesidad tiene de ella el patrono? ¿Habéis considerado que contar con él para esto es contar con un sacrificio permanente de su propio interés en interés de otro? ¿Y es normal esto entre los hombres? La abnegación, el olvido de sí mismo, el sacrificio, ¿son flores espontáneas en el corazón humano?

¡No! Las siembra en él Jesucristo, y yo no veo, por desgracia, que se retorne mucho a Jesucristo.

Por esto tiemblo. Al mal social que nos corroe se llega un poco tarde a poner remedio.

A esos corazones tan henchidos por la acumulación de las injusticias, y de los cuales se desborda el odio, se llega un poco tarde a decirles: ¡Amigos míos! ¡Amigos míos! ¡esperad un poquitín! ¡vamos a amaros!

Tengo miedo porque me pregunto si ese obrero, que es legión, si ese obrero que cubre el mundo, ante el puñado de ricos que tiemblan, esperará.

Y si no espera, si se irguiera ante vosotros y os dijera: «Vosotros ponéis para el trabajo vuestros capitales, yo mis brazos. Mis brazos tienen su valor; vuestro oro tiene el suyo. Repartamos los beneficios a prorrata de las aportaciones. Si no buscad vuestros brazos en otra parte».

¿Qué responderíais vosotros?... ¿Iráis a otra parte? Muy bien. Pero ante la organización actual de los obreros de ambos mundos, ¿nos hallamos tan lejos del tiempo en que ya no habrá «otra parte? ¿Y en que como santo y seña, de todos los puntos de la tierra se os responderá: «¡Bien! pero repartamos»?

Otra cosa me espanta. Y es que no se apodere el desaliento de aquellos que, deseando obrar bien, se sacrifican, trabajan y no encuentran por todas partes más que contratiempos e ingratitud. Poco hace os hablaba de las leyes alemanas: son magníficas; sin embargo, no han impedido las huelgas de Westfalia. ¿Quién no ha oído nombrar y bendecir a ese gran bienhechor, al difunto Hilt, que pasó su vida, sacrificó su tiempo y todas sus fuerzas en asegurar la dicha de sus obreros, que hizo de las instituciones sociales de la Wurm un prodigioso e incomparable modelo? Pues allí precisamente fué donde estalló primero la huelga, y donde se mantiene con una perseverancia inquebrantable. ¿Qué quiere decir esto?

Que toda organización de acá abajo es siempre defectuosa por algún concepto; que hay siempre demasiado roce en el funcionamiento de esas ruedas, alguna hendidura en esos diques por donde se escapa y lo inunda todo la perversidad humana, rastrera, malvada, insaciable, ingrata, pérfida.

El hombre ¡ay! siempre será hombre. Con todo en su alma e instintos de fiera en su sangre.

Por esto no es el éxito lo que nos debemos proponer, ni el reconocimiento lo que debemos esperar; es el deber lo que debemos escuchar y cumplir.

Sepamos amar al obrero, aunque sea ingrato; sepamos servirle, aunque sea rebelde, y... aunque desconozca y desprecie nuestros corazones, tengamos, sin embargo, cuidado de su bienestar y de su vida.

¿Qué es, después de todo, el reconocimiento de los

hombres? ¿No es de Jesucristo de quien debemos esperar la recompensa? Pues Él, que ve nuestros esfuerzos, los tendrá en cuenta para premiarlos con generosidad divina. Sabido es cómo se defendió un día Cicerón ante el pueblo romano: «Juro que he salvado la patria». No obstante su énfasis, es una bella expresión. Yo prefiero la voz sencilla de la conciencia que me diga; «He procurado obrar bien». Esto basta delante de Dios; ¿qué importa lo demás?



En una conferencia de M. Lodin dada en la Asociación francesa para el progreso de las ciencias en 16 de Marzo de 1889, hallo una definición general de los aceros, especificados por su fundición:

«Desde el punto de vista químico, el nombre genérico de acero comprende hoy día una serie variadísima de combinaciones del hierro con diversos metaloides o metales. Hasta contener cierta cantidad estas adiciones diversas le endurecen, elevan el límite de su elasticidad y aumentan su resistencia, reduciendo más o menos, en general, su alargamiento antes de la ruptura. Mientras este último fenómeno no llega a ser demasiado acentuado... el producto permanece capaz de resistir choques de cierta intensidad, y conserva en cierto grado la propiedad de soldarse consigo mismo... Se le puede considerar como perteneciente a la categoría de los aceros.

»Por el contrario, cuando la proporción total de los cuerpos extraños traspasa cierto límite, la tenacidad disminuye y la fragilidad aumenta. El metal no puede ser empleado útilmente sino a condición de no trabajar más que en la compresión, pierde la propiedad de soldarse consigo mismo y entra entonces en la categoría de las fundiciones.»

Nos hallamos ya muy lejos del tiempo en que el acero se diferenciaba por el carbono que contenía, y en que todo el trabajo de la formación del acero se reducía a esto: escoger vena o minerales de hierro bien puro, exentos de azufre y de fósforo, y trabajar, por cualquier procedimiento que fuera, en quitarle la proporción excesiva de carbono que contuviese.

Si se reflexiona que la industria del acero se remonta a las inmediaciones de los tiempos prehistóricos, y que aun después de haber transcurrido tantos siglos tuvo Bessemer gran trabajo en defenderse contra los impugnadores de sus procedimientos y que le fué preciso resignarse a no emplear para la fabricación sino minerales puros, se verá cuántas vueltas ha dado la inteligencia humana en torno de este problema. Hasta el año 1874 no se llegó a reconocer que puede introducirse fósforo en el acero fundido a condición de eliminar más el carbono. Cuanto menos carbono contenga el acero, podrá contener más fósforo.

Desde este momento se hace posible la utilización de las primeras materias impuras, de las venas sulfurosas y fosfóricas, y bajando el precio del acero, empieza éste a difundirse con una extensión tal, que las grandes construcciones metálicas contemporáneas no marcan todavía más que los primeros pasos.

Voy a intentar descubrir el procedimiento puesto en práctica en la fábrica que yo visitaba: es el de dos ingenieros ingleses, MM. Thomas y Gilchrist.

* * *

Ferrum exerbant vasto Cyclopes in antro (1).

El taller donde se fabrica el acero es una gran sala

(1) Virg. Lib. VIII, v. 424. «Estaban forjando hierro en la vasta caverna los Cíclopes».

que yo compararía muy bien a un teatro. Por la parte del escenario se levantan, en el fondo, tres cubilotes, donde los lingotes de hierro, por cargas de 12.000 kilogramos, son reducidos al estado líquido. Los tres están encendidos, y sus chimeneas de palastro, traspasando el techo del taller, lanzan en la atmósfera una columna de llamas recta y silbante. Delante de ellos, en el mismo escenario, se hallan colocados en semicírculo tres convertidores; son enormes estas retortas de chapas de hierro claveteadas y remachadas, revestidas interiormente de arcilla, y su fondo formado de ladrillo refractario, perforado de varios agujeros para los toberos, con su cuello acortado y su orificio abierto; tiene cada una de 3 a 3'50 metros de diámetro por la cintura, el espesor del revestimiento es de 30 a 40 centímetros en el fondo. Su peso es de unas 30 toneladas, y sin embargo, cargados a veces de sus 12.000 kilogramos de lingote, girarán sobre sus dos muñones horizontales con la suavidad de un péndulo que oscila sobre sus soportes de ágata.

En el centro del círculo que forman se eleva una grúa hidráulica. Esta lleva al extremo de un largo brazo de bolsa de colada, que es una especie de gran depósito cilíndrico, en el cual los convertidores arrojarán su acero, y alrededor una estrecha plataforma, desde la cual vigilan los obreros. Esta grúa gira y pasea la bolsa sobre toda las lingoteras, puestas en pie sobre la arena en círculo alrededor de ella.

Más lejos, otras grúas que levantarán la lingotera y el lingote. Más allá todavía un piloncito para batir lo que se toma para prueba.

Más lejos aún, los hornos para recalentar.

Y todavía más lejos, los laminadores.

De modo que en el escenario están los cubilotes y los convertidores. En el patio, las grúas, las lingoteras, y avanzando siempre a derecha e izquierda por el

fondo de la sala, los hornos para recalentar, los laminadores, las sierras mecánicas, etc., etc.

Para completar la comparación, por ambos lados del escenario, como palcos entre tribunas, se hallan erigidas dos tribunas: una a la izquierda, que está reservada para los ingenieros; y otra a la derecha, cerrada con grandes cristales, que fué levantada para una visita real y sirve desde entonces para los visitantes. Desde ésta se puede ver el solemne espectáculo al abrigo de los polvos, de los vapores y de las abrasadoras chispas.

La tribuna de los ingenieros da y domina por una parte al taller de la fabricación del acero, y por la otra a la sala de máquinas; la máquina sopladora, la máquina de las bombas de presión hidráulica, se hallan de esta suerte a su vista y bajo sus órdenes. Porque en este enorme mecanismo el motor casi universal es el agua bajo presión, en el cilindro de un acumulador Armstrong.

Conviene escoger la noche para estas visitas. Cinco lámparas eléctricas de arco voltaico iluminan entonces todo lo que acabo de describir. Y ciertamente la emoción que se experimenta es sobremañera embargante.

*
*
*

Se llega a la fábrica por un vasto campo descubier-
to, donde están colocados en fila, en montones de
12.000 kilogramos, barrotos despedazados... Es el ta-
ller de fundición.

Seguimos adelante a la luz indecisa de nuestras lám-
paras, porque la noche es muy oscura. Nuestro guía
nos pone en guardia cada momento contra los malos
pasos. En fin, ya estamos a la puerta del pabellón de
máquinas.

El suelo tiembla, un ruido como de truenos llena

el espacio, ensordeciendo los oídos; los volantes giran vertiginosamente agitando en el aire sus enormes brazos, las válvulas de las bombas de aire comprimido golpean sobre su sonora guarnición con trepidaciones retumbantes; el vapor silba en los cilindros, y de estas máquinas hay dos a la derecha y dos a la izquierda, más allá las bombas hidráulicas y el acumulador elevando solemnemente su carga de fundición hacia la bóveda; las máquinas van y vienen plegando la articulación de las bielas y arrastrando en pos de sí ruedas inmensas, y cuando se ven aquellas masas enormes, aplastantes, impulsadas y precipitadas como juguetes de niños, se experimenta la viva sensación de la fuerza espantosa que allí trabaja sordamente tras los aceros y los cobres. Y el hombre que la ha encerrado allí, que la manda y la guía, tiembla porque sabe, porque siente que si esa fuerza se escapara, si rompiera sus hierros, le aplastaría, le despedazaría, como él al pasar por la arena aplasta, sin saberlo, a un pobre gusanillo de la tierra.

Y el que no está acostumbrado a ver semejantes máquinas siente el corazón angustiado y oprimido como en las tempestades al súbito fulgor del rayo y al estruendo fragoroso del trueno:

*Fulgores nunc horribicos, sonitumque, metumque
Misebant operi, flammisque sequacibus iras (1).*

Más allá de aquella sala se abre la de la fundición del acero.

La primera impresión que produce su vista es la de un caos negro del que surgen llamas de fuegos de volcanes. Constantemente aquel ruido infernal y aquellas nubes de vapor blanquecino con reflejos de fuego. Ca-

(1) Virg. Aen., Lib. v. 111, v. 431. «A la sazón estaban añadiendo a la obra los horribles resplandores, el estrépito y el horror y el furor de las perseguidoras llamas».

denas que rechinan, lingotes al rojo que caen, obreros ennegrecidos que corren cubiertos con su visera y guantes de cuero, el acero que corre y chisporrotea, el grito de los contra maestres, la campanilla de los ingenieros, el silbato de las locomotoras que pasan resoplando, chorros de agua que se escapan y precipitan murmurando... la vista se turba, la cabeza se marea y como por instinto busca uno el brazo de su gafa para apoyarse en él con seguridad.

El obrero, por su parte, se sonríe del azoramiento y turbación de los visitantes miedosos... Aquella forja es su casa; aquella atmósfera de fuego, su vida.

Y en medio de aquel caos de cosas sueña tal vez su pensamiento, como lo haríamos nosotros en medio del silencio de los bosques, bajo los grandes árboles adormecidos, cuando la noche, aun a lo lejos, impone silencio a los ruidos del mundo.

¡Oh! ¿quién podrá decirme los pensamientos que se agitan bajo aquellas frentes varoniles donde brilla el sudor del trabajo?... ¡Oh hermanos míos obreros! ¿sois revolucionarios o pacíficos?

Del número de los pacíficos os habría parecido aquel pobre mecánico cuya historia empecé antes a contaros; y, sin embargo, un horrible fantasma le acosaba sin cesar: el fantasma de la muerte, atractivo, sonriente; que le llamaba y le decía: «Ven a mí; yo soy el fin...» ¡el fantasma del suicidio!

Por más que uno ame las máquinas, y cual nuevo Prometeo sueñe comunicarlas la vida, esos cuerpos de hierro no responden ni corresponden a nuestros íntimos afectos. El corazón queda vacío, y pronto o tarde siente hambre de amor.

¡Amor! ¡volver otra vez a amar, viendo como término la muerte, o lo que es todavía peor que la muerte, la traición! ¡No, yo no volveré a amar!... Pero el vivir así ¿es vivir? Y entonces... cuando pasaba delante de los

cubilotes flamígeros miraba al fondo contemplando aquel mar de blanco fuego hirviendo... ¡Qué pronto se acabaría todo!... Él había visto caer a un hombre; ni siquiera había lanzado un grito; se había visto subir una horrible humareda negra, y después... después, nada, unos huesos calcinados, nada más. ¡Oh! sí, aquello se acababa en seguida, y se debía sufrir muy poco... un relámpago, ni siquiera el tiempo de sentir que se sufre, el ahogo, y después, ¡que importa lo demás, puesto que ya no se siente! Y aquel corazón no se volvería a ver retorcido por el dolor de un pasado que renacía sin cesar; y desaparecería por fin aquella memoria que le ponía continuamente ante los ojos sus alegrías y gozos, juguetes del engaño y destrozados... Y sus labios no sentirían ya subir la maldición de su alma, y volver a subir, como sobre el agua de un sombrío estanque sube y se deshace en burbujas el aire empozoñado del fondo.

¡Sí, aquello sería el fin!

Entonces le hablaba una voz dulce como la de su madre:

«¡Desgraciado, blasfemas! ¿Y Dios? ¿olvidas a Dios?»

Al oírla volvía la cabeza y se alejaba de allí. Los recuerdos de su infancia y su antigua fe deshacían el sortilegio.

Mas la tentadora volvía a la carga, siempre atractiva, y él la seguía y se volvía a mirar otra vez al fondo el hierro hirviendo.

Por mucho tiempo estuvo agitado de esta suerte. Un día le vino este pensamiento sencillísimo, pero inesperado: «Dejemos obrar a Dios; él ve lo que sufro y tendrá piedad de mí».

Este pensamiento le conmovió.

Dejó obrar a Dios.

Y Dios tuvo piedad de él.

Entremos.

Se requiere algún tiempo para darse cuenta de dónde se halla uno, en medio de aquel estruendo y de aquellas llamas; es preciso acostumbrarse a aquella atmósfera, que causa vértigo. Sólo después recobra el espíritu la calma que necesita para seguir detalladamente los trámites del fenómeno. Sigámosle en la hilera, por donde se tiran y hacen pasar los metales reduciéndolos a hilo y alambre.

Partamos del momento en que la masa metálica fundida llega en el cubilote al grado de fluidez que se requiere.

A una señal del ingeniero un jovencito obrero mueve la palanca de la prensa hidráulica, y el convertidor se inclina con la boca abierta... Se dirige allá un canal, se abre la compuerta del cubilote, y doce mil kilos de metal fundido y echando chispas corren a precipitarse en el monstruo; aquella ola blanca arroja millares de centellitas en la sombría atmósfera. La lluvia de oro de nuestros fuegos artificiales no es nada al lado de aquel chisporroteo de estrellas...

*Fluit aes rivis aurique metallum
Volnificusque chalybs vasta fornace liquescit* (1).

La masa fundida llena primeramente el lado por donde está tendido el convertidor; luego sube poco a poco y presto llega al fondo. Este fondo está atravesado de agujeros por donde debe pasar el aire lanzado por las toberas; la masa fundida las obstruiría inmediatamente. Por eso en aquel momento el ingeniero da una nueva señal, se pone en movimiento la máquina sopladora, y una ráfaga de aire brama bullendo a través de la masa líquida, espumante. Cuando se ha vaciado toda

(1) Aen. Lib. VIII, vs. 445 y 446. «Corren formando líquidos arroyos el bronce y el oro, y en la inmensa fragua se derrite el matador acero».

la carga de fundición en el convertidor, el jovencito obrero da vuelta a la llave de las prensas, y el convertidor, que a sus 20.000 kilogramos de peso acaba de ver añadir 12.000 kilogramos de masa metálica fundida, se levanta como una pluma encorvada por el paso de una racha de viento... Y la onda de aire sigue soplando y bramando a través de aquel baño de fuego hirviente.

Cuando Bessemer, en 1856, habló de lanzar una corriente de aire frío en la masa fundida, produjo un asombro general... ¿No se iba a enfriar inmediatamente el metal fundido y a fijarse? Y el hecho es que no solamente no se fija, sino que, lejos de enfriarse, su temperatura se eleva. Y el secreto es muy sencillo. El oxígeno del aire que atraviesa la masa fundida, se combina con el carbono, el hierro y el manganeso de la fundición, se combina sobre todo con el silicio, los quema, y quemándolos, desarrolla ese calor intenso que aumenta el calor inicial del baño que atraviesa.

Se quema, pues, primeramente el silicio sin llama, pero lanzando un magnífico surtidor de centellitas. Con él se quema también el manganeso y una pequeña cantidad del carbono del hierro. El fósforo y el azufre no se queman. Es el primer periodo de la obra. En seguida empieza el segundo. El ruido del viento atravesando la masa metálica fundida se acentúa, la llama sube, el hervor del hierro líquido hace saltar a borbotones aquel mar de fuego, la llama sigue subiendo constantemente, silbando y cegando con su resplandor como una columna de rayos... Es el carbono que se va quemando en masa. Y, observad, desde lo alto de su tribuna están los ingenieros dirigiendo su espectroscopio sobre la llama y siguiendo, primero el crecimiento, y después el decrecimiento de los rayos del carbono en la faja del espectro.

Y el retumbar del trueno sigue aumentando, porque

la máquina precipita su marcha, su volante llega a dar cuarenta y hasta cincuenta vueltas por minuto, sus rayos desaparecen y se funden, por decirlo así, a la vista, y se diría que la pesada masa gris está inmóvil si las trepidaciones del suelo que sacude no descubrieran la fiebre que las transporta.

Cuando desaparecen del espectro los rayos verdes y rojos termina el segundo período; el carbono está quemado. Cosa extraña: el ruido disminuye, la tempestad parece extinguirse.

Se sopla durante algunos minutos para quemar el fósforo que quede y el azufre. Después se inclina la inmensa retorta. Un obrero echa en la boca incandescente y abierta una nueva provisión de hierro especulario, que contiene un diez a veinte por ciento de manganeso con relación a la carga total del convertidor.

Se esparce por el aire una inmensa nube anaranjada, que atraviesa y se sobrepone con tono siniestro al vapor blanco de las descargas y al humo negro de las chimeneas.

Este es el último período, el período del resoplo, el *after blow* de los ingleses.

Todo queda hecho al llegar a este punto; en los flancos ya no es simple hierro fundido lo que corre, es acero, con espuma de escorias, que sobrenada como sobre las olas la corona de blancas espumas.

*
* *

Tres minutos hace que un toque de campanilla ha dado aviso a los trabajadores: todos están en su puesto. Una pequeña locomotora ha colocado bajo el convertidor una vagoneta de palastro bien soldada.

El convertidor se inclina y por la boca vierte en la vagoneta su blanca escoria. Después de lo cual silba la locomotora y marcha... En otro tiempo iba a llevar fue-

ra aquellas escorias inútiles y las acumulaba en altos montones que rodeaban la fábrica como un muro.

Sin embargo, aquellos escombros, aquellos restos encerraban en su masa hasta 15 y aun 18 por 100 de ácido fosfórico. No se podía abandonar aquello. Luego diré lo que hoy se hace de ellos.

Aquellos restos, colocados ordenadamente a lo largo en su forma de grandes cubos, se deshacen poco a poco por la acción del aire y de las lluvias, convirtiéndose en un polvo fino, gris, con reflejos violáceos. En este estado podían servir de abono muy ricos, pues la proporción del fósforo que contenían era superior a la de los fosfatos naturales que suelen usarse. Pero para esto se requería largo tiempo, y mientras tanto se elevaba más y más la montaña que iban formando los escombros, cubriendo inutilmente terrenos enormes.

¿No se podía en seguida, inmediatamente, por un procedimiento cualquiera, transformar aquellas escorias, y el mismo día que las arrojaba el convertidor entregarlas a la agricultura?

Este fué por mucho tiempo el gran problema. Pronto se halló una solución; pero muy costosa. La solución verdaderamente práctica no se ha hallado hasta hace un año.

Las vagonetas llevan su escoria humeante a un gran cobertizo construído al efecto, y las reparten a la entrada. A lo largo del cobertizo se ven seguidamente cubos de metal, norias y molinos pulverizadores, y al otro extremo, a la salida, la escoria reducida a polvo y transformada es cargada en vagones de ferrocarril que la llevan lejos, a los grandes centros agrícolas del país. De esta suerte proporciona la fábrica diariamente 120.000 kilogramos de fosfatos asimilables útiles para el cultivo.

Así que marchan la locomotora y la vagoneta, la grúa del centro levanta ligeramente la bolsa colada y la presenta al convertidor; éste se inclina y vierte como agua los 10.000 kilogramos de acero blanco. Después la bolsa gira y llena una por una las lingoteras.

El acero silba y brilla; pero al poco tiempo se enfría y se fija. Entonces acuden los obreros; funciona una nueva grúa; su cadena está armada de tenazas; éstas agarran una lingotera, y lingotera y lingote son elevados a cinco metros; luego se abren bruscamente las tenazas, cae la masa y el lingote, rusciente aún y humeando, se desliza por el suelo.

Se le vuelve a coger, se le carga en un carrete y se le conduce al horno de recalentar. Cuando ha llegado a adquirir la temperatura deseada se le retira, se le vuelve a cargar y se le arroja entre los terribles cilindros de los laminadores; pasa y repasa, siempre rojo, siempre quemando, alargándose con estremecimientos y contorsiones convulsivas, y al poco rato sale, al fin, convertido en viguetas, en rails, en traviesas, en llantas, en barras, en todas las formas en que lo utiliza la industria.

Y ni los laminadores, ni las grúas, ni las sierras, ni ninguna de aquellos centenares de máquinas y aparatos se detienen; pues mientras esto se acaba, el segundo convertidor vomita su carga, y mientras éste se vacía, el primero, cargado de nuevo, bulle, hierve y ruge, y el tercero está allí recibiendo de una cuadrilla de obreros las reparaciones que exige su revestimiento deteriorado. Y luego, si es necesario, se cogerá a uno de los otros dos para que pueda repararsele. Las lingoteras no tienen tiempo de enfriarse, y un chorro de agua lanzado sobre ellas apresura su enfriamiento, y al recibirle gimen y silban, con inmensas nubes de vapor blanco que atraviesan las llamas, y entre los cuales desaparecen como sombras los negros obreros.

Veintiséis cargas de fundición se hacen durante las doce horas del día, y otras veintiséis durante las horas de la noche. Total cincuenta y dos cargas. Cada una es de 10.000 kilogramos. Salen, pues, de allí diariamente, si contáis bien, 250.000 kilogramos de acero.

¡Y qué fiebre! Porque el obrero no se le paga a jornal, sino a destajo. ¡El menor retraso le priva de ganancia! ¿Por qué monta en cólera ese contraamaestre? ¡Ah! el jovencito obrero cuya mano de quince años regula los movimientos del convertidor se ha distraído, ha tardado en manejar la palanca de las prensas... ¡Se han perdido diez segundos!

*
* *
*

He dejado allá los laminadores sin describirlos. Son bien conocidos esos estrujadores implacables, y con demasiada frecuencia sangrientos. Sin embargo, allá, a la derecha, el tren núm. 7 me atraía con una emoción penetrante. No hay laminador que no tenga su historia sombría y sangre humana sobre sus aceros. Este, apenas instalado, reciente, del todo nuevo, brillante todavía, tiene la suya. Se había montado el año último este tren núm. 7, el más potente de la fábrica, y cuando ya estaba todo preparado, recibí del director técnico una sentida carta: «Le suplico a usted, me decía en ella, que ruegue por nosotros durante toda la semana próxima. Vamos a poner en marcha la nueva instalación, y jamás lo hago sin temor y angustia. Todos los cálculos humanos, todas las prudencias humanas dejan siempre abierta la puerta a algún terrible accidente. ¡Pida usted a Dios que protega a mis obreros!»

Tres días después, el martes, recibo otra carta desgarradora: «¡Ay! ¡lo presentía! Mi pobre jefe de los mecánicos...»

La atroz máquina había exigido un bautismo de sangre.

Toda la instalación estaba ya presta, y el bravo mecánico sentíase orgulloso de ello; él la había dirigido y preparado con amante solicitud. La máquina del tren, magnífica, luciendo sus brillantes colores enteramente frescos, reflejando al sol sus bruñidos cobres, desarrollaba una fuerza de 2.500 caballos. Estaba ya con las calderas encendidas y el vapor formado, y no esperaba más que una orden. El mismo laminador, con sus negros cilindros y fauces abiertas, se levantaba al lado mostrando su poder con su imponente masa. Delante, los pisos de báscula con sus máquinas; arriba, los gruesos tubos conductores de las prensas hidráulicas, todavía vacíos, esperaban las aguas del acumulador.

Todos los ingenieros estaban en su puesto, porque la hora era solemne.

Un mecánico subjefe tenía la mano sobre la llave del vapor.

Y el jefe de los mecánicos, de pie, con la mirada fija y el corazón palpitante, tenía la suya sobre la compuerta de las aguas.

—Ea, pues—preguntó entonces el jefe, dirigiéndose al Director,—¿se puede ir adelante?

Y el Director, volviéndose a los ingenieros, dijo:

—Yo no he advertido nada que no estuviera en su punto. ¿Y ustedes, señores?

Todos unánimemente contestaron que no.

—¿Y usted, mecánico?

—Esté usted tranquilo, señor, yo respondo.

—Pues bien, adelante.

—«Anda, Bella»—gritó el bravo jefe con un gesto de mando hacia la máquina; su ayudante dió vuelta a la llave; el vapor mugió, y el enorme volante, majestuoso y solemne, se puso en movimiento; al principio giró lentamente, luego, como orgulloso de su poder, apresuró su marcha, pero sin sacudidas, y animándose en medio de su fuerza, corrió y se precipitó.

¡Era un triunfo!

—¡Ahora venga agua!—exclamó el mecánico.

Y bajó la palanca de las compuertas.

Y las aguas llegaron, impulsadas por una presión de 28 atmósferas; se las oyó silbar, subían rápidas...

De repente un grito, un horrible grito se escapó de todos los pechos.

¡Un tubo recto había roto su cuello de ajuste y se había lanzado a dos metros, y dando vueltas al rededor de su codo... había vuelto a caer!... ¡Ah! ¡pobre mecánico!... él no lo vió... La masa le destrozó el craneo y esparció por el suelo sus sesos humeantes.

Dió el infeliz dos o tres boqueadas... Sus ojos se volvieron hacia el cielo; sus miembros se estremecieron algunos instantes en una suprema convulsión...

Estaba muerto. «La Bella» le había matado.

Los ingenieros, ayudados de algunos operarios, recogieron el cadáver ensangrentado, le cubrieron con una tela y le llevaron a la enfermería.. Pues estas fábricas tienen su enfermería, y rara vez está desocupada. ¡Todos lloraban!

«¡Ah! ¡El oro que ganamos estará siempre manchado de sangre humana!»

* * *

Dos días después se hicieron solemnes exequias al cadáver mutilado. La fábrica no podía pararse, pero se había reducido al límite extremo la brigada de trabajadores. Y todos aquellos obreros, graves, silenciosos y tristes, acompañaron a su camarada. A la cabeza del fúnebre cortejo iba levantada en alto la cruz, después venía el clero; detrás los directores y los ingenieros de la fábrica, y en seguida los obreros. Ni una voz turbaba el lúgubre canto de los salmos... Pero allí estaba la fábrica, muy cerca, y el vapor con sus sordos resopli-

dos parecía gemir, y el estruendo de las máquinas tenía yo no sé que murmullo siniestro. Hubiérase dicho que todos aquellos ruidos cantaban a lo lejos como una marcha fúnebre, cuyos pasos marcaban los pilones al batir. Era preciso que el cortejo parase delante. Las negras nubes de la humareda formaron como un dosel fúnebre sobre el ataúd... A lo largo de su ruta debía cruzar las vías férreas que enlazan la fábrica con la red del Estado... ¡Oh! ¡Aquellas líneas férreas! ¡Cuántas veces había lanzado él por ellas sus rápidas locomotoras!... Pues bien, éstas estaban allí. Y allí permanecieron todas a derecha e izquierda del camino, inmóviles, silbando tristemente, con un gran crespón en la chimenea. Allí estaban inmóviles; con sus maquinistas, respetuosos y descubiertos, venían a saludar por última vez a aquel que tanto las había amado y que no había amado otra cosa que a ellas. Y cuando pasaba delante de ellas el cadáver de su amo... ¡los grandes silbatos de alarma empezaron a silbar desgarradores, siniestros, con grito prolongado, con aullido de desesperación!...

Y hubo en todas las almas, en todas aquellas almas de obreros, tan fuertes, tan templadas, pero tan tiernas, un estremecimiento que las sobrecogió. y en medio de las lágrimas se oyó como un misterioso gemido. Hubiérase dicho que el alma humana respondía a alguna alma invisible que lloraba en aquellos gritos del acero y del bronce.



DISCURSO IV

EL PATRÓN

CONFERENCIA FAMILIAR

SEÑORAS, SEÑORES:

ERASE una de esas horas de la vida que son para mí de las más felices, uno de esos momentos de parada en la marcha y de descanso en el trabajo, cuando yo me estaba preparando para... ¡cosa rara en nuestra vida religiosa! saborear en familia la dicha de volverse a ver. Y cuando ahuyentando lejos los pensamientos graves y melancólicos me dejaba acariciar por las auras dulces y pacíficas de antiguos y gratos recuerdos, Dios dispuso que fuera testigo de un espectáculo imponente, solemne y terrible, majestuoso y glacial.

El coche en que íbamos al campo se fué parando poco a poco... y era que le retardaba y embarazaba el paso un cortejo inmenso. Lo formaban 10.000 obreros que iban por el mismo camino que nosotros.

Como estamos acostumbrados a tener siempre en la boca números y cifras, nos hace poca impresión la cifra 10.000. Pero otra cosa sería si os fijarais en que en este local en que ahora hablo apenas estamos 500, y en que sería preciso llenarse de bote en bote otros veinte salones como éste para colocarse los 10.000 hombres.

Iban pasando éstos en filas de cinco en fondo y en grupos con sus correspondientes capataces, como las

compañías o batallones de un ejército regular. Iban pasando, y entre ellos unos eran fuertes y robustos, que parecía que con el trabajo habían adquirido nervios de hierro; otros iban pasando pálidos y flacos, que revelaban haber sufrido los horrores del hambre; todos iban pasando con ojos centelleantes... porque iban en huelga! y, finalmente, todos iban cantando, porque habían salido victoriosos...

Al lado de este desfile corría dentro de un cauce amurallado por hábiles ingenieros, el río Sambre, el cual, hinchado por las crecidas del invierno, lanzaba, casi rebosando por los muelles, las aguas fangosas e hirvientes y los sordos murmullos y quejidos vagos de las olas que se rompían.

¡Qué espectáculo y qué imagen, señores!

Estos 10.000 hombres seguían, como el río, en correcta formación el cauce amurallado por la ley. Se habían declarado en huelga, que ellos llamaban pacífica... y con tanto prolongarla salieron, como era de esperar, victoriosos, y emprendieron el para ellos ya conocido camino de la victoria.

De la misma manera que las aguas del río, fueron también hinchándose las pasiones de aquellos hombres, tanto tiempo comprimidas por la muralla legal de hábiles estadistas... Pero cedió, al fin, la muralla, y entonces se desbordaron y corrieron rápidas por entre aquella muralla que hasta ahora las había contenido, sin esperanza de poderlas detener en mucho tiempo. «¡Ahora somos nosotros los fuertes!»—decían los huelguistas.—Y era verdad.

Con esto se obscurecieron mis pensamientos y no pensé sino en aquel problema social que acababa de presentarse ante mis ojos, en aquel problema lleno de vida, de un interés palpitante y en toda su imponente realidad.

De este problema quisiera hablaros esta noche, por-

que no conozco otro que en estos momentos reclame más irresistiblemente nuestra atención, ni otro del cual dependa tan evidentemente el porvenir de nuestra sociedad, ni otro, en fin, que abrigue en su seno tempestades más terribles. Según el sentido en que este problema se resuelva saldrá la paz o un desquiciamiento social sin ejemplar hasta ahora en la historia.

*
**

La cuestión magna, que con muchísima razón se ha llamado por antonomasia la cuestión social, queda reducida a investigar la resolución de dos fórmulas: la fórmula de las relaciones que ha de haber entre el capital y el trabajo, y la fórmula de las relaciones con que se han de unir el patron y el obrero, el amo y el criado. Quizá no haya en el fondo más que una sola fórmula, una sola cuestión, pero vista bajo dos aspectos: uno, de aquella parte del hombre que le empuja hacia los goces; otro, de aquella otra que le lleva a no sufrir el yugo de nadie, a la impaciencia, a la independencia, a la libertad desenfadada.

Mas sea de esta cuestión lo que quiera, yo solamente pretendo ocuparme en las relaciones que deben tener patron y obrero, y hacen que el primero sea superior y el segundo súbdito, invistiendo para esto al amo de poder para mandar, e imponiendo al otro la obligación de obedecer.

Reducida a estos términos la cuestión, no es ya más que una subdivisión de la cuestión principal, única, puede decirse, acerca del gran problema de toda sociedad humana, a saber: la cuestión de la autoridad y del poder.

Ahora bien; de esta autoridad particular que el patron tiene sobre el obrero, ¿cuál es el origen? ¿cuál su naturaleza? ¿cuáles son sus límites y sus derechos?

¿cuáles, finalmente, las condiciones que se exigen para que obre sin tropiezos ni sacudidas y produzca pacíficamente sus frutos?

No quisiera tratar de filosofía, sino proceder en mis trabajos con toda sencillez y candor, a imitación del niño que para aprender a pintar mira fijamente cómo pinta el maestro, y pinta luego como él.

¡Así, pues, yo voy a mirar al maestro, al gran Maestro, a Dios!

Pues Dios ha puesto en el mundo muy especialmente dos sociedades: una, natural, primitiva, que es la familia; otra, sobrenatural, la sociedad de almas, que es la Iglesia.

¿Cómo se ha conducido con ellas su eterno fundador? Veámoslo.

* * *

En la sociedad de la familia ha revestido Dios con el manto real de la autoridad al padre y a la madre, y ha puesto sobre los hombros del hijo el yugo de la obediencia.

Fijémonos en el hijo. Le habéis visto en los primeros momentos de su vida; habéis visto un cuerpecito sumamente pequeño, casi informe, sin figura, sin fisonomía, sin actividad, sin mirada, y que sólo sabe llorar entre vagidos; esa miniatura de hombre, que no la tocáis sino con sumo cuidado por miedo de romperla, y que sin vuestra solicitud constante ni una hora siquiera viviría. Pues en ese cuerpecito tan tierno, pero tan encantador a los ojos de su madre, una cosa resalta sobre todas, evidente y palpable, ¡la impotencia! ¿Podría Dios habernos enseñado mejor que esa criaturita esta por completo a merced de otro? ¿Podría manifestar mejor que se halla entregada a la voluntad de su padre y de su madre, y que de por sí sola ni hace ni puede hacer nada?

¡Oh, cuánta es la necesidad en que se halla de ser obediente, no a la manera de las inteligencias que libremente se someten al yugo de otro, sino a la manera de los cuerpos que fatalmente se dejan poner a disposición del capricho de un dueño, y en tal disposición quedan y permanecen con la sumisión del plomo y del hierro y de cualquier masa inerte, sin libertad y sin vida!

Dad tiempo a que crezca ese niño y veréis cómo crece juntamente con él su dependencia hasta la edad de hombre. Porque necesita del padre y de la madre que le enseñen a dar los primeros pasos, a abrir los ojos corporales y los de la inteligencia; necesita del padre y de la madre que dirijan bien su voluntad y le guíen por los caminos del mundo; necesita quien le enseñe lo que son los hombres y las cosas; en una palabra: necesita del padre y de la madre para que le eduquen y le hagan hombre.

De modo que brota de aquí naturalmente, y como de las entrañas mismas de la cosa, la autoridad del padre y de la madre por un lado, y por el otro la obediencia del hijo.

Más no tiene el padre el derecho del poder solamente, sino que además tiene la fuerza; como el hijo no tiene solamente la obligación, sino también necesidad de la obediencia; obediencia que si el hijo ha sido bien educado y corresponde a los sentimientos de su buen corazón, la conservará hasta que llegue a ser hombre, y aún hasta que sus cabellos encanezcan. Tomás Moro, aun siendo canciller de Inglaterra, jamás salía de casa sin el consentimiento y bendición de su padre.

Pero, señores, la obediencia siempre cuesta, y precisamente por esto la he llamado yugo; así que desde que comienza la inteligencia a aparecer en el niño, y aun antes de esta época, en las contrariedades que sufre su intento se levanta y lucha el niño contra la obediencia.

¿Pues cómo va Dios a aligerar esta carga tan pesada de modo que la haga suave? Y ¿cómo ablandará este freno hasta hacerlo gustoso?

¿Cómo?

Por el amor.

Entre esas almas, nacidas la una para mandar y la otra para obedecer, derrama Dios a torrentes el amor.

* * *

A primera vista parece que se ha dicho ya todo cuanto hay que decir acerca de ese amor grande y singular que va del padre y de la madre al hijo, y vuelve del hijo al padre y a la madre. Y a la verdad, señores, que no se ha dicho nada.

¿Quién será el pintor que pueda describirnos esa cosa misteriosa, sublime y de todos los días? ¡Ese amor que nace antes de tiempo en presentimientos fieros y secretos, se agranda con los sobresaltos de la esperanza, estalla un día en medio de éxtasis inefables a la vista del bien deseado, y que desde este día va a vivir olvidado de sí mismo aun a costa de los mayores heroísmos y de los mayores martirios, dispuesto a morir mil veces, a entregar por él toda su sangre como si fuera una gota de agua; ese amor que va a seguir paso a paso, lleno de ternura y de inquietud, a ese niño, a ese hijo suyo, amor que, aunque sea despreciado, permanecerá siempre fiel y sobrevivirá a todo desprecio, amor que va a entrar a gozar de todos sus contentamientos y a sufrir cruelmente en medio de sus contradicciones!

Y si muere... ¡Ah! Si bien tan deseado y tan querido llega a morir... y, sobre todo, si a su muerte sobreviven los padres... ¿quién dirá o podrá siquiera precisar lo horriblemente desgarrados que van a vivir estos corazones?

«¡Noemi! ¡Noemi!... ¡Oh! ¡No me llaméis en adelante Noemi! Antes me llamaban, sí, Noemi, es decir, la dichosa, porque realmente entonces lo era con los hijos que tenía; mas ahora llamadme Mara, es decir, la desgraciada, porque ya no los tengo.»

Insisto, señores, en que no se ha dicho ni se ha sabido decir nada aún acerca de lo que verdaderamente es este amor.

En un viaje corto que hice poco ha me encontré con una madre que iba con un hijo suyo pequeño, el cual, aunque delicado y enfermizo, revelaba en sus ojos una penetración de inteligencia superior a su edad, mas no tanta que pudiese ocultar bien, con lo ingenioso del traje, una deformidad dolorosa de su cuerpecito. Porque encorvado éste, quedaba reducida su estatura raquítica a la de un niño. ¡Pues si hubierais visto aquella pobre madre!... ¡Qué cosas hacía, a pesar de aquella deformidad, para dar muestras del amor que tenía a su hijo! ¡Cómo le miraba, qué risas, qué caricias le dirigía! ¡Ya le tendía una mano, ya le tocaba suavemente con otra, ya, inclinándose hacia él, le estrechaba con ternura en su regazo!... Y yo, que estaba observando desde lejos estas escenas de cariño, y adivinando el dolor oculto de esta madre y la constante tortura de su amor, os confieso que sentía subir hacia mis ojos lágrimas de admiración...

¡Oh! ¡Cuán bueno debe ser Dios nuestro Señor, cuando ha hecho tan bueno el corazón de la madre!

* * *

Se ha dicho que decrece el amor y disminuye volviendo del hijo al padre y a la madre. Quizá sea así, señores; no pretendo ahora examinarlo, porque a mí me basta saber que existe ese amor, y que lo ha puesto Dios en el corazón del hijo. Sí, notadlo bien, señores

res; ese amor, esas cosas tan grandes son obras de Dios, y si no fuera por temor de empequeñecerlas, os diría que son obra del instinto natural.

¡Pues qué! ¿sabe, por ventura, el padre por dónde ha llegado a amar a su hijo? ¿Lo sabe la madre? ¿Sabe acaso el hijo por qué ha amado a su madre?...

¿Por qué? ¿Por qué amo yo a mis padres? ¿Por qué me parecen a mí buenos? ¿Por qué no hay en el universo mundo nada tan bueno como ellos para mí? ¿Lo sé yo, por ventura?... ¡Es mi madre!... ¡Es mi hijo! Y esta es la razón que hay. ¡Preguntad al pajarillo por qué canta!

Recordad aquella pobre criatura que ha poco os presentaba como un poco de carne sonrosada entre mantillas y encajes... Los ojos los tiene abiertos, sí, pero su mirada es vaga. Se ve que no ha pasado nada aún por aquella inteligencia adormecida, a no ser alguna sombra indecisa e ininteligible...

Llega un día en que penetra un rayo sólo de luz, y con él ve delante de sí y distintamente, por vez primera, una cara deliciosa cuyos ojos le preguntaban algo, y ante esa visión manifiesta repentinamente el niño su primera sonrisa, agita los brazos, y es... ¡que acaba de conocer y acaba de amar a su madre!

¡Ah! señores, con esto ya no hay más que decir. Por mucho que viva, y por mucho que se separe, ese amor no le abandonará ya jamás.

* * *

¿Veis en aquel remotísimo y escondido rincón del Nuevo Mundo a un colono bronceado a fuerza del sol y trabajo? Pues ha ido allá a armar una choza y a buscar fortuna. Mucho han trabajado ya sus brazos en aquella tierra ingrata; pero si la fortuna ha disipado sus primitivas ilusiones, le ha proporcionado, en cam-

bio, felicidad y contento. Se ve allí rodeado de una esposa y de varios hijos, y todo su mundo y toda su vida está en asegurar este dominio. Mas un día llega, tan rápido como el rayo, un aviso de su tierra: «¡Oh, enferma mi madre!» y conteniendo sus lágrimas y suspiros prepara precipitadamente el viaje; deja allá su trabajo, su hacienda, sus bueyes, su quinta, su esposa, sus hijos, y parte atravesando continentes y mares... ¡Oh, qué barco tan pesado!... ¡qué horas tan eternas!...

Llega a su antigua casa: «¡Madre!... — ¡Daos prisa, que aún vive!» — Se apresura y cae postrado de rodillas ante aquel pobre lecho, en el cual le está esperando su madre, que, ya moribunda, se alegra por última vez con la vista de su hijo, y con la mano rígida le da su bendición para quedar más resignada y dormirse para el cielo.

El hijo depositará sobre aquella frente helada ardientes lágrimas, cerrará aquellos ojos tan amados, sepultará restos tan queridos en la tierra al pie de los sagrados muros de la antigua iglesia, y, por último, volviendo a empuñar el bastón del emigrado, emprenderá de nuevo el camino que le lleve allá lejos, donde con ansia le están esperando.

Y a la esposa, al abrazarla, y a los hijos, al colgarse de su cuello y de sus brazos, podrá comunicarles el grande, el mayor y más eficaz consuelo de un hijo que ha quedado solo en la vida: «Mi madre me dió la bendición a la hora de su muerte.»

*
* *

¿Pero no me he extraviado con digresiones tan largas? ¿No me aparto, por ventura, de mi objeto al pintaros, como lo he hecho, el amor de la familia?

Confieso que me expongo a ello, porque no hay pensamiento que con más gusto me entretenga ni con más contento me arrastre.

Pero no, no me separo de mi plan ni pierdo de vista mi principal objeto. Porque os he probado lo que precisamente me había propuesto, es a saber: que al fundar Dios la sociedad de la familia ha puesto como fundamentos la autoridad y la obediencia, sin duda alguna, pero antes que todo ha puesto el fundamento del amor.

Sí, el amor; mayor, si así lo queréis, cuando va del padre al hijo, que cuando vuelve del hijo al padre o a la madre.

El amor dispuesto para todo, no solamente para perdonar y condescender, sino también para hacer cualquier sacrificio, emprender las acciones más heroicas y luchar hasta morir.

Veo yo en esta sociedad un superior y un súbdito, pero un superior y un súbdito que se aman, y sabido es lo que dice San Agustín: *Ubi amatur, non laboratur*; esto es: «Cuando se ama, nada cuesta». Así que a la pregunta que me hacéis de por qué se conserva en pie la familia, por qué se manda en ella con suavidad y se obedece con gusto... os contestaré: ¡porque se ama!

*
* *

Siguiendo adelante, estudiemos ahora esa otra sociedad divina, la sociedad sobrenatural, la Iglesia.

Fijaos, pues, señores, en lo que se propuso Jesucristo al instituir su Iglesia. En dos palabras os lo diré yo a saber: establecer en medio de un mundo de orgullo y de revueltas, por una parte, la autoridad más alta, y por otra, la obediencia más profunda que se pudieran imaginar. Autoridad que decidiese, no sólo acerca de los deberes del hombre, sino también acerca de sus creencias; autoridad que dijese al hombre, no solamente tienes que amar a tus prójimos, aunque sean enemigos tuyos, tienes que perdonar, has de ser casto, sino además de esto tienes que creer, y creer cosas que no

comprenderás; te parecerá locura mi doctrina, y has de aceptar esta locura, y si fuera preciso tienes que morir por ella.

Y al lado de esta autoridad sin límite en lo humano, sin intervención extraña, sin apelación soberana e infalible, os he dicho que hay una obediencia lo más profunda que podáis imaginaros; sí, y ésta ha de ser en el cuerpo, para que éste obedezca en el desorden de sus concupiscencias, y en el alma, para que ésta también obedezca en las rebeliones de la orgullosa razón.

Esto es lo que Jesucristo se propuso, y esto es precisamente lo que viene consiguiendo diecinueve siglos hace, y lo que seguirá consiguiendo hasta el fin de los tiempos que ha de durar aún el mundo.

¿Y habéis pensado alguna vez en este milagro permanente, hombres sin fe? ¿Habéis pensado en esta sociedad que vive en medio de vosotros? ¿Habéis parado mientes alguna vez en ese pueblo inmenso, en ese pueblo que se llama cristiano?

Pues vedle; ved esos hombres. Humillan su frente y doblan su rodilla delante de Jesucristo, su Señor; ponen un freno al apetito de su carne, y la sujetan; ponen riendas a los desvarfos de su razón, y la guían; y así como se modela un mármol y se le labra conforme a un molde determinado, así modelan ellos su voluntad, su alma, sus sentidos y su cuerpo conforme a los moldes del bien y de la virtud.

Pasan la vida ocupados en este trabajo, siempre esforzándose, siempre luchando, porque su perversa naturaleza siempre les acompaña, y ya cayendo, ya levantándose, sin dejar nunca las riendas ni el freno, siguen y siguen sin descanso hasta la última hora pisando y domando su indómita naturaleza.

¿Os reís de estos hombres?... pero ellos os dejan con vuestra risa sin fundamento. ¿Los injuriáis?... des-

precian vuestras injurias. Porque sois más fuertes los encadenáis... y ellos llevan vuestras cadenas... ¡Les quitáis la vida... y ellos tienen valor para morir contentos!

¿Pero ser traidores con la Iglesia, hacer traición a Jesucristo?... jamás. ¡Prefieren la muerte!...

Pues ¿qué ha hecho Jesucristo para fundar esa prodigiosa sociedad? ¿Qué para que esa autoridad indestructible haya echado tales raíces en almas tan dulces y tan fielmente subyugadas? ¿Sabéis lo que ha hecho? Amar.

Leed su vida; toda ella se reduce a esto: ¡jamó!

* * *

Con desprecio soberano de lo que nosotros consideramos como absolutamente necesario para adquirir autoridad, respeto y poder, rechaza Él todo lo que sea fortuna y riqueza; renuncia nobleza, sangre, lustre y prestigio, y se contenta con ser hijo de una virgen pobre, unida con un carpintero humilde; nace en un establo y vive en pobre casa manejando en ella el cepillo, la sierra y la garlopa...

¡Oh! ¡Cómo le hubierais mirado vosotros por encima del hombro si hubieseis llegado a encontraros con Él!

Sin embargo, Él pasa treinta años en estas ocupaciones para recorrer al cabo de ellos toda la Judea predicando a los niños, curando enfermos, animando a los pobres, trayendo al buen camino a la Magdalena, defendiendo a la adúltera, alimentando a las muchedumbres, siempre dulce, siempre amoroso, siempre sufrido, siempre tierno y enseñando a todos la grande ley del amor.

Un día, como para ensayo, envía a sus discípulos a predicar lejos; allí los reciben de mala manera y los despiden peor, y ellos piden en seguida truenos y ra-

yos que los venguen. ¡Qué natural es esto en el hombre! ¡Qué natural es esto en nosotros, que a la menor violencia que se nos haga buscamos auxilio en la fuerza, para que sin compasión aplaste a sus autores, y nos consideremos vencedores ante las ruinas y la muerte!

Mas ¿qué les responde Jesucristo?... «¡No sabéis de qué espíritu estáis investidos!»

Enseñándoles en otra ocasión toda su doctrina acerca de la autoridad y del poder, les dice: «Sabéis que los reyes son dueños de sus pueblos, y los grandes ejercen su poder sobre los pequeños. Pues entre vosotros no ha de ser así. Porque para ser grande entre vosotros hay que saber servir a los demás. ¿He venido yo acaso para ser servido?... ¿No os he servido yo a vosotros?...» Y más adelante, al lavarles los pies con sus propias manos, añadió: «Vosotros me llamáis Maestro, y en verdad que decís bien, porque lo soy; pues si siendo yo vuestro Maestro os lavo los pies como veis, aprended vosotros a hacer como yo y a servir a los demás.»

Quedábale aún dar su vida en favor de aquellos a quienes amaba, y la dió; faltábale todavía dar la última sangre de su Corazón, y permitió que se le abrieran. Y bien sabéis qué grito tan divino de amor fué el que pronunciaron sus labios antes de morir, cuando pidió tan de veras perdón por los mismos que le estaban quitando la vida... ¿Es esto amor, señores, sí o no?

* * *

Acabo de deciros qué linaje de amor es el que baja desde las alturas del Señor a la sociedad sobrenatural.

Y el que sube de ésta hacia Él, ¿de qué linaje es? ¡Ah, señores, aquí fuerza es que yo me calle! Para

contestaros voy a leeros unas páginas inimitables. Permitidme leeros algunos trozos de Lacordaire:

«Hay un hombre cuyo amor dura aún en la tumba; un hombre cuyo sepulcro no sólo es glorioso, según lo cantó su profeta, sino también amado. Hay un hombre cuyas cenizas no se han enfriado a través de diecinueve siglos, y que va renaciendo todos los días en los corazones de una muchedumbre sinnúmero de hombres; un hombre cuyos pasos va recorriendo sin cansarse jamás, una porción considerable de la humanidad, y aunque ha desaparecido a los ojos visibles del cuerpo, le siguen toda clase de hombres recordando los lugares de su mortal peregrinación, ora los que recorrió en brazos de su Madre, ora los lagos y montes en que predicó, ora los valles que cruzó, ora, en fin, lo escondido de los desiertos en que estuvo oculto. Hay un hombre, ya muerto y sepultado, cuyo sueño espían lo mismo que sus vigiliass, y cuyas palabras vibran aún y producen en quien las oye amor, más que amor, virtudes, hijas del amor; un hombre, clavado siglos hace en el madero del suplicio, pero a quien millones de adoradores bajan del tal trono cada día para arrodillarse delante de Él, y postrados profundamente hasta la tierra besar con inefable amor y sin rubor sus ensangrentados pies. Hay un hombre azotado, crucificado y muerto después de una pasión inenarrable, pero resucitado y trasladado por la resurrección, de la muerte y de la infamia, a la gloria de un amor que jamás desfallece, que encuentra en Él la paz, la honra y aun el éxtasis. Hay un hombre perseguido en el suplicio y hasta en la tumba, pero que pidiendo apóstoles y mártires a todas las generaciones que se van sucediendo, mártires y apóstoles encuentra en el seno de todas ellas. Hay, por último, un hombre, y es el único, que ha dejado establecido sobre la tierra su amor.

»Pues este hombre sois Vos, oh Jesús, que habéis

tenido a bien bautizarme, unirme, consagrarme con vuestro amor, y cuyo solo nombre dilata mi pecho y me arranca estas efusiones de mi amor que a mí mismo me conmueven.»

Ahora bien: ¿qué es lo que vemos en esa sociedad divina, entre Jesús y nosotros?

Vemos en Él la autoridad soberana, ¡soberana, sí! «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.» Vemos también en nosotros la obediencia absoluta, conforme a aquella otra sentencia: «Quien no sacrifica todo, hasta su propia vida, en honra mía, no puede ser discípulo mío.»

¡Mas vemos sobre todo esto el amor! ¡Ah, señores, no lo olvidéis, el amor! Más grande, es verdad; cuando baja del superior al súbdito, porque baja desde Dios hasta el hombre; mientras que cuando sube sale de este miserable corazón humano, tan malamente dispuesto para amar.

* * *

Pasemos ahora, señores, a las sociedades humanas.

La primera que encuentro es la civil, que aun cuando no es el objeto que directamente me propongo, bueno será examinarla, siquiera un poco.

La llamo en primer lugar humana, a pesar de oír muchas veces llamarla en un sentido lato divina. Y claro es que como la naturaleza humana lleva necesariamente al hombre a vivir en sociedad, y por otra parte es Dios el autor de la naturaleza humana, se podría deducir que la sociedad entra en el plan divino, y, por consiguiente que es divina. Por la misma razón podríamos decir, y realmente se dice, que todo elemento esencial y necesario para el ejercicio de las sociedades entra en el plan divino, y en este sentido la autoridad civil, por ejemplo, puede llamarse divina.

Pero por lo demás, interviene Dios tan de lejos en

estas sociedades, que deja al arbitrio del hombre el modo de gobernarlas.

Y así, los hombres o los pueblos, reunidos legalmente en sus comicios o por medio de consentimiento unánime en ciertos sucesos y circunstancias, son quienes determinan las formas de gobierno, sea monarquía, oligarquía o república.

Así también el hombre o el pueblo es quien pone a la autoridad los límites dentro de los cuales se ha de mover; tales son las constituciones, las cartas, pragmáticas, códigos...

Finalmente, el pueblo también es el que, una vez señalada la órbita de acción al poder, se lo entrega a quien mejor le parece, llámense reyes, senados, cónsules, presidentes o asambleas.

Sentado esto, ¿encontraremos en esta nueva sociedad que venimos examinando la forma y el organismo de las sociedades divinas? Al formar el hombre esta sociedad, ¿seguirá la voluntad y el plan que Dios le ha dado a conocer al formar Él la familia y la Iglesia?

Encontramos, sí, en ella la autoridad investida del poder, y vemos que da leyes. Es precisamente lo que más hace, por lo menos en nuestros días, pues dispone de asambleas que apenas se ocupan en otra cosa que en dar leyes, y por cierto con una fecundidad asombrosa.

Encontramos también el súbdito, es decir, el pueblo que obedece, paga los impuestos, levanta cargas y dobla su frente ante la ley. Ahora, que esta obediencia sea alegre, fiel, sin murmuraciones ni quejas, no lo diré yo; pero ello es que por regla general, al fin y al cabo se obedece, y a falta de otro mérito, el súbdito tiene el de resignarse

Mas el amor, ¿dónde le encontraremos? Yo me canso en buscarle, vuelvo acá y allá, y encuentro, en vez de

amor... ¡polizontes! Concededme que no es exactamente lo mismo.

Cuando en las sociedades gobierna la autoridad con justicia, mirando siempre y en todo al bien del pueblo, y nunca a su bien particular, y el pueblo por su parte obedece según conciencia, mirando al interés general y sacrificando por él cualesquiera intereses privados, el gobierno tendrá, ciertamente, garantías de seguridad y de duración.

No se olvide, sin embargo, que el hombre siempre es hombre, es decir, que su egoísmo siempre le está punzando, que difícilmente se resigna al sacrificio, que se ve devorado por la pasión de la independencia, por la sed de subir cada vez más y de coger también para él, si puede, el poder; no se olvide, en una palabra, que siempre es... el primer rebelde, el rebelde de los primeros tiempos.

Ahí tenéis por qué, a falta del engranaje del amor en vuestros mecanismos, necesitáis los polizontes, es decir, la fuerza, la represión, las cadenas, la guillotina o la horca.

Ahí tenéis por qué, en acabándose la fuerza de los polizontes, se habrá acabado vuestra sociedad, porque el pueblo entonces la volará y derrumbará cual castillo de naipes. Después se formará otra sociedad para otro poco de tiempo, hasta que la derrumbe también como a la primera; volverá a fundar la tercera, y así sucesivamente.

¿No es este, señores, el resumen de la historia, así de la antigua como de la moderna y de la contemporánea? ¡A lo menos, las excepciones fácilmente podrían contarse!

Así, que preguntar a una sociedad cuánto tiempo durará, equivale con frecuencia a preguntar: señores, cuánto tiempo estará en pie la fuerza antes de caer.

Llego, por último, a esa sociedad particular de que me he propuesto hablaros en este discurso: la sociedad del patrón y del obrero.

Y ante todo pregunto: ¿es natural, es decir, está conforme con la naturaleza de las cosas? No hay duda ninguna de que sí; existe en la naturaleza por cierta desigualdad ineludible que ha de haber de condición y de fortuna, y que sólo en sueños puede desaparecer. Porque en esta gran familia de hombres siempre ha de haber miembros necesitados que en las terribles e inevitables luchas por la existencia tendrá que ofrecerse, para poder vivir, al servicio de otros y pedirles en cambio algunas migajas de sus tesoros.

Bien sé que teóricamente se pueden ver de otro modo las cosas; y así, el dinero que yo doy al trabajador no es de suyo sino una forma convencional para representar un trabajo anterior, y que al pagarle en moneda no hago más que cambiar su trabajo por el mío o por el de mis antepasados. No pretendo ahora impugnar esta teoría; pero tampoco la considero como argumento contundente contra la codicia que despierta en el trabajador el espectáculo de una riqueza que está siempre holgando. Haced si no esta prueba: cuando deis las dos, tres o más pesetas convenidas a ese obrero que durante el día entero ha estado en vuestra casa trabajando con todo empeño, y viéndoos a todas horas fumar sendos magníficos cigarros, y unas veces tendido con toda comodidad en un diván leer, ya el periódico, ya la última novela, otras hacer saltar con brío por la banda las bolas de vuestro billar, decid, decidle entonces:

«Buen hombre, este es mi trabajo, o si queréis, el trabajo de mis antepasados».

De fijo que os tendrá por loco, porque a vosotros os ha estado viendo todo el día sin hacer nada, y él ha visto empaparse el suelo con el sudor de todos sus

miembros. ¿Qué ha de entender la alquimia de esos teóricos de escuela?

Pero lo cierto, lo positivo es que ese hombre necesita vivir, y que para vivir necesita dinero. Y por esto, él que no lo tiene, os servirá a vosotros que lo tenéis para tener él algo también. Esto es lo evidente para él.

Conque siempre ha de haber pobres que se vean en la necesidad de servir a los ricos.

*
* *

Pero, señores míos, vistas las cosas por otro lado, no bien examinado en muchas ocasiones, resulta que ha de haber también ricos que necesiten servirse de los pobres. A esta necesidad llevan al hombre insensiblemente su natural pereza y su congénita repugnancia para todo lo que sea trabajo y esfuerzo; a esa misma necesidad lleva también a los hijos la educación que hoy se les da, y tanto, que parece que va a llegar pronto la hora de que cuando sean hombres ni aun en las cosas más vulgares se basten así mismos.

Acabo de presenciar la salida de las clases de un colegio importante, y por cierto que he quedado admirado al ver tantos criados como estaban esperando a los niños. ¿Para qué los esperaban? ¿Para cuidarlos y acompañarlos hasta casa? Sí; ¡pero también para llevarles las carteras y los libros!... Dejad que crezcan estos niños, y cuando sean hombres necesitarán un criado que les calce y limpie las botas, otro que les tire de las mangas de la levita, les ponga el cuello de la camisa, les haga el nudo de la corbata, y otro que les lleve el paraguas y el abrigo. ¡Y llamarán hombres a éstos!...

No quiero seguir con esta idea, porque me llevaría demasiado lejos, sino que me contento con rogaros que la sigáis vosotros; seguramente habréis notado que en cualquier cosa molesta y que cause algún trabajo, pe-

sada o enojosa, procuramos quitarnos esa carga y echársela, si podemos, al prójimo, aunque sea pagándole lo que sea. Esta es la teoría moderna de la sustitución universal; eufemismo muy bonito que oculta la pereza y la dejadez universal.

Como por pasos contados nos lleva al miliciano nacional, que cuando sale al ejercicio busca una criada que le lleve la cartuchera y el fusil.

Ahí tenéis de dónde viene originariamente la asociación del principal y del dependiente, del patrón y del obrero: de la necesidad de servir, por una parte, y por otra, de la necesidad de ser servido.



Mas si esta sociedad es natural, tiene la ventaja de ser eminentemente libre.

Porque se contrae de común acuerdo, y en los términos con que se contrae quedan señalados así los derechos del jefe y del patrón como las obligaciones del súbdito y del obrero, lo mismo las condiciones que la duración de la sociedad.

Fuera de este contrato, ni hay de parte del patrón sombra de autoridad o de poder, ni hay de parte del obrero sombra de obediencia o sumisión. No hay duda ninguna que ambos quedan obligados a las leyes generales por las cuales se dirigen las mutuas relaciones de los hombres entre sí; pero en cuanto a las obligaciones que adquieren con esta asociación, no tienen más lazos que los unan sino los que se hayan declarado formalmente en los términos del contrato.

Como se ve, aún hay en esta sociedad alguna autoridad, pero ¡cuán limitada, cuán reducida! También hay alguna obediencia, pero ¡qué campo tan ancho deja la libertad!

De aquí resulta necesariamente que esta sociedad es

por extremo precaria y pasajera. Admitís, por ejemplo, en vuestra casa una doncella, y os encontrarís con que al mes os pide la cuenta y os deja. Me diréis que esto os disgusta, y os creo, convengo en ello; pero la doncella usa de su perfectísimo derecho.

Tenéis un obrero en vuestras minas, y la primera vez que recibe la quincena de su jornal se marcha. Usa de su derecho.

Qué, ¿lo dudáis? Pues suponed el caso contrario; suponed que al mes despedís vosotros a la primera y a los quince días al segundo, y entonces os parecerá evidente vuestro derecho.

* * *

Esto es precisamente lo que justifica un derecho temible, es verdad, pero innegable; derecho del que abusa con frecuencia la perversidad humana, aunque no por eso deja de ser por su esencia muy legítimo el derecho a la huelga.

Me refiero a la huelga pacífica y legal.

Ahora bien; ¿qué se entiende por huelga tomada en este sentido? No querer trabajar en provecho vuestro; es el derecho que el obrero tiene de romper, al fin de la semana o de la quincena, el contrato que tenía hecho con vosotros, y de negarse a trabajar para vosotros. Yo quisiera saber en qué os apoyaríais vosotros para obligarle a servirlos. Pues lo que puede hacer uno de ellos, lo pueden hacer todos simultáneamente. Están en su derecho al hacerlo así; derecho suyo es comprometerse mutuamente por la persuasión y el consejo; derecho suyo es convenir todos en el día y hora en que todos os hayan de dejar con vuestra fábrica o con vuestras minas.

Y no me objetéis diciendo que el obrero está obligado a cumplir las leyes generales de la caridad, por las cuales se rigen las mutuas relaciones de los hombres,

porque he comenzado por asentar ese principio. No olvidéis tampoco que también sobre vosotros pesa la misma obligación que sobre él, y que por ser patrón debéis dar ejemplo; ni digáis, por último, que el obrero debe sacrificar en bien del interés público su interés privado, porque todo esto es verdad, pero también que debéis hacer lo mismo vosotros, y es menester, vuelvo a repetir, que venga de vosotros primero el ejemplo.

Mas la cuestión que yo presento pone fuera de discusión estos principios capitales. Yo os pregunto sencillamente: ¿Para cuánto tiempo se ha hecho el contrato que obliga al obrero a estar con el patrón? Para quince días. Pues entonces, pasados ellos, si al obrero le parece bien, puede con todo derecho rescindir el contrato. ¡Y por más que tronéis contra el valor de ese derecho que os está amenazando, jamás se le podréis quitar al obrero!

Pero «la huelga es una rebelión», me diréis vosotros quizá... ¿Rebelión? Para que lo fuera sería menester probar que tenáis vosotros un derecho anterior al contrato. ¿Y dónde está ese derecho?... Insisto en lo de antes; cambiad la hipótesis y suponed que sois vosotros los que despedís al obrero a los quince días. ¿Dudaríais entonces? No, ¿no es verdad? ¿Pues a qué dudar cuando os deja a vosotros el obrero?

¿Sabéis, señores, lo que le detendrá, le conservará y lo que le unirá a vosotros con lazos más apretados que todas las obligaciones y todas las leyes del mundo?... ¡El amor! Luego ¿por qué no echáis entre él y vosotros esa divina lazada, mayormente al ver que Dios la ha puesto en todas las obras de sus manos? Decid, ¿por qué?

* * *

¿No habéis visto alguna vez (de seguro que sí, porque ni hay que acudir para ello muy atrás, ni se ha

perdido del todo la costumbre) formando parte del hogar cristiano de alguna familia noble a algún antiguo criado encanecido por la edad y constante trabajo? El respeto y la veneración de los años le han proporcionado, bajo aquel techo tan bendecido y para sus últimos días, un asilo cariñoso y cómodo en que, descansada y pacíficamente, dejará de vivir. A los años los ha visto nacer y hacerse hombres; estuvo sirviendo a su padre de ellos, y el mayor contento de su agradecido corazón lo pone ahora en ver pasar delante de él, alegres y risueños, a sus queridos nietecitos.†

Me acuerdo haber visto yo un día a uno de estos venerables ancianos en cierta casa en la que de cuándo en cuándo, cariñosamente, se me daba hospedaje. Ya estaba el pobrecito al fin de su carrera mortal; tanto, que al poco tiempo se durmió en la paz del Señor. La tarjeta en que se daba cuenta de la defunción tenía nombres vulgares y pocos conocidos de hermanos, hermanas, y de sobrinos, y después de ellos, por tres veces repetido, uno de los nombres más ilustres de nuestra histórica nobleza. Como los tres han muerto ya, puedo sin inconveniente publicar sus nombres: eran Guillermo, Carlos y Carlota d'Aspremont-Lynden, condes del Saint-Empire, los cuales, según decía la tarjeta, rogaban encarecidamente encomendase a Dios el alma del que fué siempre fiel servidor de la casa.

Permitidme evocar aquí un recuerdo personal. Un día que hice una expedición me detuve en casa de unos antiguos discípulos, que por entonces eran, mejor dicho, continuaban siendo mis mejores amigos.

Hallándonos juntos todos a la hora de comer, salió del comedor su madre y volvió al cabo de un momento trayendo del brazo a una anciana, ya acartonada, con los pies a la arrastra, sencilla, humilde, pero digna y grande aun en su venerable ancianidad. La condesa nos la presentó diciendo: «Mi nodriza, señores», y al

punto la sentó al lado del hijo mayor. Al decir misa en la capilla al día siguiente, vi dos reclinitorios a derecha e izquierda: el de la izquierda estaba más próximo a la estufa y sobre él se puso de rodillas la anciana. Era invierno, el tiempo estaba crudo y la capilla, por consiguiente, frísimas. Entonces tuve ocasión de observar que la condesa, aun forrada de pieles, tiritaba, mientras que la venerable anciana disfrutaba de la estufa.

¡Aquí tenéis, señores, el amor! ¡Esta es la sociedad cristiana del superior y del súbdito!... ¿Y no podría yo citaros muchos ejemplos como ese? Criados que permanecen fieles con amos aun arruinados, rehusando su salario por completo, aumentando su trabajo y velando por las noches para ayudarlos a vivir, recogiendo sus huérfanos como si fueran hijos propios, sacrificando todas sus modestas economías, ayunando ocultamente o comiendo poco y mal con tal de tener qué poner a sus amos.

Vuelvo a decir: ¡Ahí tenéis lo que hace el amor!

* * *

Pero os oigo replicar: «Todo eso es antigualla, sueño, ideal, misticismo. ¡Cómo se conoce que sois fraile! No conocéis a los criados del día». ¡En verdad os digo, señores, que es cierto! ¡Cuántas veces se trabaja en vano con tan buenas intenciones! He conocido a una señora excelente, y tan buena con las criadas, que a los quince días de estar con ella todas juraban no querer vivir sino para servir en aquella casa y morir sirviendo en ella... y yo creo que hubieran cumplido su palabra y hubieran muerto en la casa si no hubiese ocurrido que a los tres meses de servicio todas, una tras otra, se casaban. ¡Era esto capaz de desanimar a la señora de más temple!

Así, pues, admito absolutamente cuanto pudierais decirme en esta materia, que sería muchísimo.

Sólo que por mucho que sea, yo os lo podré decir con una sola palabra, a saber: «Es muy difícil ese amor», lo cual, como veis, será una excusa excelente, pero también una razón... deplorable. ¡Claro está, señores, que amar al criado, al dependiente, al súbdito, al obrero, es cosa difícil! ¡Pero difícil, como todo deber, como la virtud, como el olvidarse de sí mismo y el sacrificarse a sí mismo; difícil como todo lo que levanta y engrandece al alma! ¡Mucho más fácil es, ¿quién lo duda? dejarse llevar dulcemente del descanso y del regalo, y cerrados los ojos y tapados los oídos para todo, dormirse entre las comodidades de la engañosa paz de un presente falaz, y no ver ni oír nada de un porvenir que se acerca rugiente y amenazador!

* * *

Pero otro mejor argumento tenéis que oponerme, y es que, soltando una risa de satisfacción, podéis señalarme con el dedo los diez mil obreros de las fábricas modernas, distribuidos por compañías, como los regimientos del ejército, y mandados por una completa jerarquía de contratistas, listeros, capataces y celadores, y ante esa muchedumbre de obreros podéis preguntarme de qué manera se ha de arreglar el patrón para amar a todos y cada uno de ellos.

¡Diez mil hombres para un corazón!...

Podéis ir más lejos, y decirme que ya no hay patrón... que eso de patrón es un mito de los tiempos antiguos, una fábula de tantas como nos da la Edad Media, y que hoy solamente hay accionistas bien descansados y regalados en sus lujosas habitaciones, y desparramados por la provincia, por la nación y por

todo el globo terráqueo; podéis decirme que en representación de ellos suelen venir de tiempo en tiempo los administradores, y sentados en frente de las buenas estufas de la sala de sesiones, examinar las cuentas de la explotación para dar su juicio acerca del rendimiento de la fábrica o de la mina.

Más aún podéis reforzar vuestro argumento. Porque contando uno por uno todos los accionistas, podéis calcular con el rigor que se quiera la parte alcuota de amor que a cada accionista le ha de corresponder derramar sobre los diez mil obreros; y si por otra parte consideráis que esa partícula de amor del patrón tiene acciones en otras muchas empresas a la vez, no hay duda de que esas cifras, que son medida del amor y tan menudamente lo esparcen, harán sumamente ridícula mi teoría.

¿Lo creéis así, señores?

¡Pues sea así! Renuncio a mi teoría; pero venid conmigo a ver un sitio de esos en que trabajan tantísimos obreros.

Vedlos pasar a esos pobres hombres ennegrecidos por el polvo y humo; ved con la luz roja de las llamas cómo les corre el sudor por todo el cuerpo, y cómo se ponen rígidos todos sus músculos; cómo doblan su cuerpo para dar impulso a las máquinas; vedlos en medio del confuso torbellino de inmensos volantes y entre la sorda tempestad de las fraguas; vedlos en las profundidades sombrías de las cuencas hulleras meterse como culebras por aquellas negras galerías, y pegados a las paredes cavar la vena del mineral; vedlos correr enfrente de lavas de acero y hierro, como si fueran sombras, a través de chispas abrasadoras...

Por Dios, señores; ¡no olvidéis que esos hombres tienen corazón como vosotros!... que no son máquinas, ni son bueyes o caballos a quienes se los aplica la ahijada o el látigo a capricho, ni son esclavos, ni sier-

vos, sino acordaos que son hombres como vosotros, y hombres libres...

Del amo, ¿qué saben los infelices?... si tan sólo aparece delante de ellos en forma de un jefe de segundo orden que los maldice, o de un subalterno que los trata como a bestias, o de un director que, fruncido el ceño y torva la mirada, pasa por entre las filas, y aunque honrado, o por lo menos atento de suyo, a nadie conoce y quizá no haya dirigido nunca a ninguno la palabra, hombre que no sabe de aquellos obreros sino que todos están en sus puestos, una vez que está andando la fábrica,

¿Se acabó todo esto? No, porque ven también al amo al fin de la quincena bajo otra forma, bajo la forma del pagador, que al fin y al cabo les da la paga... después de haberse filtrado... ¡las multas!

¡Pues bien, señores; no dudo un momento en decir que este modo de proceder no basta! No, esto no basta. Con esto no puede ahora el patrón desaparecer de la escena a calcular el beneficio de su empresa, guardar sus libras esterlinas bajo tres llaves y exclamar satisfecho: «¡He cumplido con mi obligación!»

Pues ¿qué más puede y qué más debe hacer el patrón?

Vosotros mismos, señores, vais a responder por mí.

*
* *

Supongamos por un momento que no hay más que un solo obrero y un solo patrón, y que ese patrón sois vosotros. Yo os pregunto... pero dejad a vuestro corazón la respuesta.

Si cayese enfermo ese obrero, ¿no haríais porque le cuidasen? ¡Ah! dados los sentimientos grandes de vuestro corazón, quizá, quizá le cuidaríais vosotros mismos... pero al fin, lo cierto es que a lo menos encarga-

ráis que le cuidasen... Si fueseis muy rico y él muy pobre, ¿no le pagaríais todos los gastos? ¿Permitiríais que durante la enfermedad de vuestro obrero muriesen de hambre su esposa y sus hijos?... No. ¿No es verdad? Con la idea de mantenerlos le pagaríais, por lo menos, alguna parte del jornal.

Si este obrero quisiese hablaros, ¿no le escucharíais? ¿No escucharíais sus quejas, sus deseos, quizá sus sueños? ¿No trataríais con él acerca de su interés y del vuestro.

Si ese obrero llegase a morir en vuestra casa, y dejase necesitada familia... ¿la dejaríais perecer? Y si fueseis muy rico y él muy pobre, vuelvo a decir, ¿no sostendríais a su pobre esposa y a sus pobres hijos?

Finalmente, si ese obrero, anciano ya, hubiese gastado todo el vigor de sus nervios y toda la fuerza de sus músculos en servicio vuestro, y nada más que por vosotros... ¿le despacharíais como se echa a un rincón un mueble usado o una máquina inútil? ¡Oh, no! ¡No! Tendríais cuidado de su ancianidad, y hasta que muriese le velaríais con amor.

Sí; todo esto haríais vosotros porque es bueno vuestro corazón, porque es cristiano y comprende qué cosa es el amor.

Haríais más; porque no gastaríais a ese hombre con trabajos superiores a sus fuerzas, ni prolongaríais las horas de su fatiga, ni le emplearíais en las veladas que le acaban, sino que sabríais darle lo que a él le correspondiese, y calculando la ganancia que teníais con él, sabríais calcular también su ganancia.

Porque todo esto sabe hacer el amor.

*
* *

Pero en el caso que proponéis no hay más que un solo obrero y un solo patrón. Y cuando los obreros son

diez mil, y el patrón es esa cosa abstracta que se llama la sociedad anónima, ¿qué se ha de hacer?

Preguntáis, señores, ¿qué hay que hacer?... Reunir esas fracciones alícuotas de amor de que antes os refais, recogerlas de dondequiera que estén, y teniendo en cuenta las mermas, sacad la suma, que será el amor colectivo de ese patrón, también colectivo; hacer que broten de él la organización de cajas de socorros, cajas de seguros, de pensión, y sobre todo las juntas de conciliación, tan admirablemente dispuestas con el objeto de que obreros y patronos se conozcan, se aprecien y se amen.

Estas serán nuevas formas bajo las cuales verá el obrero a su patrono, y no se presentarán, a lo menos, con el ceño fruncido y el corazón helado. No serán, con todo, el amor tal cual yo lo entiendo; pero siquiera será la bondad y la primera sonrisa del amor... Cuando merced al cuidado de sus patronos se vea el obrero al abrigo de los golpes terribles de una enfermedad, de los contratiempos de la vida o de la vejez, cuando sepa que aun después de su muerte ha de llegar a su esposa y a sus hijos algún fruto de su trabajo, si no puede aficionarse a un patrón invisible, se aficionará a su fábrica, y aquellas paredes negruzcas y aquellas chimeneas con sus espesos penachos de humo le parecerá menos siniestras y podrá descansar tranquilamente a su sombra, porque tendrá para él un no sé qué reflejo de bondad que se las representará a sus ojos como hermosas y queridas.

*
*
*

¡Son tan naturales estas cosas!... ¿No es verdad, señores, que a mi pregunta han salido todas ellas espontáneamente de vuestro corazón? Pues entonces, ¿en qué consiste que sean tan raras de ver? Porque al fin ello es, y no hay que forjarse ilusiones, que esas so-

ciudades industriales en que el interés en favor del obrero haya sabido organizar tales obras son muy raras, se las puede contar fácilmente, y por consolador que sea el espectáculo que nos ofrecen, se entristece el alma al verle tan aislado. ¿Cómo se explica esto?... ¡Ah, señores! por una consecuencia muy natural de la pobre naturaleza humana.

No estaba en ello la ganancia del patrón, y, por consiguiente, no pensó en ello al fundar su industria; más adelante se negó muchas veces, y puede ser que aún se esté negando, y quizá no ceda sino ante una crisis social o ante la fuerza de la ley. Es menester, señores, la llama cristiana, es menester el amor cristiano para inclinar al hombre a que mire más allá de su bien, y sacrifique una parte de él en beneficio de los pobres y desvalidos.

Al llegar aquí, señores, voy a descansar contándoos con gusto un ejemplo ilustre.

Habíamos de celebrar el año próximo, como sabéis, fiestas nacionales, y el rey concibió una idea propia de su magnanimidad, y fué pedir que todo el dinero que se hubiese de gastar en los festejos públicos se junta-se y se depositara en una caja de seguridad, y de ella se fuese sacando y repartiendo a los trabajadores, a los desvalidos y a los niños huerfanos... ¡No sé si en la historia de los reyes encontraréis muchos ejemplos de tanta grandeza y compasión!

Esto es el amor, es decir, el olvido de sí mismo y la abnegación de sí mismo en favor de los demás.

Ahora mismo están en Alemania diputados de todas las monarquías y potencias, convocados y presididos por el Emperador, estudiando y discutiendo las necesidades de esos mismos trabajadores, inválidos y menores. Hermoso espectáculo es también esto; también está inspirado por el amor.

Pues al hablar de esto un buen número de personas se enfurecen y no pueden ver sin recelo que allí donde había de bastar la libertad intervenga la ley, y que el espectro temible del Estado ponga su mano en un terreno del que quisieran desterrarle para siempre.

¡Cosa verdaderamente singular, señores, ver execrado y por todos proscrito al Estado cuando extiende su mano para encarecer el deber y la justicia y proteger la debilidad... y verle agasajado y ensalzado con tan amorosa ternura cuando abre la misma mano para dejar caer privilegios, favores y subsidios!

Ese contraste de los sentimientos que inspira me hace desconfiar mucho. En cuanto a mí, señores, creo que se hallará en su puesto el Estado al tomar la defensa de una causa de interés general, y que, comúnmente hablando, tiene la iniciativa particular bastante que hacer con su propio interés antes que ocuparse en trabajar en el de los demás. Dejad, si no, a la iniciativa individual el pago de los impuestos... ¿creéis, por ventura, que se llenarían así y se conservarían repletas las cajas del Estado? También se halla en su puesto, a mi juicio, el Estado cuando toma a su cargo la defensa de los pequeños y de los débiles contra los grandes y los fuertes... y para decirlo todo de una vez, puesto que han de rozarse siempre el barro y el hierro, no encuentro yo mal que entre el uno y el otro ponga el Estado buenas almohadillas de algodón en rama.



Hubiese acabado ya, señores, si no quisiera contestar a la objeción que me pusisteis y he dejado pasar.

¡Diez mil obreros! ¿Cómo, decíais, amar a tanta gente?

Pues bien; aun cuando supiese que os ibais a llenar de admiración, os diré que no es tan difícil la cosa

como parece. Yo mismo he tenido el gusto de visitar varias veces una fábrica, cuyo director se limitaba a hacer en obsequio de sus obreros tan sólo esto que vais a oír: los saludaba a todos cuando pasaba delante de ellos, los recibía con cariño y paciencia cuando acudían a él, si caían enfermos iba en persona a visitarlos o encargaba a su esposa y a su hija que lo hiciesen por él. y si padecían alguna tribulación de familia, los consolaba. No hacía más, señores. ¿Y me diréis que esto es imposible?

Pues id ahora a esa fábrica y a la hora de acabarse el trabajo, detened a cualquiera de esos fornidos obreros de la negra muchedumbre que parece va vomitando la puerta, preguntadle si quiere al amo, y al punto os responderá: «¡Ay, señor! por ese hombre nos dejaríamos hacer pedazos».

Y qué, ¿no sabéis, por ventura, cuánto se ensancha el corazón del obrero, cuando ama a su señor? Qué, ¿no sabéis que una demostración de cariño, una sonrisa que tengáis con cualquiera de ellos, se propaga como chispa eléctrica a través de todos los demás y los enamora?... ¿cómo basta a veces amar a uno solo para amar a todos?

Me vais a permitir aún contaros una historia reciente. Aunque sea de otro orden de cosas, me lo trae a la memoria la íntima relación que con éste tiene. En tiempo de la Exposición de Amberes, solía visitarla con frecuencia una Princesa de nuestra corte, la archiduchesa Estefanía, que por entonces se hallaba en toda la lozanía de la juventud, de su hermosura y de su gloria. Cuando ella pasaba quedaba la multitud de gente que allí había sobrecogida de admiración, e instintivamente iba en pos de ella y la colmaba de aplausos. Pasando cierto día por los jardines, detúvose un rato ante unas rosas y las alabó en gran manera. Al jardinero, que se las estaba presentando, satisfechísimo de este

elogio, se le ocurrió repentinamente una idea feliz. Luego que se hubo alejado el real cortejo cogió el jardinero las tijeras, cortó una por una todas las rosas, hizo con ellas un ramo y se lanzó a todo correr por entre la muchedumbre con su ramo en la mano. Llegó, tuvo miedo y se paró temblando... Un oficial estuvo observando la escena, y adivinando el pensamiento del jardinero, mandó que se presentasen las rosas a la Princesa. El jardinero se quedó esperando... De repente se volvió la Princesa, y retrocediendo unos pasos se acercó risueña a él, le dió las gracias y le alargó la mano.

¡Ah, señores! Debíais haber visto a ese pobre obrero. No se le ocurría ninguna palabra; temblando miraba a la Princesa, el pecho se le saltaba y de sus ojos corrían gruesas lágrimas, pero lágrimas de alegría.

Y vamos, tomadlo a risa si os place, pero lo cierto es que también nosotros, los quinientos o mil que allí estábamos, nos vimos sorprendidos por la emoción y con las lágrimas en los ojos; también nosotros nos sentíamos alegres y dichosos; también nosotros la colmamos de bendiciones.

Cuando más tarde vino sobre ella, como el rayo, la desgracia, sintióse también en nuestro corazón el choque de retroceso; porque siempre la vimos bondadosa y siempre fué de todos amada.

* * *

He acabado, señores. Os he dicho con qué condiciones puede ser estable la sociedad de patrón y obreros, y con qué lazo se han de unir los dos factores: el amor.

Algún escritor ha dicho: «Si es que aún es tiempo de conjurar los trastornos que nos amenazan, sólo lo conseguiremos haciendo que reine la justicia.»

No es bastante la justicia, es necesario el amor.

Cuando hizo Dios las obras de que os he hablado no puso en ellas solamente justicia, sino también amor.

Conque amemos y démonos prisa a amar, porque la ola crece y el tiempo urge.

*
*
*

SEÑORAS, SEÑORES:

Trabajos recientes, bien dirigidos y con infatigable constancia continuados, han descubierto, bajo el cielo siempre nuevo y siempre azul de Italia, las ruinas antiguas y empolvadas de Herculano y de Pompeya. Hoy se pasea por las calles de entonces y se entra en los templos y palacios que tenían atrios tan magníficos. Las decoraciones y pinturas de sus murallas, y hasta su misma disposición; las inscripciones e insignias, las unas escritas y las otras simbólicas; los muebles y hasta los utensilios de cocina; el servicio de los banquetes; otros mil objetos, aun de los más vulgares, encontrados entre las cenizas y la ola endurecida de las lavas, han hecho que se haya podido restablecer con pasmosa evidencia la vida del pueblo allí enterrado, sus costumbres, sus usos, en una palabra, su fisonomía.

Era aquél un pueblo rico e inteligente que rayó muy alto en la escala de la civilización humana, muy refinado en el modo de buscar placeres, amante de las letras y bellas artes, apasionado por todo linaje de goces; finalmente, contento con aquella vida y saboreando con indiferencia aquella frívola alegría. Cantaban sus poetas diciendo: «Coronémonos de rosas», y a los acordes del laúd cogían tan delicadas flores y coronábanse con ellas. Más allá, sobre una altura, existía también un volcán que bramaba y hervía; mas ¿a qué detenernos ahora en pensamientos tristes?... Cuando bajo el cielo obscuro de la noche se desprendían sus haces de llamas, acudían presurosas las muchedumbres a ver

aquel espectáculo magnífico, y con aquel resplandor rojizo, cual si fuese la iluminación más fantástica que yo os pudiera fingir, comenzaban sus acostumbrados convites y danzas.

Mas un día abrió desmesuradamente su garganta el monstruo entre estampidos de trueno, y vomitó un mar de fuego hirviendo y espumoso, el cual se precipitó,— rodando sus olas por la parte devorada del monte— pasó y anegó como otro diluvio aquella ciudad rica, aquella ciudad feliz, aquella ciudad indiferente y loca. Hombres, mujeres, niños, ancianos, riquezas, palacios, tesoros, todo lo envolvió entre sus olas de fuego; fué luego subiendo, subiendo siempre hasta un punto en el cual se detuvo; allí se recostó sobre sus cadáveres y ruinas, y luego, ya sosegado y silencioso, se condensó. Siglos y siglos han pasado sobre esta ciudad al modo que pasan los fieles en las iglesias antiguas sobre los sepulcros de sus antepasados.

En nuestros días, cuando se hunde en algún hueco la piqueta de los trabajadores de las excavaciones, se suspende el trabajo y rellenan con yeso aquella misteriosa y enorme abertura; y luego que se ha endurecido la masa, continúan con precaución excavando y se encuentran a lo mejor con el molde de un cuerpo humano que murió entre horribles convulsiones o con actitudes desgarradoras, luchando, con los esfuerzos de la agonia, contra las quemaduras del fuego o contra la asfixia causada por las cenizas; al lado de estos cuerpos encuéntranse a veces los brazaletes de oro, los collares de piedras finas, los adornos... en fin, ¡todo ese vano cuidado del cuerpo y de la belleza que se acaba, toda esa ostentación de una fortuna que no libra de la muerte!...

Y cuando aparecen en esta forma los hombres de aquella época, cuando veis con vuestros propios ojos en los Museos de Nápoles la mascarilla de estos cuer-

pos y junto a ellos las reliquias que se han podido reunir de su vida, decidme, en presencia de ese pueblo de felices, de ese pueblo de danzantes, de histriones y de bufones; en presencia de ese pueblo embriagado de regalos, placeres y voluptuosidades; en presencia de ese pueblo que no tuvo ni una hora de pensamientos serios y profundos; en presencia de ese pueblo que no supo mirar adelante... decidme, repito, ¿sentís compasión? ¡No, sino desprecio!... ¡El desprecio que pesa, a través de los siglos, sobre la raza de los lascivos, *factio lascivientium*, sobre aquellos afeminados de la antigua Roma; el desprecio, que los tiene mejor cubiertos aún que la lava y más endurecidos que ella!... Les han quitado el manto de la lava, ¡pero la cubierta del desprecio no se la quitarán jamás!



DISCURSO V

EL OBRERO

CONFERENCIA FAMILIAR

PREFACIO

AL publicar esta conferencia acerca del obrero, no puedo alejar de mí un temor. Este discurso, hecho para ricos y patronos, puede caer en manos de pobres obreros. ¿Me comprenderán? ¿No buscarán en la sinceridad a veces ruda de mi lenguaje—y podría permitírmela ante un auditorio cristiano,—no encontrarán un estímulo más a los odios actuales y a esos sueños insensatos de resistencia y rebelión que agitadores culpables alimentan en sus pechos, y que comprometen la causa obrera aun a los ojos de las almas generosas y abnegadas?

No está la salvación del obrero en esas reivindicaciones brutales y violentas... ¿Qué ha ganado con la Revolución francesa?... ¿Qué ha ganado con los incendios y los fusilamientos de la Comunque?... ¿Qué ha ganado con las huelgas sangrientas que han deshonrado y arruinado a nuestro país?...

La salvación del obrero y del pobre, lo mismo que del rico y el patrono, se halla por completo en la aceptación práctica de la ley religiosa.

Si ella dice al amo y patrono que vea en el obrero un igual y un hermano, y que le trate como si viera en él a Dios, también dice al obrero y criado que mire a su amo y patrono como a un igual, como a un hermano, y que le sirva como a Dios.

¿No es de Dios de donde dimana toda autoridad en el organismo social cristiano? Él es quien da la autoridad al patrono, y la obediencia no es honrosa más que cuando descubre de este modo a Dios en el hombre ante quien se inclina.

La ley religiosa manda al rico amar al pobre.

Manda igualmente al pobre amar al rico.

El rico debe caridad al pobre.

El pobre debe caridad al rico.

Esta mañana lefa yo un pensamiento magnífico: «La caridad del pobre consiste en querer bien al rico» (1).

He ahí las ideas que yo hubiera expuesto ante un auditorio de obreros y trabajadores si me hubiera sido dado, como en otros tiempos, hablarles en sus Círculos.

Si a los ricos les pareciese que me he extralimitado, les ruego que lean o vuelvan a leer los discursos del señor Arzobispo de Lieja, de Mons. Korum y de Monseñor Mermillod, en el Congreso de las obras sociales. Yo he intentado seguirlos de lejos, caminando sobre las pisadas de tan ilustres maestros.

A los ricos me atrevo a rogar que mediten estas profundísimas palabras de Mons. Manning, que recientemente ha hecho suyas Mons. Gibbons, defendiendo la causa de los Caballeros del trabajo: «En la era futura no tendrá ya que contar la Iglesia, con los príncipes y los Parlamentos, sino con las grandes masas. Que lo queramos, que no, he ahí nuestra obra, una obra para cuya realización no es preciso un espíritu nuevo, una nueva dirección de la vida y de la actividad.»

Les suplico, sobre todo, que se acuerden del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Se me ha reprochado el haber ido demasiado lejos en este discurso; ahora he procurado corregir los pasajes que, según se me indicaba, adolecían de este defecto, y estoy dispuesto a corregir los que todavía se me indicaren. Ir demasiado lejos, en cualquier sentido que sea, es siempre apartarse de su objeto. Pero lo he sentido menos por haber sido la parte de los pequeños y de los débiles hacia donde tal vez me incliné demasiado, y por esa parte hacia donde propendía Nuestro Señor.

Todo el que ame a Jesucristo comprenderá este proceder fácilmente.

Ruego al mismo Señor con toda mi alma que bendiga este librito. Él me es testigo de que al publicarle no me he propuesto otra cosa que servirle.

Servirle en aquellos a quienes Él más ama, en los que padecen y en los pobres.

Cristo in pauperibus.

VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

(1) Condesa de Viana. *Máximas de la vida.*

MONSEÑOR (1):

SEÑORAS, SEÑORES:

ERA una tarde ya al anochecer. Por los confines del horizonte descendía de la sinuosa cresta de las colinas una nube sombría que, como hinchada y ascendente ola, iba invadiendo el valle. De todo el país de Charleroi, donde me encontraba entonces, tan pintoresco, tan poblado, tan alegre bajo los rayos del sol, hizo en pocos momentos un inmenso desierto negro donde las llamaradas de las fábricas esparcían haces de fuego.

Ibamos a presenciar la colada de fundición de uno de los altos hornos; la llama que entre humos se precipitaba recta y chisporroteante a través de la boca del horno alumbraba nuestros pasos. Llegamos allí; todo estaba presto. Se nos colocó en el fondo del cobertizo de la colada, fuera del peligro, bien a la vista, y el Director dió la señal. Un obrero robusto, a fuerza de tremendos golpes, rompió el flanco del horno, y la masa del metal fundido, alba y esparciendo una lluvia de chispas de oro, se precipitó como un rayo por la abertura.

A un grito del contramaestre todos los obreros se pusieron en movimiento y corrieron al trabajo, deslizándose como sombras entre el rojizo resplandor; ya separada de su curso aquel río de fuego, ya le ponían diques, ya le conducían a sus surquitos de antemano preparados. Por sus rostros varoniles, ennegrecidos

(1) Mons. Victor van den Branden du Reeth, Obispo de Eritrea.

por el humo y el polvo del carbón, corría el sudor en abundancia; sus brazos desnudos, de abultados músculos, pasaban a través de las abrasadoras chispas y las sacudían cual si fueran moscas. A veces allándose más cerca de nosotros, veíamos brillar en sus denegridos rostros el blanco de sus ojos o el esmalte de sus dientes al dibujar una sonrisa. Uno de ellos se plantó, y metiendo ligeramente su mano en aquella masa, la sacudió, arrojando el fundido metas en forma de perlas a nuestros pies, como se hace con el agua cuando se riegan las flores. Las señoras lanzaron un grito de espanto, y el obrero, sonriendo, volvió a repetir su experiencia.

Yo estaba acostumbrado a este espectáculo, y mi pensamiento se apartaba de él para fijarse en aquellos pobres hombres.

Del horno alto pasamos a los hornos de cock, a los hornos de pudelaje, a los laminadores... Pero yo no veía más que una cosa, siempre la misma... Al obrero negro, derramando gruesas gotas de sudor por el rostro, pecho y brazos, comenzando la noche como nosotros comenzamos el día... y mientras su mujer e hijos duermen allá lejos, en su casita, él, velando, fatigándose, colando el hierro, soldándole, agarrando con sus grandes tenazas los rieles vomitados por el laminador, sosteniendo con vigoroso esfuerzo el rudo combate de la vida siempre frente a frente de la muerte.

Esta vida se me presentaba de un golpe tal como era, dura, áspera, dolorosa... «¡Pobres infelices—exclamé,—qué vida de esclavos!...

A esta palabra, que se me escapaba sin advertirlo, el Director me apretó vivamente el brazo, y con voz sobrecogida y mirada llena de espanto: «¡Tenga usted cuidado—me dijo,—le podrían oír a usted!...»

El recuerdo de aquella noche, de aquella palabra sobre todo, no se me ha borrado en largo tiempo. Y

de nuevo me viene ahora mismo que tengo que hablaros del obrero.

«¡Tenga usted cuidado; le podrían oír a usted!...»

No me oirán hoy esos infelices obreros, y así puedo hablar sin inconveniente.

Pero vosotros, señores, vosotros que podéis oírme, ¿sabréis comprenderme?

Así lo creo. De ello me garantiza vuestro espíritu cristiano y la generosidad de vuestras almas.

Al menos vosotros no esperáis de mí que os disfrace la verdad ni que la atenúe para que os agrade más y os enfretenga mejor. Os hablaré con franqueza, como gustan los grandes corazones que se les hable.

¡Sea Dios en mi ayuda!...

* * *

¡El obrero! ¡la cuestión obrera! No se habla hoy día de otra cosa. En la época a que me refería yo hace poco, apenas se trataba de esta cuestión más que en los círculos de economía social.

Era poco después de terminada la guerra de Alemania y Francia, en aquellos días de prosperidad inaudita en que el oro y la fortuna aflujaban a Bélgica como a una ciudad de refugio. Entonces nos adormecimos arrullados por tan inesperados éxitos; pero... ¡cuán pronto se desvaneció nuestro sueño! Después hemos permanecido algún tiempo soñolientos, indecisos... Los rumores de crisis, de huelgas, de agitación social, llegaban vagamente a nuestros oídos, todavía medio cerrados... Los escuchábamos, mas apenas los comprendíamos y los dejábamos pasar como objetos importunos sobre los cuales nos desagradaba fijar nuestra atención. Hoy día hemos aquí enteramente despiertos y con ojo y oído atentos.

¡Bien sabéis qué gran trueno ha sido necesario para

hacernos despertar de esta manera!... Un día se esparció la noticia, repentina y conturbadora como el anuncio de un desastre. ¡Lieja, Seraing, Charleroi, Mons, el Hainaut todo entero es presa del fuego; las fábricas y los chalets están ardiendo; corren las turbas al pillaje y al saqueo; hay luchas y matanzas!... Dejemos hoy a un lado las exageraciones del primer momento; la estadística de las ruinas, de los heridos y muertos es demasiado espantosa para que sea preciso aumentarla más. Gracias a Dios, el derecho se sobrepuso a la fuerza.

¿Creéis, sin embargo, que haya concluído todo?... ¿que esos tiros de fusil y esos tajos de espada hayan cortado la cuestión?... ¿que se haya hecho la paz y que sea definitiva?... ¿que podéis ya vosotros, los ricos entregaros de nuevo al sueño y dormir tranquilamente?...

No, señores, la cuestión permanece en pie; ¡cuidado con dormiros!... No apartéis vuestros ojos para no ver, no ocultéis vuestra cabeza bajo el brazo, como los niños; no, no, mirad bien, mirad de frente y enteraos al menos si todavía está la salvación en vuestras manos.

¿Qué ha venido a ser, decídmelo, os ruego, qué ha venido a ser en nuestro país la cuestión social? Digo en nuestro país; mas por desgracia, podrá decir en casi todos los países de nuestra vieja Europa. Una cuestión de guerra entre dos campos, el campo del obrero y el campo del patrono, el campo de los que poseen y el campo de los que no tienen nada, el campo de los hartos y el campo de los hambrientos... la eterna lucha entre el rico y el pobre.

¡Qué frívolas son todas las cuestiones políticas al lado de esta!...

He dicho una cuestión de guerra... Sí, señores, una cuestión de guerra. En toda sociedad, en cualquier grado de civilización en que se encuentre, se hallarán también estos dos campos del obrero y del patrón, del rico y del pobre; pero hay tiempos en que, morando

unos junto a otros, viven en paz, de acuerdo y aun en amistad... ¡Esos tiempos, señores, son hoy día cosas de antaño!... Hoy día es la guerra, la guerra proclamada muy alto, la guerra declarada la guerra abierta.

Escuchad bien el ruido, el estruendo que viene de ese ejército de trabajadores; es un inmenso alarido y clamor de odio... el odio al amo, el odio al rico, el odio a los dichosos. ¡Oh! vosotros, bien lo sé, vosotros que pertenecéis al otro ejército, no sentís en el alma esa amargura, esa acritud, esa cólera contenida y rugiente... ¿Cómo la habéis de sentir?... ¿No sois ricos y felices?...

Pero allá, en el ejército en que se sufre, en que se padece hambre... ¡hay de mí! cuando desaparece la fe, ¿cómo queréis que no sobrevenga la exasperación y se susciten esos instintos feroces y esas pasiones ávidas y violentas, contenidas sólo por la fuerza, y que braman al sentirse refrenadas?

Sí, el odio, vencido tal vez y encadenado, pero presto siempre a escaparse y a asaltar.

El año pasado, volviendo yo de un viaje muy corto, me apeé en Bruselas en la estación de Luxemburgo. Nada hay más democrático que estas bajadas de los trenes y salidas de las estaciones... Los vagones de primera clase, de segunda y de tercera vierten sus viajeros en el andén, y todo aquel mundo revuelto confusamente avanza, se codea, se empuja y busca la gran escalera de piedra que conduce a la ciudad.

Subíala yo al par que dos obreros. Delante de nosotros subía una gran señora, cuyo precioso vestido de terciopelo, todo cubierto de ricos encajes, mostraba bien a las claras su rango y su fortuna. Su aire distinguido y su modestia natural hacían imposible todo menosprecio. «Mira», dijo uno de los obreros, y ví que señalaba con el dedo aquel vestido. Levanté la cabeza... Me sería imposible pintaros, señores, la llama de odio

que salía de sus ojos. Sus labios se entreabrieron para dar salida a una expresión grosera, y lanzó en voz baja un juramento... «Perra», exclamó, arrojando sobre el vestido un asqueroso gargajo... Su compañero, gozándose, reía burlonamente la gracia... ¿Qué les había hecho aquella señora?.. Nada. Que era rica.

¿No os acordáis de un episodio contado por los periódicos cuando los molinos de Roux y de La Louviere? En un grupo armado que corría al incendio cantaba, desgañitándose, un obrero el brutal estribillo de que parece haber hecho su divisa un partido político... «O Van den Peereboom...»

—¿Conoce usted a M. Van den Peereboom?—le preguntó un periodista que seguía a la turba.

—¡No!... pero ¡muera Van den Peereboom!

—Pues si usted no le conoce, ¿por qué?..

—Es uno que tiene cuartos—respondió el obrero en su enérgico dialecto, —es un rico; ¡muera los ricos!

En sí mismos nada son, señores, estos rasgos; pero muestran al desnudo con una sola palabra el estado de las almas.

Escuchad, por otra parte, el lenguaje que se habla al obrero; no os citaré más que un solo retazo: «Una visión asciende por el inmediato horizonte: es la roja visión de la deidad revolucionaria que lo arrastrará todo consigo; es el desbordamiento del pueblo, libre de sus lazos y cadenas, galopando por los campos y ciudades, por donde correrá a torrentes la sangre de sus burgueses...»

«...¡No, no hay que hacer más que prender fuego a las ciudades por sus cuatro costados, demoler los pueblos, arrasarlo todo, y cuando no quede ya nada de este mundo podrido, tal vez renazca de sus cenizas otro mejor!»

Si todavía dudarais, yo os aconsejaría que leyeseis, por más que pudiera costaros, toda esa literatura po-

pular de que se ha inundado a nuestros centros obreros de algunos años a esta parte, esos catecismos del obrero, esos periódicos, esos folletos, esos llamamientos al pueblo, y qué sé yo cuantas otras publicaciones.

Uno de mis amigos me envió hace poco todo un fardo de ellas, y yo las he hojeado en atención a vosotros.. No las puedo resumir mejor que reduciéndolas a esta palabra: «¡Odio a los ricos!» Ahí tenéis, señores, la situación social. Estos son los dos campos que se hallan frente a frente, y esos los sentimientos que abrigan.

¿Cómo hemos llegado a tal extremo?

¡Ah, señores, muy naturalmente!

* * *

Quiero mostraros con un ejemplo bien sencillo cómo se engendran semejantes situaciones. Imaginemos por un instante al hombre abandonado a los instintos de su naturaleza y a la nativa luz de su conciencia, sin el freno moral de una ley religiosa que le obligue dentro de sí mismo y le imponga incesantemente la moderación de sus deseos, en la plena libertad de nuestras leyes civiles contemporáneas. Ved aquí a un rico, a quien el Estado, bajo determinadas condiciones, ha otorgado la explotación de una cuenca hullera. No depende absolutamente del concesionario el vender al precio que quiera el carbón que extraiga de ellas. El juego de la oferta y la demanda se lo fija taxativamente, dentro de un límite demasiado estrecho. Su beneficio depende, pues de la diferencia entre lo que le cuesta la hulla puesta a boca de mina y la tasa normal a que puede venderla. Es evidente, según esto, que todos sus esfuerzos tenderán a disminuir cuanto le sea posible los gastos de extracción. Estos gastos son de varias clases, pero entre ellos se encuentra el salario del obrero... No paso más adelante. Le interesa, pues, manifiesta-

mente al patrono reducir el salario del obrero cuanto le sea posible.

No tengo necesidad, me parece, de mostraros que, por el contrario, el interés personal y primario del obrero está en ver acrecentado su jornal. He ahí, pues, dos intereses necesariamente correlativos y necesariamente antagónicos. De aquí la lucha... es inevitable (1).

En tiempo de prosperidad industrial, bajo el régimen de grandes precios renumeradores, cuando abunda la demanda y la explotación exige brazos a toda costa, el obrero puede a veces sostenerse firme con el patrono, exigirle el aumento de su salario y tratar con él, por decirlo así, de igual a igual; y el patrono, que por entonces necesita de su trabajo, cederá.

Más cuando la prosperidad vacila, cuando la demanda escasea y los precios bajan, el patrono contiene aquella explotación fábril... sobran muchos brazos, el salario baja... y el obrero queda a merced del patrono.

Proseguid vosotros, señores, este ligero estudio; lo que he dicho de la hulla aplicadlo al hierro, aplicadlo a todas las industrias y a toda producción en que intervengan un patrono y un obrero; ved frente a frente a esos dos egoísmos, mirad cómo incesantemente chocan entre sí esos dos intereses contrarios. De la lucha de esos dos antagonismos veréis salir toda la situación social presente. De una parte ese estado de guerra sorda y en todo momento al acecho de luchas, esas huelgas a veces tan insensatas, esas sociedades de resistencia tan odiosa, el descaro intelectual del socialismo, los ciegos furores de la anarquía, las salvajadas feroces del nihilismo.

Y también veréis salir de ahí fatalmente esos horrores que la Comisión investigadora ha oído estreme-

(1) «El objeto del industrial es producir mucho con poco gasto; el objeto del obrero es producir poco y con el mayor salario posible.» Informe de M. Prins, en la Compañía investigadora.

eiéndose, y cuyo relato al principio nos parecía increíble.

Esos duros trabajos de todo el día paga dos con un jornal irrisorio.

Esas horas de trabajo desmesuradamente prolongadas.

Esos obreros heridos, estropeados al trabajar en la mina o en la fábrica, y luego arrojados fuera como ya inútiles.

Esos contratos de quincena injustamente violados.

Esas medidas de trabajo arbitrarias.

Ese trabajo que se desecha, rehusando pagar su precio al obrero, y que luego, a pesar de ello, se entrega al comercio y saca de él utilidad al patrono.

Esas barracas, esas cantinas, esas tiendas detestables a que por fuerza han de acudir los infelices trabajadores y en que el patrón o el contratista viene a quedarse con todo el jornal del obrero y aun a convertirse en usurario acreedor suyo vendiéndole al fiado y a precio exorbitante comestibles y mercancías adulteradas, que le cobrará rigurosamente antes de entregarle el pago de la quincena.

Ese complicado engranaje, esa cadena que empieza en los propietarios, Estado o sociedades anónimas, y sigue por los arrendatarios, empresarios, explotadores, contratistas, sobrestantes, cuadrilleros y capataces, para venir a parar en los simples trabajadores, alejando lo más posible a los más poderosos de los más débiles... cadena que, como todas las de su género, siempre se rompe por lo más delgado.

Esas mujeres llamadas al trabajo propio del hombre porque a ellas se les paga menos.

Esos jóvenes, esos pobres niños admitidos al trabajo a los diez y aun a los ocho años—estoy repitiendo un grito de dolor de Mons. el Arzobispo de Lieja—¡a los ocho años! y conducidos al anochecer a un telar

para pasar allí la noche, y obligados, por temor de que se duerman sobre la obra, obligados por un contra-maestre a estar siempre cantando alto... (1) ¡Pobres niños!

¿Y querríais que ese niño se olvide... y que hecho ya hombre no se acuerde de tales cosas?... ¡Ah! señores, no exijáis eso de la naturaleza humana. Cuando hecho ya hombre vea arder las fábricas y derrumbar los palacios le vendrá a la memoria la imperativa voz del contra-maestre, y a su vez gritará entonces: ¡Ah! ¡ah! ¡cantad ahora vosotros los contra-maestres!... ¡A vuestra vez cantad ahora vosotros los ricos!... ¡Cantad, cantad!... Y embriagado por el gozo de su venganza, danzará en derredor de las llamas.

*
* *

Hay, señores, en este duelo de intereses contrarios entre el obrero y el patrono un límite y como una especie de término jurisdiccional. Cada uno de ambos campos se ve de una parte y de otra empujado y como acorralado hacia él.

Cuando por una parte aumenta la oferta y por otra disminuye la demanda, el precio de la venta baja, el beneficio del patrono se atenúa... y puede suceder que, continuando el descenso del precio de la venta, concluya por llegar al importe de fabricación. En ese momento el beneficio es nulo... ¡ahí está el límite! No podríais exigir al patrono que vaya más allá, porque para él sería la ruina.

¿Y para el obrero, señores?... ¡Oh! para el obrero el momento llega más pronto.

(1) Evidentemente semejantes horrores serán la excepción; no es posible imaginar que la situación general del obrero sea tan cruel. Pero basta que se den, aun cuando no sea más que una vez, para que todo corazón recto se juzgue obligado a estigmatizar como conviene el egoísmo que los ha engendrado.

En los tiempos de prosperidad pasada, el salario del obrero no solo bastaba para su vida, sino que también le hubiera permitido reservar algo para los malos tiempos. Desgraciadamente el obrero apenas ahorra, no suele tener educación económica, vive al día como las aves del cielo y las flores de la tierra.

Bajando el salario desaparece desde luego ese pequeño sobrante, pero al menos queda lo necesario... Siguiendo en baja el salario, se ve reducido el obrero a la estrechez... hace sacrificios, se priva de aquellos ligeros gustos que los buenos tiempos le permitían anteriormente añadir a su vida... no viste tan bien a su mujer y a sus hijos... Pero si el salario baja todavía... ¡ah! entonces llega la crisis. ¡He ahí el límite! Ya no es lo supérfluo, ya no es lo de simple gusto, es lo necesario lo que va a faltar... es el hambre pálida y desaharrada lo que llega y va a precipitarse sobre su pobre casita blanca, y con ella toda la turba de las pasiones feroces que engendra la desesperación.

«Por mi parte estoy dispuesto a sufrirlo todo—decía un padre ante la Comisión investigadora—¡pero si alguna vez llego a ver llorar de hambre a mis hijitos, no respondo de mí...» ¿Quién es entre vosotros el padre, quién es la madre que no comprende ese grito desgarrador salido de las entrañas?

¿Nos hallamos en este caso, señores? Yo me lo pregunto a mí mismo: ¿nos hallamos en este caso?

¡Quiero suponer que no! Quiero creer que el obrero, suprimiendo esos gastos inútiles y desastrosos, que a menudo, en vez de consolarle y regocijarle, le embrutecen y exasperan, que reduciendo sus necesidades y deseos pudieran todavía llegar a vivir. Quiero persuadirme, en fin, que se exagere; pero temo, sí, temo engañarme... Pasad, pasad a esos valles del Hainaut y de Lieja, ved esas chimeneas sin humo, esas canteras desiertas, esas fábricas silenciosas...

¿Qué es esto? ¡Que hay paro, que están paradas las fábricas, es decir, centenares y miles de brazos de obreros sin trabajo, y, por tanto, sin jornal, sin nada para vivir! Nada más que la limosna y la caridad.

¡El paro, la suspensión del trabajo!... ¡Vosotros no tenéis idea de los horrores que lleva consigo!... El obrero, que ya no gana entonces nada, tiene, sin embargo, que comer... Vende primero sus muebles; luego, sus vestidos; al poco tiempo le arrojan de aquella casa desnuda, cuyo alquiler no puede ya pagar; después anda errante recorriendo las calles, sin abrigo, con su mujer y sus hijos... ¡Necesita comer, y no hallando qué mendiga y pide limosna!... ¡Y entonces!... ¡Ah! no creáis que yo os pinto ahora cuadros fantásticos... Escuchad lo que uno de mis hermanos ha visto con sus propios ojos, no en el Tonkin, ni en el Annam, sino aquí mismo, en Bélgica, a dos pasos de vosotros... y no ya en tiempos de hambres, sino hace un mes apenas, en Octubre último.

Había predicado una misión en un pueblecito de la Campine, y en el intervalo de dos sermones iba de caserío en caserío a llevar los socorros de su palabra y de sus limosnas... A lo último del pueblo, cerca de un bosque, en medio de matorrales, distinguió una choza de tierra y paja, agrietada, abierta a la lluvia y que se bamboleaba al ser sacudida por el viento... no tenía puerta, haciendo sus veces dos tablas viejas, que él apartó para entrar... ¡Qué espectáculo!... ¡Ni una mesa, ni una silla, tan sólo un simple montón de hojas secas en un rincón, y allí acostada una joven infeliz muriendo de hambre!... Cuando la pobre sintió entrar al sacerdote se sobresaltó, y con sus dos manos echó sobre sí unas matas secas de patatas para cubrirse... Sus andrajos no bastaban a proteger su pudor. Encima, sobre un tablero carcomido, yacía un hermano suyo, como ella enfermo y desnudo. Se habían refugiado allí, como

las fieras en su guarida... y hacía ya dos días que no probaban bocado.

¿No es esto horrible, señores?... Pues bien, estos son los efectos del paro en las fábricas.

Pero echemos al olvido tales cosas, y supongamos que el obrero no carezca de trabajo.

¿Habéis examinado alguna vez lo que necesita el obrero para vivir?... Se han hecho recientemente muchos de esos presupuestos, de esos cálculos de gastos de casa y familia. Varían, claro está, de provincia a provincia; pero la variación es muy pequeña. Tengo ante mí uno de esos presupuestos, ya bastante antiguo. ¿pero qué importa?

Supónese en él una familia compuesta del padre, de la madre y de tres hijos, cosa bien ordinaria, como veis. Una madre con tres hijos, de siete, de cinco y de tres años, respectivamente, no puede pensar en trabajar ella en la fábrica, tiene que dedicarse a preparar la comida, al cosido, al lavado, al barrido y limpieza de su vivienda y menaje y al cuidado de los niños. Os asustaría si entrase yo en todos los detalles de la pobre mesa, pero al menos permitidme presentaros algunos... El desayuno, sin contar el pan, está calculado en 15 céntimos; la comida, compuesta de patatas, habichuelas y un poco de aceite o grasa en 65 céntimos... ¿Puede pedirse mayor economía?... Y no obstante, añadiendo el pan, el carbón, la luz, el vestido y calzado del padre, de la madre y de los niños, la renta de la habitación, etc., se llega al total de 1.228 francos y 68 céntimos al año.

Lo cual supone aproximadamente un salario de cuatro francos por día, ¡sin interrupción, sin enfermedad, sin gastos imprevistos, sin coste de mobiliario, sin descanso, ni huelgas, ni paros!...

Pero ¿dónde se encuentra hoy ese jornal de cuatro francos diarios?

Y sin embargo, es evidente que si el salario es menor esa familia no puede subsistir, a no ser que la socorra la caridad privada o la beneficencia oficial. Si falta ese socorro, no queda más que un recurso. ¡La madre enviará a sus hijos a la escuela o a la casa-cuna, cerrará la puerta de su casa e irá ella también a trabajar!... Así se podrá llegar a los cuatro francos necesarios, y tal vez más... Pero ¿qué viene a ser de la familia... y del espíritu de familia?...

¿Y creéis vosotros que tendría yo valor para decir a ese hombre, a esa mujer, a esos niños: «Moderaos, amigos míos, privaos aún más, disminuíd vuestra comida, sufrid, sufrid más todavía?» ¡No, señores, no! ¡Eso no lo obtendréis de mí! ¡Eso no lo obtendréis jamás del corazón de un sacerdote!

«Pero, me diréis, si la crisis ha perjudicado al obrero, antes ha perjudicado al patrono; si ha reducido el salario del uno, también ha reducido los productos del otro: ambos tienen que sufrir las consecuencias de la mala fortuna».

Sí, es mucha verdad. No obstante, os suplico que consideréis que, a poco que se rebaje el jornal del obrero, le reducís a la indigencia; «ya no puede vivir», según su dolorosa y gráfica expresión. Mientras que la renta del patrón... No voy a buscarla en las cumbres de la fortuna, tomemos un término medio, pongamos 20.000 francos. Pues bien... rebajad de eso el cincuenta por ciento; todavía le quedan 10.000. Me parece que ya se puede vivir con 10.000 francos, señores, que se puede vivir con mujer e hijos y aun reservar una dote-cita para las hijas.

Pedidme que vaya a decir a éstos: «Moderaos, privaos más, disminuíd vuestro lujo, refrenad vuestros deseos... sacrificaos, en fin». Y yo iré, señores, iré de muy buena gana y con la conciencia satisfecha, iré a decírselo; tengo mi discurso preparado... desde hace

ya cerca de veinte siglos está escrito por extenso en el Evangelio.

* * *

Las consideraciones que acabo de hacer os se refieren al obrero y al patrón de nuestras comarcas industriales. ¿Quiere esto decir, señores, que no sean aplicables al medio comercial en que vivimos? No, ciertamente. Dondequiera que hay un obrero y un patrón, un criado y un amo, aparece la lucha de que os he hablado... chocan entre sí dos intereses contrarios, y en todas partes, tarde o temprano, conduce a situaciones extremas.

¡Ah! os lo ruego no os forjéis ilusiones. Ciertamente, en esta grande y hermosa ciudad de Amberes, cuyas maravillas contemplaban admirados el año último los extranjeros, se despliega una pasmosa actividad, hay una fiebre de trabajo tan exuberante, que no sólo halla ocupación el obrero del país, sino que, como sabéis muy bien, vienen a sentarse junto a él legiones de trabajadores forasteros, y todos andan desahogados. Pudiera, pues, pareceros que, no cebándose aquí la crisis, debía suceder lo mismo en otras partes, y tal vez tachéis de exageración lo que os dicen los periódicos acerca del estado amenazador de las ciudades y de las provincias vecinas. ¡Desengañaos, señores! Por otra parte, ¿no sabéis que aquí mismo, a dos pasos de vuestros hoteles, hay quienes sufren?... Dejad por unos instantes vuestros grandes bulevares, vuestras suntuosas calles; penetrad en las calles populosas en que se refugia el obrero... ¡No daréis veinte pasos sin oír el grito de la miseria y del hambre! Y el hambre es mala consejera; ella sopla al oído esas ideas y hace brotar de los labios esos gritos de revolución, de incendio, de pillaje, que aún no han sido lanzados aquí, pero por lo bajo rugen ya en los pechos.

Hay otra ilusión que no podéis haceros vosotros. No arrojéis la piedra a los industriales de allá abajo, a los dueños de las fábricas y de las minas... No son ellos más crueles que vosotros, creedme... Ellos regatean el salario de sus obreros, como vosotros o vuestros agentes el de los vuestros; ellos aseguran sus trabajos, como vosotros aseguráis vuestras tierras. Como vosotros, tampoco ellos quieren aplastar al obrero que les sirve... Ellos son hombres, como hombres sois vosotros, como vosotros buscan una cosa... legítima, al fin y al cabo, cuando no propasa la medida: salva sus intereses y acrecentar su fortuna.

Entonces, ¿de donde viene el mal?... Es que el egoísmo humano traspasa la medida.

Claro es, señores, que en el encuentro de los dos egoísmos de que os hablaba poco ha tenéis derecho, lo repito, tenéis derecho a luchar, como tiene derecho, a luchar el obrero; y por otra parte, lucháis sin quererlo, y aun a veces sin saberlo... Por desgracia, en este combate las probabilidades del triunfo son cruelmente desiguales. Escuchad si no.

Era una familia obrera compuesta del padre, la madre y un niño apenas destetado. El padre iba al taller y allí ganaba su jornal; la madre, muy buena costurera, cosía. En tiempo normal podían vivir. Llegó un día, empero, en que por haber sobrevenido la suspensión del trabajo se disiparon todas sus economías.. El padre iba por las calles ofreciéndose a trabajar, pero en vano... la madre, por su parte, trabajaba... y no obstante, eran las diez de la mañana y la pobre, mirando su mano, se afligía al pensar que todos sus recursos estaban reducidos al miserable perro chico que en ella tenía, que su marido iba a llegar, que el día antes habían comido las últimas patatas... Tomó, pues, una hoja de papel, escribió en ella temblando la cuenta de una gran señora, y encomendándose a Dios, se fué...

Llamó a la puerta del hotel, y al lacayo que salió a abrirla preguntó por la señora, manifestando que deseaba verla.

«La señora no recibe», la respondió. Entonces le suplicó que tuviera la bondad de entregar, al menos, a la señora aquel papelito que temblaba en sus manos. Y esperó la respuesta... ¡Oh! si la señora pagase estaban salvados...

El lacayo volvió a bajar: «La señora no recuerda haber enviado a pedir su cuenta».

La pobre mujer ahogó un sollozo... volvió la espalda, como fuera de sí, y se marchó. Con su último perro chico compró un panecillo blanco para que el niño, al menos, no tuviera que sufrir; después cuando hubo comido el pequeño, le abrazó apasionadamente como una loca, humedeciendo su carita con las copiosas lágrimas que derramaba, y serenándose un poco, esperó a que volviera su marido.

Abrazó a su esposo y le dijo todo lo que pasaba... Luego sacó de su dedo el anillo nupcial de oro que él le había regalado el día de su matrimonio, le tomó, le besó y con el corazón acongojado se marchó a venderle. Aquel día, al menos, pudieron comer.

Pero ¿qué pasaría, señores, por aquellos dos corazones mientras estaban comiendo?... ¿no lo sentís vosotros?... ¿Creéis que brotaría de ellos el amor al rico en aquel momento?...

En cuanto a la gran señora, cuyo proceder sumía de tal suerte a toda una familia en los horrores del hambre, ¿qué otra cosa hacía, Dios mío, que seguir la costumbre autorizada?... Es ya costumbre, en efecto, el no pagar sus cuentas sino en determinadas épocas, y esta costumbre, tácitamente aceptada por la obrera, viene a ser una especie de contrato. La señora, pues, se defendía rechazando una exigencia extemporánea... Tal vez el pago de aquella cuentecita en aquel instante la

perjudicaba. Era su derecho esperar a otro... Sólo que debiera haber comprendido, debiera haber adivinado su corazón...

¡Oh ricos! ¡oh ricos! ¿por qué no adivináis?...

* * *

Esta lucha, aun inconsciente y fatal, se deriva de la fuerza misma de las cosas, y no hay poder humano que pueda impedirla. Ha reinado en el mundo desde que en el mundo hay amos y criados, débiles y poderosos. Y siempre, al llegar a su período álgido, ha estallado en forma revolucionaria.

No quiero hacer remontar vuestra memoria hasta las convulsiones sociales de la antigua Roma; ¿a qué remontarnos tan alto? En este mismo momento se nos invita a celebrar un aniversario lleno de lecciones deslumbradoras.

Hace casi cien años—no es mucho en la vida de la humanidad,—hace ya casi cien años el pueblo lanzaba en Francia gritos de furor cuyos ecos me parece escuchar hoy en los gritos que retumban en nuestros oídos.

¡Ah, señores, cuánta analogía entre esas dos situaciones sociales, separadas apenas por un siglo!... ¡Hasta las palabras mismas se conservan en gran parte! ¡El pueblo... se hablaba entonces mucho del pueblo!... ¿y hoy?... Los privilegios, las castas... mas de esto están llenos nuestros periódicos... En vez de los feudos poned los impuestos, en vez de la nobleza poned la riqueza, en vez de los aristócratas poned los burgueses, acomodaos la hinchada fraseología de estos tiempos, y en los libelos de entonces reconoceréis los libelos de hoy. Nuestros agitadores contemporáneos son apenas copistas.

También entonces el poder, el Estado, temblando a

las primeras sacudidas de una máquina social que se descompone, quieren poner remedio al mal, si aún es tiempo. Son convocados los estados generales, siendo elegidos por sufragio universal; se reúnen y se les encarga que expongan, en actas famosas, las quejas y los deseos del pueblo... ¿No viene a ser esto lo que nuestra Comisión investigadora y su cuestionario... y el obrero, el pueblo llamado a responder, a exponer su miseria, no ya por mandatarios elegidos por él, sino por sí mismo?

Y del rico hacia el pobre surge un impulso de generosidad rebotante de entusiasmo... Acordaos de aquella noche famosa del 4 de Agosto de 1789... A la voz del vizconde de Noailles, la nobleza, el clero, el tercer estado, reunidos decretan, a paso de carga, la igualdad en los impuestos, la extinción de los privilegios, la abolición de los derechos feudales, la derogación de las gabelas, la supresión de los diezmos, la admisión de todos los ciudadanos a los empleos públicos, el establecimiento de una justicia gratuita... todo queda acordado, todo.

¡Ah! fué un hermoso y gran espectáculo aquella fiebre de generosidad, aquel delirio de abnegación que de repente se apoderó de todas las clases reunidas de la sociedad francesa, sacrificándose una en pos de otra para asegurar la felicidad del pueblo..

No haréis vosotros nada más grande, señores, en vuestros Congresos y en vuestros Senados..

Sólo se había olvidado una cosa, el volver a Dios. Volver aquella ley religiosa de que os hablaba poco ha, y única que puede salvar a las sociedades humanas.

Y por esto, ¿de qué sirvió aquella hermosa generosidad?

No había transcurrido un mes desde aquellas reformas, y ya el pueblo devastaba los campos, incendiaba

los castillos, arrojaba al fuego los escudos, archivos y pergaminos de la nobleza, saqueaba los conventos y abadías... Versalles es invadido... La Reina huye a medio vestir; sus asesinos, llegados demasiado tarde, se ensañan contra su lecho... La familia real es conducida prisionera a París... La nobleza, espantada, se destierra voluntariamente, huyendo de Francia... Bien pronto huye a su vez Luis XVI, más vendido traídoramente, es detenido en Varennes... Después se echa encima una noche tenebrosa en que cruzan apariciones horribles... En la tierra corre la sangre; en el oscuro cielo, con el choque seco del acero, se entrecruzan las chispas de las hachas y las espadas... Rueda la carreta del verdugo conduciendo víctimas... Mirad aquella hermosa cabeza pálida y sangrienta... es la cabeza de madama de Lamballe; la llevan a la Reina, sobre una pica, en procesión, al son de pifanos y atabales... Mirad, es la sangre humeante y cálida de los degollados de la prisión de los Carmelitas... Mirad, es la cuchilla de la guillotina, ahora más rápida y segura, que sube y baja... y las cabezas segadas, arrojando borbotones de sangre, no caben ya en el horrible cesto... la cabeza del Rey, la de la Reina, la de madama Isabel, las de todos los grandes y ricos de entonces... Es, en fin, el terror, con sus prisiones, sus ahogamientos, sus degüellos, las convulsiones de las víctimas, los cánticos bárbaros del populacho ebrio y sus horrendas burlas sarcásticas... Es la antigua sociedad francesa que se derrumba.

Bajo el látigo de Napoleón todas aquellas bestias feroces de la revolución entraron en su cubil... ¡Ah, señores!... No digáis: «Muerto el perro, se acabó la rabia...» ¡La fiera no ha muerto!

La fiera no ha muerto, vuelvo a decirlos.

Yo no soy profeta, señores, ni deseo serlo en estos días; yo no quisiera asegurar que vamos abocándonos a otras espantosas catástrofes, ni que nuestro siglo

morirá, como su inmediato predecesor, ahogado en la sangre de las revoluciones y de las guerras civiles. Sin embargo, no puedo menos de ver lo que está delante de mí... y lo que veo es que tenemos todo lo que se necesita para llegar allá. La misma exasperación en el pueblo, las mismas quiméricas teorías predicadas por tribunos y sofistas energúmenos, las mismas ambiciones desmedidas ocultándose como entonces bajo el manto del bien social para encubrir apetitos egoístas, la misma agitación convulsiva de los desheredados... ¡ay! señores, y la misma indiferencia, la misma indolencia y apatía, el mismo lujo y sensual refinamiento, la misma frivolidad de los grandes, de los ricos, de todos aquellos a quienes Leplay llamaba con razón las autoridades sociales.

La nobleza francesa tenía indudablemente de qué arrepentirse en el siglo último... y, sin embargo, no había descendido aún, como hoy día, a las tablas de un teatro, a la pista de un circo, a la arena de una plaza de toros, ni a otros centros de diversiones públicas; no se había visto a los herederos ni a las herederas de los más distinguidos nombres de Francia ostentarse vestidos de arlequines y en traje de bailarinas, ni disfrazarse de viles animales.

Las fuerzas públicas, me diréis, están mejor organizadas, y la represión sería más terrible, más rápida y más pronto victoriosa... ¡Tal vez!... Pero el pueblo maneja hoy todas las armas que la ciencia ha puesto a su disposición... un cartucho de dinamita lanzado por la mano de un niño causará [hoy más ruinas y muertes que las antiguas hordas de Petión y de Santerre.

Más dejemos el porvenir a Dios. Sólo del presente seremos responsables ante Él y ante la historia.

He manifestado el mal; busquemos el remedio.

El mal, ya lo hemos visto, el mal está en el egoísmo humano, que luchando por su propio interés traspasa toda medida, y deshace, para llegar a su objeto, al débil que lucha contra él.

¿Quién podrá poner un freno a ese egoísmo desenfrenado, un dique a esa pasión desbordada, siempre hambrienta y siempre invasora?

Dos potencias sociales, que voy a señalaros: la ley civil y la ley religiosa.

De intento he puesto primero la ley civil. En una enfermedad aguda se acude primero a los remedios inmediatos, reservando para después los otros y el régimen conveniente.

La ley religiosa, toda de persuasión y de libertad, no obra sobre el organismo de las sociedades sino después de una infiltración e impregnación lenta... se requiere mucho tiempo para devolver a un pueblo que las ha perdido sus convicciones religiosas y la conciencia de los deberes que le imponen. Y el tiempo urge, no podemos esperar a mañana.

La ley civil, en cambio, se impone por la fuerza... no espera que sobrevengan las convicciones. Al mismo tiempo que habla, obra. Tenemos necesidad de ella, necesidad absoluta, para contener los peligros que nos amenazan en la hora presente...

Yo no sé lo que hará la ley civil, ni qué remedio aplicará al mal. Pido a Dios de lo íntimo de mi alma que inspire a nuestros legisladores en esta gran obra.

Por otra parte, yo no tengo misión para hablaros de ella. Más la ley religiosa...

¡La ley religiosa! ¡Ahí, ahí está la salvación del obrero la salvación de la sociedad entera! Si nuestro pobre mundo tiembla en sus bases, es por haberse apartado de ella. No me defenderé en demostrároslo; estáis convencidos de ello, como yo, y sobre este punto no necesitan de afianzamiento vuestras convicciones.

¿Qué cosa estable podría hacerse sin la religión?
¿Se cree que servirían de gran cosa las teorías filosóficas acerca del orden social?

«Por más que hagáis, la suerte de la gran masa, de la multitud, de la mayoría, será siempre lastimosa y desgraciada y triste. A ella el trabajo duro, el levantar cargas, el arrastrar cargas, el llevar a costas pesadas cargas.

»Examinad este balance: todos los goces en el platillo del rico, todas las miserias en el platillo del pobre. ¿No son desiguales las dos partes? ¿No debe inclinarse necesariamente a un lado la balanza?

»Y ahora en el lote del pobre, en el platillo de la miseria, echad la certidumbre de un porvenir celestial, echad la aspiración a una bienaventuranza eterna, echad el paraíso, ¡contrapeso magnífico! Restablece-
réis el equilibrio: la porción del pobre es tan rica como la porción del rico.

»Esto es lo que sabía Jesús, que sabía bastante más que Voltaire.

»Dad al pueblo que trabaja y sufre, dad al pueblo para quien es tan malo este mundo la creencia en un mundo mejor hecho para él.

»Y permanecerá tranquilo, y será paciente. La paciencia es hija de la esperanza.

»Sembrad, pues, el Evangelio en los pueblos».

¿Quién habla de esta suerte?

Víctor Hugo en su *Claudio Gueux*.

Y a su vez dice Chateaubriand:

»Un estado político en que algunos individuos tienen millones de renta mientras otros individuos se mueren de hambre, no puede subsistir cuando en él no exista ya la fe con sus esperanzas ultramundanas para explicar el sacrificio ..

»Reconstruid, si podéis, la ficción aristocrática; intentad persuadir al pobre, *cuando ya no crea*; intentad

persuadirle que debe someterse a todas las privaciones mientras su vecino posea mil veces lo supérfluo, y nunca lo conseguiréis: *como último recurso tendréis que matarle.*»

Y sin embargo, señores, cuando leo en los periódicos que los principios religiosos por sí solos pueden curar el mal de las sociedades contemporáneas, cuando lo oigo en las asambleas, no puedo menos de experimentar cierto temor. No porque yo dude de la verdad de estas afirmaciones solemnes, sino por lo que voy a deciros.

¿Corresponde, no es verdad, al sacerdote el predicar los principios religiosos?... Pues bien, yo temo que, descuidando por completo en él, vosotros le miréis de lejos, dejándole obrar solo mientras estáis cómodamente sentados con los brazos cruzados sobre el pecho. No, señores, vosotros debéis también predicar la ley religiosa y sus principios; lo debéis hacer con vuestros ejemplos, lo debéis hacer a todos los que están encomendados a vuestros cuidados y trabajan para vosotros.

Escuchad; no hago más que traducir los escritos de San Pablo. «Si alguno de vosotros vive sin cuidarse de los suyos, y sobre todo de sus domésticos, ha negado la fe, *fidem negavit*, y es peor que un infiel, *et est infideli deterior*». ¿Creéis vosotros que San Pablo no se refería más que a los cuidados del cuerpo y no a los del alma?... ¿Y creéis que por la palabra *domésticos* no entendía más que a vuestros lacayos y a vuestros cocineras y camaristas?... No, ¿no es verdad?

Oíd, señores, oíd ese primer eco de la ley religiosa que hoy resuena en medio de vosotros... ¡Cuán severa es! *Fidem negavit*, ¡ha renegado de la fe!... *est infideli deterior*, ¡es peor que el infiel!... ¡Oh! yo siento la necesidad de preguntároslo una vez más: «Vosotros que me escucháis, ¿sabréis comprenderme?» En cuanto a

mí, la verdad me apremia, y no os la puedo ocultar. Cuando se apela a la ley religiosa, ¿se tiene en cuenta todo su alcance?

He ahí lo que todavía me inquieta cuando oigo esos llamamientos a la ley y a la influencia religiosa. Es claro que, si todo el mundo observara los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia y los deberes propios de su estado, la tierra se convertiría en un paraíso terrestre. Más para llegar a ese punto sería preciso que todo el mundo pusiera manos a la obra, y el medio más seguro de conseguirlo sería evidentemente que desde luego comenzara el predicador por dar él mismo el ejemplo, y en seguida, que sin tardar cada uno de nosotros le siguiera en su trabajo... ¿Ponemos nosotros manos a la obra, señores?... Lo que quiero decir es muy sencillo. La ley religiosa simplemente predicada no tiene poder ninguno para salvar la sociedad en la crisis que atraviesa; lo que se necesita es la observancia, es la práctica de esa ley, es la ley religiosa observada y practicada. Ahora bien, practicar esa ley, observarla, ponerla por obra, exige esfuerzos; he ahí donde es necesario el valor y el sacrificio, he ahí donde es preciso saber olvidarse a sí mismo y sacrificarse por los demás. ¿Estamos dispuesto a ello?

En fin, os diré mi último temor, Para muchas gentes la ley religiosa parece que no hace más que una cosa: inclinarse hacia el pequeño, hacia el obrero, hacia el pobre, y decirle con infinita ternura y bondad: «¡Resignaos! ¡Tened paciencia! ¡Estad sumiso! ¡El cielo os espera allá!»

¡Ah! señores; sí, la ley religiosa hace eso, se vuelve al pobre, al débil, al obrero, le predica resignación, sumisión, paciencia... Pero ¿no hace más que eso? ¿no se dirige más que al obrero? También se dirige a vosotros, señores, a vosotros, los ricos..., ¿Y que os dice?

Abro la Biblia, esa antigua Biblia que encierra en sus páginas la historia y los destinos del mundo, y desde la primera página me veo frente a frente del obrero, del trabajador... Sí, es él... él temblando ente la cólera divina, con la cabeza baja, y detrás de él su mujer, temblando también y arrepentida... Dios lanza su maldición: «Maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás de la hierba que produzca. Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de que has sido formado; porque polvo eres y a ser polvo tornarás (1).

Ese obrero, ese trabajador... es Adán, es Eva, es el rico, es el pobre, sois vosotros, soy yo, somos todos nosotros, es la humanidad...

Cuando contemplo el mundo moderno, veo multitud de brazos manejando herramientas duras y pesadas hasta quedar rígidos, veo correr el sudor de multitud de frentes; pero ya no es a la humanidad entera a la que veo de este modo encorvada hacia la tierra, arrancando de entre los abrojos y espinas el pan que ha de comer. Parece que una raza privilegiada ha escapado a la maldición divina... ¿Cómo se ha verificado este fenómeno?

La desigualdad de las condiciones sociales se ha abierto paso bien pronto en el mundo. No tengo que demostrar que es legítima, ni combatir aquí la locura de los que predicán al pueblo esa famosa nivelación de clases, incompatible con el fondo mismo de la naturaleza humana. Sucedió, pues, y bien pronto, que una parte de los hombres se hizo servir por la otra, y le pagó sus servicios de una manera equivalente. Nada más justo, y yo estoy lejos de reprobarlo. Es de notar,

(1) Génesis, cap. III, 17-19.

sin embargo, que si Dios permitió a esta tribu favorecida librarse del trabajo corporal, del trabajo que hace correr el sudor de la frente, no fué para que se entregara, indolente y perezosa, al tedio de la ociosidad; no quiere Dios ociosos en su pueblo: *fatio lascivientium auferetur*, la facción de los ociosos será destruída. El que se libra del trabajo corporal tiene que entregarse al trabajo mental: es la ley de todos. ¡Desgraciado del que se empeña en sacudir su yugo! Dios le persigue aun en este mundo, le aplasta bajo el peso de un yugo más duro, el yugo de las pasiones que envilecen y degradan... y más tarde, ¡ha, señores! más tarde a todos al patrón como al obrero, al pobre como al rico, cuando llegue la hora del juicio, su temible voz preguntará: «¿Qué habéis hecho?... ¿Qué habéis hecho por vuestros hermanos y por la sociedad?» Y creo que no bastará entonces contestarle «He guiado a las mil maravillas mis coches, he montado cual ninguno, he sido un diestro cazador, nadie me ha superado en gimnasia, no he tenido rival en la esgrima... He deslumbrado con mis elegantes trajes, he tocado el piano divinamente, he sabido dirigir mejor que nadie un cotillón...»

¡Más pasemos adelante!

El patrón y el obrero han aparecido, pues, muy pronto sobre la tierra.

La primera mención que de ellos encuentro en la Escritura es un grito de Dios en favor del débil:

«No harás agravio a tu prójimo, ni le oprimirás con violencia». ¡Ah! ¡el hombre ya oprimía!... y ya pagaba con estrechez y tardanza, pues añade en seguida el Señor: «No retendrás el salario de tu jornalero hasta la mañana siguiente» (1).

Y ahora citaré, sin orden preconcebido, otros varios textos.

(1) «Non facies calumniam proximo tuo, nec vi opprimes eum. Non morabitur opus merce tui apud te usque mane» (Lev. xix, 13.)

«No negarás el jornal a tu hermano menesteroso y pobre... sino que le pagarás en el mismo día, antes de ponerse el sol, el salario de su trabajo; porque es un pobre y con eso sustenta su vida, no sea que clame contra ti al Señor, y se te impute a pecado» (1).

«El que ofrece sacrificio de la hacienda de los pobres es como el que degüella a un hijo delante de su padre. La vida de los pobres es el pan que necesitan; el que lo defrauda es hombre sanguinario. Quien quita el pan ganado con el sudor, es como el que mata a su prójimo. Quien derrama sangre y quien defrauda al jornalero, hermanos son» (2).

«Si tu hermano (observad, señores, cómo la divina Escritura llama al obrero y al pobre: un hermano, mi hermano, vuestro hermano), obligado por la pobreza se vendiere a tí, no le oprimirás con el servicio propio de esclavos, sino que será tratado como jornalero y colono... No le aflijas abusando de tu poder, mas teme a tu Dios... Porque son siervos míos» (3).

«Cuando vendieres algo a tu conciudadano o lo comprares de él, no apremies a tu hermano. Pero sean justos vuestros precios» (4).

«Si viniere a quedar pobre alguno de tus herma-

(1) «Non negabis mercedem indigentis et pauperis fratris tui... Sed eadem die reddes ei pretium laboris sui, ante solis occasum, quia pauper est, et ex eo sustentat animam suam, ne clamet contra te ad Dominum.» (Deuter. xxiv, 14-15.)

(2) «Qui offert sacrificium ex substantia pauperum, quasi qui victimat filium in conspectu patris sui. Panis egentium vita pauperum est; qui defraudat illum, homo sanguinis est. Qui auferit in sudore panem, quasi qui occidit proximum suum. Qui effudit sanguinem et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt.» (Ecclesi., xxxiv, 24-27.)

(3) «Si paupertate compulsus vendiderit se tibi frater tuus, non eum opprimes servitute famulorum; sed quasi mercenarius et colonus erit... Ne affligas eum per potentiam, sed metuito Deum tuum... Mei enim servi sunt...» (Lev XXV, 39, 40, 43 y 42.)

(4) «Quando vendas quippiam civi tuo, vel emes ab eo, ne contristes fratrem tuum, sed juxta numerum...» (Lev., XXV, 14.)

nos... no endurezcas tu corazón, ni cierres para con él tu mano, sino ábrela y préstale lo que necesita» (1).

«Cuando vayas a cobrar a tu prójimo alguna deuda, no entres en su casa para tomar la prenda, sino que te quedarás afuera y él te sacará lo que tuviere. Mas si es pobre, no pernoctará la prenda en tu casa, sino que se las restituirás antes que se ponga el sol, para que durmiendo en su ropa, te bendiga y tengas mérito delante del Señor tu Dios» (2).

Sabéis además, señores, que la ley dada por Dios mismo a tu pueblo predilecto reprobaba absolutamente la usura: *Ne accipias amplius quam dedisti*. «No recibas más de lo que hayas dado». Sabéis también que el régimen de la propiedad en ese pueblo escogido difería esencialmente del nuestro.

Al tomar posesión los israelitas de la tierra prometida la dividieron en partes iguales entre todas las familias de Israel; cada uno tuvo su lote, su patrimonio. Sucedió que pronto unas tuvieron que deshacerse de ella y venderla... otras compraron y se enriquecieron; pero ni la compra ni la venta eran definitivas.... Cada cincuenta años, los bienes vendidos debían volver a su primitivo dueño. En suma: la propiedad era inalienable, sólo se vendía su usufructo. Y Dios mismo daba la razón de esto: *Mea est enim terra*, «porque la tierra es mía», yo soy su dueño; como poco antes había dicho: *Mei enim servi sunt*, «porque los siervos son míos».

Pero me saldréis al paso diciéndome: «He ahí preci-

(1) «Si unus de fratribus tuis... ad paupertatem venerit, non obdurbabis cor tuum, nec contrahes manum, sed aperies eam pauperi, et dabis matuum, quo eum indigere perspexeris.» (Deuter. XV, 7-8.)

(2) «Cum repetes a proximo tuo rem aliquam, quam debet tibi, non ingredieris domum ejus, ut pignus auferas; sed stabis foris et ille tibi proferet quod habuerit; sin autem pauper est, non pernoctabit apud te pignus, sed statim reddes ei ante solis occasum, ut dormiens in vestimento suo, benedicat tibi, et habeas justitiam coram Domino Deo tuo.» (Deuter., XXIV, 10-13.)

samente porqué esos divinos textos no tienen nada que ver con nosotros. Su objeto es regular una situación social bien distinta de la nuestra. Es la vieja legislación del pueblo de Israel. Nuestro régimen social se halla establecido sobre otras bases y reclama otras leyes».

Cierto, señores; vivimos bajo otro régimen y bajo otras leyes, la sinagoga ha muerto; pero tened cuidado, no vayáis demasiado lejos... Vosotros habéis demolido las bases de la sociedad judía, las bases de la sociedad romana, las bases de la sociedad feudal... Quizá sean destruídas también las bases de la sociedad contemporánea. Pero más abajo que todos los cimientos destruídos por la piqueta o volados por la dinamita, más profunda que todas las bases construídas por mano de hombre, está esa vieja roca, a la cual ni vosotros ni nadie, ni en lo pasado ni en lo futuro, podrá tocar... Esa vieja roca sobre la cual, en fin de cuentas, debe asentarse toda sociedad si quiere permanecer firme aunque no sea más que un día... Es la vieja roca de la naturaleza humana... Cuando la contemplo, señores, encuentro escritos en ella, mejor que en las tablas de vuestras mudables leyes, estos dos eternos dogmas:

El obrero es de Dios. El obrero es vuestro igual (1).

No insisto más en esto y paso al Evangelio.

¡El Evangelio!... señores, al Evangelio podría yo llamarle el libro del obrero. Y no solamente al Evangelio, sino también a todo el Nuevo Testamento, que desde hace ya cerca de mil novecientos años nutre a las almas de verdad, de esperanza y de amor.

¿Qué es el Evangelio sino la historia y la predicación viva de ese obrero, hijo de obrero, llamado Jesu-

(1) Creo que no hay necesidad de advertir que aquí se trata de la igualdad de naturaleza; el contexto lo indica suficientemente; pero, por si acaso, conste así para que no se me achaque lo que no es debido.

cristo? *¿Nonne hic est faber?* ¿No es éste el carpintero? *¿Nonne hic est filius fabri?* ¿No es éste el hijo del carpintero?

Buscad las firmas al pie de esas páginas... Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro, Pablo, Santiago, Judas Tadeo... Obreros, señores, y un ínfimo empleado de aduanas: ¡Mateo!...

Por más que los busque, no hallo entre ellos más que dos letrados: Pablo y Lucas. Pero aun estos no dejan por eso de tener un oficio que endurece las manos: Pablo hace tiendas y velas de navío... Lucas es un médico de Antioquía, y ya sabéis el rango de los empíricos de aquel tiempo. Todos los demás son pescadores costeros del lago de Genesareth.

Vosotros vais todos los años a respirar en nuestras costas aire puro, impregnado de perfumes silvestres que conduce el mar sobre sus ondas... Allí encontraréis a los pescadores de Ostende, de Blankemberghe y de Niwport con su sombrero embreado y su traje de paño burdo... Ved ahí lo que eran los autores del Evangelio; y su Maestro, obrero como ellos, vestía y comía como ellos. Cuando los soldados judíos van a prenderle por la noche, para reconocerle entre los demás tienen que pedir a Judas una señal que le distinga... y no hallándola Judas, tiene que decirles: «Aquel a quien yo besare».

¡Oh! sí, ¡acudamos al Evangelio, es el libro del obrero, del pequeño, del débil, del pobre!...

No os citaré más que un solo pasaje; os lo he citado ya; mas ¿cómo no volver al mismo?

«Maestro—preguntaba a Cristo uno de los doctores de la ley,—Maestro, ¿cuál es el primero y mayor de los mandamientos?»

Jesús le responde: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón. Este es el primero y mayor de los mandamientos». Y sin esperar nueva pregunta, añade

el Maestro: «El segundo es semejante a éste: Amarás al prójimo como a tí mismo».

¿Qué quiere decir esto, señores?... ¡Dios y el obrero hermano mío en la misma línea! ¡El amor de Dios y el amor de mi hermano el obrero parangonados! ¿Cuál es la clave de este misterio?

Vedla aquí, dada por el mismo evangelista:

«Cuando viniere el Hijo del Hombre, escribe con su elevado estilo, se sentará sobre el trono de su majestad, en medio de sus ángeles, y serán congregadas ante él todas las gentes,»

Allí estaremos nosotros, señores, vosotros y yo, y entonces será la hora de los juicios terribles... ¿Qué tendremos que decir entonces delante de aquel gran juez? Para él han estado patentes los pliegues y repliegues de nuestro corazón. Su vista nos ha seguido de día y de noche, en el goce secreto de nuestros vicios, en las demás deliberaciones ocultas de nuestra molición y de nuestro egoísmo.

«Y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos.

»Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda.

»Entonces dirá el Rey a los que tenga a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.

»Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; carecía de asilo y me hospedasteis; estaba desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y me vinisteis a ver.»

Entonces le dirán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos sin asilo y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?

»¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te fuimos a ver?»

Y respondiendo el Rey, les dirá: «En verdad os digo, que cuando lo hicisteis a uno de esos mis hermanos pequeñitos a mí lo hicisteis».

Aún no hemos acabado, señores.

Después dirá también a los que estén a su izquierda: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno...

»Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, carecía de asilo y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me cubristeis, en la cárcel y no visitasteis».

¡Ah! señores, seremos nosotros del número de estos desgraciados, que, pálidos y temblando, preguntarán entonces:

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o desvalido, o desnudo, o enfermo, o encarcelado, y no te favorecimos?»

«¿Cuándo? Cuando dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñitos rehusasteis hacérmelo a mí.»

Ved ahí el secreto del misterio, señores, Ese obrero ese pobre, ese pequeño, ese mínimo... ¡Dios!... ¡Dios se ha encarnado, por decirlo así, en su miseria!

¡Oh! ahora yo no me admiro... no hay ya dos mandamientos, no hay más que uno sólo: «¡Amad a Dios!» Y he aquí en su gradación solemne la última palabra de la doctrina religiosa acerca del obrero y del pobre.

Mi naturaleza humana me había dicho: «El obrero, el pobre, es tu igual; ámale como a tu igual».

La antigua ley de Moisés avanza más: «El obrero, es tu hermano; ámale como a tu hermano».

Subiendo siempre, el Evangelio nos dice: «Ámale como a ti mismo».

Y esto no es todavía bastante: el obrero... ¡Ah! ¿cómo lo diría yo? Tengo miedo de mi propia expresión.

¡Oh divino Salvador! ¡oh maestro mío! Vos que habéis inspirado esas palabras inflamadas; Vos, cuya voz las volverá a repetir como un trueno a los oídos de

toda la humanidad reunida... ¡oh! decidlas, decidlas aquí, y que ellas penetren los corazones hasta la división del alma:

«¡El obrero, el pobre, soy yo, vuestro Dios!...

» ¡Lo que hacéis al obrero lo que hacéis a mí, vuestro Dios!...» (1).

Ved ahí señores, la doctrina religiosa... ¡Ved ahí lo que ella dice dirigiéndose al rico!

* * *

Siendo esto así, mirad ahora al obrero, considerad ahora a vuestro igual y vuestro hermano... contemplad ahora a vuestro Dios pasando delante de vosotros... Permitidme contaros su historia.

Nace... Sí, no hay duda, es vuestro hermano; la misma sangre... la misma carne... la misma leche para nutrirle, y para abrigarle, los mismos brazos y el mismo corazón, los brazos y el corazón de una madre...

¿Qué importa que sus pañales sean pobres y su cuna más dura?... Su madre no le abandonará, y él no tendrá junto a ella para reemplazarla, cuando esté cansada, a una extraña que le refresque las mejillas y los labios con besos pagados.

Dios descende sobre él, como descende sobre vosotros, y su frente es lavada como la vuestra con la sangre de Jesucristo... Sigue siendo vuestro hermano.

Crece el hijo del obrero... Su madre le lleva a la escuela... Es la escuela de los pobres, y a vosotros os han llevado a la escuela de los ricos; pero ¿qué impor-

(1) Se me ha acusado de haber «hecho del obrero un Dios y de haber puesto al patrono a sus pies». Véase en qué sentido lo entiendo:

Un pobre casi desnudo pidió limosna a San Martín; el Santo partió su capa y le dió la mitad. La noche siguiente se apareció Cristo al soldado generoso llevando sobre sus hombros la mitad de la capa que había dado al pobre, y le dijo: «Martín, catecúmeno mío, tú eres quien me has cubierto con este vestido».

ta esto tampoco?... Las Hermanas de los pobres tienen el mismo hábito negro y el mismo velo blanco y la misma cruz en el pecho. Tienen las mismas delicadas manos y el mismo tierno corazón para estos pequeñuelos. Son casi madres.

Más tarde... No quiero saber si entre tanto el pobre niño ha tenido o no hambre... Puede ser que no; el padre y la madre ayunan mucho tiempo antes que la coomezón del hambre hostigue a sus hijos pequeños... Más tarde, en fin... ¡Ah! ¡es aquel día fiesta en la familia del obrero!... El padre venía ahorrando desde muy atrás, y la madre privándose de bien de cosas; era preciso ataviar mejor al niño... En aquel día descendió Jesucristo a su alma, como en otro semejante descendió a la vuestra; como a vosotros, le dió su cuerpo y su sangre... ¡Todavía es vuestro hermano!...

¡Pero desde entonces todo difiere!... Continúad aparte vosotros vuestra vida; yo voy a seguir la de vuestro hermano el obrero.

Al día siguiente se le acerca su madre; me parece oírle: «Ven, hijo mío; dame tu trajecito de ayer, voy a guardarle en el armario para los grandes días de fiesta, ponte el pantaloncito de jerga y la blusita azul y las alpargatas. Ven, hija mía, dame tu corona, tu velo y tu vestidito blanco; ponte el refajo y el jubón de las trabajadoras... Nosotros no somos ricos; mira, nosotros tenemos que trabajar; a tu padre le cuesta mucho el ganarnos el sustento... tú vas a ayudarle, querido mío. Tendrás valor, ¿no es verdad?... ¡Oh! ¡si nosotros fuéramos ricos, tú no te separarías de tu madre, yo no te dejaría marchar, hijo mío! Ten ánimo... pero sé prudente... mira que las galerías mineras son traidoras... ¡han sepultado a tantos jovencitos como tú, sin devolverlos!... ¡Oh!... ¡oh! que no te suceda... ¡hijo mío, hijo mío, me volvería loca! Pero, no, Dios es bueno, querido mío; él estará en mi lugar para velar por ti».

Y ahogando en su garganta un sollozo que pugna por estallar, levantando sus ojos al cielo a la vez que se eleva de su alma una suprema oración, bendice a sus hijos haciendo sobre sus cabezas una gran cruz... y ellos marchan.

¡Han marchado!... a las minas, a la fábrica, a la obra, al taller... ¿Qué importa adónde? ¡al trabajo!... ¿No es esto bastante?

¿Quién no se acuerda aquí de aquellos hermosos versos del poeta.

«¿A do esos niños van que ni uno ríe,
mustios y enflaquecidos por la fiebre?
¿A do van esas niñas de ocho abriles
en perezo a hilera solitarias?
—Caminan al taller, van al trabajo;
todo es de bronce allí, todo de hierro.
no hay descanso, no hay juegos, todo es lucha.
Mirad qué palidez entre la herrumbre
que enegrece sus lánguidas mejillas!
No asoma el sol aún, y ya están lasos.
Ni jota saben de su gran destino,
mas parece que aun mudos a Dios claman:
«Padre nuestro, miradnos qué pequeños,
y cuál nos tratan—¡bárbaros!—los hombres!»

¡Oh! ¡qué largas y lentas se hacen las horas!... ¡Las horas!... ¿Habéis examinado, señores, las declaraciones consignadas en la investigación?... ¡Pues bien, allí habréis visto que esos pobres pequeñuelos trabajan de esa suerte diez, doce y catorce horas diarias!

¡Cuántas veces les he visto yo volver, en pequeños grupos separados, cubiertos de polvo y de carbón, encorvados por la fatiga, balanceando sin fuerza los brazos y doblegándoseles como derrengadas las piernas! ¡Sin una sonrisa, sin nada ya de esa alegría loca presta siempre a brotar de un corazoncito de doce años!... Pobres jovencitos, a esa edad en que la vida es tan bella, he ahí su suerte... Y para ellos ya no cambiará: los días sucederán a los días, los años a los años, el

niño llegará a ser hombre, el hombre se hará viejo, todo cambiará en torno suyo, todo, excepto su vida.

¡Esta, ésta no cambiará!... el trabajo, el trabajo, siempre el trabajo, y ese trabajo duro, pesado, monótono, ese trabajo de los músculos y de los huesos que en verdad no es trabajo de hombres, sino trabajo de bestias.

¡Monótona esa vida!... ¡Ah! señores, me equivoco... ¡tiene sus incidentes!...

Un día vienen a decir a la madre, con esa inconsciente brusquedad del pueblo: «Vecina, es preciso tener valor, ¡tu hijo está en el hospital!»—«¡Ay! ¡Dios mío! ¡muerto! ¡muerto mi hijo!...»—«¡No, no, mujer! la máquina no ha hecho más que tocarle...» ¡Y como una loca, la pobre madre corre a través de las calles y de la gente, llorando y gritando, llamando a su hijo, a su hijo, a su pobre hijo!... ¡En el hospital la reciben cariñosamente las Hermanas de la Caridad, y después de haberla preparado largo tiempo la conducen a la cama en que está su hijo estropeado!

Voy a referiros lo que he visto yo mismo, señores. A un hospital donde estaba yo diciendo misa llevaron uno de esos pobrecitos mártires... ¡Cómo podría yo pintárosle!... En los laminadores, cuando los rails y viguetas de hierro han pasado por última vez entre los cilindros, se les hace pasar por una sierra. Los dientes de acero giran con velocidad vertiginosa, muerden el hierro con un chirrido siniestro y desgarrador, saltan las chispas albeando, y el rail y la vigueta quedan serrados, como si fueran madera verde, en menos tiempo del que yo he gastado en describíroslo... Pues bien, el joven, por un descuido, había dado un paso en falso y había caído sobre la sierra... Rápido como el rayo se lanzó a cogerlo un obrero, mas la sierra hizo antes su oficio, y las dos piernas del infeliz muchacho, cortadas

a la altura de las rodillas, quedaban ya por el suelo. ¡He ahí cómo se lo devolvían a su madre!

¡Oh! ¡de esa sangre humana... de esa sangre de infelices niños derramada por nuestras máquinas... no toméis, Dios mío, venganza en nosotros!

¡Ah! ¡qué de relatos desgarradores podría yo hacerlos!... Pero consultad vosotros mismos, señores, consultad vuestros recuerdos... ¡con cuánta frecuencia habréis leído en vuestros periódicos esos accidentes horribles! Ellos constituyen, si puedo expresarme así, parte integrante de la vida del obrero. Y no sólo en las regiones industriales, sino aun aquí mismo, en el seno de vuestros trabajos más pacíficos... Cada día podéis leer gacetillas tan siniestras como éstas: «En tal obra se cayó un obrero del andamio... en tal calle fué atropellado un carretero por un vehículo... en tal estación fué cogido un mozo entre los topes de dos vagones... en tal desmonte fué sepultado un trabajador por un corrimiento de tierras... en tal cantera hizo explosión inesperadamente un barreno, destrozando a tantos operarios... en tal fábrica, un engranaje, o un volante, o una cuchilla, o una correa, magulló un pie, o dió un golpe en el pecho, o cortó los dedos de la mano o arrolló y destrozó por completo a la joven tal, o al maquinista cual, o al jornalero de más allá». Por esto la primera caja: señores, que funda el obrero cuando se asocia, no es una caja de ahorros, sino una caja de pensión, una caja de socorros para los casos de accidentes en el trabajo... y luego una caja para atender a las necesidades de las viudas y de los huérfanos.

* * *

¡Las viudas y los huérfanos!

Hay todavía, en efecto, un rayo de sol en la sombría vida del obrero... Se casa, y habiéndolo Dios hecho su

corazón lo mismo que el vuestro, puede gustar como vosotros la dulce alegría del hogar y los suaves afectos de la familia. Mas para él, ¡cuán presto pasa ese sol!... El trabajo los ha retenido a él y a ella clavados en la obra hasta la víspera, y al día siguiente han tenido que volver al mismo trabajo... Mientras han sido buenos los jornales, todo ha marchado bien; luego han venido los hijos... la madre ha tenido que quedarse en casa, los jornales del padre no han aumentado... ha sido más difícil vivir... Los cuidados, los temores, la necesidad, la miseria... ¡oh, cuán presto han venido estos huéspedes a ser gusanos roedores de su amor!...

Sí, fué un sol; pero uno de esos tibios soles de otoño que se elevan tarde, lanzan en el horizonte, a través de nubes parduscas; algunos rayos fríos y pálidos, y luego se ocultan para no volver a salir.

Y entonces viene la vejez... Yo he visto al obrero anciano, sin fuerzas y encorvado por la edad; su cara rugosa llevaba las azuladas cicatrices de las quemaduras del fuego grisú..., el mayor de sus hijos le había recogido, y pasaba sus días empotrado en una silla, en un rincón de la cocina, fumando en su negra pipa... Le he visto ¿dónde también?... en el asilo de las Hermanitas de los pobres, en el hospicio o en el hospital... llamando a la muerte, porque conocía que sólo servía de carga.

Llegó la muerte... ¿Se acabó ya todo?... No, hay una última escena en la permanencia sobre la tierra de vuestro hermano obrero como en la vuestra...

¡Ah, señores, a vosotros se os hacen funerales magníficos!...

Todas las grandes campanas de las torres tocan a muerto, y el aire tembloroso esparce por toda la ciudad el tañido fúnebre convocando a vuestras exequias. Las seculares naves de la iglesia se revisten de negras colgaduras de terciopelo salpicadas de plateadas o dora-

das lágrimas; el mismo altar desaparece bajo la multitud de gasas de luto... En el centro, y bien elevado, como si fuera a engrandeceros... en medio de un bosque de cirios y velas encendidas, entre pebeteros en que se queman olorosos perfumes, erígese, bordado de oro y plata, el soberbio catafalco que debe sostener vuestras cenizas. El órgano despide a plena voz tristes melodías, ondea el incienso, y la procesión de sacerdotes, solemne y grave, rodea vuestro ataúd... La multitud se aglomera junto a él... ¡los amigos del rico son muy numerosos!... y comienza el santo Sacrificio con toda la majestad y esplendor de sus venerandos ritos...

Venid, señores, venid conmigo a ver cómo se entierra al obrero, vuestro hermano...

Se toca para su entierro una campanita... la campana de los pobres... Nada de colgaduras en las frías naves; cuatro velas amarillas en candeleros de madera. Entre ellas un túmulo mezquino cubierto de un paño negro deslucido por el tiempo y por el uso... Alrededor... un hijo, un hermano, a veces la esposa..., pues la esposa del obrero no le deja sino en la hoya... Algunos amigos... ¡tan pocos!... El órgano permanece mudo... Se oyen los suspiros y sollozos de los que lloran, es la única armonía de esta pompa fúnebre. En el coro un sacristán distraído, deseoso de concluir cuanto antes, canta con indolencia y rapidez, los salmos y preces de la Iglesia... En el altar...

¡Ah! en el altar... ¡cerremos los ojos de carne y sangre! En el altar... Jesucristo, el Sacerdote eterno, Jesucristo, Dios, por las manos mortales de su ministro, se ofrece a sí mismo en sacrificio por ese obrero de igual modo que por vosotros... para él, como para vosotros, Dios es el sacrificador y Dios es... ¡la víctima!...

En seguida los enterradores vendrán a llevar el pobre ataúd, y le llevarán al hombro a la fosa común.

¡Ha concluido la vida del obrero!

Ha pasado delante de vosotros, señores, vuestro hermano.

Ha pasado delante de vosotros vuestro Dios.

*
*
*

¿Habéis ido vosotros considerando vuestra vida mientras yo os describía la suya?

Y bien, ¿qué os parece?

En cuanto a mí, una cosa me ha llamado la atención. Hay, como os he dicho, en la vida del obrero, circunstancias en que verdaderamente y en la realidad de las cosas es vuestro igual y vuestro hermano...

Y es en sus asuntos con Dios.

Su bautismo vale tanto como el vuestro. Recibe a Dios en la comunión como le recibís vosotros; Dios bendice su matrimonio como bendice el vuestro, y cuando muere, se inmola por él como se inmola por vosotros...

¿Pero en sus asuntos, cuando tiene que habérselas con los hombres?...

¡Ah! señores, ¿es también considerado entonces como un hermano?... ¿Es amado como se ama a un hermano? ¿Es amado como os amáis a vosotros mismos? ¿Es amado como debe ser amado Dios, que se oculta en él?

Dispensadme de responder...; dejo la respuesta a vuestros corazones...

No olvidéis que la cuestión social sólo tiene solución posible y durable en la doctrina religiosa... y en la doctrina religiosa como acabo de exponérosela, sencilla, desnuda, sin subterfugios, tal como Jesucristo nos la ha dejado en su Evangelio... Al describiros la vida del obrero no he querido hacer otra cosa que colocar frente a frente, de una parte el ideal cristiano, de la otra las realidades humanas... El contraste es desgarrador, ¿no es así?...

Y, sin embargo, San Pablo tiene una palabra extraña, que mi conciencia me dicta que debo repetiros. Hablando de la limosna en una carta a los fieles de Corinto: «Dad, les dice, no de modo que los otros se enriquezcan empobreciéndoos vosotros mismos, sino que haya *igualdad*. Al presente vuestra abundancia supla la escasez de aquéllos, para que la abundancia de aquéllos sea también suplemento a vuestra indigencia, de manera que haya *igualdad*» (1).

Y remite a un texto del Exodo: *Sicut scriptum est*. Ahora bien; el pasaje del Exodo a que remite nos refiere cómo habiendo caído el maná en medio de los judíos, unos recogieron más y otros menos. Y añade la Sagrada Escritura: «Y midieronlo a la medida de un gomar; y ni el que había recogido más tuvo más, ni el que había prevenido menos tuvo menos, sino que cada uno se encontró con la misma medida, proporcionada a lo que podían comer» (2).

¿Habéis oído? ¿Os habéis fijado bien en «esa misma medida» y «esa igualdad que debe establecerse?...» Y no me digáis que traduzco mal, porque, os lo ruego, ¿cómo traduciríais vosotros: *Ut fiat aequalitas*?

Bien sé yo que haría mal en urgir demasiado sobre esas palabras del Apóstol. Se puede y aun se debe entenderlas en un sentido menos riguroso, y por la palabra «igualdad» entender una cierta equivalencia, cierta proporcionalidad, regulada según las necesidades y posiciones diferentes. Pero al fin es preciso llegar ahí, a esa proporcionalidad, a esa equivalencia.

¡Y nosotros no hemos llegado a ella, señores!

Creedme, yo soy socialista, ni comunista, soy un

(1) «Non enim ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio, sed ex aequalitate. In praesenti tempore vestra abundantia illorum inopiam suppleat: ut et illorum abundantia vestrae inopiae sit supplementum, ut fiat aequalitas.» (S. Paul., II Cor. VIII, 13-14.)

(2) Exod., XVI, 17-18.

pobre sacerdote que se acuerda que su Dios fué un obrero que aboga ante vosotros por los obreros como Él. Yo no sueño con la repartición de las propiedades, ni el equilibrio de las fortunas, ni con ninguna de esas múltiples locuras ingualitarias. Yo sé demasiado bien que aun cuando descendiera el Espíritu divino en una nueva Pentecostés sobre la sociedad contemporánea y la inflamara, dejaría todavía en pie las desigualdades de la suerte y de las condiciones humanas. Solamente suavizaría lo que hay de duro en esos destinos tan diversos, enlazaría con medias tintas afectuosas los colores tan opuestos de los cuadros que os he trazado. El rico estaría siempre en lo alto, y el pobre en lo bajo; pero la caridad cristiana iría del uno al otro y los estrecharía tendiéndoles sus brazos.

Y ahora, ¿me juzgaréis exagerado si me limito a deducir que hay algo que hacer? No, ¿no es verdad?

Pues bien, hay algo que hacer, y vedlo aquí.

* * *

Un escritor cáustico, pero fino observador de los caracteres, escribió un día: «Detened al primer francés que pase por la calle; preguntadle cómo hay que gobernar a Francia y a una Europa, y en seguida os contestará; tiene su sistema ultimado por completo».

También yo tengo, os lo confieso, mi sistemita particular para obviar los peligros de la cuestión social, y aun tengo la debilidad de juzgarle excelente; pero no tendré la de exponérosle esta noche. Sería tiempo perdido, porque se requieren leyes para ponerlo en práctica. Lo que os voy a proponer es mucho más sencillo, y tendrá la ventaja de que podáis poner manos a la obra en seguida.

Os pido que resolváis la cuestión social, no en todo el país, no en Europa, sino en vuestro derredor, en el

radio de vuestra influencia, dondequiera que alcance el influjo de vuestro corazón. Y os pido que resolváis aplicando los principios y la ley religiosa.

¡Ah! señores; decía bien Julio Simón: «El mal que nos aqueja es de aquellos que no se pueden curar sino tomando a pechos el remedio». Por consiguiente, os pido que lo toméis a pechos, que pongáis en ello todo el empeño de vuestro corazón.

Voy a explicarme.

Cualquiera que sea vuestra posición social, la necesidad misma de las cosas os pone a menudo en relación con el obrero. Pues bien, cuando le llaméis en vuestra ayuda, cuando le pidáis el socorro de sus brazos, cuando le encarguéis alguna obra o trabajo, cuando ajustéis con él las condiciones de su salario, y luego, cuando le paguéis, no os pido, señores, que seáis justos es vuestro deber y es su derecho... ¡no! os pido que seáis buenos... que penséis que estáis tratando con un hermano vuestro, y que de ningún modo le aflijáis ni contristéis: *ne contristes fratrem tuum*.

Os pido que seáis buenos y amables, que reflexionéis que estáis tratando y ajustando las cuentas con Jesucristo, que es Jesucristo a quien pagáis... y que si rechazáis al obrero, si le explotáis sin entrañas porque la crisis o la falta de trabajo le han puesto a merced vuestra, es a Jesucristo a quien rechazáis, es a Jesucristo a quien explotáis...

¡Oh! ¡si este pensamiento estuviera entonces presente a vuestro espíritu, cuán generosos y pródigos seríais!... ¡Cómo se abrirían vuestros corazones y vuestras manos para dar largamente!...

Pero me diréis: «Yo no trato por mí mismo con el obrero, es mi gerente, mi mayordomo, mi administrador quien se ocupa de esas cosas...»

¡Pues eso es lo que yo deploro!... Permitidme os exprese mi admiración; ¡conque no os rebajáis hasta esos

infelices! ¡conque no tenéis cuidado de los que trabajan para vosotros!... ¿Cómo? Pasa delante de vosotros Jesucristo, os tiende la mano, trabaja para vosotros, y... ¿Os atreverfais a responderle allá en el juicio: «Sí, Señor, supe que estabais allí, que trabajabais por mí, y por eso hice que os trataran y os pagaran bien mis domésticos?...»

He aquí mi segundo consejo: Si toda vuestra acción debiera circunscribirse al círculo estrecho de esas relaciones, se limitarfan a bien poca cosa. Pueden agrandarse y extenderse. Lo que no podéis hacer por vosotros mismos, podéis hacerlo asociándoos por medio de lo que se ha llamado «las obras obreras»

Cuando un encargado o encargada de pedir para ellos vaya a pedirlos, no calculéis, no contéis, dejad obrar a vuestro corazón... dad, dad sin recelo, dad cada vez más... Rechazad vosotros, señores, si os place, a los peticionarios que vayan a pedir para otras cosas, a los que os asaltan y demandan u os reclaman cuotas en nombre de vuestros placeres, de vuestros círculos, de vuestros clubs, del *turf* y del *sport*; pero a los que os pidán en nombre del obrero, ¡oh! ¡no! a esos jamás...

Rechazad vosotras, señoras, a las peticionarias insanciables, insinuantes y encantadoras, que de día y de noche estan zumbando a vuestros oídos y os piden en nombre de la moda y el lujo. Desechadlas enhoramala, me alegraría de ello; ¡pero no al obrero, al obrero no, por Dios!...

Más tal vez me digas: «¡Esos consejos tienden a arruinarnos! Vienen a parar en hacernos aumentar los salarios, las propinas, las limosnas y todo el presupuesto de las buenas obras; y por otra parte, se reducen también a obligarnos a disminuir más todavía los arriendos y rentas de las casas y haciendas... Creednos. añadís, hemos llevado la caridad hasta sus lími-

tes; hacer más es imposible; no podríamos de ningún modo».

Bien puede ser así, señores. Es evidente que si os halláis en este caso, vuestra tarea está cumplida, y puesto que me lo afirmáis, no quiero contradeciros. Pero... ¡vais a tenerme por indiscreto en demasía!... Hace poco os he presentado el presupuesto anual de una familia de obreros... Tendría sumo gusto en ver el vuestro... O más bien, no, mi curiosidad es de muy mala educación... No, no, voy a proponeros otra cosa mejor... Arreglad vuestro presupuesto vosotros mismos en secreto, y allí, en presencia de Dios, determinad numéricamente la cantidad ultra de la cual, según decís, os es imposible dar más. Luego, arreglado ya el cálculo, plegad cuidadosamente el papel de la cuenta y guardadle en reserva.

Más tarde, cuando el Rey celestial venga a deciros: «Tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; fui peregrino y no me hospedasteis; estuve desnudo y no me vestisteis...» le responderéis desde luego como a mí: «¡Señor, me hubiera arruinado!...» Después de lo cual, si no se diera por satisfecho, mostdarle vuestro presupuesto... No dudo que vuestra refutación numérica sería irrefutable.

Sea de esto lo que quiera, señores, he aquí mi tercer consejo. Esto no toca a vuestras fortunas.

Yo os conozco, y conozco fan bien como al obrero y el pobre a los que se llaman los ricos; sé que sois buenos y justos, compasivos y generosos. Estoy seguro que ninguno de vosotros podría ver con ojos enjutos a un hombre, a una mujer, a un niño sufriendo, sin conmovirse ni apiadarse en seguida de él y correr a prestarle auxilio... Por más que busque en mis recuerdos, no hallo un solo rico duro para el dolor presente y tocado con sus manos. Sé lo que hacéis por el obrero y el pobre. Se me citaba muy poco hace una familia de

Amberes que sólo en un centro populoso, donde radica una parte de sus industrias, empleaba regularmente en buenas obras más de cien mil francos anuales.

Esto es muy bello, señores.

¿De dónde procede, sin embargo, que en todos esos folletos anónimos con que se envenena al pueblo, en esos *meetings* en que se le inflama y enloquece, seáis representados como orgullosos, despreciativos, altaneros y sin misericordia, duros y sin entrañas, alimentándoos del sudor del obrero, subastando sus brazos y sus hijas, verdugos y tiranos de esclavos?

¿De dónde procede que el pueblo crea esas furibundas declamaciones?

¿De dónde viene el que os aborrezca, pues en realidad os aborrece?

De que no os conoce.

¿Y por qué no os conoce?

Porque no descendéis hasta él, porque no le habláis, porque no traspasáis jamás el umbral de su casita, porque no os sentáis al lado de él en su cuarto, porque, en fin, vivís tan alejados de él, que os considera como si fuerais de otro mundo en vez de consideraros como hermanos suyos...

Vosotros vais a ver vuestros caballos, vosotros vais a ver vuestros perros, y los acariciáis y les habláis... mas al obrero, ¡no!

El obrero, ¿qué sabe él de vosotros?...

El os ve pasar en vuestros brillantes carruajes y se siente salpicado por el barro que lanzan. El ve por la noche, a través de los elegantes cristales de vuestras moradas, el brillo de vuestras fiestas y los esplendores de vuestros salones, y él no tiene albergue. El ve en las calles vuestros preciosos vestidos, vuestros encajes, vuestros dijes ostentando su riqueza y todo ese lujo que derrama el oro, y él no tiene un céntimo, y él tiene hambre. Cuando tal vez ha venido a pedir una limos-

na a la puerta de vuestro hotel.. ha sido un criado quien le ha abierto, quien le ha dejado allí con la gorra en la mano, ante los mármoles y los bronces de vuestros vestíbulos... y quien, volviendo a él, le ha arrojado vuestra limosna... No sólo no habéis ido vosotros a verle, sino que ni siquiera le habéis recibido cuando ha ido él a veros (1).

No me digáis que esta última expresión es exorbitante, que pasa de raya, que no puede exigirse de vosotros el que recibáis al obrero, que después de todo hay diferencias de rango que conviene mantener. Señores, tengo a mano la respuesta... ¡Ah! ¡La Biblia es un libro terrible! Traduzco a la letra este párrafo de la carta del Apóstol Santiago; se diría que ha hablado por mí: «Sí entrare en vuestras reuniones, dice, un hombre que lleva anillo de oro y vestido precioso, y entrare también un pobre con vestido humilde.

»Y atendiendo al que viene vestido magníficamente le dijerais: «Sentaos aquí en este buen lugar», y dijerais al pobre: «Estate tú allá en pié, o sientate aquí debajo del estrado de mis pies».

»¿No es cierto que hacéis distinción dentro de vosotros mismos, y que sois jueces de pensamientos inicuos?

»Oíd, hermanos míos muy amados, ¿por ventura no ha elegido Dios a los pobres de este mundo para ser ricos en fe y herederos del reino que prometió Dios a los que le aman?

»Vosotros, al contrario, habéis afrentado al pobre...

(1) Se ha tachado este párrafo de exorbitante. Mi pensamiento no era que el obrero y el pobre fueran recibidos en los salones del rico, ni en la «five o clock» de las señoras. Era mucho más sencillo. Cuando se os acerque un infeliz, que tal vez no tiene otra esperanza en este mundo que en vosotros, confiando en vuestro corazón, para contaros sus miserias y suplicaros que le remediéis, quisiera yo que no le enviarais un criado, sino que bajarais vosotros mismos a oírle y escucharle... No quería más. ¿Es demasiado?

»Si cumplís la regia ley de la caridad conforme a las Escrituras: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», bien hacéis.

»Más si tenéis acepción de personas, cometéis pecado, siendo reprendidos por la ley como transgresores» (1).

¡Oh! es fuerte, es duro lo que acabo de leeros... No me culpéis a mí, culpad, si os atrevéis, al Apóstol, señores. Yo no he hecho más que traducir sus palabras: ellas hacen parte de la ley religiosa acerca del obrero... ¿Pedís auxilio a la ley religiosa? Ahí le tenéis; ella os le da... entendiéndola, no como suele entenderse, sino como la entiende Dios...

* * *

Os suplico, pues, señores, que os acerqueis al obrero, que vayáis a verle, que no os valgáis para con él de intermediarios, que os informéis por vosotros mismos de sus apuros, que le visitéis vosotros [mismos si está enfermo, y que le llevéis vosotros mismos vuestras limosnas y vuestros consuelos y auxilios.

¡Ah! señores, bien pronto os amará ese obrero que hoy os aborrece.

Os lo suplico a vosotras, señoras, os lo suplico a vosotras sobre todo. ¡Dios os ha concedido delicade-

(1) Jac., 11, 2-9. El texto del Apóstol que aquí cito no condena, claro está, las distinciones sociales ni los honores debidos al rango y a la dignidad. Conviene leer todo el capítulo segundo de su carta. Creo que puede resumirse correctamente de este modo: «No es cristiano honrar al rico por razón de sus riquezas, ni despreciar al pobre por razón de su pobreza».

En cuanto a los versículos 2.º y 3.º, a los cuales he apelado, aun cuando se apliquen más especialmente a las relaciones religiosas, los antecedentes y consiguientes permiten hacerlo extensivos a todas las relaciones entre cristianos; bien general condena el Apóstol «la acepción de personas».

zas, dulzuras y un poder de consolar que no tenemos nosotros los hombres. ¡Oh, cuán vendecida será vuestra llegada a todos esos míseros albergues en que tanto se sufre!... ¡Qué de buenos consejos podréis dar a esas pobres madres, a esas pobres hijas!...

¿Y por qué no lo he de suplicar también a vosotras, señoritas?

Este año mismo uno de mis amigos me exponía su pensamiento sobre la cuestión social; es director de unas fábricas de metalúrgicas de gran importancia, y en contacto siempre con el obrero, sabe mejor que nadie las necesidades que experimenta y las pasiones que le agitan... Visitaban a sus obreros, sobre todo a los heridos y enfermos... Me decía cuánto se agradecía y festejaba su llegada, cuando los domingos iba a la sala de los convalescientes llevando botellas de buen vino añejo debajo del brazo y algunas frioleras que echar a perder, en los bolsillos... Pues bien, trataba de hacer algo mejor: «Mi hija mayor saldrá del colegio este año —me decía.— Desde que vuelva a casa ella será la encargada de hacer la visita a los enfermos y a los pobres. Mis obreros serán con esto más dichosos y estarán mucho más contentos».

Actualmente les hace ya ella las visitas... y, en efectos, los obreros están mucho más contentos y satisfechos.

¿Cómo no lo han de estar? Imaginaos el caso, señores. Por esa calle bordada por casas obreras pasa el coche del amo... se detiene delante de la casa del pobre enfermo. Baja de él la joven; por modesto que sea su atavío para estas visitas a pobres, aparece deslumbradora a los ojos de estas pobres gentes. Entra... ¡Oh, qué honor es ya para el visitado, y sobre todo para la visitada, verla entrar en su casa a presencia de todos los vecinos y vecinas que acuden a la puerta! Sí, es un honor, y aun cuando sea la vanidad la que en esto se

mezcla, es una vanidad buena, porque eleva al obrero a sus propios ojos.

Apenas a entrado dirige la palabra al pobre enfermo, conversa con su pobre mujer, acaricia a los niños, saluda a los presentes, les habla con esa voz dulce y encantadora que la caridad hace penetrante y tierna, les pregunta, y a su vez les responde a las preguntas que les hacen, les consuela, les alienta, les toca el corazón, se le conmueve y le hace entrever una vida sonriente llena de esperanza, le hace deliciosamente feliz al mismo tiempo que le invade y se apodera de él... Esos desgraciados la aman, y en su ingenua sencillez se deshacen en protesta de gratitud y cariño...

¡Es siempre tan dulce el sentir que uno es amado, y sobre todo que es amado por los pobres!...

¡Dichosos entonces los visitados, los pobres... pero mucho más dichosa la visitante!

Y, dejadme que os lo diga, señoritas... no visitará ella siempre a los pobres de su padre... Llegará un día para ella, como para vosotras, en que la multitud de ese pequeño pueblo, atraída por el ruido de los coches y el piafar de los caballos, correrá a agolparse junto al pórtico de la iglesia para verla bajar del carruaje ataviada con vestido nupcial, y luego subir con su esposo al altar... Ese día—a todas os lo deseo muy feliz, — ese día, en medio de las nubes de incienso y de las armonías del órgano que ascienden al cielo, subirá también, fervorosa y penetrante, una inmensa oración por ella, la oración de todo ese pueblo que la conoce y que la ama, la oración de esos pobres socorridos, de esas madres consoladas, de esos niños alimentados y vestidos, la oración de todos esos pobres, tan amados de Jesucristo... ¿Y Jesucristo no la habla de hacer dichosa?...

¡Oh! encuéntranse cosas preciosas y admirables en vuestros canastillos de boda y entre vuestros regalos

de matrimonio... Pues haced que entre ellos figure también la oración del pobre... Ella contribuirá a haceros felices mucho más que todos los otros dijes y regalos.

*
* * *

¡Ahora dejadme soñar!... Es invierno... el cielo está encapotado, el tiempo frío, la nieve ha cubierto de blanquísimo manto los tejados y las calles.

Os veo al lado de vuestra madre, seguidas de vuestra camarera, marchar con paso rápido por una calle estrecha y pobre... Os detenéis delante de una puerta entreabierta..., los niños, que os han visto, corren adonde está su madre, diciendo: «¡Madre, la Señora y la Señorita!...» y todos aquellos corazoncitos palpitan, y el corazón de la madre se conmueve al anuncio de la feliz llegada...

Entráis..., los pequeños se quedan un poco retirados, respetuosos, tímidos, pero sonriendo de gozo y amor; les llamáis, y vienen a poner entre vuestras manos su manita rechoncha... Del grueso paquete llevado por la camarera sacáis en seguida calcetines hechos por vosotras mismas, juboncitos, elásticos de punto de lana de mucho abrigo, piezas de ropa blanca cosidas por vosotras..., vuestra obra, en fin, hecha después de las comidas y durante las largas veladas de invierno... ¡Ah! ¡cómo se animan y alegran aquellas caritas! ¿Y la madre?... ¡Oh! mirad bien a la madre... llora de gozo, la alegría la sofoca... le faltan las palabras para bendeciros; pero si se atreviera, se postraría a vuestros pies para besar la orla de vuestro vestido, como se hacía con Jesucristo cuando sembraba sus beneficios a lo largo de los caminos de la Judea.

¡Ah, señores, si todos los ricos obraran así, pronto desaparecería la cuestión social!...

Aquí sois quinientos... Si cada uno de vosotros visi-

tara, cuidara y amara nada más que a una familia, quinientas familias se habrían salvado... arrancadas al ejército del odio y pasadas al ejército del amor.

¡Oh! ¡yo os lo suplico en nombre de los pobres, en nombre de Jesucristo, padre y hermano de los pobres... a una familia solamente, no os pido más que a una!...

*
*
*

Permitidme, señoras y señores, que termine esta larga conferencia familiar contándoos un hecho sucedido este otoño en Amberes mismo, en una pobre familia compuesta de padre, madre y siete hijos.

El padre, inválido a causa de un accidente de ferrocarril, cobra una pequeña pensión; unida ésta a un exiguo salario que le dan por el trabajo que puede todavía emprender, proporciona, en todo y por todo, a la familia entera, 18 francos por semana. Toda esta gente habitaba en una mísera buhardilla, cuya renta era de cinco francos semanales; restaban 13 francos... 1,85 por día... 20 céntimos y medio por persona...

Un día, una orden de la policía le obligó a desalojar su vivienda... los reglamentos de higiene no podían permitir en un reducto tan estrecho una aglomeración de nueve personas...

La madre pudo encontrar en el piso bajo de una callejuela un cuarto de las dimensiones exigidas, pero el alquiler era de siete francos... quedaban 11 para alimentar, vestir, etc., a su marido, a sus siete hijos y a ella misma, ¡la pobre!... ¡17 céntimos por persona y por día! En la buhardilla, ayudados por algunas escasas limosnas, no comían más que patatas... nada de pan... ¡el pan es demasiado caro!... ¡apenas tenían para vivir! ¿Qué hacer ahora?...

La madre pensó que podría ayudarla su hija mayor...;

la sacó de la escuela y logró colocarla en una tienda de la ciudad para hacer los recados usuales.

La pobre niña anduvo corriendo durante todo el día, por espacio de una semana, después de lo cual como salario le dieron un franco y 50 céntimos. Este socorro no bastaba.

Pensó entonces la madre establecer en su cuarto un puesto de revendedora... ¿Pero dónde encontrar el dinero para poder abrir ese puesto?... A un alma piadosa que se interesaba por aquella familia, pero cuya fortuna, por desgracia, no era tan grande como su corazón, le ocurrió un buen pensamiento; escribió a una gran señora, le expuso cuanto ocurría, y le pidió 20 francos para poner en marcha el negocio... Un lacayo de uniforme fué a llevar la respuesta: «La señora lo siente mucho; pero sus limosnas son ya tan grandes, que no puede aumentarlas». Cuando la pobre madre supo que se desvanecía esta última esperanza, que en adelante ya no era sólo la miseria la que se cernía sobre sus pobres hijitos, sino el hambre, tuvo un momento de desesperación... Dió rienda suelta a su corazón, prorrumpiendo en sollozos desgarradores... Oyóla una vecina, pobre revendedora como ella, y acudió a consolarla... la infeliz madre le contó lo que le pasaba. «¡Vamos! ¡vamos!—le dijo entonces la vecina;—consuélese usted, tenga mucho ánimo, a ver si podemos arreglar su asunto... Yo tengo 12 francos de economía, se los prestaré a usted... y verá cómo todo va bien». Retiróse, y algunos minutos después volvió a entrar, y sacando de un bolsillo viejo 12 francos... ¡toda su fortuna!... se los entregó.

Establecióse el puestecito; la infeliz vendió patatas, legumbres y hasta dulces... Al cabo de la semana fué a devolver los 12 francos. «Y bien, ¿ha ganado usted algo?» — le preguntó la vecina. — «Sí, dos francos y 50 céntimos hasta ahora». — «Bueno, pues vuelva usted

a tomar mis 12 francos; ya me los devolverá cuando a su vez haya hecho usted 12 francos de economía. Mientras tanto siga con su puesto».

Poca cosa son, ciertamente, ¡12 francos!... mas para aquella pobre mujer lo eran todo, y lo dió todo.

¡Ah, señores, no nos dejemos aventajar por los pobres mismos!...

¡Ellos, ellos lo dan todo!



DISCURSO VI

LA OBRERA

CONFERENCIA FAMILIAR

SEÑORAS, SEÑORES:

No existían las criaturas.

«No había sido aún hecha la tierra, ni habían sido formados los abismos... no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni habían aún collados junto a los valles... Aún no habían brotado de la tierra las fuentes, ni los ríos dejaban aún correr sus aguas entre sus cauces» (1).

No había aún nada de cuanto más tarde existió.

Sólo Dios reinaba en los inmensos espacios de su eternidad; pero por su mente eterna, como por la mente del artista, cruza la idea de su obra, cruzaban los misterios de los mundos del porvenir.

Vió irse arremolinando en el vacío y siguiendo leyes, admirabilísimas legiones incalculables de estrellas como si fueran finísimo polvo... Vió la luz, vió la tempestad, vió y oyó el chasquido del rayo y el rodar del trueno y el retemblar de la tierra... Pero no le detuvo un instante este espectáculo de la naturaleza muerta.

Vió cubrirse el suelo con magnífica y vistosa alfombra de mil y mil flores tejida y de suavísimo aroma por sutiles brisas perfumada.

(1) «Antequam terra fieret... Nondum erant abyssi... necdum fontes aquarum eruperant: Necdum montes gravi mole constiterant: Adhuc terram non fecerat, et fumina...» (Prov. c. VIII, v. 23 y sig.)

Vió inclinarse los cedros en las alturas de los montes después de acariciar, medrosos y trémulos, la atmósfera con sus frondosos brazos. Oyó los dulces trinos de innumerables pajarillos que de rama en rama recorrían las alamedas, y el fiero rugido del león hambriento en medio de las arenas del desierto. Vió al águila remontarse y cruzar el espacio sin fin... Y dijo: Sí, Todo esto será bueno... Y pasó adelante.

Vió finalmente, al hombre... al hombre puesto en medio del mundo como si fuera su rey, y fijos los ojos del cuerpo en el cielo inconmensurable de las estrellas, y los del alma más altos aún, en el cielo de sus pensamientos, es decir, vió al hombre libre, inteligente y amante, y dijo Dios: Sí. Esto será muy bueno.

Pero ¡ay! a este hombre, intemperante en sus deseos y débil en su voluntad, le vió caer bien pronto... precipitarse en los abismos del mal, él, que debía ir siempre por el camino del bien, y... vió que toda carne se había apartado de la senda señalada. Vió sucederse los siglos... desenvolverse la historia, y ya es Israel con todos sus venerandos patriarcas, Abraham, Isaac, Jacob... ya es Moisés, su legislador; David, su rey; Salomón el sabio... los jueces, los profetas... Job el paciente, Tobías el ciego... ya es Agar, Sara, Judit, Rebecca, Ester, Lía, Raquel... La vista de Dios en nada de esto se detiene. Todo lo mira, en nada se fija, y pasa adelante.

Ahora se presentan otras gentes y otros pueblos: el Egipto con sus sabios, Babilonia con su prodigiosa civilización, Grecia con su antigüedad... ahora Roma, la gran Roma, la dominadora del mundo... Todo aparece en la mente de Dios... mas la vista de Dios en nada de esto se detiene ni se fija, sigue adelante...

Todo este oleaje de pueblos, gentes y naciones se presenta delante de Dios y se vuelve luego rápidamente, como se vuelven rápidamente de la orilla las olas

después de haberla saludado. No parece sino que Dios los ha despreciado. Todos esos reyes, todos esos conquistadores, esos fundadores de ciudades y pueblos, esos sabios, esos poetas, en una palabra, todos esos grandes y poderosos del mundo, ¿qué le importan a Dios?

Mas... en un rincón de la Judea, entre los brazos de Joaquín y Ana... se ve a una tierna niña... y al punto se para la vista de Dios y se complace en mirarla... Dios se inclina, Dios la ama...

¡Tierra! ¡Cielos!... ¡de rodillas! ¡esa es vuestra Reina!
¡Estrellas que andáis vagando por esos espacios incommensurables! Venid, brillantes y temblorosas, a colocaros en torno de esta bendita niña, que vais a ser corona de su frente.

¡Sol esplendorosísimo! Con todos tus rayos es menester que formes el manto de oro de la que acaba de nacer en aquel rincón de Judea.

¡Luna plateada! Humíllate, que vas a ser el escabel de su trono (1).

¡Oh mar! Ven a prestar con tus olas tributo de homenaje a ese trono en que se sienta tu Reina.

¡Flores y lirios del campo! Abrid vuestro cáliz, y sean otros tantos incensarios de donde se eleven suaves aromas que la perfumen.

Cantad, cantad pajarillos vuestros himnos de alegría y contento, ora en los bosques y selvas, ora en las nubes y cruzando los espacios, porque ha nacido la Reina de la creación.

¡Y vosotros, pueblos y reyes, hincad vuestras rodillas, porque esta es vuestra Reina!

¡De rodillas los sabios!... ¡De rodillas los grandes y los poderosos de la tierra!... ¡De rodillas todos los hi-

(1) «Mulier amicta sole, et luna sub pedibus eius, et in capite eius corona stellarum duodecim». (Apoc., 12-1.)

jos de los hombres! ¡y adórenla todos desde el principio de los siglos hasta la eternidad!

¡Plegad, ángeles, vuestras alas, y postraos también vosotros ante la primogénita de Dios (1), hija predilecta en quien el Altísimo ha puesto todas sus complacencias, y de la cual nunca se apartará su infinito amor!

No existían las criaturas... ¡No había aún nada de cuanto más tarde existió!... Sólo Dios se explayaba por los inmensos espacios de su eternidad... y ya, desde esta misma eternidad, contemplaba su mente divina a esta niña y la iba preparando y adornando... y embelleciéndola más y más con todos los esmaltes de la gracia, a la manera del artista que ante la obra maestra que ha salido de sus manos se extasia y no se cansa de añadir, con nuevos rasgos y toques, nuevos y embelesadores encantos.

¿Y por qué?

Porque esta niña va a ser la madre de su eterno Hijo... ¿Y qué va a ser en el mundo esa madre? Pues... ¡una obrera! Sí, una obrera; primeramente una bordadora del templo de Jerusalén, y luego... ¡más tarde, la esposa de José el carpintero!... pero sin salir de la humilde condición de obrera.

Permitidme ahora, señores, decir la dulzura, la suavidad y el encanto que yo experimento con esta idea divina.

Tenía que pronunciar delante de vosotros un discurso acerca de la obrera, de esa clase de la sociedad que vive en las fábricas, talleres y otras clases de trabajos, impropios, en general, de la mujer, y me ha venido a la mente la pintura que muchas veces nos hacen los libros sagrados de la Virgen Santísima. En muchos lugares de la Sagrada Escritura me ha parecido ver pintada a la Virgen María, Madre benditísima y tiernísima

(1) *Primigenita ante omnem creaturam.*

de cada uno de nosotros, como una obrera, igual en todo a esas cuya suerte me propongo pintaros esta noche. Debajo de su manto y poderosa protección he puesto mi trabajo para que le bendiga, y espero de Ella que me ha de inspirar las palabras con que se muevan vuestros corazones en favor de clase tan infortunada. No me arredra la difícil tarea que emprendo, porque no os hablo yo en mi nombre sino en el nombre de Dios y de su Santísima Madre.

* * *

Ya hace veinticinco años decía Julio Simón en un libro, intitulado como esta conferencia, lo que vais a oír: «Hay, decía, en nuestra organización actual un vicio horrible, cabeza y como fuente de toda miseria, que, por tanto, hay que procurar extirpar a toda costa. Es la supresión de la vida de familia».

Y en otra parte:

«El medio más seguro para triunfar del pauperismo será sin duda alguna facilitar a los obreros esa vida de familia. Porque si es verdaderamente cruel la suerte del pobre obrero que, al fin de un día entero de trabajos y fatigas sin cuento, no descubre otra perspectiva que una miserable posada, o una taberna, o una choza, cambia por completo la escena si, al retirarse de los trabajos del día, abriga la seguridad de encontrar en su casa o habitación corazones verdaderamente amantes, cuidadosos y atentos, esa felicidad, en una palabra, verdadera y sólida que únicamente puede dar la familia y cuya falta con nada se puede suplir.»

Continúa, finalmente, el mismo autor.

«Si deseamos, pues, de veras cumplir nuestra obligación y darla a conocer prácticamente hasta que llegue al conocimiento de todos, no podemos contar con medio más eficaz que la vuelta a la vida de familia.»

Palabras gravísimas son éstas, y a pesar de haberse escrito ha ya más de un cuarto de siglo, las vemos tristemente cumplidas en nuestros días de estremecimiento social. Lo que va debilitando y consumiendo al obrero con la miseria, es verdaderamente ese abandono casi necesario en que viven sus hijos, es la licenciosa vida del padre y de la madre, la embriaguez y demás vicios que de ordinario la acompañan, más que la disminución del jornal y falta de descanso... Pues ¿quién no ve que se cortarfa de raíz el mal si se llegase a establecer de nuevo entre los obreros la vida de familia cristiana?

No tardaré en probarlo.

Mas ¿cómo conseguiremos restaurar la familia del obrero de modo que sea el espíritu cristiano quien la de vida y la salve?

La solución, señores, es más fácil tratándose del pobre que tratándose del rico; porque para regenerar al primero sólo se necesita y basta regenerar a la mujer, es decir, a la obrera.

Porque la familia del obrero... ¿quién la forma sino la mujer? De la mujer del obrero sale, como de un centro, todo lo que da al obrero luz, vida, ánimo y felicidad. El hogar de la familia lo forma la mujer.. A ella viene a buscar refugio el padre de familia en los duros trances de la vida... A sus brazos acuden los hijos como los pajarillos medrosos acuden por la noche a las alas de su madre después de haber estado volando por el día... En ella se conserva viva la tradición... Sólo ella es quien da a los niños con la leche de sus pechos el alimento del corazón, la fe, la piedad, el respeto y la obediencia... Sí; ella es la que verdaderamente va poco a poco formando la familia... Y no puede ser de otro modo. Porque ¿decidme, señores, ¿podrá por ventura, el obrero dar a la familia el carácter de tal, cuando muy temprano, quizá aún de noche, tiene

que abandonar su casa, y con las herramientas al hombro irse lejos a pasar el día entero trabajando? No, no puede el hombre; ha de ser la mujer quien ha de formar la familia, y, por tanto, si se ha de restaurar cristianamente la familia, es menester salvar y librar a la mujer de los peligros constantes de la obrera... Con esto queda ya dicha la importancia que habéis de dar a la educación y formación de las jóvenes que tienen su porvenir en la clase humilde de la obrera. Esta joven será quizá esposa de un obrero, y madre de un obrero. Sigámosla, pues, paso a paso en este camino que está llamada a recorrer,

* * *

Notad, por de pronto, que la Santísima Virgen le ha recorrido antes que ella.

Ante todo no estará fuera de lugar figurarnos, como delante de nosotros, lo que era la casita de Nazaret. Si exceptuamos alguna que otra ciudad, modificada por la civilización moderna, en nada han cambiado en Oriente los usos y costumbres. En Nazaret son aún las casas como eran en los tiempos de José y de María. Apoyadas sobre rocas, a la entrada de una gruta o de un hueco agrandado por el hombre, presentan al caminante tres paredes levantadas sobre un tosco terraplén y formadas por enormes pedruscos, entre los cuales se abren la puerta y las ventanas. Una pared más delgada que las demás, divide en dos departamentos la casa desde la fachada hasta la roca; el uno sirve para la familia, y el otro de establo para los animales.

La cocina no tiene chimenea, y el hogar, de forma circular, imita a nuestros antiguos hornos; por el exterior parece el brocal bajo de un pozo, cuya tapadera hace los oficios de mesa y de mantel; luego unos cuantos cacharros, el taller y las herramientas de José... ¡y aquí tenéis ya la casa de la Virgen María!...

José era natural de Belén, pero hacía mucho tiempo que vivía en Nazaret con un hermano llamado Alfeo, a quien siguió también cuando, con ocasión de restaurar el templo de Jerusalén, llamó Herodes a todos los trabajadores de la Judea, y se reunieron unos 10.000 en busca de trabajo. En este año precisamente nació la Virgen Santísima. Catorce más tarde fué menester confiarla a la tutela del pariente más próximo, según estaba prescrito por la ley. Con este motivo fué entregada a José, y como Booz con Ruth, fué desposada con José la Virgen María.

Pues bien; ved ahora a esos dos esposos viviendo en la casita de Nazaret, apoyada sobre una roca. Por la puerta y las ventanas abiertas entra ese hermoso sol de la Judea, que tantas sonrisas trae a la tierra. Por de fuera rodea las paredes una hermosa parra de largas y verdes ramas, que ofrece a sus dueños sus frescos y dorados racimos... José está trabajando y medio encorvado por el peso de la herramienta... María... ordenando y arreglando la casa; y acordándose de lo que cuando niña hacía en el templo, ora se pone a hilar lino, ora a tejer lana, porque del trabajo de sus manos han de salir el manto de su esposo José, sus propios vestidos y velos y hasta la túnica de su divino Hijo... Canta... porque en Oriente cantan las mujeres para endulzar las amarguras del trabajo... y en los momentos de alegría improvisan himnos de alegría, así como en los ratos de dolor, elegías empapadas de suave y casi siempre sublime poesía. Pues recordad ahora, figuráos si podéis cómo cantará María en presencia de su prima Isabel aquel tiernísimo canto: *Magnificat anima mea Dominum*. «¡Oh! ¡Que cante y ensalce mi alma a mi Señor y a mi Dios! Que salte de gozo mi espíritu, porque el Señor se ha dignado poner sus ojos en la pequeñez de su sierva y hacer que en adelante me llamen bienaventurada todos los pueblos y naciones.»

¿Y habrá, por ventura, alguno entre vosotros que no haya visto a nuestras obreras de Flandes fabricar sus encajes entre las dulces melodías y armonías populares, manejar con pasmosa habilidad y lanzar velozmente los husos y correderas de sus telares al compás de sus cánticos, con el martillo que ablanda el acero de sus armas... o a los segadores con la hoz que corta las mieses... o al mochil que acarrea los haces?... ¡Y esto aun en las comarcas más frías de nuestra nación!...

¿Mas qué extraño es?... ¡Un corazón que se considera dichoso... abunda siempre en cánticos!

Y en aquella miserable casucha de allá lejos... ¡cuánta pobreza!... sí, ¡cuánta necesidad!... ¡y cuánto trabajo, y cuánto sudor!... ¡Pero qué dicha también y qué contento!...

Yo no sé si habréis visitado alguna vez por casualidad la casa de algún trabajador o de algún obrero de nuestra tierra. Por supuesto, señores, que no hablo yo de esas inmensas casas que se ven en algunas ciudades, las cuales en un terreno de poquísima extensión y cerradas como cárceles, parece que se quieren elevar hasta las nubes con pisos y más pisos, llenos de habitaciones a la derecha y a la izquierda y al centro, en la buhardilla, y en el sótano, y dondequiera que se halle un metro de suelo, pisos y habitaciones afestadas de gente, de familias enteras que por una misma escalera suben y bajan como hormigas, ya al primero, segundo, tercero, cuarto, quinto piso, confundiendo los hombres y las mujeres, los niños y las niñas de veinte, treinta y más familias... ¡Casas son éstas en que no se vive sino respirando un ambiente que quita la vida al cuerpo después de haber acabado con la del alma!

No hablo, no, de estas casas, sino de esas que veis desparramadas por aquí y por allá en medio de montes y valles, edificadas muchas veces por el mismo dueño

a ratos perdidos, cercadas de su correspondiente huertecito, cultivado por su propia mano para sacar de él flores que le adornen su habitación y legumbres que le sirvan de alimento. Estas casitas, blancas como de nieve y limpias con esmero, tienen aún más comodidades que la de Nazaret; en ellas entra aire más puro, sol más abundante; sus muebles son más finos y ofrecen mejor disposición y mayor comodidad; hasta se vislumbra el lujo en los cuadros colgados aquí y allá, en el reloj de pared con su esfera de flores, en el espejo... y hasta en la loza que fácilmente podéis observar puesta también de adorno en la misma habitación... ¿Por qué no había de ser feliz le familia de este diminuto palacio?

*
* *

¿Qué le falta a este obrero para ser feliz? En primer lugar, lo indispensable para reparar las fuerzas consumidas en el trabajo. Pero ¿qué significa esto?... ¡Se contenta con tan poco el obrero!... ¿Habéis visto el presupuesto de gastos formado por esta clase de gente para presentarle a la comisión de contribuciones? ¡Lástima da! ¡Tan pobre y reducido es!... Y a pesar de eso el obrero se tiene por feliz con él. Pero no es así cuando se fija en las necesidades del corazón. Porque, señores, este pobre obrero tiene corazón grande, generoso y franco como el vuestro, y necesita algo más que el jornal.

Necesita una compañera cariñosa y tierna que le tienda sus brazos a la vuelta del trabajo, y con palabras de amor derrame en aquel corazón fatigado las dulzuras regeneradoras del cariño. Sí; su corazón pide amor, y es menester que la esposa se lo conceda.

Necesita una mujer cariñosa y prudente que le aconseje en sus resoluciones, le ilumine en sus dudas y sea su ángel custodio y de paz en los trances difíciles, en

las tentaciones de la codicia y en las excitaciones a la insubordinación.

Necesita una esposa amante y fuerte que le pueda levantar si desfallece, consolarle si sufre, alegrarle si llora; ha de sufrir con él, llorar con él y... darle el valor que a él le falte.

En este campo espero yo a la obrera.

Y decíme: ¿estará dispuesta la mujer para desempeñar estos cargos?

Notad que Dios la ha adornado de todas las gracias y dotes necesarias para ello.

El corazón de la obrera, señoras, tiene como el nuestro, esa especie de amor que, no pudiéndose contener encerrado, se desborda hacia afuera; tiene la obrera un corazón siempre tan dispuesto a manifestarse al exterior con demostraciones tiernísimas de cariño, como vosotras le podáis tener; hábil para encontrar resortes en situaciones críticas y manejar de tal manera su estrategia, que espere fundadamente salir victoriosa en sus empresas.

Su lengua sabe pronunciar esos discursos breves, sí, pero dulces e insinuantes, ese género de súplicas que podemos llamar omnipotente... Sus ojos tienen también lágrimas, esa fuerza irresistible de los débiles... con la cual sus consejos, si bien están como empapados de súplica, reciben tal fuerza de obligar, que no hay hombre que quiera ni se atreva a infringirlos o a desecharlos.

Por último, tiene en grado más elevado que el hombre la virtud del sufrimiento y de la resignación.

Pues bien; pertrechada con tales virtudes la mujer, ¿estará dispuesta para cumplir su destino? ¿Desempeñará bien su oficio con la familia del obrero?... ¡Ah, señoras! . . . ¿Qué contestaré yo a esto?

Tengo por cierto que no habrá una sola mujer, por mala y desnaturalizada que la supongáis, que al con-

traer matrimonio no haya pensado en hacer dichoso a su esposo y en ser feliz también ella con el nuevo estado, poniendo paz en el pequeño reino... en su familia... de la cual con el tiempo ha de ser la reina.

¿Pero sucede así en realidad? Yo no digo que siempre, claro está, pero muchas veces, frecuentemente, ¿qué sucede? ¡Pues que a los pocos meses de matrimonio, y entre los obreros, quizá, por desgracia, a las pocas semanas, no hay ya apenas señales de las ternuras y delicadezas de los primeros días. Llega por la noche el obrero a casa, cansado, rendido y lleno de jirones; la esposa, quizá, venga también del mismo taller o de la misma fábrica, y tan cansada o más que su esposo; uno y otro, abatidos por la miseria y estrechez, descontentos con su suerte, tristes por el presente y asustados por lo porvenir, contemplan aquella estrecha morada, fría y oscura, y en la que todo está en desorden; la pobre comida, la única comida está por hacer... ¡Ah! su corazón se desgarrá... se miran y siguen mudos... Si hablan, será para quejarse... y si callan, se consumen. ¡Cuántas veces podríais verlos al uno frente al otro comer un pedazo de pan negro, o un plato pobre de patatas en medio de un silencio que hiela!...

¿Es esta la felicidad con que contaban? Y aunque fuese, no se contenta con ella el obrero. Vedle, si no; apenas con el bocado en la boca, coge el sombrero, enciende la pipa y... a la taberna.

¡Ya tenéis aquí con esto perdida una familia! ¿Y acusaremos por ello a la mujer? No; porque ya tenía su marido hace tiempo aprendidas estas lecciones, y quizá bien conocidos todos los escondrijos de la población... ¿Pero ha hecho algo la infeliz esposa para separarle de esos caminos de perdición? ¿Ha hecho algo para aficionarle a ese hogar tan pronta y tan friamente abandonado? ¿Ha hecho algo para que la casa le sea querida, risueño el hogar y más apreciado que ese misera-

ble bodegón, apestado por el tabaco, la ginebra y la cerveza en el cual entra sin saber cómo saldrá?

¡Ved a esa pobre mujer, sola ahora y bañada en lágrimas! ¡Ah! ¡Infeliz... llora, llora! pero... no; ¡guarda tus lágrimas y consérvalas... que aún serán mayores tus penas!

Así se han ido pasando un día y otro hasta el fin de la semana, y el dinero que habitualmente y con toda puntualidad entraba en casa los sábados, no ha venido esta semana. Pues ¿qué ha sucedido?... ¡Ya se ve... gasta y consume tanto la taberna!... De modo que ya tenemos mayor miseria y cada vez más devoradora.

Una noche, quizá había sido el día de la paga... se marchó como de costumbre su marido, y tardaba ya en volver... ¡Con qué ansias no le esperaba ella, y qué sustos y qué congojas no pasaba por la tardanza!... Son tan largas por la noche las horas! ¡Pero por fin se oyen pasos... y se abre la puerta... ¡Él es... sí él es! ¡pero embriagado!

Irritada entonces, retrocede... ¡Y él tambaleándose, desgredado, medio desnudo, turbada la vista y caídos los labios, se deja caer en un banco como un perro y se queda como un tronco!

¡Cuántas veces la infeliz reprime su cólera ante escena tan horrible! ¡Cuántas también se escapan de sus labios justas pero dolorosas recriminaciones! Pero él... contesta... las injurias se multiplican, los juramentos y las blasfemias aturden, y dominado por la ira más necia, brutal y feroz, se arroja sobre la desventurada esposa y se entabla una lucha sangrienta; ya no es un hombre, es una fiera que se precipita con toda su voracidad y crueldad sobre la tímida presa.

¡Qué vida, qué porvenir te espera, infortunada mujer!



¿Quién de vosotros no ha visto escenas de familias

pobres protagonistas, y escenas del drama de la miseria y los vicios?

Aquí mismo en Amberes, en una calle concurridísima, tuve el sentimiento de ver un día a uno de esos seres degradados. Andaba con paso incierto... los muchachos de la calle se apartaban y se burlaban de él al verle venir... los transeuntes daban contra él... Seguía-le su esposa, medio cubierto el rostro con el delantal para enjugar sus lágrimas, y yo la oí muchas veces rogarle encarecidamente que se volviese con ella, y excitarle mil veces con la misma súplica a que se retirase [a su casa... Pero la fiera se detenía a veces, sí... pero para arremeter con más furia contra ella; a veces para amenazarla con golpes y echarla lejos de sí, con juramentos enrecoretados. La fatiga le hacía callar a veces, pero no tardaba en volver a la carga... Al fin de la calle vió una taberna... y, ciego, se dirigió hacia ella, la esposa entonces hizo un esfuerzo, y con mayor energía que nunca exclamó: «Por amor de Dios, no entres ahí». Sordo a esta súplica también, entró; mas la esposa, sin esperanza alguna, se inclinó sobre la ventana de la taberna, cubriéndose del todo el rostro y ahogando sus sollozos, se quedó allí esperándole hasta que saliese.

No ví más. Pero ¡cuántas son las desgraciadas víctimas como ésta, que van siguiendo de taberna en taberna a su marido y se quedan esperando entre sollozos y lágrimas a su pobre esposo, mientras que él, allá dentro, rodeado de gente perdida, consume el poco pan de la mujer y de los hijos!

Cuenta Julio Simón, que en una ciudad próxima a nuestras fronteras, San Quintín, «hicieron los vinateros con las mujeres una obra de caridad *sui generis*, muy rara; porque viendo que estas pobres mujeres estaban horas y horas esperando sin que las lluvias ni los hielos fuesen bastante a separarlas de allí, les obli-

»garon a hacer un tinglado o cobertizo delante de la
»puerta de la casa para resguardarlas de la inclemen-
»cia del tiempo, y hasta pusieron alrededor sus bancos
»correspondientes, en tal manera que esta especie de
»soportal formaba también parte de la cantina, y ser-
»vía de sala en que se reunían las mujeres para llorar».

¿Y echaremos la culpa de esto a la mujer? ¿Le diremos por esto que no tiene corazón amante y tierno, y que no es cariñosa, y que le falta la fortaleza y energía propia de la mujer?... ¡Yo no me atreveré a tanto... porque bastante desgracia tiene con lo que está sufriendo!... Quizá no ha comprendido bien el genio de su marido... Quizá ha creído alcanzar con medios violentos de ira y de reprensión lo que sin duda hubiera alcanzado con medios suaves de dulzura y de mansedumbre... No quiero meterme en esto ni saber nada de ello... porque me inspira lástima y compasión. Pero a pesar de esta compasión... me pregunto a mí mismo: acerca de la suerte de esta mujer, y si antes decía «¿está dispuesta la mujer para cumplir con su destino de esposa? digo ahora: ¿está dispuesta para ser mártir?»

Si no se halla en esta disposición... ¡ah! entonces todo me lo explico y todo lo entiendo. Porque comprendo que al fin y al cabo, más pronto o más tarde, vaya también ella, por los mismos pasos que su marido, a sepultar en el vino de la cantina su honra de mujer y de esposa; si no está dispuesta para ser mártir de su obligación, comprendo que, imitando a su esposo, embriagada también, con la cabeza, pies y manos en completo desorden, tambaleándose, con el cabello suelto y desgredado, harapienta, sucia y repugnante, caiga en el inmundado lodazal de todos los vicios.

¿Habéis visto, por ventura, a una mujer embriagada?... ¿Habéis visto alguna vez espectáculo más repugnante que una mujer alcoholizada?

Cierto día subió una a un coche público en que yo iba... Su rostro amarillento y desencajado, sus ojos medio abiertos, sin el brillo en sus pupilas... toda desmazalada y como una estúpida, os aseguro que la primera impresión que me causó fué de asco.. Se había colocado en un rincón del coche, y ligeramente inclinada sobre el pecho su cabeza, se había quedado como soñando o delirando... Yo estaba contemplando este cuadro sombrío, y no sé qué ideas me ocurrían acerca de este vicio, engendro de nuestro orgulloso y altanero siglo... Entró también una niñera con una criaturita, rubia como el oro, en los brazos. Levantó con esto la cabeza aquella mujer soñolienta, y fijándose en la niña... parece como que se asomó una sonrisa a aquellos incoloros labios. ¡Esta acción, os lo confieso, me hizo daño, porque tuve la sospecha de si habría sido también madre aquella embriagada que tenía enfrente de mí! Y como la viese yo extender la mano para hacer alguna caricia a la niña... me dió miedo, y ante semejante profanación me vinieron deseos de decirle: «¡Miserable! ¡cuidado con tocar a esa niña!» Pero asustado aquel angelito, se volvió hacia su niñera, y la mujer volviendo a dejar caer la cabeza sobre el pecho y los brazos sobre las rodillas, continuó en su interrumpido y estúpido sopor.

Claro está que no es esta mujer el retrato de todas las familias obreras; pero en ella os he querido enseñar un mal que más o menos lentamente, pero siempre y sin cesar, va consumiendo a las familias hasta producir en ellas la muerte. Este mal es la taberna, la embriaguez.

Las estadísticas nos ofrecen datos que debieran ponernos los pelos de punta, ¡En Bélgica se gastan anualmente en bebidas alcohólicas la enorme suma de 450 millones de francos! ¡Cuatrocientos cincuenta millones!

Sólo en una comarca de obreros se ha dado muy recientemente el caso de que en una población de 101.727 habitantes habían 4.317 tabernas, o lo que es igual, una taberna para cada cinco hombres!

Pues oid las cifras que siguen:

El número de suicidios ha aumentado el 80 por 100; el de casos de locura, el 104 por 100, y el 141 por 100 ¡el número de crímenes!

* * *

¡Pero tened en cuenta, señores, que esta mujer de que os hablo no solamente ha de ser esposa, sino que tiene también que cumplir las gravísimas obligaciones de madre!... ¡Quizá no esté ya lejos el día en que Dios, bendiciendo aquella unión, les conceda un hijo!

José y María, por ser naturales ambos de Belén, tuvieron, como sabéis, que presentarse allí para cumplir la ley del empadronamiento ordenado por el César. Conforme a esta ley habían de inscribir en el registro sus propios nombres, los del padre, madre y tribu a que pertenecían; además tenían que probar la propiedad de los edificios, fincas y tierras de labor, y dar cuenta de todo el ganado, mayor o menor, que poseyesen; y esto les era absolutamente indispensable si querían conservar en Belén lo que hoy llamaríamos «derechos de ciudadanía». Pero para estos santos esposos, como para todos los hijos de Israel, era esto algo más que ejercitar un derecho civil. Era ese sentimiento puro, ya apagado en nuestros días, ese amor al suelo natal, ese amor a la patria, esa especie de culto tributado a la historia propia de cada uno, a los risueños lugares frecuentados en la infancia, a las cuatro paredes, mil veces benditas por la madre que nos dió el sér, y que a cada paso y de mil modos vemos retratada en los objetos de nuestra casa, por hu-

milde y pobre que sea; es, finalmente, el culto y la veneración que vamos a dar a nuestros seres más queridos que allí duermen el sueño eterno y que mecieron años ha nuestra cuna... Este sentimiento es el que, aun en medio de las grandezas de Faraón, declaraba con lágrimas Jacob a la hora de su muerte cuando decía a su hijo José: «Llévame, luego que muera, a mi tierra, y dame sepultura en medio de mis padres en la cueva de Efron Hereo, cerca de Mambre, en tierra de Canaan... Compróla para esto, con todo el terreno que la rodea, mi abuelo Abraham. . y allí descansan los restos de Sara su esposa; allí están sepultados Isaac, Rebeca y Lía» (1).

Fieles, pues, y obedientes los santos esposos José y María, salieron en dirección de Belén dejando cerrada la casita de Nazaret. Por el camino José iba a pie, y María sobre uno de esos jumentillos tan frecuentes y usados en la Arabia, que hasta el más pobre trabajador puede llevar alquilado.

Al llegar a Belén no encontraron ya, como dice el Santo Evangelio, sitio donde colocarse en la *posada*, *in diversorio*. Esta palabra *posada*, tomada en la significación que hoy tiene, no explica, ni con mucho, aquel sitio que buscaban los santos esposos. Porque Belén no tenía ninguna posada tal como hoy entendemos esa palabra, sino que había allí, como en casi todos los pueblos de Oriente, sobre todo en los de corto vecindario, un local público, sucio y en el mayor abandono, destinado para refugio de los viajeros, generalmente pastores trashumantes, contra las inclemencias del tiempo,

En este sitio solían dormir sobre el suelo, envueltos en su mantas, mientras que en el establo contíguo descansaban los rebaños de ovejas y otros ganados, li-

(1) Gen., XLIX, V. 29 y 31.

bres de las fieras que los perseguían. Sea como fuese este local, ni aún en él hallaron ya sitio, por lo cual tuvieron que retirarse a un establo.

La noche estaba fría... En medio de aquel silencio nocturno sólo se oía allá lejos los silbidos o gritos de algún pastor, o los tristes balidos de alguna oveja descarriada... Las estrellas parecían temblar con la crudeza de la noche... En Belén no se oía el más ligero rumor... las brisas descansaban y las hojas de los árboles habían cesado en su murmullo... y la noche avanzaba cada vez con más calma y mayor silencio...

De repente se abrieron los cielos... y ¡María recibió en sus brazos a su Hijo!...

Al instante volaron con rapidez legiones de ángeles y adoraron al recién nacido, cantando: «¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios!... y el eco, traspasando las montañas, se retiraba veloz como las ondas del mar para repetir al universo-mundo: «¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios!»

Los huesos de Adán y Eva parece que se estremecieron en la roca que los cubría... y el mundo que ellos habían perdido volvió a recobrar la vida. La serie inmensa de siglos de sombras y figuras se iba desvaneciendo, y la nueva era de la realidad aparecía radiante y gloriosa por el horizonte entre aquella luz milagrosa de la media noche.

En medio de estos divinos fulgores, María se puso a envolver en pobres pañales a su Hijo... y luego le colocó en el pesebre de aquel establo... El jumento que allí estaba atado, y un buey, calentaban con su aliento, según nos ha transmitido la tradición, al divino recién nacido.

¡Señores! Cuando oís contar estos misterios, creo que os detenéis demasiado en el canto de los ángeles y en los resplandores que rodean la cuna del Hijo de Dios... Dejad por un momento esos prodigios del cielo,

esas manifestaciones milagrosas, y fijad vuestra atención en la triste realidad.

¿Qué veis? ¿Qué se ofrece a vuestras miradas? Pues veréis una obrera que da a luz a su primogénito de noche, abandonada de todos, en un establo destinado solamente para bestias, y ocupada en desdoblar y arreglar unos pañuelos para envolver en ellos a su Hijo; a una obrera que, por toda cuna donde poder colocar al tesoro que acaba de recibir, sólo encuentra un pesebre, y para blandura donde reclinar a su Hijo, no halla sino las duras pajas ¡que un jumento y un buey no quisieron comer!

Vosotras, las que habéis sido madres, decid: ¿No es verdad que sentís desgarrarse vuestros corazones con sólo oír esta relación?... Pues la Virgen María, sin embargo, se considera dichosa, ¿qué digo dichosa? divinamente dichosa... ¿Qué? ¿Hay, por ventura, alguna madre que no haya creído tener el cielo en su corazón al ver delante de sus ojos por primera vez al primer fruto de sus entrañas? Pero... ¿no sentís también cuántas lágrimas ahogan esa felicidad?

Ese Hijo... en esas pajas... y en ese pesebre... ¿Por qué razón ha escogido Dios este modo de nacer... en tanto abandono y miseria?... ¿Por qué nos presenta tan pobre a su madre, y tan desprovista hasta de lo más indispensable?...

Porque era necesario dar un ejemplo, un modelo y un consuelo a los pobres y a los abandonados, a los pequeños y a todas las madres que no tienen en este mundo para sus hijos sino un corazón amante que los quiera, unos brazos fuertes que los estrechen y unas manos tiernas que los envuelvan y acaricien... nada más. La lección, pues, el ejemplo y el modelo están ya dados.

Por pobre que sea la vivienda, por frío que parezca el hogar, por bastos que sean los pañales y por dura

que sea la cuna, para el corazón de una madre su hijo, ese angelito que acaba de nacer, es su dicha, su esperanza, su consuelo y su alegría... En cuanto a lo demás... ¡Ah! El pesebre de Belén era más duro aún, las pajas más duras también, el establo más desnudo y más cruda la noche.

*
* *

Si viene grande alegría a la familia del obrero con el primer fruto de su santa unión, también vienen grandes trabajos y grandes obligaciones.

Sí. Grandes trabajos... Esa pobre criatura ha venido al mundo en la mayor miseria, y no tardará mucho tiempo en experimentar su terrible aguijón. Nada le importaría a la obrera esta miseria si solamente a ella le alcanzase; porque, como os he dicho más arriba, la mujer es fuerte sobre toda ponderación cuando se trata de sufrimientos y privaciones propias. Pero si ve sufrir al hijo de sus entrañas, si ve que su hijo tiene hambre, si le ve tiritar de frío... al primer grito que oiga pidiéndola un pedazo de pan de que carece, o un abrigo que ha de buscar prestado, no pidáis ya que tenga valor y sufra, porque no es la madre en quien se ha cebado la miseria, sino en lo que más ama su delicado corazón de madre, en el hijo que Dios le ha concedido para alivio de sus penas.

Refiere Mgr. Dupanloup, que visitando cierto día a una familia que habitaba una miserable buhardilla de París, se encontró en ella muertos de hambre a una madre con su niño. ¿Y sabéis en qué disposición estaban? . . . Pues la madre medio recostada en el suelo y apoyada en la pared a un rincón, y el niño echado sobre su madre y sostenido del brazo izquierdo, mientras que ella ponía en los tiernecitos labios del cadáver del niño el último bocado de pan.

La muerte los había como petrificado en tal actitud, como el grupo escultórico más duradero y sublime.

Pero... ¡dejemos, dejemos estos cuadros tan desgarradores!...

Con el niño han venido también nuevas y grandes obligaciones ..

De este niño ha de formar la obrera un hombre para la sociedad... La obra ya está comenzada... le ha dado su misma carne y su misma sangre, y... ¡oh misterio tremendo! con esa carne y con esa sangre le ha comunicado los vicios y las virtudes de su propia carne y de su propia sangre. Porque al venir el alma a este tierrecito cuerpo no le ha librado de las consecuencias, quizá funestas, de la herencia que le ha cabido. sino que todo lo corrompida que estuviera ésta se ha difundido por todos los músculos, miembros, huesos y por toda esa masa misteriosa, cuyos pliegues y repliegues se dibujan y como que se graban en la frente del niño. teniendo el alma que acomodarse a ese cuerpo, seguir sus inclinaciones, amoldarse y tomar... si así se puede decir, su fisonomía y carácter, su actividad y sus enfermedades.

Que observe, pues, bien la madre, y no le será difícil encontrar en los ojos de su hijo el color de los suyos propios, y en los labios de su hijo su propia sonrisa; y si pudiese penetrar más aún, si pudiese llegar hasta las profundidades de la vida moral, allí encontraría quizá algún reflejo de las llamas que han abrasado su propio corazón.

Preguntad a la estadística y a la fisiología, y ellas os darán muy por menudo explicación de cómo se transmite con harta frecuencia este triste patrimonio; y descendiendo de padres a hijos, os enseñarán que, juntamente con la vida, éstos suelen recibir de aquéllos, en proporción espantosa, las pasiones de la ira o la intemperancia, las inclinaciones al juego y al robo, al

engaño y a la mentira, a la embriaguez, a la lujuria, al suicidio y al asesinato.

¿No habéis experimentado alguna vez cierta compasión triste al ver a un niño enfermizo y desencajado en brazos de una madre física? ¿No es verdad que sí? ¿Y no es verdad también que después de algún tiempo le habéis visto morir prematuramente a ese niño de la misma enfermedad de la madre? Pues también hay almas que, aunque vayan dentro de cuerpos bien robustos, morirán prematuramente por la gangrena mortal comunicada por su madre.

No obstante, el hombre si quiere, y quiere de veras, poder tiene suficiente para vencerlas siempre, por fuertes que sean, todas estas inclinaciones de la carne y de la sangre. Por triste que sea el patrimonio heredado de sus padres, el hombre podrá, a pesar de todo, ser virtuoso y vivir siempre conforme exige la sociedad y la religión. Pero para esto es menester que su voluntad se fortalezca y se temple como el acero, es menester que su entendimiento vea claro y sepa descubrir sus deberes entre las nieblas de sus pasiones.

Procurar al niño este claro entendimiento y esta voluntad enérgica es lo que se llama educar bien al niño.

¿Y quién lo conseguirá sino la madre?

Lleno de compasión os preguntaba yo poco hace: «¿estará dispuesta la mujer obrera para ser mártir?» Y ahora os pregunto con asombro: «¿está dispuesta para cumplir con el cargo de maestra?» Y con mayor recelo que antes, ni me atrevo tampoco ahora a responderos... Porque muchas, muchas veces he visto yo mismo andar por calles, y plazas, y campos, niños completamente abandonados, y puedo aseguraros que otras tantas veces he visto como ahogarse de pena mi corazón...

Ya suele haber casos en que no podremos menos de disculpar a la obrera de este abandono; pues, como

ella dice, tiene que ir también a trabajar durante el día, y entonces se ve obligada a confiar el cuidado de sus hijos, o a una vecina suya amiga, o al mayor de todos ellos, o bien a alguna casa de asilo o a la escuela... hasta que a medio día o por la noche vaya a buscarlos.

Y en verdad que da gusto y encanto ver venir esa madre con sus dos hijos, uno de la mano y el más pequeño en brazos, hablándoles, escuchándolos y llenándolos de caricias. No parece sino que quiere su amor recobrar en poco tiempo el que ha perdido separado de ellos durante el día.

Si la madre es tal como pide su oficio de madre, si la casa está con el orden que es debido, si en su pobre morada reina la vida de familia... ¡qué ventura, qué alegría, qué fiesta es la vuelta de esos niños!

Al verlos olvida el padre su cansancio; sus ojos brillan de cariño; abre sus brazos rendidos y sus manos encallecidas para estrecharlos entre ellos; acuden a él presurosos y él imprime en sus tiernas mejillas dulces y repetidos ósculos, y acaba por colocarlos a derecha e izquierda sobre sus rodillas... Mientras tanto se apresura la madre a preparar y aderezar el sustento, los niños, balbuciendo o entrecortando con caricias su relación, cuentan, como pueden, lo que les ha ocurrido durante el día, lo que les ha dicho la maestra, lo que han hecho sus compañeros.. quedándose, por supuesto, como embobados, tanto el padre como la madre.

Más allá, preso en su jaula, pero excitado por la charla continua de esos tiernecitos fiples, despierta el pajarillo y comienza a amenizar con su canto aquella tertulia, y hasta el humilde perrillo se encarama delante de su amo para pedirle, con ojos que brillan y cola que no para, una partecita de sus caricias.

Pero si al salir de la casa de asilo o de la escuela encuentra el niño un hogar desierto en vez de una familia, y el padre se halla en la taberna mientras que

la madre, áspera y mal humorada, no tiene para su hijo más que un silencio frío o iras mal reprimidas; si el hijo mismo ve con sus propios ojos al padre en la taberna una vez y otra vez y muchas veces... y que entra con frecuencia embriagado en casa; si oye gritos, disputas y hasta ve malos tratamientos entre sus padres... ¿qué llegará a ser tarde o temprano este hijo?

¿Qué llegará a ser?... Pues fácil es averiguarlo. Vedle. A los diez o doce años ha aprendido perfectamente el ejemplo que le han dado... jura del mismo modo que ha oído jurar a su padre; su mirada es despreciativa e insultante, y su sonrisa es sarcástica. Ya sabe burlarse del sacerdote, como mortificar con licenciosas palabras a las personas de otro sexo; fuma como un hombre, y si le permiten entrar en la taberna, a ella acudirá sin falta. ¡Ah!... Y si no fuese tan aprisa por este camino, su mismo padre se lo enseñaría... Y si su padre no se lo enseñase, su misma madre... ¡sí, su madre misma se lo enseñaría!

Y al decir esto no pretendo que me creáis solamente porque yo os lo diga. Oid el testimonio de Julio Simón, y notad que desde hace veinticinco años que él lo dijo... hemos progresado mucho.

«Entre las gentes dedicadas al comercio al por menor, principalmente entre los vendedores de legumbres, semillas y de leña menuda, hay quien se toma una libertad bien rara. Entre su mercancía lícita esconden, por ilícita, barriles de aguardiente que a poco precio van despachando a las mujeres que acuden allí a procurarse cuanto necesitan. Se lo llevan a su casa y allí lo consumen, primero para olvidarse de su miseria o para engañar el hambre, mas muy pronto se aficionan con mayor pasión que los hombres, porque en todo son extremadas, y beben aún más que ellos. En Londres es tan antigua esta afición de las mujeres a la ginebra, que cuando dejan algunas de usarla, ni encuen-

tran gusto sus hijos en la leche ni les quieren tomar el pecho. En una declaración depuso un inspector de Policía que había visto a ciertas madres llevar por sí mismas a sus hijos a la cantina y maltratarlos con golpes cuando se resistían a beber. También hay madres a quienes se ha visto frotar con aguardiente los labios de sus hijos de pecho, y aun echarles en la boca algunas gotas para irlos, sin duda, preparando de este modo a la embriaguez» (1).

Mas no faltará entre vosotros, quizá, quién diga: Eso es allá en Francia o en Inglaterra... Sí, en Francia y en Inglaterra, pero también sucede esto en Bélgica. Preguntad, si no lo queréis creer, preguntad a vuestros amigos que frecuenten las Conferencias de San Vicente de Paúl y visiten a sus pobres; preguntad también a las Señoras de los pobres y a las Celadoras de la Obra de San Francisco Regis, y os dirán lo que han visto por sus propios ojos, y os quedaréis espantados.

Pero ¿qué digo? ¡Preguntad nada más que a los periódicos! Uno de ellos daba cuenta no hace mucho de lo que él mismo había presenciado en uno de los barrios bajos de Bruselas, el día después de unas fiestas extraordinarias.

Por entre una puerta a medio abrir había estado observando lo que se estaba haciendo en un salón atestado de gente, muy conocido de todos con el nombre bárbaro de *Café cantante*... Entró, y aquella atmósfera saturada de humo de tabaco y del que despedían los quinqués, le atosigaban la garganta; los rajantes sonidos de los instrumentos de una música alquilada le destrozaba el tímpano de los oídos, y la vista no distinguía más que variadas siluetas por entre aquellas nubes de humo, casi impenetrables a las humosas luces que pendían del techo.

(1) Jules Simón, *L'Ouvriere*, pág. 143.

En el fondo había un escenario, en cuyas tablas estaban preparados un cantante y una *cantaora*, para cantar en los tiempos de descanso canciones propias del lugar y de los concurrentes. A la izquierda, en un rincón, estaba el mostrador, sembrado de botellas de licores. y en el centro se hallaban bailando con el mayor descaro mujeres, muchachas y niñas de trece a catorce años... y en todo el espacio restante, mesas ocupadas por hombres y mujeres que bebían en grande y refán a mandíbula batiente.

Pues bien. ¡En este salón había madres con niños de cuatro a cinco años a su lado, y hasta con niños de pecho en sus brazos!...

¿Quién librará a estos angelitos en medio de este abandono? ¡Ah! ¿sabéis quién? La muerte. Sí; ¡lo que les libra es que mueren pronto! Y no puede menos de suceder así. Porque siendo concebidos en embriaguez, reciben una vida emponzoñada ya en su primer origen. Tengo delante de mí las estadísticas de obreros y de obreras de los centros industriales en que reina la embriaguez y el libertinaje, y de ellas resulta esta proporción espantosa:

De 3.000 recién nacidos mueren al año 1.100; de 100 niños que entran en la Cuna de beneficencia, mueren al año 56, y de 100 que van al Hospicio, mueren 83.

¡Qué amor y qué bondad tan grande tiene Dios al llevarse para sí estos desgraciados! ¡Por lo menos los hace a ellos felices para siempre!

* * *

¿Y hemos acabado con esto de decir, señores, lo que ha de ser la obrera? ¿Ser esposa y ser madre es lo único que ha de ser la obrera? No. Aún le queda, por desgracia con mucha frecuencia, otra nueva fase a la vida de la obrera, quizá la última... ¡La obrera aca-

ba su vida muchas veces con el triste nombre de viuda!
¡Viuda!... Permittedme que os cuente un suceso personal que esta palabra trae siempre a mi memoria. Ya han pasado desde entonces unos veinte años. Yo acababa de ordenarme de sacerdote y estaba viviendo con mi familia durante las vacaciones en una región hulle-
ra. Fuf un día, como de costumbre, a Misa a la Parroquia, que por cierto distaba mucho de mi casa, y al acercarme ol tocar a muerto. Entré en la iglesia y la encontré desierta, pero con indicios de que el clero había salido en procesión fúnebre para conducir el cadáver a la Parroquia. Recién llegado al pueblo, ni sabía el nombre de la familia del difunto; así que me puse a orar delante del tabernáculo, en las gradas del presbiterio, esperando a que llegase el entierro.

Escucháronse a poco y sucesivamente los sonidos sordos de una banda de música fúnebre, los salmos después, luego ese murmullo vago de una muchedumbre que se va acercando, y por fin, como sobresaliendo entre todos estos sonidos confusos, gritos y ayes y llantos desgarradores... Entra el clero en la iglesia, y tras él inmenso gentío, que la ocupa toda entera apresuradamente y con temor de quedarse sin sitio. ¡Ah!... ¡y cuántas lágrimas se vertían! cuántos suspiros, cuántos gemidos salían de todas partes!... cuando he aquí que empiezan a entrar una en pos de otra doce cajas funerarias... Dónenlas todas en el suelo, de tres en tres, y extienden sobre ellas el paño mortuorio que, por no alcanzar a todas, deja ver por las extremidades los restos mortales completamente desnudos...

¡Hora es de decirnos que eran otros tantos cadáveres de las víctimas de una explosión causada por el fuego grisú en una mina de hulla!... Los habían extraído de ella ya rígidos y amoratados, y las esposas y las madres habían venido a reconocer a sus esposos y a sus hijos.

Comienzan los oficios divinos en sufragio de tanta víctima, y en aquel sagrado recinto quedaba ahogado el canto por los sollozos y suspiros de todas aquellas mujeres.

Una de éstas se levanta repentinamente de su sitio..., y después de vacilar por un momento se dirige a la tumba, levanta el extremo del paño para no equivocarse y reconocer bien el cadáver que buscaba, y cayendo de rodillas se pone a orar apoyada la frente en el suelo y cerca de la frente de su difunto. Y no creáis que derramase lágrimas. No, sus ojos estaban secos, pero eso sí, como si quisieran salirse de sus órbitas y fueran de una persona dominada por la furia o la locura... Continuaba arrodillada; ofasela a veces en el silencio de los oficios llamar a su muerto como para despertarle, y decir: «¡José! ¡José! ¡José mío!» Hacía como que escuchaba... y esperaba la contestación, y como no oyese nada, volvía a sus oraciones...

Acabados los oficios fúnebres levantaron todas las cajas en presencia de aquellas esposas y de aquellas madres, y las llevaron al campo santo... ¡Ah! ¡Qué espectáculo! Devota y conmovida iba saliendo del templo aquella multitud de gente de todas clases que había acudido; pasa una caja, y detrás de ella la madre, la esposa o los hijos del que en ella va encerrado y se marcha para siempre... Pasa después la segunda caja, seguida de un cortejo de desgraciados; luego la tercera, luego la cuarta, y ¡así hasta doce!... Así se veían pobres con sus niños en los brazos; otras lo llevaban de la mano, o asidos de sus vestidos, dándose también el caso de ir en pos de la madre la abuela con sus nietecitos, sin que los unos ni los otros, ni las unas ni las otras pudiesen apartar un solo instante sus ojos de aquellas tumbas que encerraban la felicidad, el cariño y la esperanza de innumerables familias.

En este día, como habéis oído, fueron doce... y hoy

mismo en Dour... no son solamente doce cadáveres las víctimas de una mina, pues hasta el momento en que esto escribo van ya extraídos treinta y dos... y se sabe que aún quedan más, sepultados a 800 metros debajo de la tierra por un hundimiento de hulla. ¡Pobres viudas que a la boca del hundimiento se hallan esperando, entre ayes y lágrimas, que salgan a la luz los restos de su cariño y de su felicidad!... (1)

¡Viuda!... ¡La mujer, rica o pobre, de cualquier clase y condición que sea, lleva delante de sí al matrimonio, entre otras probabilidades de su suerte, la de tener que llamarse viuda! ¿Pero quién no ve cuán doloroso es este nombre en la obrera, y como consecuencia, cuántos trabajos vendrán sobre ella que para vosotras serán del todo desconocidos? Porque cierto es que lleváis como ella en el corazón la misma herida... y que vuestro corazón se halla dividido en dos. Pero mientras que vosotras aseguráis con vuestros bienes de fortuna las necesidades de la vida y las incertidumbres del porvenir, y no tenéis más que vuestro corazón que curar... ¡la pobre obrera no tiene nada, y es menester que viva; no tiene nada, y es menester que vivan sus hijos! ¿Quién va a alimentar a estos infelices? ¿Qué vale el trabajo de una mujer para sostener una familia entera... cuando ni el jornal de su marido era bastante para lo más indispensable de la vida?

Apenas falta de su puesto la presencia del marido, viene a ocuparle un espectro terrible e inevitable... ¡el cuidado de buscar el pan de cada día y el hambre que, sin duda, vendrá a atormentar a aquellos seres queridos, abandonados como ella se ve abandonada!...

¿Quién educará como es debido a esos pequeñuelos? ¡Ella y siempre ella! Pero ella sola, sin la sombra

(1) Estando corrigiendo las pruebas del texto, se anuncia que el fuego grisú acaba de quitar la vida a ciento trece trabajadores y trabajadoras de una mina de hulla, en Paturages.

y sin el favor del esposo que le hubiera, sin duda, animado en su empresa. Y después, cuando sus hijos ya crecidos deseen formar también ellos nuevas familias... ¿qué vendrá a ser la pobre obrera?

¡Ah! La viuda rica y abundante en bienes de fortuna no conoce, no, lo que son estos trabajos y angustias...

Apelo a vosotras mismas... Que se os hable de una señora de vuestro rango y fortuna... y que se os diga de ella después: ¡Está viuda! De seguro que no despertará esta palabra en vuestra alma ideas de trabajos y sufrimientos, pues muchas veces, pasado el duelo, se reduce el estado de viudez a cierto modo de pasar la vida menos costoso que antes, a cierta condición de más o menos rango, de más o menos libertad, que, sin ser ciertamente agradable, no presenta trabajos ni dificultades insuperables.

Pero trasladad con vuestro pensamiento estas palabras a la obrera y a la pobre; ¡ah! entonces... la palabra «viuda» es desconsoladora, y solamente tiene un sinónimo: ¡abandonada!

* * *

Todavía hay algo que entre vosotras y la obrera inclina más hacia vosotras la balanza.

Es verdad que viene la muerte sobre vuestras familias y corta el hilo de la vida... pero también lo es que está acechando y dispuesta siempre a segar la vida del obrero con mayor crueldad. Ved si no el registro de los muertos entre vosotros, y, fuera de las causas generales y comunes que periódicamente van segando las vidas de los hombres, ¿a qué se reducen entre vosotros las ocasiones del luto? Por lo general, a que se espanta el caballo en que cabalgabais, o se desbocan los del coche, o se va del seguro la escopeta en la caza, y... se acabó.

Pero entre la clase obrera... ¡ah! Yo no sé por dónde empezar ni por dónde acabar la lista de las ocasiones y peligros que acarrear a los pobres trabajadores la muerte. Podríamos casi decir que hasta la herramienta de que se sirve el obrero se revuelve contra él ¡infeliz! y le quita la vida.

En las minas, que le ofrecen su duro trabajo a inmensas y enervantes profundidades, los hundimientos parece también como que están atisbando el momento oportuno de aplastarle y sepultarle para siempre. Nada digamos del fuego *grisú*, ese como espíritu diabólico que traicionadamente se va desprendiendo y deslizándose suavemente de una a otra hoja del mineral, y acumulándose insensiblemente en nubes invisibles, ya en el fondo de las canteras, ya en los huecos de las galerías, ya también en las obras abandonadas, y va como haciendo por todas partes acopio de muerte hasta que encuentra una chispa que le hace estallar, y entonces rompe, deshace y ahoga como el rayo, y amontona y sepulta entre las ruinas las víctimas que ha causado.

En las fábricas, ¿hay hornos, barras, laminadores, mazos, tijeras, en una palabra, hay herramienta que no esté enrojecida con la sangre del obrero?

Fijémonos en cualquiera industria, si os place, la más inofensiva y pacífica, una de tejidos, por ejemplo. Entrad en una fábrica y observad. Estoy seguro de que cuando veáis las cardadoras e hiladoras mecánicas, ó los innumerables ganchos y cilindros, invisibles casi por la velocidad con que giran; cuando veáis tantas y tan admirables herramientas, y máquinas, y mecanismos inventados y dirigidos por el ingenio del hombre, no hay duda que quedaréis como sobrecogidos de un sentimiento... de admiración. Sí, ¡pero yo añadiré también de un sentimiento de terror y espanto!

Porque a cada paso que déis iréis pensando en que si cayérais en manos de esa fuerza que pone en movi-

miento y arrastra tanta maquinaria, al punto quedaríais deshechos... Oiréis silbar y como mugir cilindros de bronce, rechinar los dientes de los engranajes, y sentiréis que a vuestros pasos tiembla el pavimento... y, sin embargo, veréis a millares de obreros viviendo un día y otro día expuestos a ser destrozados por la rueda, o el cilindro, o el volante.

Cuando yo vivía en Namur, continuamente estaba viendo a través de los tejados de los edificios una altísima chimenea negra que se elevaba allá lejos hacia el horizonte entre espesas nubes de humo... ¡Oh, y cuántas veces la contemplaba con pena! Porque no era allí la tierra la que al desplomarse sepultaba vivos a los obreros, ni el hierro candente quien allí los abrasaba, ni el engranaje de las enormes ruedas el que los despedazaba; lo que allí envenenaba al obrero era la industria misma, su mismo trabajo, sus propias manos, que, al preparar los productos del plomo, hacían desprender al aire, y de aquí pasar a los pulmones, moléculas y vapores venenosos que, si al industrial le granjean riqueza y bienestar, al obrero acarrear muy pronto la miseria y la muerte.

¿Quién no se moverá a compasión al ver esos hombres, a lo mejor de su edad, anémicos, pálidos como difuntos, encorvadas las piernas y trémulos los brazos, que sólo para que no se mueran de hambre la esposa y los hijos acuden a estas fábricas en busca de una muerte prematura?

Mas ¿a qué seguir enumerando los peligros a que por ganar de comer ha de exponerse constantemente el obrero? Bien podemos decir que vive luchando siempre con la muerte.

Veámoslo si todavía dudáis, señores... Ved ese obrero encaramado sobre un andamio para componer el plomo o el zinc de vuestra casa o palacio, y evitar las goteras de sus tejados. Vosotros le estáis, quizá,

contemplando muy descansados y sin ningún peligro desde el hermoso emparrado de vuestro jardín. Pues decidme ahora con sencillez: entre su esposa y la vuestra, ¿cuál de ellas se ve más expuesta a quedarse viuda?

Por esto, a la idea de esposa y de madre, que podemos ver en la vida de la mujer, he añadido esta otra palabra triste y desconsoladora para la obrera, a saber, «viuda».

Pues bien; permitidme, señores, que os pregunte por última vez: ¿Está dispuesta la obrera para vivir en este triste estado?

¡Ah! Verdaderamente. ¡Es triste este destino de la mujer!... ¡Qué vida, qué porvenir, qué obligaciones la esperan!

¡Esposa, madre y viuda!...

Y, sin embargo, menester es que esté dispuesta para todo esto esa pobre joven que vuelve risueña con su joven esposo del altar en que ha recibido de Dios la bendición nupcial... y a ello se acaba de comprometer solemnemente a la faz del mundo... ¡Ah! ya comprendo yo ahora que se asusten algunas jóvenes y que retra—sen cuanto pueden esta hora tremenda.

—¿Y tú, María, no te casas?—dije yo un día en broma a una de esas jóvenes jornaleras. Y ella me contestó:—¡Ah, señor Padre! para ser esclava, siempre hay tiempo de sobra.—Pero fuera de estos casos, bien contados, ¿no es verdad que la mayor parte de las jóvenes aceptan todas esas terribles consecuencias y se lanzan a ese estado con verdadera ignorancia, o sin pensarlo con el detenimiento que se merece?...

¿Y no es cosa que da pena y compasión verlas cargar sobre sí con obligaciones tan graves cuando sólo cuentan veinte, diez y ocho y aun menos años de edad, y sin más remedio para el porvenir que la esperanza en Dios y el entusiasmo del corazón?...

Hablando cierta dama con gracia de esos matrimo-

nios *del gran mundo*, entre los cuales muchas veces vemos fundada una familia sobre un hombre de veinte años y una joven de diecisiete, los llamaba matrimonios a la Froebel. Cuesta, ciertamente, trabajo figurarse como ama de casa a una joven de diecisiete años, y como cabeza de familia a un joven de veinte.

Y tened en cuenta que, tanto la una como el otro, han tenido la ventaja de ser educados primero en su casa, luego en la escuela, colegio y aun quizá en el convento, de modo que la educación es completa; no les falta más que esa madurez y aplomo que sólo con la experiencia y el transcurso de los años se adquiere.

Y si por ventura les faltase algo más, ¡qué facilidad cuántos medios tienen seguros con el dinero!

Pero la infeliz obrera, esa tierna esposa, ¿cómo se ha preparado para ese estado, en el cual ha de cumplir obligaciones tan graves?... ¿Quién la ha enseñado lo que en él ha de saber?... ¿Cómo ha pasado los años que cuenta?... Cuestión es ésta que no puede menos de apenar el ánimo de quien atentamente la examine, porque esta pobre infeliz en ninguna parte encontrará quien la socorra, ni quien la enseñe, sino que de sí misma ha de sacar cuanto le sea menester para sí y para sus hijos.

* * *

Nada nos han dejado escrito los evangelistas de cómo pasó sus primeros años la Virgen Santísima y Señora nuestra. Pero vemos remediada en parte esta omisión en las tradiciones del pueblo judío.

Pues desde la construcción del templo de Salomón ya nos enseña el sagrado texto que vivían en sus inmediaciones mujeres y doncellas dedicadas al servicio del tabernáculo. De esto mismo nos da noticia el sagrado libro del Exodo cuando nos dice que llegaron las mujeres hasta dar sus brillantes espejos de bronce para la

construcción de la concha en que se lavaban los ornamentos sacerdotales; el libro de los Macabeos nos habla también de vírgenes que vivían en el mismo templo, y nos las pinta desconsoladas por los sacrilegios de Holofernes y con los brazos levantados al cielo en demanda de auxilio. A todas estas mujeres se les enseñaba los cánticos sagrados y el modo de tener la oración; además se les explicaba la Ley y se les encomendaban los trabajos propios de su sexo, y sobre todo preparar la tela para el doble velo del *Sancta Sanctorum*, que todos los años se había de renovar.

En los antiguos tiempos de la Grecia, jóvenes dedicadas a Minerva eran las que habían de tejer el velo con que debía de adornarse la estatua de la diosa durante las fiestas.

Ya más cerca de nosotros, sabemos que se educaban en las dependencias de nuestras catedrales niños de coro para acompañar con sus argentinas voces el canto severo de las ceremonias litúrgicas. De las religiosas de Santa Inés de Roma, nadie ignora hoy que hilan la lana de sus corderos para tejer después el palio de nuestros Prelados.

Pues al dejar la Virgen Santísima los brazos de sus padres, a este templo y entre estas doncellas vino a tomar asiento, y en él aprendió, protegida por providencia singularísima de Dios y bajo la sombra del *Sancta Sanctorum*, cómo se había de orar, y cómo se había de cantar, y hasta cómo se había de trabajar en servicio del mismo templo.

Cuadro bellissimo es el que ponen delante de nuestra vista estos recuerdos del tabernáculo y del templo de Jerusalén. En su fondo se destaca el templo aquél de los primeros tiempos que tuvo la suerte y gloria inefable de ser llenado por la Majestad de Dios. Asentado sobre sólidas columnas de fino marmol, vése su frente con ricos bajo-relieves brillantes como el sol.

Delante está el altar, y de pie ofrece en él el sacerdote la víctima humeante aún; detrás, prosternado todo el pueblo; a la derecha, los Levitas acompañando con sus plateadas trompetas y delicadas arpas los tiernos salmos que el Profeta-rey cantaba en presencia del Señor; a la izquierda, ocultos con sus blanquísimos velos, hermosos lirios medio abiertos, quiero decir, todo el coro de tiernas doncellas que unen sus angelicales voces a las graves y majestuosas de los sacerdotes; y por último, ved cómo sube esta dulce armonía entre nubes de escogido incienso y aromas.

«¡Oh! ¡Qué hermosos son tus tabernáculos, Señor
»Dios de las virtudes! Mi alma suspira por estar en
»vuestros atrios... ¡Transportanse mi corazón y mi
»cuerpo contemplándoos, Dios vivo!... El pajarillo
»hallará un hueco donde guarecerse, y la tortolilla un
»nido donde poner sus polluelos... y yo he encontrado
»vuestros altares, mi Rey y mi Dios. Bienaventurado
»el que pone en Vos su confianza... Más vale un solo
»día de estar en los atrios de tu templo, que millares
»en la morada de los pecadores! No privaréis de ser
»felices a los que proceden con inocencia.

¿No es cierto que con estos tiernísimos afectos se siente conmovido nuestro corazón, y como fuerte pero a la vez dulcemente aprisionado?... Yo no sé que especie de aroma suave, delicado y casto exhalan de sí estos recuerdos bíblicos de los primeros tiempos. Esas doncellas de Israel que pasan sus primeros años entre el vestíbulo y el altar, entre la majestad y la santidad del templo, se me presentan a mi imaginación tan radiantes y puras, tan delicadas y tan inmaculadas como el lirio de los campos, a quien ha poco las comparaba y que poco a poco va creciendo en el valle, al abrigo de toda tempestad, lejos de abrasadores vientos que le secan y le tronchan; fertilizado por la frescura de las aguas que destila el rocío del cielo, y fecun-

dado por el suave calor del sol que Dios le envía.

Pues comparad ahora, señores míos, poned enfrente de ésta la educación y la vida de las hijas del obrero, destinadas para ser un día *las obreras*... y veréis cómo se preparan estas infelices para la suerte que les espera y para las gravísimas obligaciones que han de contraer al cabo de unos cuantos años.

Es indudable que los verdaderos maestros del niño han de ser los padres, y que de ellos y solamente de ellos han de recibir la verdadera formación del corazón y los primeros conocimientos de sus obligaciones, así en lo que toca a la religión, como en lo que toca a la sociedad. Cualquiera otra intervención que ocurra en esta importantísima obligación de los padres será quizá necesaria por las tristes circunstancias de los tiempos; pero también será origen de males sin cuento para el presente, y de serios temores para el porvenir.

Y sin embargo de ser esto verdad, tratándose del hijo del obrero, no puedo menos de deciros en presencia de una realidad tristísima: «¡Quitad, quitad cuanto antes a esos niños de los brazos y de los cuidados de sus propios padres!»

Sí; porque cuando veo esa pobre criaturita que, sostenida por su madre, va aprendiendo a andar, y pienso en el alma que la anima y que empieza a manifestar sus primeras impresiones; cuando paro mi atención en que esa niña comienza a distinguir unos de otros los objetos, y que comienza a ver, y a oír... y me fijo también en que esa alma es de ángel, pura hermosa, inocente... ¡oh! tiemblo por su suerte... y a fin de que ni vea ni oiga, os diré: Quitadla, sí, quitadla de los brazos de su madre... y llevadla cuanto antes muy lejos y ponedla, a falta de algún asilo, al abrigo del templo de Dios, donde pueda crecer sin ajarse, y abrirse sin marchitarse, esta tierna flor. ¡Sí! ¡Arrancadla de la tierra en

que ha nacido y trasplantada a otra mejor! ¡Quitádsela a sus padres! ¡Quitádsela a su familia!

¿Y de dónde procede este grito desnaturalizado que yo siento brotar dentro de mi pecho?

¿Tan crueles son sus padres, acaso, que la salvación de esa criatura dependa de abandonar la casa y la compañía de quienes le dieron el sér?...

¡Dios me libre de juzgarlos tan duramente, y aparte de mí pensamientos tan inhumanos! ¡No los acuso a ellos, no! ¡A quien acuso y a quien culpo es a la tristísima necesidad en que su suerte ha puesto la vida de ambos!

¡Id, si no, a la vivienda del obrero en una de esas ciudades que tanto ponderáis por sus admirables adelantos, y tan orgullosas se ostentan por sus florecientes industrias!

En esa morada viven mezclados a todas las horas, de día y de noche, el padre y la madre y los cinco, seis, siete, ocho y aun más hijos!... Por el día no veréis más que una triste cama arrollada, que por la noche se desdobra y se multiplica en proporción de los que forman la familia; el colchón, casi siempre de paja, tendido en el suelo, se reparte entre padres e hijos... ¡Pasad a la habitación inmediata y veréis reproducido el cuadro de la anterior! Porque ¡es tan reducido el número de los obreros que puedan pagar alquiler para dos habitaciones! Bajad o subid de un piso a otro, recorred todas sus habitaciones y, poco más o menos, en todas ellas se os presentará la misma desconsoladora escena. En invierno, a pesar de la crudeza de los fríos, lluvias o nieves, saldrán los mayorcitos a respirar con libertad, pero los más tiernos se quedarán, como siempre presos en sus cunas; en verano les hará salir a todos la necesidad de aire libre y serán estorbo por aceras o calles a los transeuntes.

Sentadas al umbral de la puerta, hacen las mujeres

las labores de la casa, desde el repaso de sus harapos hasta la preparación de sus pobres y escasas legumbres, y si no fuera por el temor de algún atrevido, allí mismo harían también la cocina. Alrededor de su madre corren, saltan y juegan los hijos sin que les sea obstáculo ni el polvo, ni el lodo de las calles, ni... pero ¿a qué continuar, señores? ¡si vosotros mismos estáis cansados de verlo como yo! ¿No habéis visto un hambre de niños y de niñas de toda edad, bien arrastrarse por las aceras o bien asidos a las paredes, o bien dormidos, ora llorando, ora riendo, y siempre expuestos a una sensible desgracia que les pueda causar, o el coche que pasa desempedrando la calle, o el carro pesado que a paso lento transporta su mercancía? ¿No habéis visto todo esto, vuelvo a decir?

Ahora bien. Si los veis mezclados por el día, mezclados por la noche, mezclados en sus habitaciones y mezclados en todos sus juegos y diversiones, ¿qué esperáis que sea esa pobre niña que va creciendo y desarrollándose constantemente en medio de tales compañías?

Es, pues, absolutamente indispensable arrancarla cuanto antes de sus padres si queréis educarla bien.

Así lo conocen sus pobrecitas madres, y en cuanto de ellas depende bien se apresuran a llevar a sus hijas a la escuela de párvulos o a otro establecimiento de instrucción, prefiriendo siempre los que llevan y atraen hacia sí las bendiciones de la Iglesia.

¡Escuela cristiana, sí, señores! Porque ella es el atrio del templo, ese sitio colocado entre el vestíbulo y el altar, y en el cual la misma Virgen María, Reina de las obreras, fué también educada!

¡La escuela cristiana! ¡Es obra de vuestra caridad; vosotros la habéis fundado, vosotros la estáis sosteniendo con vuestras limosnas, y estáis con ella contribuyendo en grande escala a la salvación de la pobre obrera!

¡La escuela cristiana! Magnífica idea... ¡hermoso pensamiento! Pero sólo es la primera piedra de ese grandioso edificio que intenta levantar vuestra inagotable caridad en beneficio de la obrera!

Mas ¿por qué he tenido que restringir de esta manera mi pensamiento? ¿Cuál es la razón de que aún no sea completa la salvación de la obrera, y de que con ser tan grande, aún no sea suficiente vuestra cooperación?

Voy a deciroslo. Porque los niños del obrero tienen que abandonar demasiado pronto la escuela, y fatalmente van a entrar en un ambiente que los asfixiará. A los once o doce años, es decir, cuando apenas han hecho la primera comunión los niños, se encuentra la hija del obrero con que ha de mezclarse otra vez con gente de otro sexo al entrar en el taller. Nueva mezcla, ¡y mayor y más peligrosa que la primera!...

Mucho se ha escrito acerca del trabajo de la mujer, y no faltan leyes que lo prohiban. Si el obrero gana, por ejemplo, tres francos de jornal y necesita cuatro para vivir con su mujer y sus hijos, ¿por qué prohibir a la madre o a la hija que ganen ese franco que les falta? No sé en virtud de qué derecho se pueda impedir a la hija o a la madre juntar su trabajo con el de su padre o con el de su esposo, para que esa familia no perezca de hambre. La necesidad no tiene leyes, y está sobre todas ellas.

Que se persiga cuanto se quiera, cuando se espera buen resultado, los incalificables abusos que a menudo se hacen del trabajo de la mujer, tanto en las fábricas como en los talleres y en las minas. Todo esto está perfectamente bien.

Que se la prohíba también a ella cierta clase de trabajos que a veces emprende, superiores a sus fuerzas y perjudiciales a su salud, y contrarios a la vida honrada y honesta de la mujer; digno de aplauso es, y ¿quién no se le concederá?

Pero la verdad es también que hay ciertos trabajos hechos, al parecer, exclusivamente para la mujer, y que reclaman la delicadeza de su gusto y la destreza sin igual de sus manos. Y ¿por qué hemos de prohibir a la joven obrera dedicarse a ellos? Lejos de esto, yo me apresuro a decir que si un taller de éstos está en manos de un buen maestro o de un buen director cristiano, temeroso de Dios y celoso de su propia honra y del buen nombre de la fábrica, en nada cederá a la escuela más cristiana y más santa.

Un día estaba yo viendo, en una ciudad de Alemania, una inmensa fábrica de agujas y alfileres. En el piso bajo había varias salas destinadas para la fabricación de agujas de máquinas de coser. El número de hombres y de robustos jóvenes que allí trabajaban no lo podría decir, y preocupado como estaba viendo la manera y habilidad con que lo hacían, ni siquiera se me ocurrió, ingenuamente lo confieso, nada acerca de la situación moral en que se encontrarían todos aquellos obreros. Por otra parte, tampoco saqué gran cosa de la explicación de mi *cicerone*, amabilísimo, es verdad, y deferente para conmigo, porque él hablaba con dificultad el francés y yo con mayor aún el alemán.

Continuando la visita subimos al primer piso, ocupado completamente por un gran salón... Allí había unas doscientas jóvenes, sentadas y delante de grandes mesas... Todas ellas estaban en aquel momento cantando al unísono hermosas y dulces canciones populares de Alemania, siempre de mucho gusto, y a menudo tiernas y delicadas. Eran cánticos a la Virgen Santísima, con los cuales celebraban el mes de Mayo. Delante de una estatua de la Virgen, colocada en el fondo del salón, y rodeada de sencillas pero variadas flores, ardían varias velas y vistosas lamparitas. No hay que decir que todo el adorno era obra de las jóvenes obreras, y fruto de su devoción cuanto en el altar se ponía.

Repito que estaban cantando o *rezando*, como dijo mi guía, y al concluir, tras de una breve pausa, comenzaron todas a rezar el santo Rosario en alta voz sin interrumpir la labor. Esta consistía en poner a los alfileres esas cabecitas negras, blancas y de otros colores de esmalte, imitando el azabache, perlas, etc., que todos vosotros conocéis. Las más diestras se ocupaban en poner sobre acero o cobre diversas figuritas de flores, corazones, palomas y qué se yo cuántos más objetos esmaltados, que salían como por maravilla de aquellos habilísimos dedos. Cada una tenía delante de sí, a su disposición para este objeto, una lamparilla, con cuya llama fundían el esmalte.

Ahora permírdme que os cuente las impresiones que en aquella fábrica experimenté. Por de pronto allí reina salud excelente, alegría, contento, buen humor; pero sobre todo allí se respira virtud, y en todos aquellos rostros no se observa sino modestia, compostura, recato y respeto, virtudes todas que cada vez van siendo más raras entre nosotros, pero que aún se conservan como glorioso distintivo y marca indeleble, podría decir, del gran pueblo germánico.

¡Ah! Verdaderamente que en un taller como éste, y en fábricas de esta manera establecidas y regimentadas, encontrará la pobre obrera, al salir de la escuela cristiana, un retiro seguro, y en cuanto a mí, nada temeré por la suerte de esa joven. Este será para ella el atrio del templo, el lugar *entre el vestíbulo y el altar* que la preserve de los peligros del taller socialista.

Pero ¡ay! ¡qué sueños son éstos!

¿Qué es el taller adonde las más de las veces acuden las jóvenes al salir de la escuela? ¿Qué la fábrica? ¿Qué la tienda? ¿Qué el oficio?... ¿No lo sabéis ya?... ¿No lo adivináis?... ¡Ah! ¡Qué compañas encuentran siempre, aun cuando estén separadas de los hombres! ¡Y cuántas veces se las pone sin tener este cuidado importan-

tísimo! ¡Y qué hombres suelen encontrar entonces! Muchas veces están bajo su obediencia en cosas menudas del taller... Un director, un contraamaestre o un oficial lleva la lista de todas o parte de ellas, les reparte la tarea por días o por horas, les paga el jornal correspondiente; tiene en su mano admitirlas, despatcharlas, multarlas, y en este caso perdonarles o aumentarles la multa; en una palabra: el hombre es como árbitro y señor de la joven que allí va... Si por ventura el contraamaestre es de pocos años, ó si no tiene temor de Dios... decidme, adivinad, señores. la suerte y peligros de esa obrera... ¡Ah! ¡Qué dramas tan terribles se han representado entre esas mudas paredes, bajo cuyos techos va a buscar la obrera su propio sustento y el de la familia!

En un pueblecito de Francia había una fábrica, negra como el humo que la movía, alta como las nubes, y abierta por innumerables ventanas... Era, según todos decían, la felicidad del pueblo, y realmente en ella encontraba siempre trabajo quien no lo tuviese en su casa... No lejos de la fábrica vivía su director en un antiguo palacio abandonado por sus dueños en el siglo pasado. A causa del parque que le cercaba con tapias y frondosos árboles, nada se veía de él sino una torre muy antigua que elevaba por encima de todos ellos sus esbeltos chapiteles.

De esta torre se habían contado sus correspondientes leyendas de aparecidos, fantasmas y otras, propias de la Edad Media, pero ya pocos se acordaban de ellas, en cambio a la historia contemporánea no le faltan relaciones horribles y terroríficas que contarnos... En viendo que una de estas jóvenes ocupadas en la fábrica no volvía por la tarde a su casa, sabida era la contestación que se daba a su madre al preguntar por ella: «Está en el palacio...» y con esto no se hacían ya más investigaciones. Porque la absoluta necesidad de vivir,

por un lado, el temor de ser despedidas por el dueño y la ignorancia, por otro, habían de tal manera ahogado los gritos de la naturaleza, que se tenía por singular el caso de que llorara la madre por la ausencia de su hija.

Un día fué efectivamente llevada al palacio una de estas pobrecitas jornaleras... Ya estaba prometida a un joven, y próximo su enlace. Al salir del parque esta infeliz, se dirige su prometido a ella de frente y en el silencio de la noche.

—¿Nada tienes que contarme?—le preguntó. Cae ella de rodillas, y ocultando su vergüenza y sus lágrimas, es furiosamente maltratada de quien menos lo temía.—Lejos de mí—dijo él entonces, y lleno de odio y de venganza, huyó.

Había en la humilde casita de su padre un fusil viejo; descuélgale, le carga hasta la boca y se lo echa al hombro el joven, y va a acechar durante la noche entre la espesura de los árboles el paso del director de la fábrica. Al verle apunta con frialdad a la cabeza, descarga, y... el director gira, como herido por un rayo, y cae al suelo... Levántase el joven, se acerca a su víctima, y reconociéndola bien muerta, huyó de aquel sitio.

Cerca hallábase un molino, cuya inmensa rueda daba vueltas entre espumas como de nieve y piedras de antiguo musgo. Se pone a examinarla, mide su distancia regula su empuje y se arroja sobre ella el desventurado joven. Al punto se oyó un chasquido horrible de huesos en la rueda... quedan las paredes salpicadas de roja espuma... y el río, teñido en sangre, arrastra destrozados los despojos de un cuerpo humano.

¡Al aparecer al día siguiente el cadáver del director y los restos del joven, la prometida era presa de la más furiosa locura!...

¿Y creeréis que yo me admiraré de esto?... Se nece-

sita no conocer el corazón del hombre para no saber que en los momentos de desesperación estallan los movimientos más furiosos de la ira y los ímpetus más violentos de la venganza.

Lo que me admira es que en un pueblo insignificante, en una aldea miserable, en un vecindario de obreros decaiga tanto el sentido moral, que ultrajes de esta índole y crímenes como el dicho se sufran en silencio, y a causa de su repetición, se hagan habituales y se reciban con resignación.

Pero dejemos, dejemos estos casos tremendos y no tratemos de averiguarlos, o procuremos olvidarlos... ¿Qué hemos de hacer, entonces, para salvar a esa obrera?... Ingeniosa ha sido vuestra caridad, ciertamente, pues para ocurrir a esta necesidad de la joven obrera ha inventado las escuelas profesionales de obreras y talleres modelos de educación, en los cuales no solamente se enseña el trabajo con que pueda ganar el pan, sino también la instrucción conveniente a su estado, edad y condición, con que pueda poner su virtud a cubierto de los continuos ataques que la amenazan. ¿Y habrá ya bastante con esto? Habéis fundado asilos, cunas, escuelas primarias, escuelas profesionales, talleres modelos, y ¿creéis que está ya asegurada la vida de la obrera? No, con ser mucho, aún no es cuanto se necesita.

* * *

Traed a vuestra memoria las gravísimas y múltiples obligaciones con que se ha de ligar esa joven que venís preparando desde su niñez... Para cumplirlas todas no es demasiado pedir que sea heroína. ¿De modo que hay que formar de ella una heroína? ¡Sí! Pues entonces fijaos, os ruego, en que aún se os escapa; a pesar de vuestro celo, a pesar de la admirable organización de vuestros establecimientos cristianos y sociales en be-

neficio del pueblo, vuelvo a deciros que aún está fuera de vuestra vigilancia la hija del obrero. ¿Dónde va por la noche? ¿Dónde los días de descanso? ¿Dónde los días de fiesta? Hallándose sola, en sí misma ha de encontrar fuerzas para conservarse como es conveniente y necesario.

¡En sí misma!... ¿Qué fuerzas, qué recursos tendrá en sí misma una joven de dieciseis años?

Voy a decíroslo.

Encuentra toda clase de tentaciones y de pasiones. En primer lugar, siente dentro de sí esa como necesidad inevitable de agradar, ese deseo de amar y de ser amada; luego un deseo al parecer irresistible de diversiones, alegrías, junto con el inseparable cortejo de ilusiones y locas esperanzas de que esta lleno el corazón a los dieciséis años. Por otra parte halla inexperiencia de cosas y personas, fe ciega a cuantas promesas se le hagan, complacencia en curiosidades aún peligrosas... en una palabra, halla dentro de sí cuanto la puede hacer caer y la puede arruinar.

Enfrente de todo esto ya sé yo que tiene la voz de su conciencia y de su propia estimación que le habla, como a nosotros, con lenguaje severo e imponente, y os concederé con gusto que también tiene lo que con mucha razón se ha llamado por alguno la segunda religión de la mujer, es decir, horror a la deshonra. Sí. Todo esto tiene. ¿Pero sabéis lo que no tiene?

Ese amparo de ciertas delicadezas y formas de la alta sociedad que os defiende a vosotras continuamente, y pone a vuestra virtud aun al abrigo de vuestras propias flaquezas. ¡Fortaleza casi inexpugnable podríamos llamar esa muralla! ¡Pero la pobre obrera se halla sin este escudo! Lo que para vosotras es poco menos que imposible, es para ella sumamente fácil... Lo que entre vosotras se ve con horror, entre las jóvenes del pueblo es casi normal... Lo que a vosotras os hace

temblar de pensarlo nada más, a ella le es familiar... y lo que os haría a vosotras morir de vergüenza, ¡ni siquiera vale para sacar los colores al rostro a una de sus continuas compañeras!

Y en medio de las pasiones que la arrastran, y la conciencia que la contiene, ¿qué es lo que ve la que sale del taller? Ha estado trabajando en él toda la semana, sale con hambre, no ya solamente de descanso, sino de distracciones, placeres y diversiones... y ved esos teatros por horas de vuestras ciudades, abiertos de par en par, con iluminaciones que deslumbran y músicas que arrastran... la llaman, la encantan y la venen... ¡Cuesta tan poco la entrada!

Más allá, en otra casa, ved cómo se divierten, y cómo danzan, y cómo... Pues también entrará esa joven... ¡Cuesta todavía menos!

A través del brillo de los cristales de los escaparates, sin saber qué hacer, como clavada en la acera, ve pasar, alegres y risueñas, a sus amigas en tropel, oye los cánticos que la sacan fuera de sí... parece que todo un mundo se abre para ella y le dice con nuevos encantos: «Ven», «ven».

¡Ve aún más! Allá en la obscuridad... ¡Oh infamia de las pasiones y de las concupiscencias humanas! ¡La mano de un rico la ofrece... oro... alhajas... cuanto quiera!

Pues bien, ¿dejaréis, señoras, sola a esa pobre obrera en medio de los placeres... en medio de los encantos... en medio de las seducciones? ¡Ah! No. Que vuestra caridad ha inventado esa nueva institución de los Patronatos. A ellos lleváis a la joven después del taller para que en ellos encuentre el descanso que necesita, la alegría que la encanta, y para que en ellos tenga los días festivos un nuevo amparo su virtud. ¡Nuevo lugar puesto bajo la vista de Dios, «entre el vestíbulo y el altar» del templo!

Ahora sí que habremos acabado la empresa de poner a salvo la vida de la pobre obrera, ¿no es verdad? Pues todavía me atrevo a deciros que no las salvaréis a todas... Si alguna llega a caer, ¿la dejaréis sumida en el fango de la ignominia y de la deshonra? ¡No!... Porque os veo tenderle la mano, levantarla y restablecerla en su primitiva reputación; y ella, animosa, ora por vuestras cariñosas reconvenções, ora por vuestros propios ejemplos, se postra en presencia del Dios a quien ofendió, en demanda de perdón para sí y de bendición para su prematura familia.

Aludo, como veis, a la obra admirable de San Francisco de Regis, con la cual sí que queda asegurada la salvación de la obrera. Recapitulemos, pues, si os parece bien.

La cuna, la escuela primaria, la escuela profesional, el taller, el patronato y la obra de los matrimonios.. ¿Pero qué digo? No. Me falta todavía una cosa. He olvidado precisamente la obra que me ha movido a reuniros aquí hoy. ¡Me falta todavía la piadosa institución de las viudas pobres!... Estas infelices y desventuradas por la muerte de su esposo, a quienes vais a visitar, socorrer y consolar cuando se hallan bajo el peso de la mayor pena y aflicción de su vida. Nada he dicho, y se me olvidaba hablaros de esa obra naciente de tanta actualidad, tan caritativa y tan cristiana y sumamente moralizadora; de esa obra que proporciona trabajo a la mujer que lo necesita; de esa obra que podremos llamar la Bolsa del trabajo; de esa obra que aún está por fundar, pero cuyos fundamentos se ven ya; la obra quiero decir, del Asilo nocturno para mujeres.

¡Cuadro hermoso, señores! ¡Conjunto magnífico! Monumento espléndido de vuestra caridad es el que acabo de describiros. ¿No es verdad que es admirable? ¿No es verdad que es grande?

Pues no se necesita menos para salvar la vida de la infeliz obrera.

Y cuando esa niña tierna, destinada por la divina Providencia para ser obrera, haya pasado por esos establecimientos de caridad y su alma haya quedado impregnada de la religiosa educación que en ellos ha recibido y que tan esforzado hace al corazón de la mujer; si mientras ha estado en ellos ha conocido qué deberes ha de cumplir, qué enseñanzas ha de dar, entonces estará dispuesta para ser verdadera esposa, verdadera madre y resignada viuda; sentirá en sí ánimos hasta para ser mártir. Con esta educación cristiana, por dura que sea la suerte que le toque, no faltará en la familia la divina llama que la purifique, con la cual el esposo se encienda y se enmiende, los hijos templen sus deseos y la familia entera se salve.

Esta es, señores, la empresa que habéis llevado a cabo por medio de esas instituciones cristianas, a cuyo sostenimiento estáis contribuyendo cada día con creciente generosidad.

* * *

¿Necesitaré, pues, rogaros y animaros a que sigáis prestando esas limosnas tan abundantes y tan fecundas? No, ciertamente. ¿No es verdad?... ¡Oh, decidme que no! Decidme más bien que precisamente en eso está puesto todo vuestro empeño y todo vuestro corazón. Decidme mejor que a eso os lleva vuestra propia inclinación y deseo, y que vuestro corazón no late sino a impulsos de compasión hacia esas infelices criaturas tan necesitadas de vosotras, hacia esas pobres confiadas a vuestro cuidado por el mismo Dios, ¡porque Dios os las ha encomendado, señoras!

«Dios, dice Bossuet, ha encomendado a los ricos el cuidado de los pobres, y a éstos les ha señalado por sustento lo superfluo de aquéllos... ¿Lo habéis oído,

señoras y señores? A vuestro cargo ha puesto Dios la vida de los pobres. Luego añade el mismo autor las palabras sacramentales del Apóstol San Pablo: «Para que así haya igualdad»: *ut fiat aequalitas*.

Sí; cierto estoy: a ello os lleva vuestro corazón... Pero ¿qué digo? si hasta vuestros mismos hijos lo comprenden, y, a vuestro ejemplo, se dejan llevar de las mismas inclinaciones.

Permitidme que os cuente un rasgo de un niño, que no hace mucho me contaron a mí, y que siempre que me acuerdo de él causa en mi alma singular consuelo. Venía de la escuela una niña de diez años, toda deshecha en llanto: «¡Ay, madre mía!—dijo—¡si supieras lo que acabo de ver!—¿Qué, hija mía?—He visto cerca de la puerta de las Hermanas un muchacho muy pobre, muy descolorido y enfermo... Tenía tanto frío, que ni frotarse las manos podía. Yo al verlo así... no me riñas, madre mía, le he dado los guantes.—¡Por qué he de reñirte, querida mía!—repuso la madre, y luego la abrazó tiernamente.—Pues bien, escucha, mamá—volvió a decir la niña,—he pensado que no me compres este año los aguinaldos, y que en cambio me des cinco francos para este pobre necesitado.—Mejor será otra cosa, Margarita mía; tráele a casa, y desde mañana ese pobre estará a tu cuidado y nosotros le tendremos de toda su familia». Margarita al oír esto saltó de gozo al cuello de su madre .. y al día siguiente, sin temor al frío ni a la lluvia torrencial que caía, fué guiada por la criada a buscar a su pobre.

Cuando yo estudiaba mi carrera, nos leían la historia del antiguo Senado de Roma. Entre todos los patrios que iban desfilando por nuestra memoria había uno muy singular, que si atraía por lo severo de su carácter, excitaba la risa por la tenacidad con que defendía siempre sus ideas, Catón de Útica, quiero decir. Su amor a la patria era tan grande, que para él no ha-

bía más esperanza de salvarla que la destrucción de Cartago; y tenía siempre tan fija esta idea, que no pronunciaba discurso que no acabase infaliblemente por las palabras de siempre: «*Delenda est Carthago*: hay que destruir a Cartago». Entre los senadores, yo supongo que muchos, a la larga, después de haber oído varias veces el mismo final, viendo que se acercaba el fin del discurso, se reírían y se dirían unos a otros al oído: «*Delenda est Carthago*: hay que destruir a Cartago». Nadie, por lo menos, podía dudar del noble sentimiento que arrancaba a Catón tales palabras.

Pues, señores, reid si os parece, pero yo no puedo excusarme, yo también tengo una idea fija que constantemente me persigue: tengo mi *Delenda est Carthago*, y quizá os lo estáis diciendo al oído: «¡Ricos, ricos! ¡Hay que visitar al pobre! ¡Hay que visitar a la obrera!»

Porque hay una cosa que el pobre y el obrero necesita más que vuestras limosnas y vuestras riquezas: esa es vuestro respeto, vuestra estima y vuestro cariño.

Hay una cosa que hiera al obrero más aún que vuestros despilfarros y vuestro lujo, y es que, viéndole caído y humilde, vosotros os mostréis con él indiferentes u orgullosos.

En la desigualdad que ve el obrero entre su suerte y la vuestra, hay una cosa que le excita mayor odio y rencor y le lleva a la revolución, y es vuestro desdén.

Por el contrario, ¡si supierais cómo se le gana el corazón con un saludo respetuoso, con una conversación cariñosa y con solo estrecharle la mano!...

La limosna que le dais socorre su necesidad, es cierto, pero en nada altera la distancia que os separa a costa suya; porque la limosna os deja a vosotros como estabais, muy altos, y al obrero muy bajo. Al paso que cuando le saludáis, le habláis o le estrecháis la mano,

parece que vosotros le ponéis a la altura vuestra, vuestros corazones se juntan con el suyo y sois más hermanos suyos, y unos y otros más hermanos de Jesucristo.

¡Y vosotras, señoras, no sentís qué alegría es para la obrera y qué ánimos y que esfuerzos recibe al veros entrar en su pobrecito albergue, y preguntar por la familia y por los hijos; al oír de vuestros labios palabras de compasión, de esperanza, de consejo y de cariño! Seguramente que ella con estas demostraciones levantará su espíritu a regiones más elevadas... ¡Será, quizá, desgraciada y pobre, pero no se conceptuará abandonada!

Ahora voy a deciros una de mis mayores penas, uno de mis mayores asombros. Cada día estamos viendo las pruebas inequívocas de vuestra generosidad sin límites. Si se acude a vosotros en demanda de auxilio para éste o el otro pobre, para éste o el otro establecimiento de caridad, no escatimáis el oro y correspondéis con creces a los deseos del que llama a vuestra puerta.

Si se os anuncia alguna rifa, sea con el nombre de tómbolas, fanci-fair o Kermesse, que ahora están en boga, al punto acudís a ellas con una diligencia y buena fe admirables... Tanto los que venden como los que compran los objetos de las tales rifas esfuerzan sus ingenios y dan muestras de extraordinaria bondad y constancia para conseguir realizar su intento... Es menester llevar adelante la empresa, y conseguir que siempre salga con buen resultado.

Y si se os propone, por supuesto, para alguna buena obra de beneficencia, algún concierto (que no será tal si falta el baile final), algún convite para favorecer a éste o al otro, a esta o a la otra... ¡Oh! yo no sé entonces lo que pasa. Ya no es la puntualidad ni el desprendimiento lo que hay que admirar y ponderar... sino

una actividad verdaderamente loca, una pasión; no es ya la virtud de la caridad, sino la pasión de la caridad la que no os deja un momento de reposo.

Pero que se os proponga y se os ruegue nada más que acompañéis a visitar a un obrero enfermo y necesitado, a un pobre de solemnidad... ¡Dios mío! ¡qué hiel, qué hormigueo, qué repugnancia notáis en todo vuestro sér! ¿Y por qué?... ¿Por qué tanta frialdad? ¿Por qué tanta repugnancia?...

Tan sencillas y tan francas sois que no lo ocultáis, y decís que la fancy-fair y la Kermesse, el concierto y el baile, para objetos de beneficencia, os gustan mucho más y son más... agradables.

Pues este es precisamente vuestro engaño y un grandísimo error que nunca deploraremos como se merece. Haced vosotras mismas la prueba, y gustad, aunque no sea más que una vez en la vida, las dulzuras, los encantos y la satisfacción que se encuentran en la virtud, ¡y os aseguro que no hallaréis modo de explicar lo que pasa por vuestra alma! Al volver del pobre albergue de la obrera, vuestro corazón no cabrá en su asiento, saltará de gozo y os sentiréis perfectamente dichosas. ¡Conqué paz descansaréis, y qué dulces pensamientos acudirán a la hora del reposo!... No acudirán, no, en torno vuestro, a turbar vuestro sueño, ese tropel de desengaños, tribulaciones, pesadumbres y celos que os siguen al volver de una fiesta mundana, y desgarran vuestro corazón como las espinas de un zarzal desgarran el traje que en él habéis dejado prendido.

* * *

Corriendo veloz la noche, había hecho ya toda su carrera... En el horizonte, los tenues resplandores y los sonrosados celajes de nubes sin cuento anunciaban ya la llegada del sol... De repente, como si se hubiera producido un inmenso relámpago entre el cielo y los montes, dejó ver su encendido rostro el astro del día,

y sus rayos fueron de valle en valle y de prado en prado corriendo hasta el portal de Belén; aquí se detuvieron, dieron toda su luz y todo su resplandor... ¡y formaron el primer día de la nueva era! María recibió en sus manos al fruto de sus entrañas con toda sumisión y con todo su amor, y José, profundamente arrodillado y cruzados sus brazos, adoró respetuosamente a su Dios... *Adoro te devote, latens Deitas.*

El ruido de pasos cada vez más cercanos y voces entrecortadas de hombres llegaron a oídos de María súbitamente; era una embajada que estaba esperando a la puerta la entrada. Graves y atentos, con todo el lujo y esplendor de sus propias cortes del Oriente, entraron tres reyes al portal, y en pos de ellos toda su comitiva, presa de la mayor curiosidad y extrañeza... María, la obrera de Nazaret, dió a conocer a su Hijo a estos reyes que con tanto anhelo le buscaban, y unos después de otros le adoraron también con la más profunda demostración de respeto y amor. Luego fueron extendiendo en presencia del Niño y de la Madre, sobre preciosos tapices, los riquísimos presentes que traían, a saber: oro, incienso y mirra:

¡Señores! Esta fué la primera visita que en la nueva era, en la era cristiana, hizo el rico al pobre, el patrón a su obrero.

¡Jesucristo se dignó aceptarla y quiso que su Madre Santísima la aceptase y se consolase con ella!

Por mi parte, señores, sólo diré una palabra para concluir. Cuando vayáis a visitar a la obrera vosotras, cuando vayáis a visitar a la madre, viuda pobre y a su hijo, pensad que vais a visitar al mismo Dios, como fueron estos santísimos reyes... Como ellos vais a llevar presentes, y vosotros los tenéis divinos. Como ellos dejaréis en la morada del pobre el incienso de vuestro respeto, el oro de vuestra caridad y la mirra de vuestra compasión.

DISCURSO VII

LA MISERIA

CONFERENCIA FAMILIAR

«No hay más que dos miserias verdaderamente reales en el mundo: el remordimiento y la enfermedad; todo lo demás es ideal.»

(*Jose de Maistre.*)

SEÑORAS, SEÑORES:

LEÍA yo por centésima vez estos últimos días una de las más bellas fábulas de La Fontaine: *La Muerte y El Leñador* (1).

«Entre montes por áspero camino,
tropezando con una y otra peña,
iba un viejo cargado con su leña
maldiciendo su misero destino...»

Parecíame ver aquel pobre hombre sentado sobre su haz de leña, enjugándose con el reverso de su mano las gruesas gotas de sudor que le rodaban por las mejillas y se mezclaban con sus lágrimas.

- (1) «Un pauvre bucheron, tout couvert de ramée, sous le fais du fagot aussi bien que des ans gémissant et courbé. marchait á pas pesants et tachait de gagner sa chaumine enfumée. Enfin, n'en pouvant plus d'effort et de douleur, il met bas son fagot, il songe a son malheur ¿quel plaisir a-t-il eu depuis qu'il est au monde? ¿en est-il un plus pauvre en la machine ronde? point de pain quelquefois et jamais de repos; sa femme, ses enfants, les soldats, les impots. Le créancier et la corvée lui font d'un malheureux la peinture achevée...»

En verdad, ¿puede haber otro más pobre? Él ha pasado el día recogiendo en el bosque una a una todas aquellas ramas secas, le ha sido preciso escamondarlas, rajar a cuña muchas de ellas, partirlas en pedazos iguales, reunir las en hacecitos, atarlas con algún mimbre o sarmiento, y por todo ese trabajo... ¡qué jornal tan miserable!... Bien sabéis a cómo se venden esas carguitas de leña destinadas al fuego... ¡A quince pesetas el millar... a céntimo y medio el hacecillo!

¡Si al menos al volver a su choza, por ahumada que estuviese, encontrara en ella el corazón de su mujer y los brazos de sus hijos abiertos para endulzar la amargura de su vida y aliviar su pesada carga!... ¡Pero no! Su mujer y sus hijos—el fabulista lo afirma, y desgraciadamente el hecho no es inaudito en los anales del pobre,—su mujer y sus hijos están prestando su trabajo sin remuneración, a los acreedores, para colmo de miseria.

Cansado de semejante vida, quiere concluir con ella y llama a la Muerte... (1).

«Al fin cayó, y viéndose de suerte
que apenas levantarse ya podía,
llamaba con colérica porfía
una, dos y tres veces a la Muerte.

Armada de guadaña, en esqueleto,
la Parca se le ofrece en aquel punto...»

Mas por un cambio repentino de sus ideas, cuando la Muerte le pregunta:—¿Qué me quieres?... — ¡Oh! nada, contesta temblando, que me ayudes a volver a cargar mi haz de leña... nada más... ¡Gracias!... ¡Hasta otra vista!... Y escapa enseguida...

«Pero el viejo, temiendo ser difunto,
lleno más de terror que de respeto,
trémulo le decía balbuciente:
—Yo... señora... os llamé desesperado.

(1) «Il appelle la Mort.. Elle vient sans tarder.»

pero... —Acaba, ¿qué quieres, desdichado?
—Que me cargues la leña solamente.» (1)

¿Qué es lo que ha pasado en el espíritu de ese pobre hombre?

La Fontaine lo dice largamente en otra fábula; *La Muerte y el Desgraciado*; cuando hubo venido y se le mostró la Muerte: —¿Qué veo? —exclamó. —¡Quitadme de la vista ese objeto! ¡Qué repugnante es! ¡Qué horror y espanto me causa su encuentro! ¡No te acerques, oh Muerte! ¡Retírate! (2).

¡Todos nos parecemos un poco a ese leñador y a ese desgraciado, señores! Es nuestra historia la que ha descrito el bueno de La Fontaine. Todos a una época más o menos avanzada de nuestra edad, nos quejamos de la vida; nos parece inclemente, dura y triste; no vemos en ella más que una larga cadena de miserias, apenas separadas por algunos anillos felices, y la arrastramos penosamente tras de nosotros.

Y sin embargo, estamos pegados a la vida, estamos ligados a ella por todas las fibras de nuestro cuerpo, por todos los afectos de nuestra alma. «Con el dolor con que la uña es arrancada de la carne —dice en cierto lugar el Dante,— así yo me separé de Beatriz»; así también, y aun con desgarramiento más agudo, nos separamos nosotros de la vida.

¿De dónde viene esta contradicción? ¿Es la vida realmente tan miserable que hayamos de achacarle todo el mal que sabéis?

Es lo que me propongo investigar con vosotros.

(1) En vez de la traducción literal de La Fontaine, nos hemos permitido poner la fábula correspondiente de Samaniego, titulada *El Viejo y la Muerte*.

(2) «¿Que vois-je? ¡cria-t-il, otez-moi cet objet!
¡Qu'il est hideux! ¡Que sa rencontre
Me cause d'horreur et d'effroi!
¡N'approche pas, o Mort! ¡Retire-toi!»

Permitidme que lo haga sencillamente, con entera espontaneidad, como se hace en familia.

Miremos, pues, cara a cara las miserias de la vida. Fijemos atentamente nuestra vista en el enemigo, como hace un general al practicar un reconocimiento la víspera de una batalla. Quizá no nos parecerá tan temible. ¿Os acordáis de D. Quijote de la Mancha, divisando a lo lejos en el camino todo un ejército en orden de batalla? Sancho, el pobre Sancho, temblaba de pies a cabeza, y de buena gana se hubiera ocultado bajo el vientre de su rucio. Aquel ejército de turcos y moros no era, sin embargo, otra cosa que el inofensivo cortejo de cinco o seis penitentes encamisados de Salamanca.

* * *

Hay en la vida tantas miserias y tan diversas, que para tratar de todas es necesario proceder con orden y clasificarlas por categorías. Este trabajo preliminar es fácil.

Siendo el hombre a la vez cuerpo y alma, ángel y bestia, según Pascal, todas sus miserias afectarán o a su cuerpo o a su alma. Y siendo el alma, según los filósofos, inteligencia y voluntad, sus miserias propias afectarán o a su voluntad o a su entendimiento.

Miserias del cuerpo—Miserias del entendimiento.—Miserias de la voluntad.

Ahí están todas las miserias humanas, y no hay otras, porque ahí está todo el hombre.

Comencemos por el cuerpo si os parece. Es menos digno, pero le conocemos mejor; es un servidor, un criado, un mozo de cámara, un burro de carga, como le llama San Francisco de Sales, pero le queremos bien a este pobre asnillo, y el mismo amable Santo deseaba que se le tratara con dulzura y con bondad.

* * *

La primera miseria a que está expuesto el cuerpo del hombre es la fealdad.

No es difícil demostrar que la fealdad es una miseria. La belleza, en su concepto superior, es la realización de un tipo ideal que nos formamos de la raza humana, de esa raza tan elevada que, antes de crearla, se recogió Dios en sí mismo como para concentrar en esta obra regia toda su atención y habilidad divina. La fealdad es un repulsivo contraste con ese ideal. Es una obra que no ha salido bien, imperfecta, defectuosa; es un desecho, un desperdicio, una mercancía averiada.

Todos reconocemos, por otra parte, que la fealdad es una miseria. Nos compadecemos con efusiones de caridad, a veces excesivas... de las feas. Si somos más indulgentes con los feos—es cosa generalmente admitida que al hombre en nada le perjudica el ser feo, según aquello:

El hombre y el oso
cuanto más feo más hermoso,=

esa indulgencia, sin embargo, no es absoluta, y llega un momento en que aun de un hombre exclamamos: «¡Oh, no, eso es demasiado, eso pasa la raya, es excesivamente feo!»

Si no consideráis la fealdad como una miseria, ¿por qué os ponéis en guardia contra sus golpes? ¿por qué hacéis tantos esfuerzos por ocultar sus estragos? ¿por qué toda esa multitud de frascos, de polvos, de afeites, de tinturas, de aparatos y de artificios, cuyo anuncio, siempre buscado, aparece en la cuarta página de nuestros periódicos, en medio de los de ventas por causa de quiebra y de ruina?

Es, pues, una miseria. Pero es fácil observar que no es muy importante, sobre todo en nuestros días. La moda no está hoy por esas divinidades relativamente superiores que se llaman la belleza y la gracia. Rinde culto a dioses mucho más bajos, a dioses tan poco dig-

nos, que la mitología antigua no se atrevía a darles figura humana, y creía haber hecho mucho representándolos por un becerro. No hay hoy fealdad que no pueda comprar a precio de oro todas las indulgencias necesarias; ¡ni siquiera tiene **que tomarse** la molestia de ir las a buscar, todo el mundo corre a ofrecerselas!

Además, es una miseria de que se halla muy pronto consuelo. Únicamente en los laboratorios de física, señores, es donde los espejos dan imágenes fieles. Fuera de allí, nuestro amor propio los empaña, y se encuentra uno generalmente muy bien cuando se mira a ellos. Para cualquiera pequeña incorrección, que sería difícil disimularse, ocurren al punto multitud de compensaciones inesperadas.

Se las enumera uno a sí mismo, muy por lo bajo, al oído, y son tan dulces que se ruboriza uno de contento. Si hubierais dicho a Medusa que su cabellera de serpientes le sentaba a maravilla, que su frente, que sus ojos, que su boca producían fascinaciones irresistibles, no le hubierais descubierto nada nuevo. Mucho tiempo antes, mirándose al espejo, se lo había ella dicho a sí misma.

Y si se añade a esto la comparación, nuestros hábitos inveterados de caridad nos llevarán bien presto a dar gracias a Dios de nuestra suerte. «¡Gracias os doy, Señor, porque no me habéis hecho como a ese publicano...!» ¡Dios mío!... ¡Pero cuidado que es feo ese hombre!

Poco importante y de fácil y pronto consuelo es esta miseria, ni merece que nos detengamos más en ella; permitidme, pues, que pase adelante.

* * *

Descendiendo los múltiples escalones de la fealdad, se llega a los indecisos límites de la deformidad. No se sabe fijamente cuándo se pasa de una a la otra, pero

llega un momento en que desaparece toda duda; nos hallamos realmente en el país de la deformidad... ¿Es esto una miseria? Indudablemente, pero tampoco tiene tanta importancia como os figuráis, y quizá no tenéis motivo para compadecerla en los demás. Ciertamente, no es de las que acibaran la vida. Scarrón era un estropeado que andaba arrastrándose por el suelo, lo cual no le impedía el ser uno de los hombres más chistosos y alegres de Francia, ni le impidió siquiera el desposarse con Mme. de Maintenón, que llegó después a ser mujer del Gran Rey...

Entre las deformidades que os parecen las más tristes, la más triste acompaña generalmente a los caracteres más alegres. ¿No es un proverbio que «nadie es tan gracioso como un giboso»? ¿Qué deforme hay, por otra parte, que sólo por esto se ahorque desesperado?...

Pero si descendemos más abajo todavía, llegamos a ese grado en que la deformidad confina con la enfermedad, en que molesta, en que dificulta el libre ejercicio de las energías del cuerpo, en que le enerva, le debilita y le quebranta. La enfermedad, he ahí la verdadera, la única miseria real del cuerpo. Todo lo demás es fútil, confesémoslo, y se requiere toda la molición y apocamiento del hombre para quejarse de semejantes males.

¡Pero la enfermedad!...

* * *

No hablo de esas enfermedades que llegan siempre a punto para servir a nuestros caprichos, a nuestros berrinches y aun a veces a nuestras pasiones, y que entran en el arsenal de nuestros recursos con la misma facilidad con que las hacemos salir de él. ¡Todo eso es pura comedia, y a veces comedia infame!

No, yo hablo de la enfermedad seria, de esa que parece estar siempre en acecho y se precipita sobre nosotros al volver de una esquina, como un bandido que hace su presa en lo obscuro de las tinieblas. Nos hiere sin que lo advirtamos, en uno de los pliegues misteriosos de nuestro organismo, y allí, en la herida causada con la punta de su hierro, destila un ardiente veneno. Caprichosa en sus estragos, a veces mata como el rayo y de un golpe nos deja fuera de combate; a veces, sor-da y traidora, nos foca y se va, pero su veneno germina, progresa lentamente, extendiendo por nuestro cuerpo su mina subterránea, como las larvas inmundas que roen el corazón de un árbol ocultándose bajo una corteza vivaz y engañosa... Pero un día, por yo no sé que estremecimiento, sentimos que la muerte se halla cerca de nosotros, que se nos echa encima, que nos aprieta la garganta, y como una ruina largo tiempo preparada, nuestro cuerpo se deshace a pedazos y se reduce a polvo.

¡He ahí el mal del cuerpo y su miseria suprema!

¡Ah! señores; cuando uno tiene un alma ardiente y generosa, y siente a su servicio la fuerza y el fuego de un cuerpo brioso presto a galopar, como el caballo de Job; cuando dice, ¡ea!... ¡qué grato es trabajar y vivir!... Mas cuando esa pobre alma se agita en vano dentro de un semi-esqueleto; cuando no tiene para responder a sus órdenes más que músculos sin fuerza, nervios sin vigor y una sangre empobrecida, ¡qué miseria!... ¡Y cuántas veces no es esta la historia de los pobres descendientes de Adán!...

¿No habéis encontrado en vuestra vida algunos jóvenes y algunas doncellas a quienes Dios parece haber adornado como a porfía de todos los dones más preciosos del alma?... No hay luz que no se concentre en su inteligencia, ni bondad que no brote de su corazón... Miradlos... ¡en sus ojos profundos y puros brilla

yo no sé qué siniestro resplandor que os hace estremecer!

La enfermedad ha derramado su veneno en el pecho de esos infelices... ¡A los veinte años, como flores que doblagan su tallo bajo un cielo sin agua, se marchitan y sucumben! Todos esos tesoros del alma van a sepultarse en un ataúd con el polvo del cuerpo débil que no ha podido soportarlos.

Miseria tanto más punzante, cuanto que no nos hiere solamente a nosotros, sino que con el mismo golpe fraspasa los corazones unidos al nuestro. Decidme: cuando en las calles de una gran ciudad veís de repente, entre la multitud de caras extrañas que se entrecruzan delante de vosotros, el pálido rostro de un enfermo, ¿no embarga vuestro corazón un movimiento de dolorosa simpatía, y no os volvéis para seguir con la vista en su marcha lenta y mal segura a aquel pobre cuerpo que arrastra sus pies y vacila? No conocéis a aquel enfermo, y, sin embargo, si vuestro corazón es bueno, rogáis a Dios por él... ¿Qué será, pues, cuando el que sufre es un amigo, un hermano, una madre, un hijo?...

¡Oh! ¡el corazón de una madre ante el lecho de su hijo enfermo!

¿Necesito pintar ese martirio? ¿Tenéis necesidad de que os describa la angustia que ahoga a ese corazón ante aquel niño macilento que hace esfuerzos por sonreír a su madre y fija en ella sus ojos amortiguados?... ¡Toda su vida, toda su felicidad está allí, y ella no puede nada!... ¡El niño sufre, llora, gime, grita agujoneado por su mal!... ¡Ah! ¡cómo taladra su alma ese grito, ese grito de su hijo atormentado! ¡Y ella no puede nada!...

*
*
*

Una madre no tenía más que un hijo... el heredero

de una corona y la única esperanza de un pueblo. A los nueve años le alcanza la enfermedad y le hiere... El niño empieza a languidecer, y bien pronto es presa del dolor; el mal hacía sus estragos y torturaba aquel cuerpecito apenas abierto a la vida. Los oráculos de la ciencia europea rodeaban su lecho; pero ni ellos ni el amor y ternura de su madre llegaban a vencer a aquel enemigo que les desafiaba.

Todo el pueblo oraba; en todas las iglesias gemía el órgano modulando salmos de misericordia.

Era la fiesta del *Corpus*, y la procesión del día debía pasar delante de la verja de la regia morada... La madre, viendo que toda esperanza humana huía de su corazón, triste y desolada quiso hacer violencia a Dios.

Dispuso, pues, que acostaran al niño en un cochecito, y por las grandes avenidas del parque le condujeran suavemente hasta la verja. Era el mes de Junio; el cielo estaba limpiísimo, el sol deslizaba a través de las hojas de los árboles sus rayos alegres y sonrientes; las flores, balanceándose en las brisas, despedían ondas de suaves perfumes; las avecillas escapadas del nido saltaban por las ramas, ensayando sus primeros cantos. Todo era contento y felicidad.

Sólo su pálido hijito dejaba caer sin fuerzas su rubia cabecita sobre la blanca almohada.

Apareció el sagrado cortejo. De rodillas al lado del cochecito oraba la reina. La afligida señora vió la cruz rodeada por los niños de coro, revestidos de roja sotana y blanca sobrepelliz. ¡Sus ojos, su sonrisa, los colores vivos que el aire sano de la campiña prestaba a sus labios y mejillas, todo pregonaba fuerza y vida!... ¡La triste madre los veía!... ¡y veía también a su hijo!... Vió pasar todos aquellos grupos de niñas vestidas de blanco y coronadas de flores para la fiesta; las vió arrojar por el suelo rosas deshojadas menos rubicundas que sus frentes, coloradas por el pudor.

Las vió una a una, y sus ojos se volvían a fijar en su hijo, en aquel pobre niño que se moría.

Pasaba la gente, y no había madre que no volviese la cara a contemplar con tristeza muda y compasiva a aquel principito tan amado y de quien se decía que iba a morir.

El niño había juntado sus manecitas, sus ojos admirados estaban fijos en el cortejo de sacerdotes que se iba acercando; también él oraba. Sonaban las campanillas, nubes de incienso azulaban y embalsamaban el aire... Su Divina Majestad se acercaba... ¡Ya llega!... Del palió de franjas de oro salió el preste, avanzó hacia el regio infante, y sobre él y sobre su madre levantó el Señor, dándoles la bendición. Entonces se desbordó el corazón de la madre, oprimíale la garganta los sollozos, y cogiendo con sus dos manos a su hijo, le levantó bien alto, bien alto, ante la sagrada Hostia, para que el pobre niño estuviera más cerca de Dios, para que tocara a Dios, y como en el tiempo del Evangelio, saliera una virtud de Cristo y ahuyentara la enfermedad. Sintióse en la multitud un rumor sordo de lágrimas ahogadas.

El sacerdote les bendijo, y luego pasó adelante. Y el cochecito, seguido de la madre llorosa, se volvió silencioso y sombrío a través de las viejas avenidas del palacio.

¡Todos vosotros conocéis, señores, el desenlace de esta historia; todos nosotros hemos llorado a ese príncipe, a quien Dios reservaba mejores destinos que las fragilidades y tristezas de un trono de acá abajo!...

Pero ante ese dolor de una madre, ¿no tengo razón para afirmar, como lo hacía hace poco, que para nosotros, lo mismo que para los demás, la verdadera, la única miseria del cuerpo es la implacable enfermedad? ¿Qué es todo lo demás en realidad? No me culpéis si al lado de ella me he atrevido a recordar, nada más que

de nombre, aquellas de que nos hemos ocupado anteriormente.

*
* *
*

Fijaos bien en que he dicho: la enfermedad y no la muerte. La muerte no es una miseria... Aunque os parezca sorprendente, repito que la muerte no es una miseria. ¡Por la sencillà razón de que la muerte... iba a decir que no es nada!... La muerte no es otra cosa que ese momento invisible que pone término a una vida, pero que a la vez da principio a otra.

Permitidme una comparación que ahora me ocurre y que hará que me comprendáis; mi reloj marca segundos: entre el segundo que termina y el segundo que empieza da un golpecito; la muerte es entre nuestras dos vidas una cosa así como ese golpecito, ese *tic* con que termina el primero y empieza el segundo de los segundos. No es como un puente colocado entre esas dos vidas, y para cuya travesía se necesita algún tiempo, no; es como esa línea ideal que corre a través de los campos separando dos países que confinan. El último grano de arena belga toca con el primero de arena francesa. El último segundo de nuestra vida presente toca con el primer segundo de la vida futura; la muerte es tan poca cosa, que ni siquiera los separa. Puede haber miserias en la vida que termina, puede haberlas en la vida que comienza, pero es imposible que las haya en la muerte, no siendo ésta más que la separación ideal de entrambas vidas.

Vuestra sorpresa proviene de que, generalmente, nos formamos de la muerte un concepto muy distinto. Estamos tan acostumbrados a personificar a todo el hombre en sólo su cuerpo, que le vemos aún en ese cadáver amarillento y frío tendido ahí en el lecho entre los pliegues inmóviles de sus sábanas.

La muerte nos parece así un estado sordo que se

prolonga durante la vigilia funeraria, en el ataúd, bajo el negro catafalco, en la fosa y bajo los pocos pies de tierra que se nos echa encima como la última cobertura de este mundo. Pero esto es falso, lo sabéis desde que aprendísteis el Catecismo, esto es falso. Aún no se habrá levantado la mano que sobre vuestra enfriada arteria seguirá las últimas pulsaciones de vuestro corazón, aún no habrán pronunciado los labios de los supervivientes la terrible palabra *acabóse*; aún no se habrá escapado de su pecho el primer grito de dolor, cuando ya vosotros, vosotros mismos, viviréis en esa vida que nunca ha de tener fin. No hay en el curso de vuestra existencia un solo momento en que ceséis de vivir... dejadme que os lo repita: no hay un momento en que haya de cesar vuestra vida; hay, sí, un momento en que vuestra alma dejará aquí su despojo para remontar su vuelo hacia las regiones de allá arriba; ¡no hay más!... ¿Cuándo nos convenceremos de una vez que este despojo, que estos músculos, que estos nervios y estos huesos no constituyen todo nuestro sér?

Vuelvo, pues, a decirlo, y no veo que me podáis contradecir. No hay miseria en la muerte; puede haberla antes, puede haberla después, pero en la misma muerte es imposible que la haya.

¿Qué digo? ¡Si la muerte, señores, es más bien un motivo de consuelo!

Y aquí voy a armarme contra vosotros de vuestras propias armas. Si verdaderamente la vida se halla tan llena de miserias, la muerte, que es el fin de ella, debe ser deseable, y por esta causa le llama el leñador:

«¡Oh muerte, cuán hermosa me pareces,
ven presto, ven, pon fin a mi tormento!»

Es cierto que, llegada la muerte, cambia en seguida el hombre de parecer... Mas ¿por qué?

Porque le falta la fe. Si tuviera, como nosotros, fe en el porvenir, si creyera en el paraíso, en ese cielo donde

Dios, el infinitamente bello, el infinitamente bueno, el infinitamente amante será amado y poseído por nosotros eternamente... ¡oh! ¡a no estar loco, no hubiera rechazado la muerte!

¡También es posible que no tuviera la conciencia bien en regla!

¡Ah! en ese caso, lo reconozco, es prudente recelar. Pero, señores, si ese leñador no tiene la conciencia en regla, si no la tenemos en regla nosotros, ¿de quién es la culpa? ¿Es de la muerte? ¿No es más bien nuestra?

Luego la muerte no es una miseria, es más bien un motivo de consuelo, puesto que es el término de la prueba y el primer paso en la región de la felicidad.

* * *

Oigo que se me objeta, en nombre de la filosofía ante todo: «Siendo el hombre, se me dice, cuerpo y alma, debe tender, como todo sér, a mantenerse en las condiciones de su naturaleza. Ahora bien, la muerte, al separar el alma del cuerpo, destruye la unión de los dos, desgarrá al hombre, lo coloca en un estado de sufrimiento natural que no puede menos de ser para él una miseria. Fatal, necesariamente es preciso que su instinto le haga sentir repugnancia a semejante desunión».

Perfectamente, soy de vuestro parecer: el instinto del hombre le hace sentir repugnancia a la muerte: él es, es el instinto, el que tan a menudo triunfa aun de las almas más santas y las entrega a todas las angustias y a todos los terrores. Sí, es el instinto.

Pero, señores, ¿es al instinto a quien debemos prestar oído, o bien a la razón y a la fé?

La filosofía no es la única en presentarnos objeciones; júntase también a ella el corazón. «Sí, me dice éste, la muerte no es más que un instante; mas ese instante fatal separa corazones que se aman, un hijo de

una madre, una madre de su hijo, un marido de su mujer, un desposado de su desposada. ¿Carecéis de entrañas para estos dolores? ¡Oh! ¡no! yo he derramado esas lágrimas; he sentido esa división del alma desgarrada en dos; sé lo que se sufre ante esos muertos, ¡y cuán amarga nos dejan la vida!... Pero vuelvo a preguntaros aquí otra vez, señores, ¿por qué es tan poco viva nuestra fe? ¿Por qué no escuchamos aquella dulce frase de nuestros libros santos? «¡No os contristéis como los que no tienen esperanza!»

¿Por qué consideramos como perdidos para siempre a esos queridos difuntos que nos esperan y a quienes hemos de volver a ver?

¿Por qué creemos muertos a los que viven, pues en realidad viven y nos ven, y nos escuchan, y nos aman, lejos de nosotros, sí, pero no tan lejos que sus bendiciones y su amor no nos envuelvan; lejos de nosotros, sí, pero cada día más cerca de nosotros, pues cada día que pasa nos acerca a ellos para volverlos a ver en eterna entrevista, donde quedarán indisolublemente soldados nuestros corazones y se comunicarán de nuevo mutuamente sus afectos, en adelante inmortales?

¡Ah! señores, si tuviéramos esa fe más viva, si creyéramos mejor en aquella palabra que repetimos maquinalemente todos los días «la comunión de los santos», no nos consideraríamos como separados de nuestros muertos, nos sería gratísimo vivir todavía en nuestros pensamientos con esas almas de allá arriba que nos fueron tan queridas acá abajo, y suplicarlas, interrogarlas, confiarles nuestras penas y nuestras alegrías, nuestros temores y nuestras esperanzas. No las olvidáramos nunca—porque, en fin, sí, lloramos a nuestros muertos, pero ¿podemos asegurar que nunca los olvidamos?—y cuando llegase la hora de volvernos a ver, no nos presentaríamos delante de ellos

como delante de amigos perdidos hace mucho tiempo y encontrados de repente, cuyos rasgos examinamos sorprendidos para refrescar la memoria.

«¡Ah! ¡voy a encontrar a mis muy amados!... Tal sería la exclamación del cristiano, y esta exclamación sería una exclamación de júbilo.

Cuando en el Viejo Testamento refería un escritor sagrado la muerte de un patriarca, decía: «Fué a juntarse con sus padres», y en esto hallaba el consuelo más poderoso, el único consuelo de los sobrevivientes.

Pero me apresuro a dejar ese contento, que, a pesar de todos mis argumentos, pudiera pareceros demasiado sombrío. Dejemos allá el cuerpo y pasemos a la inteligencia.

*
* *

El bien de la inteligencia es la verdad. La unión del espíritu con la verdad total, consumará su felicidad.

Síguese de aquí que una inteligencia será tanto más feliz cuanto mayor suma de verdades posea, y que su miseria será tanto más profunda cuanto más desprovista se halle de ellas.

Por tanto, la ignorancia parece ser la miseria propia de la inteligencia.

La ignorancia nace, o de la inacción, o de la impotencia del espíritu.

Un talento, por bueno que sea, si por su culpa o por la fuerza de las circunstancias permanece en completa inacción respecto de la verdad, si no la busca con el estudio personal, o simplemente no la acepta cuando se la ofrece la enseñanza, se hallará fatalmente desprovisto de la verdad y entregado a la ignorancia, aunque en grados diversos, según los diversos grados de su misma inacción. De ahí la mera ignorancia, la ignorancia por desgracia o por pereza. El instrumento es bueno; pero el obrero le ha dejado dormir.

Al contrario, por más que un talento despliegue toda su energía y realice todo su trabajo para llegar a la verdad, si carece de capacidad y de amplitud no llegará jamás a poseerla, porque se le desborda, es más ancha que sus brazos, no puede abarcarla con ellos.

Esta es la ignorancia por impotencia. El obrero es bueno, pero el instrumento no vale nada. De tal entendimiento no se dice que es ignorante, se dice que es débil, imbécil, idiota, y descendiendo todavía más, después de algunos intermedios sin denominación precisa, se llega a decir, no ya espíritu débil, no ya idiota, sino loco.

La inacción, la estrechez, el idiotismo y la locura; tales son las causas de la miseria de la inteligencia. Mas la revista de esas causas me parece de una utilidad insignificante; la miseria misma, la ignorancia es la que nos conviene examinar de cerca.

La ignorancia ¿es una miseria? ¿Lo entendemos efectivamente así cuando hablamos de las miserias de la vida?

Estoy tentado a responder: sí, la ignorancia es una miseria, y la prueba de ello es que todos sentimos lástima del ignorante, que nos sentimos embargados de compasión y de generosa piedad para con esos pobres idiotas a quienes en otro tiempo con tanta propiedad se les llamaba «inocentes»; ¡nos sentimos, sobre todo, con el corazón oprimido y el alma lacerada ante ese misterioso espectáculo del loco... de ese hombre que ya no tiene más de hombre que la forma exterior, y del cual parece haberse escapado el alma! ¡El loco! ¡la locura! ¡problema insondable! «¿Cómo—exclama Lacordaire—cómo el hombre, viviendo, pierde de repente la conciencia de su vida espiritual y moral hasta el punto de no seguir ya la huella de los pensamientos que le restan, como un cazador a quien se escapa la presa que quiere perseguir todavía?.. ¡Yo no lo sé! Dios sólo

conoce el punto donde le hiere, el resorte que rompe. En cuanto a nosotros, espectadores y víctimas, nosotros vemos sin comprender, y nos lamentamos sin instruirnos... Ayer aún esos espíritus escudriñaban con su mirada los astros del cielo y los escollos del pensamiento. Ahora el hilo de la verdad se ha roto para ellos; su memoria les presenta todavía los materiales de esa verdad, y ellos escuchan, hablan, enlazan unas palabras con otras, pero sin que las ideas correspondan a ese enlace por su concordia lógica, a semejanza de esos palacios cuya artística belleza y admirable orden hubiera sido destruído por repentina catástrofe, y cuyas piedras, dotadas de movimiento, buscaran en vano el sitio que antes ocupaban. ¡Espectáculo inenarrable de miseria! Esos desgraciados no tienen el instinto del bruto, y tampoco tienen la luz superior del hombre. ¡Serían más grandes, serían de mejor condición si pudieran descender, pero no pueden! Les queda la figura humana con una espantosa disminución de fisonomía, y los relámpagos de inteligencia que cruzan todavía por allí añaden a su derrumbamiento el carácter trágico de una irrisión... El infierno tendrá dolores más grandes, quizá no tenga degradación más profunda» (1).

Parece, pues, que todos reconocemos la ignorancia como una miseria. Una cosa me extraña, sin embargo, y me hace reflexionar... La reconocemos como tal y la deploramos en otros. Pero ¿la reconocemos, la deploramos cuando la descubrimos en nosotros mismos? ¡No!... ¡en nosotros ni siquiera la descubrimos! El loco ignora su locura, el idiota ignora su idiotismo y el mismo ignorante ignora su ignorancia... El loco declara locos a los demás y se tiene por cuerdo; el idiota se halla generalmente muy satisfecho de su ingenio, y el ignorante no sufre nada por el vacío de su inteligencia.

(1) Lacordaire, *Conferencias de Tolosa*, 2.^a conferencia.

¡Se necesita gran talento, señores, para descubrir que ese talento tiene límites, y sólo a fuerza de ciencia se llega a reconocer que no se sabe!... ¡Observadlo bien! El ignorante está lleno de afirmaciones acerca de todas las cosas; sólo el sabio se agita en medio de las dudas.

Por paradójico que todo esto os pudiera parecer, nada hay, sin embargo, más verdadero; no hay una sola de mis afirmaciones que no se preste a la experiencia cotidiana.

Encontrándome yo en el Jardín de Aclimatación de Amberes ante una gran tortuga encerrada en una jaula en medio de serpientes y cocodrilos, me pregunta un compañero mío: «¿A qué especie pertenece esa tortuga?» Yo lo ignoraba, y respondí sencillamente: «Lo ignoro». Un hombrecillo gris, seco y viejo, que se hallaba a mi izquierda, se irguió al punto, y dirigiéndose a una mujercilla más gris, más seca y más vieja que él mismo, a la que llevaba del brazo, y que sin duda debía ser su esposa, le dijo en seguida en voz muy alta: «He ahí una tortuga marina». Nada más distante de ser marino que aquella tortuga, y hasta el último de mis discípulos la hubiera [declarado terrestre. Y aun cuando hubiera sido marina, esta palabra nada nos descubría sobre su especie. Es muy cierto, sin embargo, que mi hombrecillo se encontró satisfecho y encantado de haberme dado una lección... El era más feliz que yo. Yo era menos ignorante que él. La dicha en que reboaba le provenía de su ignorancia; gozaba de ella como de una ciencia altísima.

En verdad, señores, ¿no os parece una miseria bien singular lo que nos contrista cuando aflige a otros, y que nos deja insensibles y que ni aun siquiera sentimos cuando nos toca a nosotros mismos? Aquí hay un misterio que nos es preciso profundizar.

O las palabras no tienen valor, o lo que yo llamo una miseria debe hacer al hombre desgraciado.

La ignorancia ¿le vuelve desgraciado? Yo me lo pregunto.

¿Habéis visto al niño en aquella hora de la vida en que, como flor que se abre, deja todas las bellezas problemáticas de la cuna para desplegar las alas de la vida y ensayar su vuelo hacia el pleno desenvolvimiento de la juventud? Sus pasos son ya seguros, su boquita responde a sus deseos, habla, pregunta, observa; vedle en esa edad, todo es alegría, todo es dicha para él; un juguete le encanta y le entusiasma; una palabra, un gesto, le hacen soltar su risa como una lluvia de perlas. No tiene cuidados que vuelvan sombría su mirada, ni inquietudes que arruguen su frente; su corazón no sabe lo que es angustia, va de los labios de su madre a los brazos de su padre, como una pintada mariposa vuela de una a otra flor. Es la edad feliz; vosotros lo sabéis perfectamente, señores, vosotros que habéis atravesado ya otras... ¿Y no es esa la edad de todas las ignorancias?

Id a ciertos rincones ignorados de Flandes, de las Ardenas o de Limburgo, y quizá encontraréis allí, apartado de la aldea, algún pobre caserío de techo de paja y pardas paredes tapizadas de musgo y sombreadas por añosa parra que, formando pabellón y paseo cubierto ante la puería, muestra pendiente su regalado fruto.

Entrad en él; son las doce del día; el padre va a volver del campo. La madre, vigilante y animosa, ha terminado sus quehaceres; ha cuidado a su hijo, chiquitín de sonrosados mofletes, ha ordeñado la vaca y la cabra, sobre el verde ramaje del seto para que se seque; ha preparado la comida en su marmita ennegrecida por la llama de la leña y que al hervir a borbotones despidе a grandes bocanadas el penetrante olor de la grasa.

de las legumbres y de las patatas. Llega el padre... deja fuera su azada y demás herramientas, estampa un sonoro beso en las mejillas de su hijo, y se sienta en un banco o en un taburete; su hijo se le monta sobre las rodillas y le acaricia, mientras él y su mujer, sonriente y gozosa, se comunican las noticias de la aldea y de su pequeña heredad.

Estudad de cerca, os ruego, el cuadro que tenéis a la vista.

¿Creéis que esa pobre familia, sencilla, laboriosa, satisfecha de su suerte y no soñando en otra, esté sujeta a grandes miserias y a grandes sufrimientos?... La paz se ha refugiado bajo el oscuro manto de su hogar. Allí ha escogido su asilo cuando ha huído de vuestras casas, dichosos del mundo.

¡Y no obstante, esos rudos campesinos son unos ignorantes!

No quiero decir que su ignorancia sea la causa de su dicha ¡Dios me libre! Hago constar sencillamente que no la turba ni la compromete, que por ningún título llega a ser para ellos origen de un dolor o de una tristeza.

Desde hace un siglo se ha preconizado, a modo de panacea universal, el desenvolvimiento sin límites de la instrucción popular. Se afirma que la ciencia va a hacer la felicidad de los pueblos. «¡Lo sabréis todo: el bien y el mal! ¡y seréis como dioses! *Eritis sicut dii*».

Y animados de los sentimientos de una filantropía entusiasta, todos los países de Europa, todos los países del mundo, han abierto al pueblo, con una generosidad pródiga, las mesas del banquete donde debía correr esa divina ambrosía: la ciencia.

Ciertamente, si estuviera probado que la ciencia es una fuente de dichas nuevas, desconocidas hasta entonces a la humanidad, la ignorancia al cegarla, cerrándola para el pueblo, constituiría una miseria in-

contestable. Pero ¿es verdad que la ciencia sea una fuente de dicha para el hombre?

Confieso que acerca de este punto no estoy del todo tranquilo; no me disgustaría encontrar una demostración de eso más científica que todas las que suelen darse, y en las cuales veo grandes declamaciones, pero ningún argumento. Sé muy bien a lo que me expongo hablando de esta suerte; entreveo ya en lontananza rayos amenazadores; pero poco importa. «He temido siempre—decía Mirabeau—irritar a la razón, jamás a los individuos».

Por lo demás, no se trata aquí de saber si la ciencia es buena, útil, deseable, si conviene consagrar a ella la vida. Se trata de saber si tiene eficacia para hacer felices a las gentes.

Dos cosas me ofrecen dificultad. Cuando abro el programa de los conocimientos que se dan al pueblo, encuentro en él gramática, literatura, álgebra, geometría, nociones de física y de historia natural, y aun nociones de filosofía, cosas todas muy útiles... ¡Perfectamente!

Pero por más que me restregue los ojos, avive mi atención y fije mi espíritu, no veo el género de felicidad que esas utilísimas cosas van a dar al pueblo; yo no sé formarme imagen de la felicidad que dimana del conocimiento de los ocho libros de Legendre, o de la metafísica de Aristóteles, o de las reglas de concordancia del participio de pretérito.

No es menor mi segunda dificultad. Tenemos a la vista una generación entera abrevada desde su infancia en las fuentes de la ciencia. ¿Es feliz esa generación?

¿Qué es lo que veo? ¿Qué es lo que observo en la multitud de gente de letras, de estudios, instruída, de que está plagada la sociedad contemporánea: bachilleres, peritos, maestros, licenciados, doctores, ingenieros, mandarines de dos y de tres botones de las facul-

tades de Derecho, de Medicina, de Filosofía y Letras, de Ciencias, etc.? Lo que veo... es multitud de descontentos: descontentos de su suerte, descontentos de la sociedad que los desprecia, descontentos del poder que no llega a satisfacerlos, descontentos de todo, de todos y de sí mismos. Genios no comprendidos, sabios desdenados, talentos desconocidos, corazones agriados, lenguas maldicientes, espíritus rebeldes que rechazan el yugo y tascan el freno esperando llegar a romperle.

Lo que oigo .. es el murmullo ensordecedor de todas esas ambiciones no saciadas e insaciables; es yo no sé qué reconcentrada levadura de cólera que fermenta en esos pechos hambrientos de honores y de goces. De allí es de donde se oye salir el canto de guerra del radicalismo demandando sociedades nuevas y mundos nuevos, en que todos los desheredados de hoy lleguen al poder, a la abundancia y a la fortuna. De allí es de donde parten esos golpes de revolucionaria piqueta que conmueven hasta en sus cimientos el vetusto edificio social de la Europa. Allí se encuentra un ejército dispuesto a todos los trastornos y a todos los incendios.

¿Voy a hacer a la ciencia responsable de todos esos apetitos egoístas? ¡De ningún modo! Pero si ella no los despierta y conmueve, tampoco se muestra capaz de calmarlos. Quizá haya en la experiencia que se ha hecho una organización defectuosa... puedē ser que se haya descuidado el movimiento de alguna rueda... acaso haya que comenzarlo todo de nuevo. ¡Sea! Yo no quiero inferir de aquí nada, y, como hace poco decía, me limito a hacer constar que si la ignorancia no turba en modo alguno la felicidad del hombre, tampoco está demostrado que la ciencia tenga la propiedad de proporcionársela. Tiene indudablemente muchas utilidades; pero la cuestión no es esa. Yo exijo que se demuestre lo que puede para la felicidad. Y hasta que no

se lleve a cabo esa demostración, me creo con derecho a no colocar la ignorancia entre las miserias del hombre.

*
**

¡Ah! ciertamente, ¡hay una ignorancia que sería una miseria y la más espantosa de las miserias! Es la ignorancia de nuestro destino final; la ignorancia de nuestros deberes en el tiempo que se desliza, de nuestras esperanzas divinas en el porvenir que se acerca y nos llama. ¡Todas las demás no son nada al lado de ésta, porque todas las demás no tienen resonancia más que en esta transitoria vida de un día que vivimos aquí, mientras que la primera resuena y se prolonga como un trueno siniestro en el espacio inmenso de la eternidad!

Pero ¿quién sufre, señores, a causa de esa ignorancia, a menos que él lo quiera? ¿No es verdad que la más pequeña niña de aldea, que guarda vacas en el prado, cuando recita bien el catecismo sabe tanto o más acerca de todo eso que lo que sabían después de treinta, de cuarenta años de investigaciones los genios más profundos de la filosofía?

«Preguntad a ese niño—decía Jouffroy—de dónde viene el género humano, lo sabe; adónde va, lo sabe. Preguntad a ese niño, que en su vida ha pensado en tal cosa, para qué está aquí abajo y lo que ha de ser él después de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que acaso no comprende él todavía, pero que no por eso es menos admirable. Preguntadle cómo ha sido criado el mundo y para qué fin, por qué Dios ha puesto en él animales y plantas, cómo ha sido poblada la tierra, por qué los hombres hablan diversas lenguas, por qué sufren, por qué se hacen guerra y cómo ha de acabar todo esto, él lo sabe. Origen del mundo, origen del género humano, cuestión de razas, destino

del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con sus semejantes, derecho del hombre sobre la creación, nada ignora; y cuando sea mayor, no vacilará mucho más sobre el derecho natural, sobre el derecho político y sobre el derecho de gentes, porque todo eso sabe, todo eso se infiere con claridad y como espontáneamente del catecismo.»

Por desgracia ¡ay! se olvida el catecismo; a veces se le desdeña, se avergüenza uno de él, se reniega de él, y entonces, en vez de las luces que él esparcía en el espíritu, se acumulan densos y negros nubarrones, y bien pronto ruge en el corazón el huracán de la incredulidad y de la duda. Esto si que es miseria, lo reconozco; es una gran miseria para esa pobre alma.

Leed, señores, el admirable libro que Beaunard ha consagrado a las víctimas de la duda, y allí recogeréis, caída de sus propios labios, la confesión de sus torturas, escucharéis los gritos lanzados por esas almas sujetas al tormento del potro. Las pobres marchan azoradas y ansiosas a lo largo de la vida, sin saber ni de dónde vienen, ni adónde van... Podría comparárselas a un miserable perdido en el negro dédalo de una catacumba... el infeliz avanza por caminos sembrados de precipicios y de abismos, anda en medio de aquella noche espesa y sombría, con los brazos tendidos hacia adelante, tanteando con las manos y arrastrando tembloroso los pies como para preguntar al suelo.

Y así mueren.

¿De dónde proviene, señores, que estas almas sufran en su mente esas torturas de infierno?

Dios, que da la fe a quien se la pide, se la conserva a aquellos que, respetuosos y fieles, llevan como un tesoro en el vaso frágil de su entendimiento ese don precioso de lo alto. Pero éstos la han tenido en baja estima, su voluntad enorgullecida ha querido penetrar

el secreto de los misterios divinos, como penetraban los secretos inferiores de los misterios de la naturaleza. Oza tocó el arca santa; éstos han pretendido más, han querido abrir el arca santa y lanzar en ella sus curiosas miradas. Oza murió; éstos viven, pero ha quedado muerta su fe, ¡y así andan ellos! Lo que yo descubro es la raíz de la duda es la voluntad orgullosa.

O bien, entregados a las pasiones de los sentidos, se han propuesto huir de la luz que los condena, han deseado las tinieblas, en las cuales pudieran más cómodamente ocultar la vergüenza de su vida, y esas tinieblas los han envuelto. También aquí descubro yo la voluntad, pero no como antes enorgullecida, sino espantosamente depravada.

Notad una vez más que la duda en sí misma no es dolorosa. ¿Sufro yo cuando dudo de la verdad de un teorema de álgebra o de un principio de filosofía?... Y no obstante, la duda religiosa es una tortura. ¿Por qué? Porque se complica con un remordimiento. El remordimiento es el castigo propio de la voluntad que se ha vuelto al mal.

La duda es, pues, más bien fruto de la voluntad que del entendimiento. La voluntad es su verdadera fuente, y a ella es preciso atribuírsela, a ella debemos remon-
tarnos.

¡Vamos, pues, allá!

* * *

La dicha, para la voluntad, consiste en la unión con el bien; su desdicha, su miseria, en la unión con el mal. Como es libre, se dirige al uno o al otro sin encontrar obstáculo. Puede pareceros extraño que una voluntad cuya dicha está en el bien y cuya desdicha está en el mal, se vaya libremente tras del mal y deje el bien; pero en las tristes condiciones en que nos hallamos en este mundo, están sujetos nuestros ojos a las ilusiones

más fatales. El mal se nos presenta con la máscara de bien, y esa máscara es la que nos fascina. Cuando Eva, en contemplación admirativa y muda ante la manzana del Paraíso, se decidió la infeliz a levantar el brazo y a cogerla... ¿qué pensáis que quería?... ¿El mal? ¡De ningún modo! ¡Quería saborear las delicias que la prometía aquella sonriente manzana! Por desgracia, lo uno era inseparable de lo otro. Ninguno hay de entre nosotros que no haya experimentado en sí mismo ese debate contradictorio, nadie que no haya sentido su voluntad vacilante entre la tentación del deseo y el atractivo del deber, oscilar durante algún tiempo como un péndulo, después, en fin, como arrastrada irse al uno o al otro, según que el deseo parecía más embriagador o más dulce el deber.

Se dice a veces: «hacer el mal por el mal, por pura malicia»; mas esta expresión no es rigurosamente exacta, pues aun entonces mismo halla la voluntad en el mal una extraña satisfacción. Paso yo por las calles de una de nuestras grandes ciudades, se cruza conmigo un granuja y blasfema al pasar, y luego se ríe burlescamente, con una de esas burlas abyectas que habréis oído quizá alguna vez. He ahí un hombre que parece haber blasfemado por blasfemar, ¡el mal por el mal! No es así, ha blasfemado por tener el gusto de mortificar a un sacerdote...y lo ha conseguido, pues yo no conozco para el corazón de un sacerdote herida más dolorosa: «¡Mi vista le ha hecho blasfemar de mi Dios!...»

Sólo, pues, bajo el color de bien es como amamos el mal... pero no por eso deja de ser mal, y como tal, la miseria de la voluntad humana.

Podría haceros al punto el razonamiento siguiente: «Puesto que somos libres para ir al bien o al mal, si vamos al mal y hallamos en él la miseria, la culpa es nuestra: ¿de qué, pues, nos quejamos?» Nada habría que responder a este argumento.

Mas para arrojar esta piedra a la frente de los desgraciados a quienes cautiva el mal, sería preciso no haber pasado jamás bajo su yugo nosotros mismos... Estudiemos más bien, señores, ese triste viaje del hombre que busca en un mal un bien engañoso y no descubre en él más que una suprema miseria.

La historia del hombre que camina al mal es casi siempre la misma; ¡es un doloroso espectáculo!

La primera caída es más bien una caída de su voluntad, aturdida por el asalto de la pasión, que una decisión normal de una deliberación fría y calmada; es un atractivo poderoso en virtud del cual, como ciega, marcha hacia una cosa desconocida que a la vez le encanta y le espanta, le atrae y le repele, como se cuenta que en los ríos de Alemania el barquero, embaucado por las canciones de Lorely, avanza, empuja su barca, sin saber adónde la dirige, hasta que, siguiendo anhelante los sonidos misteriosos y suaves que le conducen al abismo... ¡se precipita!... ¡Ah! pronto brilla la luz... el sabor del mal es delicioso, pero es fugitivo como el relámpago... El desgraciado se reconoce inmediatamente... siente clavado el arpón que le destroza, advierte que ha sido engañado, que Lorely es traidora. ¡Es aterrador el despertar después de una primera caída! ¡Se paga muy caro aquel instante de gozo pasado! Mas ¡cuán fácil es entonces el retorno al bien, y con qué generosidad y valentía se hace!

Indudablemente, señores, es ya una miseria el que podamos tan fácilmente y por motivos tan fútiles apartarnos del bien.

Mas Dios, en su bondad y en su amor, ha querido que esa miseria fuese reparable; y así, acoge benigno al arrepentido. ¡A la voluntad que se ha ido en pos del mal no la exige más que una cosa: que se vuelva al bien!...

El señor la espera; al caer de la tarde va, como pa-

dre amoroso, a la vuelta del camino, a mirar en lontananza, a ver si aquella alma que se ha ido a lejanas tierras a disipar con extraños su substancia, vuelve ya... y cuando allá en el extremo del horizonte llega a divisarla, corre a ella, se arroja a su cuello, la abraza derramando lágrimas, le quita los harapos de su miseria, le reviste del cándido manto de la inocencia y le pone en el dedo el áureo anillo de su amor. «Que se haga fiesta—exclama regocijado—porque ha vuelto mi hijo; había muerto y ha revivido, le había perdido y le he vuelto a encontrar.»

Pero ¿no se ha concluído aún la triste historia!

Vuelta al bien la voluntad, ¿le será fiel, al menos, después de esta experiencia?

¡Ay! ¡vosotros sabéis que no!

Esa voluntad vuelve al mal, se aparta de él, vuelve otra vez a él, y otra vez vuelve a apartarse, y ese vaivén perpetuo es para la mayor parte de nosotros la historia de toda la vida! ¡Felices, señores, mil veces felices aquellos que en el intervalo de sus caídas vuelven al bien! ¡Felices, mil veces felices los que se levantan, los que no pierden ánimo y no dejan caer los brazos llorando!

No todos obran así, y he aquí lo que sucede con más frecuencia.

*
*
*

La voluntad no tarda en cansarse de esas luchas, siempre renacientes; siente la humillación de esas caídas acumuladas, se avergüenza de ellas, y el día menos pensado toma una resolución: o bien trata de justificar la victoria del mal, o bien se resigna a él y le acepta como dueño.

Nada más sorprendente, señores, que ese trabajo de la voluntad llamando en socorro suyo al entendimiento para llegar a cubrir su vergüenza, a dar al mal los de-

rechos del bien, a convencerse de que el mal no es mal, o que, al menos, es un mal menor, o que es una cosa indiferente. No hay en los tribunales defensa comparable a la defensa del hombre hablándose a sí mismo en defensa de su pasión. Y en ese tribunal secreto, como es a la vez juez y parte, no es difícil prever en favor de quién será pronunciada la sentencia. Los debates a veces se prolongan; las primeras excusas, los primeros argumentos, los primeros ejemplos que el hombre se propone le parecen a él mismo casi nulos y de ningún valor; pero busca otros y los descubre. A la larga se acumulan. Ninguno vale gran cosa en sí; pero su número y su conjunto les da fuerza a sus ojos.

Mientras tanto la luz, que él no quiere ver, se va, y queda su espíritu envuelto en las tinieblas de una noche, a través de la cual ciertos fuegos le dejan entrever el mal revestido de la etiqueta deseada: «Permitido».

Creedme, señores, ese fenómeno no es raro, los ejemplos de él abundan y a veces nos horrorizan.

Ante cosas que no me atrevería ni aun a nombrar aquí, que nos hielan, que el Código penal, de acuerdo con el Decálogo, califica de crimen, escucharéis a algunas almas decirnos ingenuamente: ¿pero qué tiene de particular eso? ¡Eso no es nada!

¡Ah! señores, seamos sinceros, ¿tendríamos que ir muy lejos para descubrir esas secretas complacencias del hombre consigo mismo, para oírle absolverse, no de crímenes, lo concedo, pero sí de bajezas morales? No. ¿no es verdad? He aquí lo que leo en un moralista contemporáneo, Julio Simón: «¿Me confieso yo todas mis pasiones? ¿Me las confieso a mí mismo? ¿Cuántas veces no me acontece el ruborizarme de mis gustos? ¿el ocultármelos? ¿el fingirme a mí mismo que no los tengo? ¿el buscarles algún paliativo, bajo el cual me los disimule, para hacer un papel algo menos necio en mi propia conciencia? La vanidad va tan lejos, que

nuestras propias pasiones abundan en sofismas para glorificarse o elevarse a nuestros propios ojos, ¡y la mayor parte de las veces lo consiguen!... ¡Cuántos hombres, después de transcurrido buen tiempo, se han penetrado tan fuertemente de las excusas y de las apariencias presentadas a los demás, que han venido a engañarse con ellas: ellos mismos los primeros, y a adorsarse en su torpeza!»

Se ha hablado mucho y nos hemos reído mucho de esas gentes que, antes de abrir su ventana, cubrían con un lienzo el cuadro de Nuestra Señora, que tenían en su cámara, para que no viera nada... No sé lo que tendrá de verdad esto... lo que sé es que nosotros no cubrimos imágenes de madera o de mármol: están muertas, y no nos molestan. Pero hay una viva que sí, que nos molesta: ¡la conciencia!... Cuando ella nos grita, fingimos no oirla; grita más fuerte, y, para ahogar su voz le arrojamos a la cabeza la argumentación de nuestros sofismas; si persiste, le tapamos la boca con nuestras dos manos, y no logrando hacerla callar, nos encolerizamos; como un asesino, nos arrojamos sobre ella para estrangularla por la noche; la lucha es larga, tenaz... pero llega un momento en que, bajo nuestras manos, que le aprietan la garganta, bajo nuestras rodillas que le oprimen el pecho, deja de agitarse, ya no se mueve, no respira: ¡está muerta, bien muerta... lavémosnos las manos y adelantel

Hay otro partido que puede tomar la voluntad en presencia de sus derrotas... Cansada de luchar, se resigna con su vergüenza y se conforma con el mal, le acepta.

Mas cualquiera que sea el partido que tome, ya eche sobre las espaldas del mal el manto de sus mentiras, ya lo reciba desnudo, sin ese falaz adorno, el resultado final es el mismo. He ahí una voluntad perdida... No me habléis ya ni de vacilaciones, ni de luchas, ni de

resistencia, ni de fuerza, ni de valor, ni de Dios, ni de honor, ni de virtudes, ni de juramentos... ¡todo eso ha muerto! No habléis a ese miserable de su esposa; no habléis a esa madre de sus hijos; a ese hijo no le habléis de su madre. ¡Ya nada los conmueve, se han vendido al mal, está firmado el pacto, es demasiado tarde!

Y ¡cosa extraña! ¡es voluntad que se entrega atada de pies y manos, siéntese cual si hubiera sido descargada de un gran peso! ¡Parece escapar de una miseria y cantar el aleluya de los triunfos!

Cuando una ciudad largo tiempo asediada iza la bandera blanca y se rinde al enemigo, el soldado brama de coraje al dejar los baluartes que ya no puede defender, llora de rabia cuando se le exige la entrega del arma, ya inútil.

El cobarde rendimiento humano no tiene esas grandezas; antes bien la voluntad se regocija, porque una vez rendida, ya no tiene que combatir; goza de verse esclava, ama su esclavitud porque pone fin a una guerra que fatigaba a su pereza.

Y entonces se ve a esas voluntades cautivas hacerse del mal un alegre compañero de la vida. Despreocupadas, joviales, si de nuevo se apartan de él, es para lanzarse a un mal más profundo, cuya emoción nueva les es todavía desconocida. ¿Quién las detendrá en sus caídas? Si han aceptado el mal la primera vez ¿por qué le han de poner resistencia la segunda? Si han dado el color de bien al primero, ¿por qué no han de hacer lo mismo con el segundo?

Y de caída en caída ruedan, como rodó un día el ángel rebelde, hasta profundidades de ignominia de que se aparta nuestra mirada con horror. Han escogido el mal como una desposada, le tienen, le poseen, le aman. Se asimilan el mal, le beben, según la expresión de las Escrituras; él es el pan que sacia su hambre, el agua que extingue su sed, la sangre que corre por sus venas.

Pero ¿qué es esto?... ¿Qué cadáver es ese que sacude los pliegues de su mortaja y repentinamente se levanta? ¿Quién es esa víctima ensangrentada que revive y se arma para la venganza?...

¡Ah! ¡los asesinos creían muerta a la conciencia, les parecía que la habían matado bien!... pero vedla: ha tomado el nombre de remordimiento, y está armada de látigo vengador. He ahí la gran miseria de la voluntad humana.

Ella, como un espectro, se yergue ante Caín. «¡Desgraciado! le grita, ¿qué has hecho de tu hermano?» Y a esta voz que le atraviesa como una espada, Caín, tembloroso, huye arrastrando en pos de sí en su febril carrera a su mujer desmelenada y a sus hijos amedrentados, huye a las rocas desiertas; a las negras profundidades de las cavernas; mas los ecos de las rocas, las profundidades de las cavernas le gritan: «¡Desgraciado! ¡desgraciado! ¿qué has hecho de tu hermano?» Huye el fratricida, y el viento que silba en los árboles del bosque, y el agua que murmura al precipitarse en el lecho de los torrentes arrebatados, y la tierra, la misma tierra «que había abierto la boca para beber la sangre de su hermano» (1), todo le grita: «¡Desgraciado! ¿qué has hecho de Abel? ¿qué has hecho de tu hermano?» ¡He ahí el remordimiento; he ahí la gran miseria de la voluntad vendida al mal!

¡Urías ha muerto! David, sonriendo, saborea todas las delicias entre «la que fué de Urías» y el niño que ella le ha dado y que juguetea entre sus brazos. Parece que la conciencia ha muerto con Urías bajo los muros de Rabba. ¡Héla aquí! «¡He pecado!» exclama David. «¡Es demasiado tarde, responde Natán; ese hijo que de ella te ha nacido morirá!» Y Dios hirió al niño, y se

(1) *Quae aperuit os suum et suscepit sanguinem fratris tui de manu tua.* Gen., IV, 2.

perdió toda esperanza desde aquel día. David lloraba desconsolado ante el niño a quien iba devorando la muerte; ayunó, pasó las noches postrado en el duro suelo pidiendo misericordia para su hijo; siete días y siete noches permaneció de esta suerte, llorando, con la frente pegada al polvo. «El niño morirá, le decía al oído el remordimiento; el niño morirá, y tú eres quien le quita la vida.»

Suntuosa fiesta se celebraba en el palacio de Baltasar; sus grandes, sus gentiles hombres, sus aduladores estaban con él y con sus mujeres acostados a las mesas del banquete real. Eran unos mil. Los hijos de Jacob, esclavos, les servían los manjares humeantes; las vírgenes de Israel, cautivas, llenaban de aromáticos vinos las copas de oro del templo... ¡La embriaguez de la risa y del canto realzaba todas aquellas embriagueces! De repente palidece la faz del rey, sus ojos espantados se fijan en un punto, sus pensamientos se turban, su corazón se estremece de pavorosa angustia, sus rodillas chocan entre sí agitadas por el miedo y el terror. Una mano, una mano terrible escribía lentamente sobre el muro fronterizo del salón tres palabras siniestras: *Mane, Thecel, Phares*. Eran la conciencia y el remordimiento surgiendo delante del rey sacrílego.

Judas tiene en su bolsa los treinta dineros que le han pagado por haber vendido a Cristo... ¿No ha matado bien su conciencia?... ¿Cómo? No se ha avergonzado ante la mirada de su Maestro a quien vendía, y le ha besado tiernamente en ambas mejillas, y su Señor ha muerto ya, ¿qué tiene ya que temer?

¡Nadal! En efecto, nada más que a la conciencia asesinada que va a revivir... Y revive, y de repente el infeliz, con los cabellos erizados, extraviada la vista, corre al templo, arroja al suelo aquel dinero que le abrasaba las manos y que rueda rechinando sobre el mármol, huye como un loco hasta un bosque, y allí, al

parecer solo, pero cara a cara con la inmortal vengadora, se encarama a un árbol, enrosca a su cuello un lazo corredizo, se lanza por el aire, y *crepuit medius*, reventó por medio, dice la Escritura, como se diría de un perro.

¿Necesito añadir más?

Hay, señores, una literatura que con justo título pudiera llamarse la literatura universal, porque refleja con el brillo particular de un pueblo los unánimes sentimientos de la humanidad.

Yo pregunto a esa literatura genial en Francia, en Inglaterra, en Alemania, le pregunto acerca de esa gran miseria de la voluntad, el remordimiento, y ella me responde por medio de tres páginas inmortales.

* * *

Víctor Hugo se detiene, como lo hacía yo hace poco, ante la primera sangre humana derramada sobre la tierra; ve huir a Caín.

«Desgreñado, lívido, en medio de la tempestad» (1).

Cae la tarde. Fatigado el infeliz se sienta al pie de una montaña, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, mas no puede dormir; sus ojos se apartan de la tierra donde los tenía fijos su sombría reconcentración, y mirando...

«... en el fondo del cielo obscurísimo vió un ojo inmenso abierto en las tinieblas y que en medio de la sombra le miraba fijamente. «Estoy demasiado cerca», exclamó temblando. Despertó a sus hijos, que dormían, y a su mujer cansada, y echó a correr siniestramente por el espacio. Caminó treinta días y treinta noches, mudo pálido, estremeciéndose a cualquier ruido, sin atreverse a mirar hacia atrás, sin tregua, sin reposo,

(1) «Echevelé, livide, au milieu des tempêtes.»

sín entregarse al sueño. Llegó a la playa del mar...» (1).

Allí sus hijos levantaron una tienda, y para que no viese nada de la tierra, pusieronle mirando al Océano, ante el espacio vacío.

«Mas en cuanto se sentó, vió en los sombríos cielos, en el fondo del horizonte, brillar el ojo en el mismo sitio» (2).

«Ocultadme», exclamó Caín. Sus hijos vuelven la tienda y la cierran, y luego, «¿Le ves aún?—le preguntan. —¡Ah!—responde el padre—¡veo el ojo todavía!»

Entonces Tubalcáin levantó... «un muro de bronce», y escondió a Caín detrás de él» (3).

Caín entonces volvió a exclamar: «¡Ese ojo me mira siempre!»

Construyeron luego sus hijos una torre y una ciudad y murallas espesas como montañas, y colocaron a Caín en el centro. El ojo estaba siempre allí.

Entonces Caín hizo abrir una gran fosa y descendió a ella, y sobre ella colocaron sus hijos una losa enorme.

«El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín» (4).

Con toda la diversidad de su genio, no habla de otra manera Shakespeare.

Lady Macbeth ha derramado sangre; en otro tiempo

(1) «... Au fond des cieux funébres,
Il vit un oeil tout grand ouvert dans les ténébres
Et qui le regardait, dans l'ombre, fixement
—Je suis trop prés—dit-il, avec un tremblement.
Il réveilla ses fils dormant, sa femme lasse
Et se remit á fuir, sinistre, dans l'espace
Il marcha trente jours, il marcha trente nuits;
Il allait muet, pále et frémissant aux bruits,
Furtif, sans regarder derrière lui, sans tréve,
Sans repos, sans sommeil. Il atteignit la gréve
Des mers...»

(2) «Mais comme il s'asseyait, il vit dans les cieux mornes
L'oeil a la meme place au fond de l'horizon».

(3) «... un mur de bronze et mit Caín derrière».

(4) «L'oeil était dans la tombe et regardait Caín».

ella misma se había burlado de los terrores de su marido. «Tengo las manos blancas como las tuyas, le decía, pero me avergonzaría si tuviera un corazón tan pálido». ¡Ahora le ha llegado su vez! ¡Todas las tempestades del infierno se entrechocan en su corazón! Por la noche, azotada por los remordimientos, se despierta, su cama le abrasa, huye a través de los corredores de su palacio medio desnuda, como un fantasma; sus ojos están desmesuradamente abiertos y nada ven; no ven en el vestíbulo, donde se detiene, no ve a aquel hombre y a aquella mujer que la espían... ¡Ah! sí, ve una cosa: ¡en su mano ve sangre!

«¡Oh, grita estremecida, aquí está todavía esa mancha!... ¡Fuera, mancha maldita!... ¡fuera, te digo!» Luego, extraviada y como hablando con un interlocutor invisible, prosigue: «¡Una, dos!... ¡Llegó la hora de obrar!... ¡Oh! ¡qué sombrío es el infierno! ¡Quita, pues! ¡quita! ¡un soldado y un cobarde! ¿Qué temes? No se nos puede pedir cuenta de lo que hemos hecho... Pero ¡quién hubiera creído que ese viejo tuviera tanta sangre en el cuerpo!... ¡Ah! esta mano, ¡no voy a conseguir limpiarla jamás!... ¡Pero no hablemos más! ¡Vámonos! Tus vacilaciones lo van a echar a perder todo... ¡Ah! ¡todavía el olor de sangre! ¡No purificarán esta mano todos los perfumes de la Arabia! ¡Oh! ¡oh! ¡oh!»

«¡Banco está enterrado, ya no puede salir de su tumba; no te asustes, pues no palidezcas!... ¡Lavémonos las manos, lavémonos las manos, lo que está hecho no puede ya deshacerse!... ¡Ah! llaman a la reja... ¡A la cama! ¡a la cama!»

Goethe, en Alemania, nos presenta en *Fausto* el juicio de la humanidad acerca del remordimiento. La página es más tranquila, pero no es menos desgarradora.

Margarita está en la iglesia entre la multitud con su pequeño devocionario en la mano. En el altar, profu-

samente iluminado, el sacerdote celebra misa de difuntos por el alma de Valentín, su hermano, muerto por la espada de Fausto, su amante. El órgano difunde por las naves del templo fúnebres acordes, y el coro, el coro de las jóvenes puras, sus compañeras, canta la melodía solemne y triste. Un espíritu, en pie detrás de Margarita, le habla al oído.

¡Qué otra eras tú, oh Margarita, cuando llena de inocencia subías a ese altar rezando tus oraciones en ese usado devocionario! Margarita, ¿dónde está tu cabeza? Margarita ¡cuántos pecados en tu corazón! ¿Rezas por el alma de tu madre? Tú la has hecho bajar a la tumba a fuerza de profundos, de profundísimos pesares... ¿De quién es esa sangre esparcida en el umbral de tu puerta?... Y ¿qué es lo que se agita en tu seno?...

«¡Oh!—dice Margarita,—¿no me veré libre jamás de estos pensamientos?»

Y el coro cantaba:

*Dies irae, dies illa;
Solvat saeculum in favilla.*

El espíritu insiste: «¡Margarita! ¡La cólera celeste te abruma! ¡La trompeta suena! ¡las tumbas se estremecen, y tu corazón, vuelto de la muerte para las llamas eternas, palpita todavía!»

«¡Ah! ¡si yo estuviera lejos de aquí!—dice Margarita.—¡Ese órgano me ahoga! ¡esos cánticos desgarran mi corazón! ¡esos pilares me oprimen! ¡esa bóveda me aplasta! ¡Aire! ¡aire!»

Y el coro cantaba:

*Iudex ergo cum sedebit,
Quidquid latet apparebit,
Nihil inultum remanebit.*

El espíritu vuelve a decirle: «Ocúltate, Margarita. ¡Pero el crimen y la vergüenza no pueden ocultarse! Pides aire, luz!... ¡Ay de tí!»

«¡Socorro! ¡socorro! ¡A mí!» grita Margarita, y cae desplomada.

¡He ahí el remordimiento! ¡Ah! señores, es una cosa terrible llevar día y noche en su seno el juez y el testigo de su propia infamia:

*Poena autem vehemens, ac multo saevior illis
Quas et Caedicius gravis invenit et Rhadamanthus
Nocte dieque suum gestare in pectore testem (1).*

*
*
*

¿Pero es completa verdad, señores, que se rebele de ese modo la conciencia en todas las almas que se abrazan con el mal y que las torture? ¿No se logra escapar de esos remordimientos?

Quisiera dudarlo, mas no puedo; me parece evidente, cuando miro el mundo, que hay almas en las cuales no tiene entrada el remordimiento, que llegan a no oír esa voz de la conciencia rediviva, que se libran de esa miseria, y os confieso que cuando me detengo a pensar en ello experimento una especie de escándalo, y exclamo, a pesar mío, dentro de mí mismo: ¿Cómo deja Dios en paz a semejantes almas?...

¿No habéis encontrado vosotros mismos a sujetos que pisotean todos los deberes, que acumulan la injusticia y el perjurio, que juegan con las traiciones, que cubren toda esa repugnante desvergüenza de su vida bajo las apariencias de una candorosa ingenuidad, que gracias a ese aditamento hipócrita se granjean la estima de los sencillos y de los honrados, siempre tardos cuando se trata de pensar mal... y que llevan esa vida, al parecer, sin pesadumbre alguna, alegres, con la sonrisa en los labios, felices y satisfechos? ¿Cómo no se levanta en esas almas ninguna tempestad para turbarlas?... ¿Por qué la conciencia no viene por la

(1) *Juvenal*, Sat. XIII, v. 196.

noche a despertarlas de repente y a decirles en su cara:
«¡Ah! sois unos infames?»

Lo ignoro; pero, señores, compadecedlas, sí, compadecedlas más que a todas las otras; escapan a la gran miseria del remordimiento, pero les aguarda otra miseria más temible y más acerba. El remordimiento, por duro que sea, abre la puerta a la esperanza; el remordimiento del mal es un llamamiento al bien... pero el endurecimiento es cosa sin esperanza.

Cuando un alma se siente rejoneada por el aguijón del remordimiento, es que Dios la persigue todavía con su amor... Cuando un alma no tiene ya remordimientos, es que Dios la abandona y que le dice: «¡Anda! ¡sigue tu camino, estoy cansado de tí! ¡Anda! ¡vete... pero en el término te espero!»

¡Ah! señores, ¡sufrir aquí no es nada! ¿pero sufrir allá abajo?... ¡Aquí todo pasa, aun el sufrimiento, y todo pasa tan pronto!... ¡pero allá abajo todo permanece, y para siempre! ¡Pensad en esto, señores, y veréis, sin que yo tenga necesidad de extenderme en ello, que si la gran miseria de la voluntad es el remordimiento, su miseria suprema es no tenerlo!

José de Maistre había dicho; «No hay más que dos miserias propiamente reales en el mundo: el remordimiento y la enfermedad, todo lo demás es ideal». Y nosotros venimos a parar al mismo resultado, ¡la enfermedad y el remordimiento!

La enfermedad, castigo del cuerpo en desorden orgánico. El remordimiento, castigo del alma en desorden moral.

Pero ¿cómo es esto? Hemos recorrido todo el hombre, el cuerpo, la inteligencia y la voluntad, para descubrir ahí todas las miserias de la humanidad, y no hemos encontrado las que de ordinario os arrancan los lamentos más vivos. No hemos encontrado ni la falta de fortuna, ni la falta de honores, ni la falta de ami-

gos. ¿Qué quiere decir esto? ¿No nos hallaríamos, ante ese triple infortunio, en presencia de tres grandes miserias?

Examinémoslo, señores.

*
*
*

Empecemos por la pobreza... ¿Qué es la pobreza? ¿A quién llamáis pobre? He aquí una definición que desde luego os satisfará. Yo llamaría sin reparo pobre a aquél que, apesar de su buena voluntad y de sus esfuerzos, no llega a encontrar en el precio de su trabajo con qué atender a las necesidades de la vida... No le quedan más que dos recursos a ese desgraciado: o mendigar, o morir de hambre.

¡Ah! ¡ciertamente, eso es una miseria!... Pero, señores, vosotros no la experimentáis, y a vosotros es a quien se dirige mi discurso. Por otra parte, esa pobreza entra en una categoría ya analizada. ¡Esa pobreza conduce al hambre!... y el hambre ¿no se convierte bien presto en debilidad, en inanición, en enfermedad? Debe, por consiguiente, cuando llega ese extremo, contarse entre las miserias del cuerpo.

Sólo que nosotros extendemos mucho más allá los límites de la pobreza. Yo he conocido un obrero que con trabajo ganaba poco más o menos unos tres francos diarios; descontando los domingos y demás fiestas, etc., le venía a resultar por año 900 francos próximamente. ¿Os atreveríais vosotros a vivir con esos 900 francos anuales solamente? Y sin embargo, aquel hombre laborioso vivía y... ahorra. Cuando hubo reunido 1.000 francos de economías se casó. Su mujer le llevó en dote una casita situada al extremo de una aldea, y en ella habitaron los dos. Después de un año, de un mismo golpe le fueron arrebatados su mujer y su hijo. A partir de aquella hora cerró su corazón la-

cerado, y volvió a seguir su primera vida solitaria. Gana todavía sus tres francos diarios, y el año pasado edificaba su quinta casa en el pueblo. ¿Diréis que ese pequeño propietario de tres francos diarios es pobre? ¡No! ¿No es verdad?... No lo es ni lo será, porque se prepara para su vejez un reposo tranquilo y honrado, el *otium cum dignitate* de los antiguos ¿Luego no es uno pobre con 900 francos por año? ¿Es verdad esto? ¡Vamos a verlo!

Un día se habló delante de mí acerca de un próximo matrimonio... Como de costumbre, se inquirió y trató de la fortuna de los contrayentes, y se halló que podían contar con unos 10.000 francos de renta próximamente. ¡Pero eso no es nada! se exclamó, no tendrán con qué vivir!

Luego uno es pobre con 10.000 francos de renta.

Hace poco no lo era con 900... ¿Dónde está la verdad?

Véase lo que yo observo:

El obrero cuyo salario satisface sus necesidades, no se considera como pobre. Al extremo opuesto, los ricos, cuya fortuna sobrepaja, no sólo a la satisfacción de las necesidades, no sólo al lujo, sino también a los caprichos y a las locuras, tampoco se consideran como pobres. Pero en el intermedio, cualquiera que sea la renta, 2.000, 10.000, 20.000 francos, yo no oigo más que suspiros, todo el mundo se queja, dice que está en la miseria, y según la expresión recibida, «tira al diablo de la cola». Lo cual hacía decir a una mujer de mucho ingenio y buen humor: «¡Qué bien amarrada debe tener la cola ese pobre diablo, pues todo el mundo le tira de ella sin que jamás se la arranquen!»

De modo, señores, que uno es pobre cuando no tiene nada, no lo es ya cuando tiene alguna cosa, vuelve a serlo cuando tiene más, y no deja de serlo sino cuando tiene demasiado... En verdad es muy graciosa esta

conclusión; pero notad, os ruego que es precisamente la vuestra.

El secreto de la contradicción no es difícil.

El pobre es pobre porque en su miseria no llega a satisfacer las necesidades de la vida humana.

El obrero ya no lo es, porque las puede satisfacer y no agrega a ella la locura de las necesidades ficticias.

Mas a partir de ahí, todo cambia; vuelve uno a ser pobre ¿Por qué?

Porque a propósito y por yo no sé qué impulso de sensualismo, de necia ambición, de emulación celosa y de oculta envidia, se crean unas en pos de otras nuevas y desconocidas necesidades. La industria humana es ingeniosa en este punto, y se requiere mucho tiempo antes que la fortuna traspase las cumbres donde ella se detiene agotada.

Quisiera profundizar todo esto, pero el tiempo me urge. Yo invito a aquellos de entre vosotros que puedan remontarse a treinta a cuarenta años en sus recuerdos, yo los invito a que comparen la vida de entonces con la de hoy día. ¿Erais desgraciados entonces? Y no obstante, si hubiera que volver hoy a aquella vida modesta, frugal y sosegada... cómo exclamaríais: ¡Miseria!

Luego aquí sois vosotros los culpables, son las necesidades que os habéis forjado con vuestras propias manos las que os hacen sufrir esas privaciones y esas miserias. Pues si os las habéis forjado vosotros, rompédlas vosotros mismos.

¡Sabed poner un freno a vuestros deseos, refrenad bien a esas fieras que os arrastran, o si preferís dejarles sueltas las riendas, no os quejéis cuando, desbocadas, os hayan estrellado contra las rocas del camino!...

¡No!... no me pidáis que me compadezca de vosotros, que comparta vuestros sufrimientos, que lllore con vosotros, ni siquiera que os escuche sin sonreírme.

¿Qué es ello? ¿De qué os quejáis? ¡De que no habéis podido este año veranear en Ostende o en Trouville! ¡De que habéis tenido que vender algunos caballos y una jauría! ¡Ah! señores, os compadezco; pero ved allá, en un fugurio, una mujer que desde hace dos días no ha comido nada, y cuyo hijo se muere por falta de leche. ¡He ahí la miseria, he ahí la verdadera miseria!... ¡No me habléis de la vuestra; me causaríais horror!

*
* *

No diré más que una palabra de los honores y de la miseria en que se creen ciertas gentes cuando de ellos carecen. Para estimar en alto grado tales cosas y sufrir mucho por su carencia, es preciso no haberlas gustado jamás.

¡Son tan vanas y tan insubstanciales! Por lo demás, sólo un alma idealista experimenta esa necesidad de honor y de gloria, y las almas idealistas escasean hoy sobremanera.

Hay más; en el tiempo en que vivimos, la gloria se ha envilecido extraordinariamente. Esa gran señora de los tiempos pasados ha entrado descaradamente y sin vergüenza, en comercio con el oro; viven juntos y se reparten el beneficio de tan desigual consorcio. El oro no ha ganado en ello, ha conservado el carácter de villano que le viene de nacimiento, no ha llegado a ser de la raza del espíritu, continúa lo mismo que antes siendo de la raza de la fuerza. Pero la gloria con esto se ha deshonrado, se ha envilecido. ¿Quién, pues, había de querer todavía relaciones con esa impura que así se ha vendido?

No es esto todo, señores... ¿Qué es la gloria hoy día?... ¡La gloria militar entre nosotros! ¡No hablemos de ella, sería cosa de reír!... La gloria literaria, artística, científica... veo ciertamente algún placer vago en

ese género, ¡pero esa pobre gloria no impide el morir de hambre; las más de las veces ayuda a ello!

La gloria de las dignidades... Con dificultad comprendo la gloria que va unida a las dignidades contemporáneas. No veo la extrema felicidad que haya en poder decir: «¡Soy gobernador, alcalde, regidor, mayordomo, capitán de la guardia cívica!... Subid más arriba; no es mayor la felicidad ni el placer.»

¿Qué más hay todavía entre nuestras glorias? ¡Esa cintita roja en el ojal!.. ¡Dios me guarde de hablar mal de ella! Yo hago constar solamente, señoras, que vosotras lleváis muchas más, y más vistosas, y más elegantes, y que, en suma, si habéis tenido que pagarlas caras, al menos no os han costado bajezas.

Permitidme que en esto no insista más.

*
* *

¡Resta la pobreza de amor, la soledad de corazón, ese dolor verdaderamente punzante de una alma que, volviendo los ojos en derredor suyo, se ve por todas partes pasar la multitud indiferente de los hombres, y entre todas aquellas caras desconocidas busca en vano la mirada cariñosa y la vivificante sonrisa de un amigo! Creo, señores, que hay pocos dolores comparables a este dolor cuando hiere a un hombre. Ciertamente no es el dolor agudo y penetrante que experimenta el corazón ante una catástrofe repentina, o el cuerpo al ser herido por el acero, no; es un dolor sordo que encoge el corazón, que le oprime y le aplasta, pero lentamente, sin sacudidas y sin choques; cierta cosa así como la sensación de un desgraciado sobre quien pesara cada vez más la losa que cubre una tumba...

No niego este dolor, y no tendría dificultad en colocarle entre las más profundas miserias del hombre; pero es una excepción tan rara, que, en verdad, no se

la debe tener en cuenta en el estudio general de las miserias de la humanidad. ¿Cuál es, en efecto, la situación normal del corazón humano en este mundo? En su primer desenvolvimiento, a la hora en que sobreabunda en el hombre toda vida, se abre ampliamente; le parece que todos los afectos que acoge no llegarán jamás a llenarle. ¡Se ama entonces tan bien, tan generosa y tan ardientemente!

La experiencia de los hombres y de las cosas modifica bien pronto, demasiado pronto, esa expansión exuberante. Vienen las defecciones, los olvidos, las infidelidades, la muerte... El corazón se despuebla; sella el sitio de todos los desaparecidos y se retrae, se encoge y se ensimisma. Sigue amando, ciertamente, ama todavía; ¡pero concentra su amor, se vuelve avaro de él, le economiza, sabiendo ya cuánto se le malgasta a lo largo del camino!...

Es la hora en que debió tener origen aquel proverbio que todos vosotros conocéis: «¡No se tiene más que un amigo!» No quiero que se le tenga por un dogma, yo le creo exagerado; pero la cadena que enlaza entre sí a los corazones no es tan larga que pueda abarcar muchos más.

Teniendo esto en cuenta, señores, ¿quién es el hombre, por miserable que sea, que no tenga al menos un corazón amigo junto a su corazón? ¿Habéis encontrado muchos que se hallen en esas circunstancias? ¡Yo no recuerdo haber encontrado uno sólo! En otro tiempo, cuando leíamos el *Robinsón*, de Daniel Foe, nos compadecíamos de él, quizá llorábamos con él, y no enjugábamos nuestras lágrimas hasta haber visto dibujarse a través de las palmeras y lianas la negra sombra de Vendredi.

¡Pero nosotros no somos Robinsones Crusoes!

Sin embargo, hay en la vida horas bien duras y bien amargas en que nos sentimos invadidos por esa soli-

cidad del alma, como se ve el cielo a veces invadido por una repentina cabalgada de negros nubarrones. Se nos escapa un corazón—el único que acaso nos quedaba—y parece que con él ha huído toda la felicidad de nuestra alma para siempre; no vemos ya nada en el mundo que pueda llenar aquel enorme vacío, nada que pueda restañar la sangre de aquella profunda herida... ¡Solo, solo!... ¡y para siempre!...

¡Hermanos que sufrís, seguidme! Haced girar sobre sus goznes de bronce la vieja puerta de nuestros templos. ¡Mirad! En esas profundidades sombrías, entre esas negras columnas, pendiente de la bóveda se balancea una lámpara, y su luz rojiza, dando de lleno sobre una puertecita dorada, despide reflejos pálidos y cambiantes... Allí, dentro del estrecho recinto cerrado por esa puertecita, reposa un corazón que os ama, que os ama hasta morir por vosotros... ¿por qué lo ignoráis? Y si lo sabéis, ¿por qué lo olvidáis? Escuchad bien, en ese profundo silencio y en esa oscura noche os llama: «¡Hijo» míos que sufrís, venid a mí!... ¿Puede una madre olvidarse de su hijo?... Pues si ella pudiera olvidarse, yo al menos no me he olvidado y no me olvidaré de vosotros. ¡Oh! ¡cuántas veces, cuántas veces os he invitado a cobijaros bajo mis alas, como bajo las de la gallina se cobijan los polluelos! ¡Y no habéis venido! ¡Venid, pues! Yo haré correr las aguas de la paz sobre vuestra alma; beberéis la dulce leche de mis consolaciones; como una madre acaricia a su hijo, así os acariciaré yo; yo os llevaré sobre mis rodillas, entre mis brazos, como una madre».

¿Lo oís? ¿Estáis solos cuando os aguarda ese corazón?

¡Su amor es dulce, es fuerte, es fiel! ¡Todo otro amor es vano, todo otro es impotente, todo otro es pasajero! ¡Acudid, pues, a él! ¡Tomad con ambas manos vuestro corazón desangrado y desgarrado, llevádselo

allá, colocádselo sobre sus rodillas, entre sus brazos, introducídselo en su propio corazón, haced que se cobije bajo él, como un pajarillo que tiritita se esconde entre las ahuecadas plumas de su madre! ¡Los hombres no saben amar! ¡Vosotros veréis cómo ama él!

* * *

Y ahora, señores, resumamos ya, si os parece, esta larga conferencia: recapitulemos las miserias que hemos encontrado en nuestro camino.

La fealdad, la deformidad, la enfermedad.

El idiotismo y la locura; la duda y la ignorancia.

La debilidad de una voluntad degradada; el amor del mal y el remordimiento,

La pobreza, la falta de honores y la soledad del corazón.

Me permitiréis, después de lo que llevo dicho, eliminar como poco serias, o al menos como poco dolorosas, la fealdad, la deformidad, el idiotismo, la locura, la ignorancia, la debilidad de la voluntad, la falta de honores y aun la soledad del corazón.

Quedan en pie: la enfermedad, la duda, el amor del mal castigado por el remordimiento y la pobreza. A esto se reduce todo.

Si además tenéis a bien reconocer que la duda, el amor del mal y, por consiguiente, el remordimiento, dependen de vuestro arbitrio, y que para escapar de ellos os basta querer, os restarán solamente la enfermedad y la pobreza.

En fin, atenuándose la pobreza, en gran parte al menos, por los hábitos de moderación que hoy no están de moda, lo confieso, pero que depende de nosotros el introducirlos en nuestras costumbres, resultará que la única miseria fatal, necesaria, inevitable, de la vida humana, es la enfermedad... ¡Todas las otras se han deshecho entre vuestros dedos!

¿Quiere decir esto que por lo demás no suframos, que no tengamos otros dolores?... ¡Oh! ¡no! ¡mil veces no! Pero restaría ver si esos otros dolores, si esos otros sufrimientos son razonables, y si no caemos en extrema ridiculez al abandonarnos a ellos.

He conocido una ama de casa, mujer de mucho ingenio y de carácter, que se creía desgraciada porque el salmón que había hecho servir como principio en la comida le había parecido que tenía un gustillo... Ese gustillo la emponzoñó durante todo el día y la cubrió de negro crespón. Era la segunda vez que el fresquero le jugaba aquella mala partida y... si hubiera estado sola, de seguro hubiera llorado de rabia y pesar. ¿Voy a negar que la infeliz sufría? ¡Pues si de eso murió Vattel... ¡No creo, sin embargo, que deba contar entre las miserias de la vida el gustillo que pudiera tener el salmón!

¿Qué debemos concluir de todo esto, señoras y señores?

Que en nuestras quejas nos exageramos los males de la vida, como en nuestras esperanzas nos exageramos sus placeres.

La vida, la verdadera vida, ni es tan buena ni tan mala. Yo, por mí, le aplicaría aquel verso tan conocido, según el cual no merece

ni ese exceso de honor ni ese desprecio (1).

En otra ocasión he dicho, hablando de la felicidad: «Para acrecentar vuestros goces, forjaos vosotros mismos vuestras felicidades».

Hoy os diré: «Para disminuir vuestras penas, no os forjéis vosotros mismos vuestras miserias».

Nos sentimos tentados de risa al ver a un niño que llora a lágrima viva porque le han quitado un juguete... ¡Muchas de nuestras miserias, la mayor parte de ellas,

(1) Ni cet excés d'honneur, ni cette indignité.

son de ese mismo valor! ¡Dejemos los jugüetes a los niños, y seamos hombres! ¡Miremos la vida cara a cara, y tal cual es aceptémosla! Tiene sufrimientos, sí, mas un corazón valiente sabe sufrir; tiene también goces; mas un corazón fuerte los gusta y no se deja arrastrar de ellos. Hay en la Sagrada Escritura una hermosa frase. Dice que el justo posee su alma en paz. Poseer su alma es gobernarla como se gobierna a un caballo fogoso, que blanquea el freno con su espuma, pero obedece a la mano que le dirige.

Si ante el dolor de vuestra alma se estremece y retrocede, espoleadla. Si ante el placer se precipita anhelante, refrenadla. Dirigidla, en fin, y que se acostumbre, bajo la firme rienda de una voluntad dominante, a caminar a través lo mismo de la próspera que de la adversa fortuna, con ese paso siempre igual, vigoroso y noble que sienta tan bien al hombre, y sobre todo al cristiano.

La vida entonces no os parecerá tan desastrosa; la miraréis como debe mirarla un cristiano, como es en la realidad de las cosas: como un tiempo de prueba. Sí, mas como un tiempo de prueba que conduce al paraíso. No será ella, indudablemente, el mismo paraíso. ¡Oh! ¡no! como tampoco el viaje es la llegada al término; sin embargo, se hace agradable el viaje porque a ese término conduce. ¡Oh! ¡no! no será ella el paraíso. Ahora mismo estoy sintiendo bien vivamente la prueba de ello. El paraíso es la patria de las visiones sin fin, de la unión y del gozo sempiterno; y este mundo ¡ay de mí! es siempre el país en que hay que separarse, y hay que decir a los que se ama: ¡Adiós, quedad con Dios!



DISCURSO VIII

EL HIJO DEL POBRE

CONFERENCIA FAMILIAR

Invenietis infantem pannis involutum et positum in praesepe.

(Luc., II, 12.)

Hallaréis al Niño-Dios envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

MONSEÑOR (1):

SEÑORAS Y SEÑORES:

EN los húmedos y pobladísimos bosques del Norte de Europa crece una planta singular que es transportada a veces a nuestros jardines, y cuyas propiedades maternas siempre me han llamado vivamente la atención. Es la Balsamina de los bosques, a la cual los botánicos suelen llamar *Impatiens noli me tangere*: «la que no sufre que la toquen.»

No es ciertamente una planta de grande ornato, y vosotros no la colocaríais en los canastillos que se despliegan en las ventanas de vuestros salones; no tiene amplitud, carece de gracia y esbeltez, su tallo es delgado y sarmentoso; sus hojas, tenues, puntiagudas y hendidas; sus flores, rojizas y pequeñas, pero su fruto llama la atención extraordinariamente.

Es una cápsula graciosa, de figura oval, de un verde pálido y a veces de color anaranjado, dividida en cinco

(1) M^{ons.} Doutreloux, Obispo de Lieja.

bandas por rayados surcos que van de un polo al otro, y allí se cruzan como los meridianos de una esfera.

Abrid ese fruto por el medio, y en él encontraréis cinco camaritas, cuyas paredes estaban marcadas por los surcos, y en cada una de ellas seis granos adheridos al ángulo.

Ahora ved lo que pasa:

Cuando los granos están ya maduros y la planta-madre los ha nutrido suficientemente con su savia, llega un momento en que, de repente, cual si saltara un resorte el fruto estalla, las cinco puertas de las cinco camaritas se levantan y se enroscan bruscamente en espiral hacia el pie del fruto, y los granos son lanzados con viveza a diez pasos de distancia en derredor, como si estallara, desparramándose, un cartucho de perdigones.

Esta singular Balsamina es tan impaciente que, aun antes de tiempo, si distraídos en vuestro paseo llegáis a tocarla, o si con la punta de su ala un pájaro cualquiera la toca, al punto estalla, y como si montase en cólera, lanza a la ventura sus granitos al rostro del paseante o al cuerpo de la avecilla.

Confesaréis, señores, que este es un procedimiento muy hábil, expedito y cómodo para desembarazarse de sus hijos y ponerlos a muy poca costa en medio del mundo.

Y sin embargo, notemóslo bien, esa Balsamina es una de las raras plantas que tienen algún cuidado de los granos que han producido. Las otras, inertes y sin amor, los dejan perezosamente caer a sus pies los unos sobre los otros, como dejan caer sus ojos muertas.

La Balsamina al menos, lanzándolos alrededor suyo, los siembra a cierta distancia, y de esta suerte proporciona a cada uno el lugar y el aire de que tendrán necesidad para desarrollarse.

¿Qué más necesita el grano?

Nada.

Se halla preparado ya por sí a todos los combates... en aquella pequeña simiente se encuentra el resorte completo de la vida.

Bajo la tenue cascarilla que le envuelve, nuestros más poderosos instrumentos no descubren otra cosa que un fino polvo de átomos... y sin embargo, allí está la vida. ¡Dejad dormir ese fino polvo, dejadle que duerma aunque sea desde los tiempos de los Faraones en aquellos inmensos sepulcros de piedra por los cuales han pasado cuarenta siglos, la vida está allí, la vida permanece siempre allí! Que vengan la luz y el calor de Mayo, que vengan el rocío de las noches y la lluvia del cielo, y ese grano, inactivo desde hace tantos siglos, pondrá manos a la obra; introducirá en el suelo su raíz, levantará hacia el cielo su tallo, echará sus hojas, producirá sus flores, dará sus frutos y a su vez sembrará sus granos.

¿Qué necesidad tiene de socorro esa semilla, si encierra en su seno todo el desarrollo de su vida? ¿De quién podría necesitar auxilio ni lecciones?

* * *

En un grado superior de la escala de los seres parece que todo cambia.

¿Quién de nosotros no ha sentido latir agradablemente su corazón al ver a un pajarillo alimentando a sus pequeñuelos y abrigándolos bajo sus alas extendidas y esponjadas plumas?

Mas conviene seguir hasta lo último a esa madre amante y tierna. La habréis visto cuando sus hijitos acaban de dar el primer vuelo. Pósanse el uno junto al otro sobre una misma rama lanzando monótonos píos, abriendo desmesuradamente su amarillento e insaciable pico y agitando sus alitas. La madre vuela por en-

tre las ramas en busca de orugas y de insectos; hecha su provisión, acude con vuelo ligero a sus crías, y éstas se precipitan sobre ella todas a la vez, levantando y alargando sus cabecitas unas sobre otras... la madre se retira, y no entrega su presa sino a pedazos, para poderla dividir entre todos aquellos glotones.

¡Eso durará ocho días, diez días, después... seguidla! ¡oh sorpresa! la veréis volver la espalda, abandonar a todos sus pequeños y recoger briznas de musgo para formar un nuevo nido. La seguirán los pobrecitos... mas ella los alejará de sí... y si persisten, a picotazos y aletazos los pondrá en fuga bien pronto.

¿Qué misterio es éste?

¡Ah señores, como el grano de hace poco, esos pajaritos están ya preparados para la existencia, se hallan armados para los combates, tienen en su cabecita todo el resorte de su vida!

Ese instinto, ese misterioso instinto ante el cual duda y vacila nuestra filosofía investigadora, ese instinto de Dios que guía al pájaro de todas las fases de su existencia, se encuentra ya en aquellas cabecitas formado completamente y de un golpe, viviendo en todos, semejante en todos y en todos perfecto. Dejad, pues, vivir a esos pequeños abandonados, y ellos irán como hacía su madre, a buscar al insecto y la oruga; como ella irán a beber gota a gota el agua en la fuente; como ella cantarán en las ramas; como ella, cuando llegue el tiempo conveniente, cuando el invierno empiece a echar sus primeras escarchas sobre las hojas, se marcharán por un camino que nadie les ha enseñado, a través de un océano cuyas costas jamás han visto, a buscar luz y calor bajo cielos más clementes.

¿Qué necesidad tiene ya de una madre ese pajarito? ¿De quién podría necesitar auxilio ni lecciones si también él tiene encerrado en su seno todo el desarrollo de su vida?

Es una gran ley de la naturaleza, señores, y desde la planta más humilde hasta el más fiero animal aparece siempre realizada: todo sér en este mundo ha sido armado por Dios para los combates que le esperan.

*
* * *

Un sér, un solo sér parece formar excepción de la regla enunciada. Este sér es el hombre, es el hijo del hombre, es el niño.

¿Le habéis visto en los primeros momentos de su vida? ¡Oh! ¡qué criatura tan digna de compasión!

Vedle allí débil, sin fuerzas, temblando de frío, llorando de puro sufrimiento. Sus ojos se cierran ante la luz que les hiere, su oído no presta la menor atención a las palabras de amor que se le dirigen, sus mejillas no sienten la dulzura de los besos con que se las cubre, sus tiernecitos miembros se doblegan bajo la delicada presión de quien los estrecha, y para no lastimarlos son precisas manos de madre. Nada se halla hecho en aquel pobre cuerpo; e iba a decir que nada se halla tampoco hecho en aquella alma. Bajo su frente, en aquella pulpa misteriosa en que un día se arraigará el pensamiento, no se halla trazado el menor surco; ¡todo está por hacer!

El infeliz exhala vagidos, llora, agita sus bracitos en el vacío, y sus labios se comprimen para apretar el seno de su madre ¡ahí está todo su recurso! ¡No tiene más que ese instinto al inaugurar la vida!

¡Sí, es un espectáculo desconsolador el de ese pequeño sér desnudo y desarmado!... ¿Le ha olvidado por ventura Dios a él, al hombre, al rey de la creación?

Ya habéis respondido en vuestro interior por mí: ¡no!... ¡Dios no ha olvidado al hijo del hombre! ¡Dios le ha dado otra cosa mejor que la suave tersura de las flores, mejor que la delicada pluma de las aves, mejor

que la abrigadora piel de las fieras, mejor que la admirable luz del instinto; le ha dado otra cosa mejor que todos esos apreciables, poderosos y magníficos dones, le ha dado el corazón de su padre, y sobre todo, sí, sobre todo, ¡le ha dado el corazón de su madre!

Pero mientras que el grano lleva en sí mismo su vida, mientras que el pajarillo lleva en sí propio su vida y su instinto, Dios ha puesto la salvaguardia del niño fuera de él, a su lado, en el seno de dos voluntades siempre libres. Podría, en vista de esto, parecer dudoso que Dios haya provisto convenientemente a la vida del niño, que le haya asegurado eternamente la debida salvaguardia.

¿Dudáis, señores, sinceramente de ello?

Un poeta representó en versos (1) de una majestad incomparable al «pálido Adán» y a «Eva, de canos cabellos», sentándose al anochecer sobre una piedra y llorando en silencio. Y allí, comprimiendo su respiración, con las manos en las rodillas y volviéndose las espaldas, anonadados... sin otro movimiento de vida interior que el de bajar cada vez más la cabeza; absortos en sombrío y fatal estupor, fríos, lívidos, huraños, encorvados bajo el sér sin límites, sin figura y sin nom-

(1) Et la, sans qu'il sortit un souffle de leur bouche,
Les mains sur les genoux et se tournant le dos,
Accablés.
Sans autre mouvement de vie intérieure;
Dans une stupeur morne et fatale absorbés,
Froids, livides, hagards, ils regardaient, courbés
Sous l'être illimité, sans figure et sans nombre,
L'un décroître le jour et l'autre grandir l'ombre
.
Ils songeaient et, rêveurs, sans entendre et sans voir,
Toute la nuit dans l'ombre, ils pleuraient en silence;
Ils pleuraient tous les deux, aïeux du genre humain:
Le père sur Abel, la mère sur Cain.

bre, contemplaban, el uno, cómo decrecía el día, y la otra, cómo crecían las sombras... Pensativos y cavilosos, sin oír ni ver nada, pasaban toda la sombría noche llorando en silencio; ambos a dos abuelos del género humano, lloraban: el padre lloraba a Abel, la madre lloraba a Caín.

Tendrían indudablemente Adán y Eva, al recuerdo de los bienes perdidos y a la vista del abismo de males abiertos por su culpa, momentos de horrible desesperación... Sí, derramarían copioso llanto sus ojos, abrazadoras lágrimas surcarían sus mejillas, tristes arrugas marcarían su frente, la angustia del corazón encaneecería sus cabellos. Pero nada de eso me hace ver la santa Escritura, de nada de eso me da cuenta. Antes de que llegaran esas tristezas sùpremas había sonado la hora de la animación y del éxtasis. Escuchad: es una palabra, una sencilla palabra, pero de la cual se desborda a torrentes la dicha.

Acaba de cerrarse la página sombría y amenazadora; Adán y su compañera huyen a grandes pasos bajo la maldición divina; el Querubín guarda la puerta del paraíso, inmóvil, deslumbrando con el fulgor de su centelleante espada e impidiendo la entrada a todo mortal. Parece que todo ha concluído, parece que todo está perdido... ¡ya solamente lágrimas se derramarán en este mundo!

Y de repente, ¿qué es lo que leo?... ¡Ah! es un himno de alegría que estalla bajo los cielos iluminados por el sol. ¡Escuchad, escuchad!

«Eva concibió y dió a luz un hijo, y llena de júbilo exclamó: ¡Tengo un hijo! ¡tengo un hijo! ¡Dios me ha dado un hijo!...» *Possedi hominem per Deum!*

Es la dicha que vuelve, es la fuerza que renace, es la esperanza que sobrenada... «¡Oh! ahora soy fuerte. ¡Tengo un hijo! ¡Dios me ha dado un hijo!»

Ya no es una simple mujer, ¡es una madre!

¿Qué importan al presente el trabajo, las vigiliãs, los sufrimientos, los peligros, los enojos, los disgustos y todas las cargas de la vida? ¿Qué importa la muerte?... ¡Ya la tenéis ahí, valerosa, invencible! «¡Tengo un hijo! ¡Dios me ha dado un hijo!»

¿Y el padre?... ¿no os parece que Adán, ante la feliz visión de su primogénito recién nacido, serenaría su frente y sonreiría de placer? También para él reviviría la esperanzã y el valor... No había, pues, muerto, ni desaparecido toda felicidad de la tierra; quedaba todavía algo bueno en la vida, y por esto en adelante abrirá con brazo más robusto los surcos de esta dura tierra que debe cultivar en castigo de su culpa.

¿Qué le importan ya a él tampoco el trabajo y el sufrimiento? ¿qué le importa el sudor que corre por su frente?... ¡Tiene un hijo, Dios le ha dado un hijo! Y cuando por la noche, cansado del trabajo y tostado por el sol, vuelva a sentarse junto a Eva, tomará a su vez en sus encallecidas manos aquel primer hijo querido, a su vez le estrechará contra su pecho y se estremecerá de gozo al recibir un beso de sus diminutos labios, y cuando por primera vez enlacen su cuello los bracitos de Abel, como precioso collar, quedará embriagado de una satisfacci3n incomparable.

¡Así lo ha dispuesto Dios! Por un admirable retorno de las cosas, al niño le ha dado padre y madre; mas al padre y a la madre les ha dado el niño. De la dicha del uno ha hecho depender la dicha de los otros.

A la inmensã necesidad que tiene el niño del corazón de su padre y del corazón de su madre, ha respondido arraigando en las más profundas fibras de esos dos corazones la inmensa necesidad de amar al niño. No me digáis ya, pues, que está desnudo y desarmado, no me digáis ya que está solo. Son tres... y cuando él se me presenta, le veo entre su padre y su madre, llevado en sus brazos, abrigado con su amor y cubierto y de-

fendido por el invencible escudo de sus corazones.

¡Oh! ¡sí! ¡verdaderamente que Dios ha tratado al hijo del hombre como a rey!



Y ahora no tenemos más que hacer la aplicación; porque la historia del primer nacido de Adán y Eva es nuestra historia, es la historia de todo hijo del hombre que viene a este mundo; siempre encuentra el niño abiertos, para llevarle a través de los escollos de la vida, esos mismos brazos y esos mismos corazones.

¿Qué tenemos nosotros que de ahí no lo hayamos recibido?

¿No es de ahí de donde nos ha venido la tradición de la sangre, que alimenta la vida física? ¿la tradición de las costumbres, que alimenta la vida moral? ¿la tradición de las doctrinas, que alimenta la vida espiritual? ¿Y no constituyen esas tres vidas toda la vida humana?

«Si el más sabio de entre nosotros, dice un escritor moderno, hiciese un recuento exacto de todas sus ideas y de todos sus sentimientos, encontraría que lo mejor de su inteligencia y de su corazón le vienen de su madre. Todos nuestros esfuerzos, después que nos hemos separado de ella, nuestros estudios, nuestras vigiliás, nuestras experiencias, nuestros viajes, es bien poco lo que añaden a esos primeros elementos de vida intelectual y moral que le debemos. Por su boca nos habla todo el pasado de la inteligencia humana.

«Cuadó más tarde un hombre de conciencia recta, de corazón noble, se siente en posesión de una voluntad a la vez resuelta y tranquila, a su madre es a quien, después de Dios, lo debe.»

Es verdad que lejos del hogar bendito en que nos cobijaba su amor, hemos aprendido muchas cosas; sin ella y lejos de ella hemos aprendido el griego, el latín

y la retórica; hemos aprendido la historia y el derecho, las ciencias físicas, las artes, las matemáticas y qué sé yo cuántas cosas más.

¡Ah! ¡es muy cierto!

Pero ¿de qué sirve toda esa balumba de conocimientos para la felicidad de la vida? ¿Qué alivio nos prestan en la tentadora vehemencia de los deseos, en la angustia cruel de los sufrimientos, en la amarga soledad del corazón?

¡Yo quisiera saber quién es el hombre que ha llorado al recuerdo del teorema de Maclaurin! ¡Quién es el hombre a quien las Pandectas hayan encendido el corazón!

Mas ¡el recuerdo de una madre y de sus lecciones!...

Ella os tenía sentaditos sobre sus rodillas... por la noche, al amor de la lumbre, y vosotros le pedíais que os contara cuentos. Y mientras que con vuestras manecitas le acariciabais el rostro, repelía ella por centésima vez: «Érase un rey que tenía tres hijas...» y terminando el cuento de *Las tres hijas del rey* con el consabido: «Colorín colorado, este cuento se ha acabado», le pedíais otro y otro, y ella os contaba el de *Porrita componte*, y el de *La cenicienta*, y el de *El palacio encantado*, y todo ese conocido repertorio de las madres... Y todo esto en un lenguaje inimitable y encantador, entremezclado con sonoros besos y con aquellos mil cariñosos nombres que ella inventaba para vosotros, y con aquellas persistentes miradas que parecían querer comeros, y con inefables sonrisas, y con transportes de loca alegría en que, levantándoos en alto y poniendo sus labios sobre vuestros labios, se echaba hacia atrás como para llevar mejor sobre su corazón todo el peso de su hijo.

¡Oh, qué dulces cuentos aquéllos!... Allí todo pasaba, es cierto; fantasías, invenciones, ignorancias, prejuicios, locuras, imposibles, absurdos, lo confieso;

pero entre aquellas historias frívolas pasaban también todos los grandes preceptos humanos. De ella aprendíais que es preciso amar a Dios, que es preciso amar a sus hermanos; de ella aprendíais que la miseria no importa nada, que el sufrimiento no es nada, que el deshonor y el crimen son los verdaderos males del hombre, que es preciso saber sufrir, que es preciso hasta saber morir antes que faltar a su deber; de ella aprendíais el horror a la pereza, y a la mentira, y a la injusticia; de ella aprendíais, en una palabra, todo lo que forma la verdadera grandeza de la humanidad. Vuestros ojos, abiertos de par en par, se fijaban en sus ojos, y dulcemente su alma pasaba a vuestra alma.

¿No es ella quien ha expiado el primer movimiento de vuestros labios para enseñarles a balbucear el nombre de Jesús?... ¿No es ella la que os contaba la historia de aquel Niño Jesús, nacido por vosotros, muerto por vosotros, y a quien era preciso amar todavía más que a ella?... Con qué afecto descolgaba ella misma de la pared aquel gran crucifijo ante el cual vuestros ojos se espantaban, y os le hacía besar con respeto, y luego, juntando vuestras manitas, os hacía rezar consigo y decir:

¡Oh Niño y Dios mío,
mi bien y mi amor,
venid, descansad
en mi corazón!
Mi corazoncito
es tan chiquitín,
que no hay en él sitio
más que para tí.

Después os acostaba en aquella blanda camita que ella misma había mullido con sus propias manos y calentado suavemente para vosotros, depositaba un último beso sobre vuestra frente... os cubría y arropaba ¡tan bien! ¡tan bien!... y para conciliaros el sueño os mecía y arrullaba y entonaba monótonos cantos... Bien

pronto su voz iba haciéndose más dulce y más débil... hasta que se extinguía en un largo silencio... ¡había venido el sueño! Entonces se complacía en veros dormir y en contemplaros dormido, ¡y silenciosa pensaba en aquél que era el único que podía ayudarle en su obra! Y a su vez, hundiendo la frente entre sus dos manos, de rodillas ante aquella camita blanca en que dormía el que era su vida, rezaba... ¡pedía por su hijo!

¡Oh recuerdos queridos! ¡queridos y dulces recuerdos! Bien de años han pasado para nosotros desde aquellos inocentes y felices días... ¡la muerte nos ha privado hace largo tiempo de aquellas bienhadadas caricias!... ¡Nos hallamos solos en la vida!... y decidme, en vuestras horas de tristeza y de melancolía —¿quién no las tiene en este mundo?— en esas horas heladas, decidme, ¿no habéis sentido que el sitio que en vuestro corazón ocupaba la madre se halla todavía vacío, cruelmente vacío? ¡Oh, si tuviéramos todavía a nuestra madre!... ¡Si ella pudiera volver por la noche, cuando nos consume el insomnio, a sentarse a nuestra cabecera y decirnos con su acento maternal: «¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡soy yo!» ¡Qué consolador nos sería aún el hablarle y el escucharla!... ¡qué de cosas tendríamos que decirle! ¡qué de penas que contarle que ahora davoramos en silencio el algún sombrío rincón de nuestra alma!...

¿Habéis visto el cuadro de Ary Scheffer que representa a San Agustín y a Santa Mónica sentados a vista de la playa? El hijo, desilusionado de la vida y encorvado bajo su peso, está apoyado en su madre. La madre tiene sobre sus rodillas, estrechada entre sus manos, la mano de su hijo, y los dos miran al cielo.

¡Ah, señores! aun con nuestras arrugadas frentes y nuestros encanecidos cabellos, ¡qué bien nos haría el sentarnos de esa suerte sobre la arena, con los ojos fijos allá en lo alto, de donde descienden las fuerzas divinas, y el corazón responsando en aquel Corazón de

donde toman su luz y fuego todas las llamas de acá abajo!

*
*
*

Es indudable que para transmitir de edad en edad y custodiar en el mundo la fe, el deber y el honor, Dios ha escogido a su Iglesia inmortal, y que la Iglesia habla al mundo por la voz del Obispo y del Sacerdote... mas al niño le habla la Iglesia por la voz de su madre.

Es también indudable que llega una hora en que el niño se emancipa, en que el aguijón de las pasiones y el estímulo del placer le hacen tascar y romper todos los frenos y le precipitan... Pero aun entonces, aun en esas horas de loca independencia, cuando el orgullo ha endurecido como el acero a ese corazón rebelde, cuando todas las voces de la autoridad y del amor llaman en vano a ese corazón inerte y muerto, una voz le conmueve, una voz le hiere y le salva, es la voz de su madre.

Un día, de esto hace ya veinte años, fui llamado a toda prisa por medio de un billete desgarrador al lecho de muerte de uno de mis discípulos. Tres años antes nos habíamos separado despidiéndonos sin lágrimas del colegio, y por diversos caminos nos habíamos lanzado en el piélago de la vida con las esperanzas propias de los veinte años. ¡Pobre amigo!... ¡la vida... él la había consumido de un trago en la copa del placer, y precisamente a consecuencia de eso moría! Le encontré postrado en la cama, pálido y ya lívido, con sus dos brazos extendidos sobre el cobertor; me ofreció la mano; después, con un gesto débil y lento, me mostró su pañuelo manchado de sangre, y su pecho, de donde aún arrojaba sangre a cada respiración de su aliento.

El cura de su parroquia había ido a hablarle de Dios, y él le había despachado... Después le había visitado

con el mismo fin uno de nuestros antiguos maestros, y también le había despedido... Su madre tenía esperanza en mí... Dios me es testigo de que puse en juego todos los medios que estaban a mi alcance; agoté para mover aquella alma todos los recursos de nuestra amistad. «Es inútil, me contestó, tengo empeñada mi palabra de honor, y no puedo darte gusto en eso. Déjame tranquilo, háblame de nuestros antiguos recuerdos»; y como a vuelta de éstos volviera yo a mis insinuaciones: «Vete de ahí, me dijo enfurecido; me estás fastidiando, vete de ahí!»

Me levanté con el alma destrozada. Su madre, que nos había dejado solos y que nos estaba espionando, entró a la sazón en la cámara. Preguntó a mis ojos... mis ojos le respondieron. Hubo entonces un momento de solemne silencio. De pie la afligida madre, con los brazos caídos, miraba a su hijo derramando gruesas lágrimas, que rodaban por sus mejillas, y él la miraba a su vez con ojos secos. De repente, juntando las manos, se postra la infeliz de rodillas delante de su hijo, diciéndole: «¡Arturo! ¡Arturo! ¡quieres morir así!» y se ocultó el rostro con las manos. El moribundo hizo un esfuerzo convulsivo, y se incorporó sobre su lecho exclamando: «¡Mamá! ¡mamá! ¡no, no, no te arrodilles ante mí! ¡no, no, levántate, levántate!» Mas la inconsolable madre permanecía arrodillada y envuelta en sus lágrimas. «¡Mamá, mamá, instó el enfermo, te lo suplico, no sigas de rodillas, no sigas de rodillas!... ¡Oh! ¡ven, ven, yo me confesaré!» ¡Y con sus dos manos la atrajo sobre su pecho!

Ambos lloraban esta vez, y el cielo contempló gozoso un alma más salvada por las lágrimas de una madre.

Permitidme, señores, que aún os cite un hecho histórico, un rasgo de valor, uno sólo para mostraros el heroísmo que llegan a producir las lecciones materna-

les. En 1622 era encarnizadamente perseguida en el imperio japonés la religión de Cristo. Un grupo de cristianos había sido apresado y encerrado en las cárceles de Omura y de Nangasaki. Entre ellos se encontraba una joven viuda, Isabel Fernández, con su hijo único Ignacio, que apenas contaba cuatro años. Desde el primer instante de su prisión conoció que no debía ni podía forjarse ilusiones de ningún género acerca de la suerte que la esperaba a ella, ni tampoco acerca de la que esperaba a su hijo.. Ella debía morir... y él, a los cuatro años, ¡también debía morir! La valerosa madre le preparó para la muerte, le infundió fuerza y energía... a precio de qué torturas de su corazón, no tengo necesidad de decirlo.

Llegó el día del suplicio... y la madre lavó cuidadosamente al niño, le rizó esmeradamente los cabellos, le puso sus vestiditos de fiesta, le engalanó cuanto pudo, a su hijito, para el martirio. Después, llegada la hora, tomándole en sus brazos partió.

En el lugar destinado para la cruel carnicería se habían levantado pilas de leña para quemar vivos a unos, y delante de las pilas, tajos y hachas para cortar la cabeza a otros. Cuando estuvieron ya reunidos los cincuenta y dos sentenciados a muerte, el que hacía como jefe de todos ellos, el ilustre italiano P. Carlos Spínola, de la Compañía de Jesús, les dirigió a todos una entusiasta y ferviente arenga animándolos a retener la fe hasta conseguir la corona del martirio y la palma de la victoria. Terminada su peroración, viendo en el extremo de aquel valiente escuadrón de confesores de Cristo a Isabel Fernández, la preguntó dónde estaba su Ignacito, a quién él había bautizado en otro tiempo, pues la interposición de unos haces de leña impedía el que le viera. La madre entonces, levantando en sus brazos a su pequeñuelo, tan bellamente vestido: «Vedle aquí, dijo, Padre mío; está muy contento de morir

conmigo. Y yo con muchísimo gusto sacrifico a Dios mi vida y mi hijo, que son las dos cosas que más amo.» Luego dirigiéndose al niño: «Mira, hijo mío, le dice, mira al que te ha hecho hijo de Dios y te ha dado una vida mucho mejor que ésta que dentro de poco se va a acabar; encomiéndate a él, hijo mío, y pídele que te bendiga antes de morir.» Púsose de rodillas el niño, y entrelazando sus manitas hizo lo que le mandaba su madre. En medio de la conmoción de cuantos presenciaban tan tierno espectáculo, el Padre le bendijo, y la madre estrechó contra su corazón y cubrió de besos y lágrimas a aquel hijo querido que iba a morir... Sin aguardar más, los verdugos dieron principio a la matanza. Tres o cuatro cabezas separadas de su tronco por el hacha cruel rodaron a los pies del niño; él, sin embargo, no dió la menor muestra de temor ni espanto... ¡apoyado en el corazón de su madre, permanecía sereno!... Mas entonces... ¡oh! ¡entonces aquellas fieras sanguinarias le separan bruscamente de su madre, y fué a su madre a quien vió colocada sobre el tajo, y sobre el cuello de su madre vió descargar el terrible golpe del hacha del verdugo, y fué la sangre de su madre la que vió saltar a borbotones, y fué la cabeza de su madre la que vió rodar a sus pies!... ¡Y él, sin embargo, no tembló!... ¡no, no! Antes bien, como entendiendo que ya había llegado su vez, desnudó su cuellecito y corrió con sus pasos todavía vacilantes a colocarle sobre el tajo aún caliente y empapado en la sangre de su madre, con los bracitos juntos sobre el pecho esperó a que cayese el hacha. ¡que bajó en seguida a juntarle en el cielo con su madre!

¡Ah! señoras, registro la historia de los tiempos cristianos, hojeo las actas de nuestros heroicos mártires, y no hallo nada más grande, nada más sublime que esa madre y ese niño.

¡Oh Santa Isabel! ¡oh San Ignacio, querido, hermo-

so, y pequeño mártir! ¡concedednos algo de vuestro valor y de vuestra energía!

Pues bien, ved ahí, ved ahí lo que es una madre, ved el corazón a quien está encomendada la salvaguardia del niño desnudo y desarmado, y que después de haberle conducido al desarrollo de las fuerzas de la vida del cuerpo, le conduce a la cumbre de la magnanimidad y del heroísmo.

Ved ahí lo que Dios ha hecho por el hijo del hombre.

Y es tan evidente que Dios es el que ha hecho y hace de este modo las cosas, que desde el momento en que El sale del corazón de un pueblo aparece en seguida, bajo formas más o menos refinadas, pero siempre horribles, esa lepra de las sociedades paganas: ¡el infanticidio!

No puedo insistir sobre este punto, me limito a llamar sobre él vuestra atención.

*
*
*

El niño, al entrar en el mundo, no encuentra en él solamente abiertos para recibirle los brazos de su padre y de su madre, no entra solamente en ese círculo estrecho que se llama la familia; entra también de lleno en esa gran asamblea que se llama la sociedad humana.

Ahora bien, la sociedad debe asimismo ayuda y socorro al niño, porque el niño es para ella el porvenir en su flor... el niño de hoy será el hombre de mañana; el niño es la sociedad que renace de sus cenizas, es la sangre nueva, es la vida.

Veamos pues, cuál es la parte que toma en esa obra; veamos el trabajo de la sociedad y su éxito.

Advertid, os ruego, que al hablar de la sociedad no hablo de una sociedad ideal o teórica, hablo de la sociedad en que vivimos; no trato aquí de economía so-

cial, me limito a hacer observaciones y presentar hechos.

Todo hombre aporta a la sociedad, de la cual es miembro, el concurso de su actividad y de su energía; por justo retorno participa en cierta medida del trabajo, de la actividad y de la energía de todos los demás. Esas fuerzas unidas permiten lo que, tanto en mecánica como en economía, se llama la división del trabajo, y por consiguiente, todos los grandes desenvolvimientos, el de las ciencias y de las artes, el de las letras y de la cultura, el de la industria y del comercio. Empleando cada cual su fuerza en una dirección exclusiva, concurre a llevar su parte al centro; y todas esas partes reunidas constituyen una especie de fondo común del que todos participamos. En suma, hay en toda sociedad humana un cambio constante, cuyo instrumento es el salario. Mi trabajo propio y personal me vale ese salario, yo le recibo y me sirvo de él para pagar a mi vez el trabajo de otro.

De esta suerte, trabajando cada uno para todos, sucede que todos trabajan para cada uno.

El niño va en seguida a utilizarse de esto.

Le serán necesarios a vuestro niño pañales, mantillas y encajes.

Pues ved, allá lejos hay fábricas inmensas como grandiosos monumentos, ostentando escalonados sus innumerables y monótonos pisos, donde el vapor silba y gime en sus cilindros de bronce, donde el *chfs-chás* de los telares se confunde con el zumbido de las máquinas, donde trabajan centenares de obreros y obreras derramando sudor de sus frentes... En una de esas fábricas se hace lienzo blanco, en otras se fabrican telas y paños para los pañales y mantillas de vuestro niño.

Allá en las aldeas de nuestra Flandes hay legiones de jóvenes doncellas vivarachas y alegres, cubiertas de

blancas cofias, que, sentadas a su ventana durante todo el día, con una gran almohadilla sobre sus delantales de labor, hacen saltar entre sus ágiles dedos, en medio de un bosque erizado de alfileres, centenares de bolillos envueltos en hilo. Cantan viejos aires flamencos, lentos y monótonos, mientras caen los bolillos con un seco tic-tac, aljofarando sus cánticos con un incesante arpegio. Están haciendo los encajes de punto de Ipres y de Valenciennes para vuestro niño.

¿Queréis engalanar a vuestro niño? ¿necesitáis para él seda, cintas, collares de coral y de piedras finas? ¿le es necesaria una crucecita de oro para su cuello?

Pues hay provincias enteras en que se crían millares de mariposas blancas que producirán sus orugas, y éstas hilarán su seda... y todo un pueblo de trabajadores se pondrá a trabajar para tejer las cintas para vuestro hijo.

Y allá lejos, de la otra parte de los grandes mares, mientras que unos infelices se sumergen en las ondas para pescar el coral y la piedra fina, otros desgraciados se sepultan en las profundidades de la tierra, y a golpes del picacho y azadón, y a barrenos de pólvora y dinamita, hienden las rocas para extraer de ellas granos de oro. Buques de vapor atravesarán esos grandes mares desafiando la tempestad,* y os traerán el collar y la cruz para vuestro niño.

¿Queréis que vuestro niño se divierta? ¿le hacen falta juguetes que le entretengan y le hagan reír?

La industria, las artes, las ciencias mismas van a poner manos a la obra... Ahí tenéis los juguetes para vuestro niño.

¿Mas qué? el niño palidece, sufre... una angustia mortal se apodera de vuestro corazón... ¿Qué teméis? Desde hace siglos, en esas Universidades famosas la sociedad ha formado hombres encanecidos en el estudio y en el trabajo de la inteligencia; ahí están, os van a servir, van a curar a vuestro niño.

¿Amenaza algún peligro a vuestro niño? ¿quiere pegarle alguien?... Lanzad un grito y al punto se levantará majestuosa, imponente y vengadora la justicia humana. Extenderá sobre él su manto de armiño, y con su escudo protegerá su cuerpo. ¡Ay de aquél que toque a vuestro hijo!

Como veis, no he agotado la materia, no lo he dicho todo, y, sin embargo, lo que he dicho debe haberos hecho comprender la inmensa protección y amparo que la sociedad presta al niño.

Y si dudáis todavía de esto, comparad, os ruego, al niño de las tribus nómadas, enfardado sobre la espalda de su madre y siguiendo de esta suerte en sus peregrinaciones sin término a un padre que no tiene otro hogar que una tienda movable en el fondo del desierto; comparad a ese niño con el niño de nuestras grandes ciudades contemporáneas. ¡Comparad y juzgad!

*
*
*

Pero... ¿es plena verdad lo que acabo de decir?

¿Es verdaderamente al niño, al hijo del hombre, a quien la sociedad consagra de tal modo su atención y su poder?

Al hijo del rico... ¡sí!

Al hijo del pobre... ¡no!

¡Ay del infeliz! ¿Qué es lo que da la sociedad al hijo del pobre?

¿Creéis que aquella pobre mujer que acaba de dar a luz en una buhardilla sea de otra raza que vosotros?

¿Creéis que su corazón esté formado de distinto modo que el vuestro? ¿Creéis que ama ella menos a su hijo?

¿Creéis que no sueña también en verle fajado en finos y blancos pañales y abrigadoras mantillas, y mecido en blanda cuna, y adornado de encajes, cintas y collares?

¿Creéis que no desea poner majo a su hijo?

Pues bien, ¿qué hace la sociedad? Nada, absolutamente nada... la mira, escribe en sus registros que un niño nació tal día, a tal hora... y pasa adelante.

A esa madre que no tiene nada, la sociedad no le da nada.

Me engaño.

Si el niño se pone enfermo, tendrá el médico de los pobres, y si muere, se le hará de oficio el entierro, sepultándole en la fosa común.

A eso se reduce todo.

¡No! ¡no! todas esas riquezas, todos esos adelantos, todas esas comodidades, todo ese bienestar, todas esas delicadezas, toda esa civilización, en una palabra, todo eso es para vosotros, ricos. El pobre es un desgraciado. El pobre es un desheredado; el pobre no tendrá nada; no tendrá nada, oídlo bien, porque no tiene nada. ¡Oh! ¡pobre madre! ¡desgarra tu vestido para envolver en sus jirones a tu hijo; acuéstale junto a ti, sobre la paja en que tú reposas, y sufre! ¡Sufre! tu pequeño no tiene en el mundo otra cosa más que tu corazón y tus brazos.

No cabe duda, señores, que la sociedad no es de tal modo tan cruel y bárbara por gusto. La sociedad no excluye ni al obrero ni al pobre. No excluye a nadie.

La sociedad invita a esa madre, como a vosotros, a gozar de todos sus beneficios; le ofrece todo lo que puede ofreceros a vosotros. Sus comercios están abiertos para ella como para vosotros; a sus ojos, como a los vuestros, ostenta sus escaparates resplandecientes de riquezas. Si el pobre tuviera oro para pagarlos, le vendería aquellos objetos como a vosotros; ¡pero el pobre no tiene nada!...

Es también indudable que la sociedad tiene cuidado del pobre; trata de bajarse hasta él; le construye casas acomodadas a su posición, le edifica ciudades obreras, crea para él fondas baratas, cocinas económicas donde

por un precio casi irrisorio podrá tomar su alimento. Pero todavía es preciso pagar el alquiler de esa casita, pagar el precio de esa cazuela de sopas, de ese pedacillo de carne y de esas legumbres... ¡Y el pobre no tiene nada!

Tampoco se puede dudar que un niño puede vivir sin esos lienzos finos, sin esos encajes, sin esas cintas, sin toda esa superfluidad lujosa y muelle. Puede vivir, sin duda—y aún tal vez vivirá mejor y con sangre más sana y vigorosa... —pero, señores, si se os prescribiera obligatoriamente para vuestros hijos ese régimen, ¿qué gritos no lanzaríais? Vuelvo a preguntaros: ¿es que el corazón de esa pobre madre no es de la misma naturaleza que vuestro corazón?... ¡Luego ella sufre! Sufre, ¿lo oís? y esto me basta. ¡Oh! yo no culpo a la sociedad; ésta hace lo que puede; pero hay sobre ella un poder implacable y sin entrañas: esa fuerza ciega que se llama la fuerza de las cosas, y que pasa a través del mundo como nuestras imponentes máquinas pasan sobre sus railes de acero, aplastándolo todo bajo su rueda igualadora. Y esa fuerza de las cosas se resume para el pobre en una palabra fatal: el pobre no tendrá nada, porque no tiene nada.

*
*
*

A ese hijo del pobre, Dios, al menos, le había dado un padre y una madre. ¿Qué hace la sociedad? La sociedad ha empezado por quitarle su padre, por aprisionarle en la fábrica o en el taller.

Ese padre no verá ya a su hijo a la luz del sol. Por la mañana, antes del alba; el niño dormía, y por temor de turbar su sueño, apenas se ha atrevido a posar sus labios sobre la frente de aquel ángel; después ha cogido sus herramientas, y echándose las al hombro ha marchado a trabajar con un zoquete de pan en el bolsillo y un frasco de vino. Por la noche, cuando vuelva,

cansado del trabajo, cubierto y ennegrecido por el polvo y el carbón, el niño estará durmiendo; él tomará su luz para alumbrar la cuna y ver mejor a su hijito... ¡Cuidado, le dirá la madre, no le despiertes! ¡Y se quedará en pie, a cierta distancia, triste y mudo, contemplando a su hijo.

Yo ya le pago, dirá la sociedad.

¡Le pagáis!... Perfectamente: le pagáis sus brazos y sus músculos... pero ¿esa dichosa vida de familia, de la cual le habéis arrancado, se la pagáis? Pero ¿la presencia bendita de su mujer y de su hijo se la pagáis? Pero ¿ese hogar salvador donde se han refugiado todas las virtudes del hombre, que se hallan mal entre el bullo y la multitud, se lo pagáis?

¿No habéis encontrado nunca, señores, a eso del medio día, a una mujer joven, notable por la limpieza de sus pobres vestidos, marchando ligera, con un niño sobre el brazo izquierdo y llevando en la mano derecha una cesta cubierta cuidadosamente?... Lleva la comida a su marido, y apresura el paso porque va a dar la hora... Junto a la entrada de la fábrica o al pie de la obra en construcción, o en el ribazo del camino, en el andén, tendido en el suelo o sentado sobre un recanón, la espera el marido... Cuando la madre llega a verle deja en tierra a su niño, y éste, con sus pasitos temblorosos y mal seguros, corre hacia su padre... El padre se pone en pie, sonrse, da palmaditas con sus manos, llama a su hijo y se inclina hacia adelante para recibirle; le levanta, le abraza, le besa, le hace saltar entre sus brazos, le habla, le escucha, deja que le tire de la barba y del cabello...

¡Ah! esé beso y esas caricias ¿no son su principal comida y el dulce alimento de su corazón?

Luego vuelve a sentarse, su mujer se sienta delante de él, el niño corre del uno al otro, y el padre, viendo entre sus rodillas la pobre cazuela con sus nutritivos

pero no delicados manjares, come satisfactoriamente.

Esa comida al aire libre, en la vía pública, y por la noche un tosco lecho en una buhardilla o en un cuartucho de quinto piso. he ahí la familia obrera tal como la ha formado la sociedad moderna.

Lo diré otra vez; señores, la sociedad no es rea ni culpable de haber querido secuestrar de esa suerte a ese pobre padre arracándosele a su familia y a su hijo. No acuso a la sociedad, digo solamente lo que veo con mis ojos, lo que veis vosotros mismos con vuestros ojos; observo y hago constar mis observaciones.

No me digáis, por Dios, que ese obrero es libre, que nadie le obliga, que no se le conduce al trabajo entre dos guardias...

¡Libre!... ¡libre!... ¿libre de qué?... ¡Libre de morir de hambre! ¿No tiene obligación y necesidad de sustentar a su mujer y a su hijo?... ¿no se ve precisado a trabajar? Y ¿dónde encontrará trabajo si no es donde la sociedad se lo ofrece?

¡Libre!... ¡libre!... retirad, por Dios esa palabra; eso es un sarcasmo.

¡Ay! no es el más digno de compasión aquí el padre; lo es el hijo. El padre ha llegado ya a esa edad en que el corazón se halla bastante templado para soportar el peso de los más duros sacrificios. Pero, ¿y el niño? ¿Qué va a ser de la educación de ese niño? En esa gran obra de formación moral, el padre representa la fuerza, la madre representa la ternura, esas dos fuerzas cuya unión engendra los caracteres. Aquí va a faltar la fuerza, queda, pues, roto el equilibrio, y por prodigios que pueda hacer por sí sola la ternura, no saldrá de sus manos sino una obra incompleta, un trabajo bastardeado, un carácter muelle, flexible, sin vigor ni energía, insolente, pero flojo y cobarde, con sacudidas bruscas de impetuosidad mal dirigida y mal contenida, y a menudo con decaimientos sin remedio y sin esperanza.

Pero me diréis: el padre vuelve a estar con su hijo; vuelve a estar con él por la noche y durante sus días de descanso.

¡Ay! ¡vuelve a estar con su hijo; vuelve a estar con él por la noche y durante sus días de descanso!... Pero ¿qué habéis hecho de él en esos intervalos? ¿Cómo devolvéis ese padre a su mujer y a ese hijo? ¿No sabéis, pues, que esas muchedumbres en que le arrojáis son corruptoras? ¿No sabéis que el aire que se respira en esos talleres y en esas negras fábricas mata el alma? ¿Cómo sale de allí ese pobre padre? Vedle después de algunos años; después, quizá, de sólo algunos meses; todas las sensibilidades se han ido extinguiendo y ahogando una a una en su corazón; es ya brusco, descontentadizo, haragán, brutal; su tranquilo hogar ya no le basta, se le hace fastidioso, insoportable y odioso: necesita ruido, barullo, jaleo; necesita humo, bebidas, discusión; le son necesarias las emociones fuertes, los acres olores y las disputas de la taberna y de la cantina; necesita vino, diversión y juego, y a todo ello se entrega. Vuelve después a su casa, por la noche, beodo y tambaleándose, con esa mirada estúpida y esa sonrisa repugnante de la bestia satisfecha. Su mujer llora, él jura, blasfema; ella se queja, él vocea, rompe cuanto halla a su mano, la golpea; ¡y el niño, el pobre niño escondido en un rincón, todo temblando y llorando, mira con espanto... aquella especie de monstruo que es su padre!



No es preciso llegar hasta el término, señores, porque lo dicho no es el cuadro completo.

Le quedaba al hijo del pobre su madre. La sociedad va a quitársela... ¡su madre irá al taller! ¿Cómo?... ¿una mujer, una madre en el taller? ¡Sí! ¡vivimos en

tiempos en que se nos ha hecho ver ese lamentable espectáculo!

Se irá, pues, también la madre lejos de su marido, lejos de su hijo; ella, una mujer, franqueará el piso tumultuoso del taller y de los telares. Sofocada al pronto por aquella atmósfera malsana, corrompida y corruptora, donde se agitan elementos que la hacen ruborizar, temblando de espanto en medio de aquellos obreros, cuyas miradas y sonrisas la abrasan como un hierro candente, ¡oh! ¡sufre la pobre en su alma y en su honor!

Pero dejad que obre el tiempo, dejad que se disipen los primeros rubores de su pudor insultado, dejad que se calmen los primeros sobresaltos de su castidad amenazada, ella se hará a ese mundo y a esa atmósfera. A las indirectas de los hombres contestará con respuestas que harán reír; para contrarrestar a sus miradas y a sus atrevimientos tomará ese aire desvergonzado e insolente de la vista, del gesto y del porte ante el cual nos sentimos helados de horror.

¡Una madre!... ¿Pero esa mujer sigue siendo madre?

¿Qué ha sido de la familia cuando esto sucede?

La familia, ¿pero qué es lo que aún queda en pie? ¿qué ha sido del niño?

¡Ah! ¿el niño?...

Ha sido enteramente preciso que la sociedad se ocupara de ese abandonado. La sociedad no ha podido resignarse a dejarle correr por entre el polvo de las plazas públicas y el cieno de las cloacas, ha hecho en su paso cuanto ha podido, ha establecido casas-cunas, asilos de huérfanos, escuelas de pobres, refugios de abandonados.

Ved ahí para en adelante el hogar del niño y su familia.

* * *

¡Bendita, por siempre bendita sea la primer alma que pensó en abrir a los desgraciados esos dulces asilos!... ¡Pobres pequeñuelos! ¿Qué hubiera sido de ellos sin esto?

Pero, ¿qué es esto, señores? ¿Qué es esto, para reemplazar al padre y a la madre?

En ese nuevo sistema, en lugar del padre y de la madre encargados por Dios de la salvaguardia del niño, la sociedad, no pudiendo hacer otra cosa mejor, sustituye una extraña, a quien paga su correspondiente salario.

No quiero exagerar. El niño estará cuidado, será alimentado, se verá abrigado, respirará el aire puro de grandes salas bien ventiladas, se le hará hacer convenientes ejercicios que desarrollen sus músculos, se le enseñarán cancioncitas que formen su voz y su oído, se procurará tal vez que aprenda a rezar, que aprenda el catecismo y los deberes de la Religión y de la fe; más tarde aprenderá a leer, a escribir y algo de cuentas, y aun quizá se le explicarán por medio de lecciones prácticas esos elementos de las ciencias naturales que nadie debiera ignorar... En una palabra: el cuerpo y el alma del niño, por lo común, habrán ganado en el cambio.

Maravilla el ver cómo ciertos economistas, que ponen en la adquisición de estos conocimientos todo el sér del hombre, se glorían candorosamente de su éxito. Leo en un diario oficial publicado a cargo del Ministerio de Instrucción pública en nuestro país lo que van a oír ustedes. Se trata de un establecimiento del género de los que hablo, creado recientemente en Leipzig: «Los resultados obtenidos, dice el diario, son muy satisfactorios. El peso de casi todos los niños ha aumentado. Y es de notar que este aumento es más sensible entre las niñas que entre los niños. Entre estos últimos el mayor aumento es de cinco libras... entre las niñas

ese aumento sube a ocho libras... en menos de tres semanas» (1).

Todo, pues, marcha del mejor modo posible en ese nuevo sistema. ¡Sí, todo vá a pedir de boca! No hay más que una cosa descuidada en todo eso, una sola, al parecer muy pequeña, puesto que se ha escapado a la observación de todos esos mecánicos de la vida social, el corazón.

¡Ah, el corazón!... ¿Dónde está el lugar del corazón en todo eso? No le hay; yo os desafío a que encontréis sitio para el corazón en esa educación y enseñanza. ¿Y qué es un hombre sin corazón, sin afecto y sin ternura? ¡El corazón! ¿no es de él de quien nos viene todo lo poco bueno que hay en la vida? ¿No es él, y solo él, quien inspira y comunica las grandes fuerzas, los grandes alientos, y—señores, ya que aquí se trata del pobre y del obrero—la energía de las grandes resignaciones? «Un hombre que ha dormido, exclama en cierta parte Julio Simón, en la mercenaria cuna de un asilo, no está armado para las luchas de la vida». Y en otra parte: «Un asilo de niños, cuando está bien dirigido, y lo están todos cuando tienen una directora afectuosa, como lo son generalmente todas, tiene cierta cosa de tranquilo, de fresco, de sonriente». ¡No investiguéis por qué a pesar de esto sentís en ellos vuestra alma mortalmente triste!

«¡Ah, queridos recuerdos de la infancia, cuidados maternos, lágrimas enjugadas, prudentes consejos de la experiencia y del cariño, religión del corazón, fuentes vivas de la probidad, de la hombría de bien y de la honradez! ¿dónde estáis? ¿Quién os pondrá jamás a disposición de esos desheredados? ¿Y quién nos enseñará a todos nosotros que tenemos en la sociedad una pequeña parte de influencia, que la naturaleza no se

(1) *Boletín del Ministerio de Instrucción pública*, Septiembre de 1882, pág. 460.

reemplaza nunca, y que en el mundo del espíritu, lo mismo que en el de la materia, no hay progreso que no cueste demasiado caro, si causa detrimento a los sagrados lazos de la familia?» (1).

Hace unos días, hojeando un catálogo de material escolar, encontré en él un mueble muy ingenioso que se llama adórmecedora. Es una silla baja, toda de madera, cuyo respaldo es móvil. Cuando el niño que se sienta en ella cierra los ojos y se duerme, la inspectora, con un movimiento sencillísimo inclina hacia atrás el respaldo móvil, al mismo tiempo avanza una tablita bajo los pies del niño, levanta sus piernecitas, y dulcemente, sin sacudimiento y sin ruido, la silla se convierte en una camita de madera donde podrá dormir a gusto.

La Casa-cuna, la Inclusa, el Asilo, el Hospicio, la Escuela de recogidos vienen a ser... esa ingeniosa silla-cama de madera.

¡La familia son las rodillas, los brazos, el seno vivo de una madre!

*
* *

Ahora, al menos, ¿hemos llegado ya al término?

No, no he tocado todavía a la llaga más viva, más sangrienta de nuestro tiempo.

Reconoceréis conmigo que no es halagüeño el porvenir para el cual ha nacido el hijo del pobre. A los diez años, a los ocho a veces, se le dedica al trabajo; como su padre, como su madre, tendrá él también que ir a la fábrica, al taller. Irá creciendo, se irán desarrollando sus fuerzas, pero al mismo tiempo se le irá aumentando el trabajo. ¡Trabajar desde la mañana a la noche, y no acostarse por la noche sino para repetir al día siguiente el trabajo del día pasado, experimentar todas las privaciones y miserias y aun el hambre cuan-

(1) J. Simón, *La Escuela*, pág. 200.

do llega a faltar el trabajo, mal alimentado, mal vestido, mal alojado! Verá a dos pasos de sí ricos entregados indolentemente a la pereza, que gozan de todas las comodidades, saborean todas las delicias, se embriagan de todos los placeres; bajarse ante ellos y hacerse humilde, pequeño, suplicante, y devorar en silencio su desdén, su desprecio y su orgullo. Después de veinte años, de treinta años, de cuarenta años de semejante vida, morir en el hospital, dejando tras de sí hijos destinados a arrastrar la misma cadena y dar vueltas a la misma rueda, ved ahí el porvenir, ved ahí las amarguras de la vida que se le reserva, ved ahí la suerte a la que es preciso preparar a ese niño que duerme allí sobre la dura paja de esa miserable vivienda.

Encarecidamente os pido, señores, que me interrumpáis si exagero... ¿No es verdad lo que acabo de decir? ¿No es esa la vida del obrero y del pobre? ¿Por ventura os introduzco en un mundo nuevo? ¿Es que no conocéis vosotros como yo a ese obrero, a ese pobre? ¡Ah! ciertamente, si yo hablara a obreros, a pobres, no les haría esa desgarradora pintura: Es su mal una de esas enfermedades de las cuales debe el médico ocultar a sus enfermos hasta el nombre para no sumirlos en la desesperación. No, yo no les descubriría esa llaga que está manando sangre... Pero no es a obreros, no es a pobres a quienes me dirijo. ¡Vosotros sois ricos; vosotros, señores, vosotros sois felices, y es preciso que sepáis oír, es preciso que sepáis ver lo que se sufre a vuestro lado! ¿Y quién os lo dirá si yo no puedo decíroslo, yo que me alimento todos los días con el cuerpo y sangre de un Dios pobre como ellos, obrero como ellos, y que me maldeciría si no sintiera latir en mi corazón el amor con que los amaba El mismo?

Él sólo sabe por qué de la sangre de Adán y Eva ha sacado, ya esos hombres a quienes se llama ricos y

afortunados, ya a esos otros a quienes se llama pobres y miserables; mas yo sé con certeza que ante esas desigualdades incomprensibles el pobre no tiene más que un recurso, uno sólo: ¡la esperanza! ¡la esperanza de una vida mejor y más perfecta! esa esperanza sólo Dios la da. La fe en Dios, la fe en ese porvenir, ved ahí la verdadera fuerza del pobre. Buscad fuera de eso; no encontraréis nada.

¡Oh gran Dios! cuando uno está lleno de bienes, cuando se tiene de todo a manos llenas es muy fácil decir: «¡Resignaos, tened paciencia! ¡Las cosas son así! ¡Después de todo, no es la riqueza la que constituye la felicidad!» ¡Ah, yo quisiera ver en el lugar de esos pobres a todos esos bellos predicadores! No, lo repito; le es precisa al pobre la fe, la fe viva, la fe ardiente en un Dios que un día, al menos, le recompensará sus privaciones y sus lágrimas.

Pues bien, al hijo del pobre, después de haberle arrebatado a su padre y a su madre, ¿se le va a arrebatar su esperanza, su fe y su Dios!

¡Ah, pobre niño, muérete antes; muérete en los brazos de tu madre; de corazón te lo digo: muéretel La muerte es mucho mejor, la muerte es cien veces preferible a la vida que se te prepara.

¿Para qué me he de extender en esto? La cátedra, las tribunas políticas, los periódicos repiten todos estremecidos el grito de angustia que se escapa de todos los pechos a la vista de las insensatas empresas que cada día presenciamos.

¡Habéis querido dar contra el sacerdote—¡oh legisladores y directores de las sociedades modernas!—habéis querido hundir al sacerdote! Y contra quien habéis descargado vuestros golpes, a quien habéis hundido es al obrero, es al pobre, que morirá a consecuencia de esto. ¡Pero no, no; digo mal, las víctimas de esos golpes, quienes en realidad se verán hundidos a conse-

cuencia de tan satánicos intentos, sois vosotros mismos, es la sociedad entera!

Porque ved aquí, ricos, lo que sucederá:

Dentro de veinte años, dentro de diez, antes quizá, ese hijo del pobre, sin Dios, sin fe, sin esperanza, hecho ya hombre, encontrará en la plaza o en la calle pública a vuestro hijo hecho ya hombre también; le detendrá, y estrujando la mano enguantada de vuestro hijo con su puño de acero: «¡Ahora nos las vamos a ver los dos! le dirá. Como tú, soy hombre yo. Mi sangre vale tanto como tu sangre... vale mucho más que tu sangre; la mía es ardiente y vigorosa, la tuya no tiene fuerza ni calor, porque yo he trabajado en la forja del hierro, y tú te has afeminado en la ociosidad, te has enervado en los placeres. Mira, gomoso, mis brazos hacen vibrar el martillo de las fraguas, los tuyos no pueden sostener un florete. ¡Vamos a vérnoslas, compadre burgués, vamos a vérnoslas los dos solos! ¡Hace ya demasiado tiempo que esto dura! Tú has tenido una madre, tú has tenido un padre... yo no he tenido más que a aquella vieja que en la sala-asilo del extremo de la calle cuidaba de los niños por un tanto mientras sus padres iban a trabajar; tú has tenido oro, yo no he tenido más que algunos perros chicos, que no pesaban tanto como mi sudor. Tú te has artado de manjares delicados y de vinos generosos, yo he comido pan negro y bebido agua del río. Dentro de diez años me habré ya muerto; quiero gozar de estos diez años, y es ya tiempo de hacerlo en seguida; ¡muere, pues! ¡tú ya has gozado bastante y me estás estorbando!... ¡Todo lo que era tuyo será mío!... ¡Venga tu oro! ¡Venga tu palacio! ¡Vengan tus caballos! ¡Venga tu lujo y diversiones! ¡Yo disfrutaré de tus placeres! ¡Mío ha de ser todo lo que ha constituido tu gozo y felicidad! ¡Mío! ¡mío!»

Si Dios no existe, señores, si la Religión no es más que un sueño y la fe no es más que una locura, yo no

veo absolutamente nada que pueda replicarse a lo que dice ese hombre, y tendría mucho gusto en saber qué le respondería vuestro mimado hijo.

Pediría socorro a gritos, llamaría en su ayuda a la policía, a la guardia civil, a la tropa.. ¡Ah! sí, verdaderamente; ¿pero de qué sirve todo eso?

Ved, ved lo que está sucediendo hoy mismo en Monceau-les-Mines... ¡no llegan a doscientos los obreros, y hacen temblar a toda Francia!

¿Qué será, pues, cuando el innumerable ejército de los trabajadores, obedeciendo a una consigna lanzada por mano oculta y propagada como un rayo de un extremo a otro del continente se levante de todos los puntos, de todas las ciudades y de todos los campos, inmenso, ébrio, rugiente, y se precipite como un mar desbordado sobre la espantada Europa?

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡haced que no veamos esos días! ¡Haced que no veamos nuestros altares destruidos! ¡Haced que no veamos nuestros hogares devorados por las llamas! ¡Haced que las madres no vean asesinar a sus hijos! ¡Haced que nosotros no veamos el derrumbamiento de esta sociedad europea, perdida por haberse apartado de Vos!

*
* *
*

Ante tan alarmante situación, ¿qué debemos hacer?

De seguro que nadie juzgará prudente el cruzarse de brazos, y como atontado avestruz que oculta su cabeza bajo el ala, esperar temblando que descargue el rayo.

No; a ese mal inmenso es preciso encontrar un remedio, y una vez encontrado aplicarle inmediatamente a la sociedad enferma.

Ahora bien; el remedio lo tenemos a mano, está a nuestra disposición y es sencillísimo, único e infalible.

Este remedio viene a cortar el mal en su raíz. Ved cuál es este remedio, oíd su fórmula: Es preciso restablecer lo que Dios había establecido. Es preciso devolver la madre al niño, y el padre a los dos, e infundir de nuevo en el corazón de los tres la fe y la esperanza.

Ved ahí el remedio, el único remedio.

Pero eso es casi imposible; ¿cómo emprenderlo? ¿No es, en efecto, una especie de regeneración del mundo lo que se nos propone? Me parece que cada uno de vosotros se está interiormente preguntando: «¿Quién soy yo para emprender semejante obra?»

Permitidme que os lo diga; todos los que estáis aquí, desde el más bajo al más alto, tenéis vuestra respectiva tarea que cumplir.

Yo vengo a implorar vuestra caridad en favor de la obra de las escuelas católicas. ¿Qué quiere decir esto? ¡Que os pido una limosna para una obra cuyo objeto esencial y primordial es precisamente conservar y restaurar, si es preciso, la fe y la esperanza en el corazón del hijo del pobre!

Dad, pues, señores, dad sobre todo vosotras, señoras; eso es lo primero que tenéis que hacer. Dad, continuad dando, dad siempre. ¡Ah! bien lo sé, todas las buenas obras de todo género...—¡y Dios sabe cuán numerosas son!—todas las miserias de la humanidad...—¡y su cortejo es innumerable!—todas vienen a llamar a vuestra puerta y a tenderos la mano. A la larga os encontráis en una especie de obsesión verdaderamente desesperante, y yo concibo que bajo la amable sonrisa con que acogéis a la que os pide limosna se oculte un germen de mal humor. Mas, yo os lo suplico, dad a pesar de eso... ¡Salvad, salvad a esos niños!

Sé también que al cabo del año, cuando llegáis a hacer el balance de vuestra casa, y veis levantarse ante vosotras cifra tras cifra el presupuesto de vuestras ca-

ridades, quedáis enteramente pasmadas. ¡Este sobrecogimiento es bien natural, señoras mías, tanto más que de año en año esto va de mal en peor!... Pero yo os suplico que deis a pesar de todo eso, pues tengo, me parece, el secreto para tranquilizaros.

Lo que debe tranquilizaros, señoras, es que al lado de esas cifras imponentes encontraréis en alguna página inmediata de vuestro gran libro otras cifras mucho más crecidas que representan otro presupuesto mucho más subido, y que, me parece, espanta, por cierto, un poco a vuestros maridos, pero a vosotras... absolutamente nada: el presupuesto de vuestro tocador, de vuestras modas, vestidos y adornos. ¡Oh, yo no os lo echo en cara... no quiero decir más que una cosa... y es que si alguna vez fueran demasiado mal los negocios, habría siempre tiempo de hacer un cambio, de quitar algo a este presupuesto para pasarlo a aquél! Creedme, no seríais por esto ni menos amables, ni menos amadas, y el equilibrio quedaría bien pronto restablecido en vuestras cuentas.

¡Oh, no, señoras, no temáis, y sobre todo no sintáis el haber tenido o el tener que recargar el presupuesto de los pobres. No ofrezcáis jamás a Dios el desgarrador espectáculo de un corazón de mujer, de un corazón de cristiana, vacilante ante el dar un duro para los pobres, y arrojando el oro a puñados, con el descuido de un niño, por una joya. ¡Señoras! ¡señoras! ¡cuando levantéis vuestras manos hacia Dios, Padre de los pobres, pensad que lleváis solamente en vuestros dedos la subsistencia de veinte familias!

¡Dad, pues, dad... y con la limosna que vais a hacer aseguraréis al pobre el refugio y el consuelo supremo de su fe y de sus esperanzas!

Pero esto no basta. ¿Cómo devolver al hijo del pobre su madre, y cómo devolver el padre a los dos, cómo restaurar la familia del pobre? ¡Ah, indudable-

mente, esto no es obra de un día, ni de un hombre, y sería soñar el creer que de un esfuerzo aislado pudiera salir una reforma social tan profunda! Mas, cierto, no hay que sacar de aquí la conclusión de que no tengáis nada que hacer. Por reducido que sea el círculo de nuestra influencia, hay pobres, hay obreros, hay hijos de pobres, hay hijos de obreros que se encuentran dentro de él... ¿Qué vais a hacer en pro de ellos? .. ¿Cómo podréis devolver a esos pobres, a esos infelices la alegría y la dicha de un hogar esparcido a los cuatro vientos del cielo? ¿cómo les devolveréis la santa fuerza de los afectos de familia?

Amándolos, poniendo vuestro amor y vuestro corazón en el lugar de todos esos amores extinguidos y de todos esos corazones muertos. Caldeando con la llama de vuestra alma a esas pobres almas a quienes ha helado la soledad.

¿Amáis vosotras al pobre, señoras?... Señores, ¿amáis vosotros al pobre? ¿Amáis al hijo del pobre? ¿Los amáis como a hermanitos menores y desvalidos? ¿Los saludáis como a hermanos? ¿Les habláis como a hermanos? ¿No rehusáis el apretar cariñosamente la mano del obrero, esa mano forzada tan noblemente en callecida por el trabajo?

¡No me habléis, por Dios, de rango, de condición y de distinción social!

¿Qué significa ese espíritu de casta en pleno cristianismo? ¿Estamos en la India? ¿Es Buda nuestro Dios? ¿Acaso, si hubierais encontrado en vuestro camino a aquel hijo del carpintero, carpintero también él, que se llamaba Jesucristo, le hubierais rehusado la mano bajo ese especioso pretexto de distinción social? ¡Vamos, señores!

Y ahora pregunto: ¿Vais a visitar al pobre? ¿Acudís a su morada? ¿Tenéis al menos a vuestro cuidado alguna de esas familias, de la cual seáis como la provi-

dencia viviente? ¿Subís a veces la estrecha y carcomida escalera que conduce a su camaranchón? ¿Os sentáis allí con el padre y la madre en aquel tosco taburete, ante aquella mesa mugrienta y desvencijada?... ¿Escucháis entonces las tristes confidencias de sus miserias... y los consoláis? ¿Tomáis a sus pobres hijitos en vuestros brazos, los ponéis sobre vuestras rodillas?

¡Ah! yo he visto un día en una buhardilla a una pobre mujer tendida sobre un jergón y que no podía recobrar sus fuerzas. A su lado, como una hermana, estaba sentada una gran señora vestida de terciopelo; en un rincón había dejado su abrigo de pieles y su sombrero, adornado de flores y plumas finas, y estaba allí sonriente y gozosa ocupada cariñosamente, a vista de la madre enternecida, en fajar sobre sus rodillas al pequeñín, hijo de la pobre enferma... ¡Oh! ¡qué hermoso es ver tales escenas! ¡Y con qué amor debe contemplar Dios esas bienaventuradas visiones de nuestra tierra!

Preguntaré todavía más: ¿Cuidáis a los pobres cuando están enfermos? ¿Los veláis cuando se hallan moribundos? y...—¿porqué he de retroceder? ¿por qué me he de avergonzar del Evangelio?—¿los enterráis cuando han muerto?

Bien sé yo que en nuestro siglo, afeminado y muelle, todo esto hiere los oídos... Mas si vuestros oídos se lastiman, señores, yo lo siento infinito, echad la culpa de todo ello a Jesucristo; la caridad que El os ha mandado es el amor, y el amor de todo eso. Y no os lisonjeéis de tener caridad en vuestras almas si vuestro valor no llega a esas alturas.

¡Ah, señores! Vosotros sabéis bien lo que es amar, ¿no es cierto? ¿Y no es verdad que amar es todo eso? ¡Oh! ¡amar es tan ardoroso, y la limosna es tan fría! ¡No, no! ¡no os contentéis con dar, amad! Amad al hijo del pobre, sed para él ese padre, esa madre que ya no tiene, sed para él toda su familia. Lo diré una vez más:

no os contentéis con arrojar vuestro dinero, jarrojad vuestro amor en la balanza de los destinos del mundo!

* * *

Concluyo.

Antes de separarme de vosotros, señoras y señores, antes de alejarme de esta querida ciudad de Lieja, a la cual me ligarán eternamente mis afecciones más caras y profundas, quisiera, si monseñor tuviera la bondad de permitírmelo, dejaros un recuerdo de esta velada. Es una palabra del Evangelio y una pregunta.

Os ruego que penséis con frecuencia en la primera, y que respondáis en vuestro corazón a la segunda.

En el Evangelio dice el Señor: «Cuando disteis de comer a uno de esos pobres, fué a Mí, que tenía hambre, fué a Mí a quien disteis de comer. Cuando disteis de beber a aquel pobre, fué a Mí, que tenía sed, fué a Mí a quien disteis de beber. Cuando vestisteis a aquel infimo pobre, fué a Mí, que estaba desnudo, fué a Mí a quien cubristeis».

Ese pobre, ese hijo del pobre es, pues, Dios para vosotros; para vosotros Dios se encarna en su miseria.

Esta es la palabra del Evangelio, pensad en ella.

Pero si esto es así, si el pobre es verdaderamente Dios para vosotros, he aquí la cuestión que os presento en seguida:

Imaginaos estar en Belén, en aquella gruta en que acaba de nacer Jesús; allí está María sentada, Jesús está en sus brazos; José está de rodillas delante de ellos. Mas—¡no os forjéis ilusiones!—¡no os figuréis alguna alta dama y algún gran señor, no, no! José es un pobre obrero del pueblo, vestido como todos los obreros de su tiempo. María—¡oh, podéis imagináros-la muy hermosa, bellísima!—pero es una pobre joven, tan pobre, que su matrimonio con aquel pobre obrero a nadie le ha parecido un enlace desproporcionado.

Son tan pobres ambos y de un porte exterior tan miserable, que se les han cerrado las puertas de todas las posadas, y se han visto obligados como vagabundos— como esos gitanos, como esos bohemios que vemos a veces en nuestras ciudades,—a buscar un abrigo en un establo viejo y abandonado.

Vedlos allí... y Jesús es el pobre niño de aquel pobre obrero y de aquella pobre joven.

Allí estáis vosotras, señoras, vosotras con vuestros grandes tocados, vuestras cintas, vuestros abrigos, vuestros encajes y vuestras joyas, estáis allí y los contempláis.

¿Os contentaríais con deslizar un duro en la mano de María, y echar por encima del hombro una mirada distraída al Niño Jesús?

Esa es mi pregunta de despedida; responded a ella en vuestro corazón.



DISCURSO IX

LOS CHICOS DE LA CALLE

CONFERENCIA FAMILIAR

«Qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit.»

«El que recogiere a uno de estos pequeñuelos en mi nombre, a mí me recoge.»

(Ev. de S. MAT., c. XVIII, v. 5.)

MONSEÑOR (1):

SEÑORAS, SEÑORES:

UNA leyenda que se remonta a los primeros siglos de la Era cristiana, nos refiere que un día el Niño Jesús, no lejos de la casa de su Madre, vió a unos niños de su edad jugando en la llanada. Estaban sentados en el suelo, a la sombra de un matorral de terebintos, y allí, medio desnudos, como lo están ordinariamente los niños de Judea durante el verano, en medio de gritos y risotadas, se entretenían en amasar barro y formar bolitas, a las que procuraban luego dar forma de pájaros, y las llamaban sus pajaritos. Su afán era ver quién hacía más pajarillos y a quién le salían mejor. Me imagino estar viendo las cabecitas rubias de aquellos niños, y sus ojos, abiertos de par en par, siguiendo atentos y ansiosos los progresos de sus figuritas; me parece oírles batir con sus manos el barro, y lanzar gritos de victoria cuando uno de aquellos pajaritos llega a tenerse de pie sobre sus patas deformes; me figuro que los oigo reír con esa risa franca y alegre del niño, espontánea, sin fingimiento, sin cuidado, sin

(1) Monseñor Sacré, Deán de la Catedral de Amberes.

velos de interior tristeza, cuando uno de aquellos pobres pajaritos mal construído. flaquea, se descompone y se derrumba, haciéndose mil pedazos.

Jesús se puso a jugar con ellos... y él también hizo pajaritos de barro .. Cuando hubo hecho una porción de ellos, los puso todos en fila, y mientras que sus compañeros contemplaban su obra, él dió una palmadita con las manos... de repente los pajaritos de barro aparecieron con verdaderas plumas, con verdaderas alas, y alegres, vivos y cantando revolotearon unos instantes sobre los asombrados niños, y en seguida se volaron al soto vecino a bendecir y alabar a su Creador, su Señor y su Dios.

Otro día, según la misma leyenda, el Niño Jesús vió pasar a un anciano que llevaba en sus brazos el cadáver de un niño que iba a sepultar en la tumba de su familia. La madre iba detrás desolada y sollozando. Jesús se conmovió: detuvo a la infortunada madre, y se informó del caso. Ella le dijo que la víspera había ido su hijo en busca de nidos de perdiz .. Al ir a coger un nido, una víbora; oculta en la tierra, le había picado, y el infeliz había muerto de la picadura, después de algunas horas de horribles sufrimientos... «No llorés más», dijo Jesús a la madre, y al punto, obediente a su llamamiento, apareció la víbora, le mandó que se enroscase al brazo del muertecito y que volviera a tomar de allí el veneno que allí había inoculado. La víbora chupó la herida, después Jesús la maldijo, y el venenoso animal reventó; en seguida, tomando Jesús la mano del niño, le despertó como de un sueño; el niño abrió los ojos, sonrió, tendió los brazos hacia su madre, y corrió a colgarse de su cuello.

Pero ¿qué necesidad tengo de recurrir a estas leyendas apócrifas para recordaros el grande amor que nuestro Dios y nuestro Salvador tiene a los niños? ¿No tenemos presentes en nuestra memoria los solemnes re-

cuerdos del Evangelio? ¿No sabemos que, fatigado de haber estado predicando a las turbas, mientras que cansado de andar sentábase al borde del camino para serenar su alma y refrescarla, llamaba a sí a los niños que le habían seguido, pasaba su divina mano por sus cabecitas, los acariciaba con ternura, los bendecía y se gozaba en su mirada cándida y en su inocente sonrisa? ¿Y que cuando sucedía que sus discípulos apartaban de él aquel bullicioso pueblo infantil: «No, les decía, dejadles que se acerquen a mí. Pues de los tales es el reino de los cielos?»

Y un día, como fermentara en el corazón de los apóstoles la levadura de una vanidosa ambición, y le preguntaran quién de entre ellos sería el primero en su reino, llamó Jesús a un niño, le tomó de la mano, y colocándole en medio de sus apóstoles: «En verdad os digo, exclamó, si no os hicieréis como niños, si no llegareis a ser sencillos, cándidos, puros y sinceros como este niño, no entraréis en el reino de los cielos. El más encumbrado en el reino de los cielos será aquel que se haga más pequeño y más humilde, a semejanza de este niño. El que recogiere a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recoge. Al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí. ¡ah! ¡más le valdría que le ataran al cuello una rueda de molino y fuera sepultado en lo profundo del mar! ¡Guardaos de despreciar a uno sólo de estos pequeñitos, pues yo os digo que sus ángeles ven sin cesar la cara de mi Padre! (1).

Tal era, señores, el amor de Cristo nuestro Señor para con los niños.

Cuando se lee el Evangelio, no impresiona ni embarga tanto el alma, a mi juicio, su poder, su sabiduría, su grandeza, como su ternura y su bondad... y entre todas sus ternuras, ninguna resalta más que su ternura

(1) Ev. de S. Mat., cap. xviii.

para con los pequeños y para con los niños.

¡No me admiro!

* * *

La vista del niño ejerce sobre todas las almas elevadas y puras una deliciosa atracción; hay yo no sé qué encanto en la mirada y en la sonrisa de esa criaturita, tan débil al presente, pero a la cual Dios llama por el don de la vida a tan altos destinos.

¿No habéis experimentado jamás la grata satisfacción de un primer día pasado en el campo, bajo la bóveda azul del cielo, entre las colinas, cuyos árboles despliegan sus hojas y sus flores, ante la gran llanura verde por donde se deslizan y vuelan, despertados de su sueño de invierno, al pie de las abiertas margaritas, todos los insectos resucitados? El pájaro canta aderezando su nido, el sol hace penetrar sus trémulos y fecundantes rayos por entre el ramaje de los árboles y el follaje de las yerbas, el ambiente se embalsama con vagos perfumes, y en medio de tal encanto el corazón del hombre se agranda y se dilata. ¿Por qué?... ¡La primavera es como un gran renacimiento, y nosotros, pobres hombres que nos sentimos morir cada día, amamos tanto los renacimientos! Mas ¿qué es el niño sino un renacimiento del hombre, la primavera de la vida en su flor, la humanidad que revive, consolando y regocijando a la humanidad que muere?

El niño ¡es la inocencia!... ¡Su alma es enteramente blanca!... y a nuestras almas manchadas esa alma pura nos trae a la memoria la hora deliciosa en que nosotros también ignorábamos el mal, en que nuestros corazones, límpidos como el agua de los grandes lagos, desconocían el rugido de la borrasca.

El niño es la sencillez confiada y tranquila, y le amamos como un antiguo recuerdo, nosotros a quienes las experiencias de la vida han conducido a todas las des-

confianzas, y que no damos un pasó sin ponernos en guardia contra las sorpresas, las astucias y las traiciones.

El niño és la esperanza, y la esperanza es la última tabla a la que se agarran nuestras almas en el naufragio de las felicidades de este mundo.

Todo eso, todos esos pensamientos, todos esos contrastes flotan en nuestro espíritu a la vista del niño y nos producen una impresión vaga, misteriosa y dulce que nos encanta.

¡Qué cuadro más hermoso que el de una madre inclinada sobre la blanca cuna en que reposa su hijo, vigilando su sueño! . Vedla cómo, apartando suavemente y sin ruido las cortinas y los encajes, le contempla embelesada .. Los ojos del niño están cerrados; su frente, sin un pliegue, sin una arruga, está medio cubierta por los bucles de su blondo cabello, su boquita entreabierta deja pasar con acompasado murmullo su dulce aliento; su pecho levanta al respirar las cubiertas bordadas sobre las cuales descansan sus rosados bracitos y sus regorditas manos... Le contempla la madre y goza. ¡Es tan hermoso su hijo! De repente el niño se despierta, sus ojos se entreabren, mas la luz que los hiere le ofusca; los cierra, los vuelve a abrir, busca, ¡ah! ¡cómo se alegra! ¡ha descubierto a su madre, y mientras que sus bracitos la llaman, le sonríe con una inefable y dulce sonrisa, en que se descubre y entrega toda su alma!...

Me voy extraviando, señores, ese niño no es el niño a quien Jesucristo se dirigía. Nos es preciso tomar el Evangelio tal como Dios le ha hecho para nosotros. ¡Jesucristo, el Hijo legal del carpintero José, no frecuentaba el mundo de los ricos!... ¡Atrás, pues, esos finísimos lienzos y esos encajes; atrás esa seda, esos terciopelos y todos esos bordados preciosos en que jactanciosa se envuelve nuestra lánguida molicié!... El niño

con quien jugaba Jesús es el niño que vemos nosotros todavía, tendido al aire libre, en la plaza pública o a la orilla de los caminos o en las praderas, amasando aún con sus manitas la tierra humedecida y construyendo calles y casas con cantos rodados y pedazos de tejas. El niño a quien resucita es el niño que trepa a los árboles para coger nidos. El niño a quien toma de la mano y coloca en medio de sus apóstoles humillados, es el niño que vagaba por las calles. El niño a quien ponía sobre sus rodillas, y le bendecía, y le acariciaba, es el niño que, en brazos de su madre o de una hermanita mayor, sigue el curso de las muchedumbres... No es el niño de una patricia romana, envuelto en seda y oro y conducido por una esclava oriental; no es el hijo del rico, ¡es el hijo del pobre, es el hijo del pueblo! Es preciso que vuestro orgullo se resigne a ello; ¡es el hijo de las calles, el niño callejero, el vagamundo, el chico de la calle!...

Y aquí, señoras, sin tardar más, permitidme que os felicite de lo íntimo de mi alma. Vosotras habéis comprendido ese amor, esa pasión de Jesucristo hacia el pobre y hacia el hijo del pobre. A ese niño a quien vosotras os habéis dedicado a favorecer, por él es por quien trabajáis, para él es para quien mendigáis. ¡Vosotras sabéis a quién se encaminaba Cristo, y como hijas de Cristo, a ese os encamináis vosotras mismas!

¿Por qué no nos dirigimos a ese mismo todos nosotros?

Es cosa notable y a veces divertida el descubrir a qué se debe con frecuencia la variedad de nuestros sentimientos y de nuestras impresiones. He ahí en el cruce de una gran calle, trazada a través de barrios indefinidos, un niño conducido de la mano por una nodriza, de cuya cabeza penden largas cintas blancas o encarnadas flotando sobre sus espaldas como banderas de navío. El niño está rica y elegantemente vestido, sus botinas

brillan al sol, su carita pálida encanta por su limpieza y blancura, sus cabellos están rizados con diligencia exquisita, en su mano lleva un arito guarnecido enteramente de terciopelo y de argentinas campanillas... Más abajo, en el fondo de un ferraplén, otro niño, y éste sin niñera, colorado como una manzana, corriendo y saltando se sofoca en hacer correr delante de sí un aro viejo de hierro arrancado a una pipa de petróleo; anda descalzo, sus vestidos, hechos jirones, apenas con unos tirantes pueden sostenerse de unos botones gruesos medio arrancados, sus cabellos desgredados caen sobre una frente bien despejada y bien pura, pero ennegrecida por el polvo y por el sol.

Ante esos dos pequeñitos, ¿cuál será el movimiento de mi corazón?

¡Me inclinará hacia el hijo del rico!... ¿Es esto razonable?

¿Son esos preciosos vestidos y esos juguetes de lujo lo que yo debo amar en el niño?... «¡No, me diréis, sino la limpieza y aseo!» Conformes; pero la limpieza es cuestión de una esponja y de un peine... Lavemos al niño callejero, al chico de la calle, y renovemos mi pregunta... ¿A cuál de los dos se irá mi corazón?... ¿Al rico? ¡Todavía quizá! ¿Luego es en realidad el vestido quien me mueve?... ¿Y es esto digno del hombre? ¡Lo que yo debo amar en el niño es el niño, es aquel cuerpecito, es aquella almita!... Aquel cuerpecito está quizá mejor conformado que el del rico, tal vez su fisonomía es más correcta, y probabílsimamente aquella vida al aire libre y al sol le habrá comunicado más fuerza a sus músculos y más vida a su sangre... ¿Y su alma? ¡Ah, su alma! Yo no sé más que una cosa, y es que la sangre de Jesucristo ha pasado sobre ella como sobre el alma del niño rico, ¡y que a la edad en que ambos se encuentran, ninguna mancha ha venido aún a borrar esa divina sangre!...

Dejadme, pues, amar... y amemos todos al hijo de los pobres, al hijo de las calles; no nos detengamos ni ante sus harapos ni ante el polvo que le cubre y afea, vayamos al alma... no hay otra, únicamente las almas valen algo en este mundo, únicamente a las almas nos es preciso servir, únicamente las almas merecen ser amadas, porque únicamente las almas son inmortales.

*
* *
*

Se ha dicho un día: «¡Son tan bellos los niños!... ¡Qué lástima que tengan que hacerse grandes!»

¡Ayl a los quince años, a los veinte años, vuelvo a encontrar al joven de las calles, a la joven de las calles, a los chicos de la calle. ¿Es éste aquel mismo niño? ¿Es ésta aquella misma niña? ¡En qué han venido a parar, Dios mío!

El, derrengado, sucio, andrajoso, con las manos en los bolsillos, con la vista apagada por los licores fuertes, la voz avinagrada, la sonrisa truhanesca haragán, insolente, fumando colillas en asquerosa pipa, ardiendo en el fuego de todas las concupiscencias, rebelde a toda autoridad y a todo dominio, deseoso de todo desorden y de todo pillaje, espera la hora de tomar parte en el festín del rico, ¡y mientras tanto arrastra su miseria por todas las degradaciones y por todos los fangos!...

Ella, por su fondo indeleble de coquetería femenina, está, al menos, aseada: pero vedla en vuestras calles con los cabellos al viento, la mirada impudente, desvergonzada, sarcástica, provocadora, lasciva, con risotadas que hielan la sangre y actitudes que hacen subir el rubor al rostro, anda del brazo de una compañera hecha a su imagen corre con las turbas, se instala en las plazas como tendera que pregona su mercancía. ¿Es esto una mujer?... ¡Ah! yo los he encontrado a

ella y a él, y a su vista se me ha partido de dolor el alma; los he encontrado en pleno día, por grupos, dándose mutuamente el brazo, con pasos y meneos nauseabundos, bailando en las calles y entonando cantares de despedida a los soldados que iban a la guerra. Yo no sabía que en nuestras grandes ciudades, a la faz del sol, se dieran semejantes espectáculos; yo sabía que por la noche, cuando la obscuridad encubre los semblantes, se perdía toda vergüenza, y que entonces a veces el vicio salía de sus deshonradas guaridas; pero ¡en pleno día! ¡a la faz del sol!... ¡y ellas no se avergonzaban!...

Una pobre anciana que pasaba junto a mí, al verlos me dijo llena de indignación: «Ah, señor cura, ¿adónde vamos a parar?»

Sí, ¿adónde vamos a parar?

Cuando ese hijo de las calles sea el pueblo, y cuando ese pueblo sea el número y la fuerza... ¿que será de la sociedad? Yo puedo responderos... La Providencia nos ha mostrado en nuestros días un ligero diseño de lo que vendría a ser... ¡Acordaos de la Commune, dueña de París!... No se hallan tan lejanos esos tiempos que se nos haya borrado su recuerdo. Acordaos de aquellos horrores, de aquellas matanzas; acordaos de aquellas mujeres que, espada al cinto y revólver en mano, fusilaban a los sacerdotes y a los magistrados; acordaos de aquel riego de petróleo con que entre risotadas bañaban los más suntuosos edificios para avivar el incendio; escuchad aquellos gritos y aquellas blasfemias, aquellas canciones y aquellas carcajadas, aquellas voces avinadas y salvajes en que se entremezclaban los ¡vivas! y los ¡muera!... Acordaos de todo eso... todo eso pertenece al pasado, ¡ciertamente! pero temblemos, ¡porque todo eso y mucho más es quizá también el porvenir!...

¿Qué ha sucedido, pues, señoras?... ¿Qué mano fa-

tal ha tocado a ese niño? ¿qué espíritu maligno ha pasado por ahí?

La respuesta es muy sencilla. Ese niño ha dado lo que naturalmente debía dar de sí... Ahí está todo.

Nos parecía ese niño bello, sencillo, puro, sincero, bueno, y le habíamos amado; pero no habíamos visto el fondo de su alma; allá, en ese fondo, tenía en un pliegue oculto, esa vieja levadura de egoísmo que la humanidad decaída lleva consigo como un cáncer en sus entrañas. Esa levadura ha fermentado, se ha esparcido por toda su alma y ha quemado y abrasado una a una todas las raíces de la justicia y del honor, la ha invadido y la ha tornado por completo al mal.

¡No ha sido menester ni espíritu infernal ni mano alevengada para hacer esa obra, ha bastado dejar desarrollarse por sí solo al niño!

Señores, repleguémonos sobre nosotros mismos, miremos bien nuestra propia alma, sin debilidad y sin falso pudor... traigamos a la memoria, no ya la historia de nuestra vida, sino la historia de nuestros primeros movimientos, de esas inclinaciones, de esos impulsos primoprimos. Recordemos nuestros deseos secretos, nuestras concupiscencias ahogadas, los pensamientos que cruzan nuestra mente por la noche, los cálculos que ocupan nuestro espíritu por el día. Investiguemoslo todo bien... no hay una sola de las pasiones que bullen en el corazón de esos desgraciados que no brome también en nuestro corazón. ¡Pero nosotros las hemos domado, nosotros!... ¿por qué? ¡Porque se nos ha educado en la fe y en el honor! Y ellos no han sido educados, ellos, los chicos de la calle, los niños callejeros, los hijos de las calles, han brotado y se han desarrollado como entre las ruinas brota y se desarrolla una hierba salvaje. He ahí el mal en su raíz... ¡Pobres niños! ¡Los infelices no han sido educados!... Esto es lo que vosotros mismos decís perfectamente con una

expresión cuyo alcance tal vez no comprendéis. No tienen educación; no han recibido educación.



La educación no tiene más que dos hogares en este mundo: la familia y la escuela. Veamos hasta qué punto han estado abiertos para el niño abandonado, para el chico de la calle.

Primeramente la familia.

¡Familia! ¡Qué mundo de benditos recuerdos evoca en nosotros este santo nombre!

Todas nuestras primeras dichas, nuestra alegre infancia, nuestros inocentes juegos, nuestras hermosas fiestas, nuestros paseos por el campo y las flores con que hacíamos ramilletes, los maravillosos cuentos de hadas, los turrónes de Navidad, las rosquillas de Pascua, la bendición de la mañana y de la noche pedida con las manos juntas, la bendición de la mesa y la acción de gracias después de la comida y de la cena, el Rosario y otras oraciones en familia, en que el padre, la madre, los hijos y demás personas de la casa, postrados de rodillas, no formaban más que un solo corazón ante Dios; las dulces enseñanzas de cada día, las reprensiones y los perdones, las miradas severas y los besos cariñosos, las lágrimas y las caricias, ¡y en medio de todo, y por todas partes y siempre, la buena, la tierna, la queridísima, la sonriente faz de nuestra madre! ¡Ah, señores, qué consolador es pensar en esto; y cuando se llega a viejo, qué dulce gozo inspira su recuerdo!

Pues bien: recoged como en un haz todas esas cosas tan deleitables, y después preguntaos a vosotros mismos: ¿Qué han gustado de todo esto los chicos de la calle?

Me acuerdo que un día me condujeron a la casa de

un obrero. Era domingo muy de mañana; toda la familia estaba reunida en un cuartucho de techo bajo, con pavimento de ladrillo, y tan pequeño, que me costó trabajo encontrar sitio en tan reducida y ocupada habitación. A un lado del hogar, el padre, en mangas de camisa, fumaba en su ennegrecida pipa; al otro, una pobre abuela enteramente encorvada, mojaba su pan en una taza de café negro que tenía sobre sus rodillas; en medio, delante de una mesa de blanco pino y entre los restos de un almuerzo empezado por unos y que otros debían acabar, la hermana mayor, de prisa, remendaba unos vestidillos; en un rincón, como los tres niños de San Nicolás, una niña y dos chiquillos chapoteaban con pies y manos en el agua templada de una cubeta, mientras que la madre, a fuerza de brazos, con las mangas arremangadas, los lavaba y los peinaba. Se les vistió a escape, se les puso en las manos un librito de oraciones, dió el padre cinco céntimos a cada uno... luego les encargó que fuesen buenos y se portasen bien, que cuidaran de su ropa, y los envió a pasear hasta medio día. Yo no he visto lo demás, pero creo no engañarme diciendo que después de la frugal comida serían enviados a pasear otra vez, que volverían a entrar para la cena, que después se les acostaría a todos juntos, y que al día siguiente volverían a repetir los mismos paseos.

¿No es este, señores, el modo ordinario como pasa el día el hijo del obrero, el hijo del pobre?... ¿No puede, por tanto, llamárseles, en vez de hijos de familia, hijos de la calle? Apenas puede pasarse sin los cuidados indispensables de la madre, cuando ella le faja bien, lo más abrigadamente que puede la pobre mujer, le cubre además con un gran mantón de lana y le pone en los brazos de una hermana un poco mayor o de un hermano... diciéndoles: «Ya podéis iros por ahí». Y los pequeñuelos se van fuera, dejando con su marcha un

poco más desahogado el cuarto, y van a sentarse sobre el duro suelo, o en la grada de las puertas, o en los extremos de las aceras; si por allí hay algún jardín público, algún cuartel, alguna rampa, alguna plaza abierta o algunos asientos públicos, allá se van, y allí encuentran otros niños pobres como ellos; ¡los enfajados se ven luego tendidos por tierra, dejados en la arena o entre el polvo, entre los escombros o entre la hierba, y los mayorcitos se ponen a jugar y divertirse!... ¡Toda esa plebe menuda y haraposa se entremezcla, y andan revueltos chiquillos y chiquillas; las hay allí de quince años, las hay de dos meses! .. Los chiquitines enfajados lloran, otros se arrastran apenas sobre sus débiles piernecitas de dos años, vacilan, caen, se levantan, vuelven a caer, andan a gatas y llaman en vano a sus rollas; otros juegan a esos juegos tradicionales de la niñez, a la pata-coja, sobre las losas o el asfalto, a la cuerda, al arco, al salto, a las pitas, al escondite, a la pelota, a la peonza, al marro, a no sé cuantos más; los mayorcitos y mayorcitas corren, brincan gritan, chillan, se motejan, se pegan... y vuelven luego a enredar juntos, tan amigos como antes. Entre tanto llega el medio día... pero después de comidos, todos vuelven a encontrarse allí mismo, y ésta es su vida.

¡Para el hijo del obrero y del pobre... he ahí la familia! ¡Su hogar es la plaza pública o la calle!

* * *

¡Ah! ¡Dios me guarde de reprender por esto al padre o a la madre!... El padre, ¿no debe, así que amanece, marcharse él también, dejar allí a su mujer y a sus hijos, y buscar trabajo fuera, bien lejos frecuentemente, en el taller o en la fábrica? La madre, ¿no debe también ella poner orden en aquel reducido espacio donde habitan, lavar, coser, repasar la ropa, preparar la co-

mida?... ¿Qué podría hacer la infeliz si estuvieran allí sus hijos sin cesar estorbándole el paso, lloriqueando, peleándose?... ¿qué podría hacer? Y además ¿quién sabe? acaso tiene también ella, como su marido, que ir a buscar trabajo fuera, lejos de allí, después de cerrar su puerta, y para ganar un pedazo de pan, marcharse a casa de los ricos a ocuparse en faenas pesadas.

¡Oh! ¡no! ¡Yo no tengo valor para recriminar a ese desgraciado, a esa desgraciada! ¡Su vida es tan triste y tan desprovista de todo!... Y sin embargo, su corazón, señores, es como el vuestro... como vosotras, esa pobre madre querría ver junto a sí por el día y por la noche y sin cesar a sus hijitos; como vosotras, ella gozaría con sus sonrisas, con las primeras palabras que ellos balucieran, con sus primeros pasos, con sus caricitas, con su amor y con sus besos. Como vosotras, ella los educaría. Pero ¡es preciso vivir!

Hay días en que, al anoecer, cuando el padre vuelve del trabajo, sobre la mesa, alrededor del cual están sentados sus hijos, la mujer llena de angustia, pone solamente un pedazo de pan y algunas patatas... de ordinario suele poner más, pero hoy... El marido la mira, ve que llora; todo lo ha comprendido... Están al fin de la semana... ¡Oh! ¡para él es poca cosa, él es fuerte y sabe sufrir!... ¡Para ella no es nada, ella es madre y ayunará!... Pero los niños, los pobres pequeños no saben sufrir, no saben ayunar.. y mirad, el padre hace a cada uno la ración acostumbrada... si queda alguna cosa la ofrece a la madre: «¡Gracias, le dice ella, acabo de comer hace poco!» ¡Ah! ¡sublime mentira! ¡No quiere que sus hijos sepan que tiene hambre!

En uno de esos días es cuando ella se ha dicho: «¡Iré yo también a trabajar; también yo ganaré su vida!»

Ya lo veis, señores, yo no invento teorías, no me pierdo en consideraciones inútiles acerca de la organi-

zación del trabajo en las sociedades contemporáneas; yo presento el hecho tal cual es, brutal, desolador, cruel, pero verdadero. Lo que yo digo no hay uno sólo de vosotros que no lo haya podido comprobar cien veces en sus visitas a los pobres.

Fatal y necesariamente ese hecho conduce al resultado que hace poco os señalaba. ¡Para el hijo del pobre y del obrero la familia es la calle! Ese niño, ese hijo, es el niño callejero, es el hijo de las calles.

¿Y qué son las calles en nuestras grandes ciudades?

¿Necesito describíros las? ¡Cuántas veces no sentimos nosotros mismos no sé qué disgusto triste y desolador a la vista de todo lo degradado y vergonzoso que se instala en las calles de una gran ciudad! Y sin embargo, nosotros no atravesamos ordinariamente más que esas arterias más distinguidas en que el último sentimiento de respeto que resta al hombre le obliga todavía a cubrirse con un retazo de pudor.

Pero id a esas calles estrechas y populosas, a las calles del obrero y del pobre. Una señal os la dará luego a conocer, una señal que nos ofrece singularmente la prueba de todo lo que os he dicho hasta el presente: esas calles hormiguean de chiquillos jugando en las aceras, balanceándose en los carros, haciendo presas al agua que corre por las cunetas, acariciando o azuzando a los perros, llorando, riendo, gritando, turbulentos, sucios y desharrapados. Pues bien: contemplad esas calles con sus tabernas abiertas, despidiendo afuera olores nauseabundos de tabaco, de cerveza, de vino y de aguardiente, de donde salen los borrachos tambaleándose y excitando con sus dichos y contorsiones las silbas y pedreas de toda aquella turba menuda. Mirad allí ventanas recargadas de ropa tendida a secar, y en las cuales las mujeres a voz en cuello y con gestos significativos se cuentan el escándalo de las vecinas... Más allá se están pegando hombres y mujeres,

con juramentos que hacen temblar y con injurias cuya desnuda crudeza produce escalofríos en el cuerpo. ¡Y qué de cosas debo callar, señores! ¡Cuántas cosas no puedo mencionar aquí!

¡Todo eso tiene lugar delante de aquella chiquillería, delante de aquellas almas que empiezan a usar de su razón y abrirse al discernimiento, bajo sus miradas ávidas y perspicaces, junto a sus oídos atentos a cuanto se dice!... Un sabio anciano ha dicho que al alma del niño se le debía un supremo respeto... ¿Dónde está aquí ese respeto supremo?... ¡Gran Dios!...

¿Y cómo podríais extrañaros que a los quince años, a los veinte años, el niño callejero, el chico de la calle, llegue a ser lo que hace poco os he pintado?... ¿Quién ha formado esas almas, quién les ha enseñado el deber, la virtud y el honor? Cuando se han despuntado las pasiones en su corazón, ¿quién ha puesto un velo delante de sus ojos para impedirles la vista de los objetos que provocaban la llama? ¿Quién con un ademán o con una mirada ha detenido en los labios de los imprudentes aquellas palabras que hubieran podido ofender sus oídos todavía castos y puros? ¿Quién delante de ellos ha temblado al solo temor de mancillar su candor?... ¿Quién ha retenido lejos de su espíritu esa triste ciencia del mal que no esclarece al hombre sino mancillándole?

Es menester una madre para todo esto, y un padre y una familia... ¡y ese niño ha sido arrojado a la calle! Hay un remedio para ese mal, y una salvación para esos pobrecitos abandonados: la escuela.

* * *

Por pequeño que sea el niño cuando el padre y la madre se van al trabajo, pueden confiarle al asilo de niños o a la escuela de párvulos; más tarde, a la escue-

la de instrucción primaria. Más tarde aún, cuando el niño, en edad de trabajar él mismo, vuelve del trabajo, podrá asistir a las escuelas nocturnas, donde hay cursos de adultos que le abrirán sus puertas. Porque hemos organizado acerca de la educación del pueblo un plan completo, y la serie del mecanismo de donde debe salir esa educación no tiene ni una laguna ni un vacío: acoge al niño casi desde la cuna, y no le deja hasta que llega a ser hombre.

He ahí la salvación, la única salvación para esa pobre criatura a quien hemos llamado el hijo de las calles, el niño callejero; ¡sin la escuela, está perdida la infeliz!

La escuela, pues. Nos es preciso verla de cerca. En nuestros días, a pesar de la sucesión de acontecimientos contrarios, la cuestión de la escuela conserva sobre todas las otras en nuestro país, y podría decir que en toda Europa, un interés predominante y vital. Me permitiréis detenerme en esto un poco más.

Conservo recuerdos de mi primera instrucción en la escuela de párvulos. Estaba la escuela, en una ciudad de Flandes, en el fondo de una calle poco frecuentada; se llegaba a ella por una gran puerta sombría; pero apenas pasada se descubrían preciosas vistas lejanas a un hermoso jardín, todo esmaltado de variadas plantas y bellísimas flores. Me parece ver todavía a las Religiosas con sus hábitos grises y sus grandes tocas blancas; sonrientes y afectuosas, nos recibían de manos de nuestras niñeras, y nos conducían a nuestras clases. Me figuro ver todavía los grandes abecedarios colgados de la pared, y los cuadros de colores vivos en que se desarrollaba ante nuestra vista la creación, el diluvio, la historia de José, el juicio de Salomón, todo el Antiguo Testamento. Un sacerdote anciano, venerado como un santo, dirigía esta escuela y le había dado su nombre. Entre los más lejanos recuerdos

de mi vida, después de los de mi familia, no conservo otro más dulce que el de aquel sacerdote y de aquellas buenas Religiosas, de una sobre todo, que me quería más. Muchas veces desde entonces, al oír lanzar ultrajes a esas escuelas, me he preguntado qué germen de fanatismo había yo podido recibir allí, de qué ignorancias habían nutrido mi débil inteligencia, por qué caminos extraviados habían dirigido mi voluntad, y no encuentro nada. ¡Ah! ¡no recordaba! Cuando no nos habíamos portado bien, se nos conducía al jardín, y en él, más allá de un puente colgante que había sobre un pequeño lago de fondo obscuro, con lo que se nos metía gran miedo, al extremo, hacia la izquierda, se nos mostraba un caserío viejo donde teníamos prohibición de entrar; —¿por qué? ¡yo lo ignoro! —pero para inducirnos mejor a obedecer se nos decía que allí habitaba el coco... ¡He ahí el mal!... Es evidente que si un hombre en su infancia ha creído en el coco, ese hombre es necesariamente un espíritu pervertido y un corazón apocado. ¡Todo marcha mucho mejor en este mundo desde que no se teme al coño! Pobres Religiosas, ¿qué crimen han cometido en esto?

Pero, señores, dejo a un lado estos recuerdos personales, y quiero tomar la cuestión de más arriba.

* * *

¿Qué es la escuela? ¿y cuál es su papel en la educación moral del niño? En toda escuela hay dos cosas: la enseñanza y el maestro; del maestro hablaremos después, no toquemos ahora más que a la enseñanza.

Restringidísima en otro tiempo la enseñanza primaria, ha tomado en nuestros días una extensión frecuentemente desmesurada; es éste uno de los lados de la cuestión en el cual no intento detenerme. Se enseña en ella al niño a leer, a escribir, a contar un poco; se

le enseña la lengua materna, la historia de su país y su geografía. Para desarrollar sus músculos se le ejercita en todos los movimientos, en todos los pasos y en todas las flexiones de la gimnasia. Hasta se le enseña, y yo no lo desapruébo en regla general, esos elementos de las ciencias naturales que se ignoran con frecuencia en los círculos más altos. Está muy bien.

Pero ¿que hacen esas cosas para su educación, para su formación moral? ¡Nada! ¡absolutamente nada!... Nada, vuelvo a repetiros.

Todo eso adorna incontestablemente y enriquece la inteligencia; pero adornar y enriquecer la inteligencia de un niño no es educarle, es a lo más instruirle... lo cual, en suma, es bien poca cosa.

Educar a un niño es formarle conforme al deber, a la justicia y al honor; es enseñarle a vencer su pasión y su voluntad propia, a dominar y ahogar su egoísmo, a sacrificarse y consagrarse al bien. Es arrancar una a una del seno de su corazón todas las raíces inmundas que nuestra decaída naturaleza y las tradiciones acumuladas por la sangre hacen brotar en él vivaces y avasalladoras; es sembrar en su alma ese grano de virtud tan fino y tan raro, que es el único que hace a los hombres grandes y dignos.

Ved ahí lo que es educar a un niño.

Ahora bien; yo quisiera saber qué tienen que hacer aquí la gramática, la historia, la geografía, las matemáticas y aun las mismas ciencias naturales.

A vosotros apelo, señores, a vosotros que en vuestros estudios habéis avanzado mucho, mucho más allá de esos programas.

Cuando sentís en vosotros mismos la febril sollicitación del mal, ¿es a la ciencia a la que llamáis en vuestra ayuda?... ¿Es algún teorema de geometría, algún principio de análisis, algún sistema de filosofía natural el que os hace vencer? ¿No es locura solamente el ima-

ginarlo? Mi pobre chico de la calle, ¿avanzaría mucho en el bien con toda esa balumba de conocimientos?

Es preciso, pues, otra cosa para educar al niño; porque, en verdad, no me cansaré de repetirlo: ¡Todo eso no es nada!

* * *

Otra cosa se ha puesto en el programa de la escuela, se ha enseñado a los niños otra cosa: la moral.

¿Y qué es esto?

La moral es precisamente la ciencia del deber, el código de la justicia y del honor, el conjunto de las leyes que rigen la conducta del hombre. Está muy bien. ¿Pero quién concebirá, señores, una ley impuesta a la voluntad libre del hombre sin concebir simultáneamente un Dios legislador, Señor y soberano del hombre?... ¿Quién concebirá una ley impuesta siempre a la voluntad libre del hombre, que puede obedecerla o infringirla, sin concebir a la vez un Dios que la sancione, y que en su justicia, tarde o temprano, otorgue a los fieles la merecida recompensa y a los culpables el condigno castigo?

Sin embargo, se ha pretendido enseñar a los niños callejeros, a los hijos del pueblo, una moral sin hablarles ni de un Dios soberano, ni de un Dios remunerador. Verdaderamente moral en el aire, de la cual el niño mismo, por pequeño y sencillo que sea, no tardará en reírse a carcajadas. Es preciso no conocer a los niños para ignorar las profundidades de lógica ocultas en su espíritu. ¿Queréis permitirme dos rasgos tomados del natural?

Dos granujillas se pegan en los muelles, delante de la Aduana; el mayor de los dos, después de algunos esfuerzos, consigue echar a tierra y coger debajo al más pequeño, le aprieta con sus rodillas contra el suelo y le tira de las orejas... Era cosa de reír; yo lo había

notado sin hacer caso, mas otro transeunte, de traje azul, lo llevó a mal, e interpellando al vencedor: «A ver si le dejas en paz», le dijo con gesto amenazador. El pilluelo, asustado al pronto, levantó la cabeza y soltó las orejas del otro; pero poco después, viendo alejarse al hombre y cobrando ánimos a medida que se alejaba, con una impudencia particular: «¿Qué le importa a usted?» le gritó... «¿qué tiene usted que decirme? Siga usted su camino, caballero del traje azul».

No quiero decirlo lo restante del discurso. Fué muy largo, muy pintoresco y de un color local perfectísimo... Al oír esto, el hombre del traje azul, no deseando enzarzarse con aquel granuja, ni sufrir por más tiempo las olas desbordadas de aquella elocuencia de cloaca, siguió su camino, y aun pienso que apresuró bastante el paso... ¡He ahí la moral sin soberano legítimo!

En cuanto a la moral sin sanción, tenéis ejemplos de ella todos los días. Ved a esos niños ocupados en tirar piedras a las figuras de un monumento o a las ventanas de una casa abandonada... Saben que hacen mal... pero ese conocimiento teórico en nada les contiene. De pronto aparece un agente de policía, es la sanción, y todos inmediatamente, recogiendo sus zapatos, con ellos en la mano corren a todo escape, sin chistar palabra, anhelantes, temblando, con los ojos azorados, mirando de vez en cuando atrás... ¿hasta dónde? No muy lejos... a los cien pasos se detiene el más atrevido, después un segundo, luego un tercero, y en seguida todos... se juzgan ya el abrigo de la sanción; y al punto, a grandes gritos, con silbidos groseros la insultan y la desafían. Si la sanción se dirige hacia ellos y hace ademán de perseguirlos, inmediatamente vuelven a emprender silenciosos la carrera, esperando una nueva detención y nuevos silbidos.

Y ¿a semejantes niños se pretende enseñar una ley moral sin un Dios que la mande y que la sancione?

Se ha hecho más, se ha dado otro paso más hacia el buen sentido. ¡Se ha querido enseñar al niño una moral nacional apoyada en Dios, Señor soberano, como en su autor; en Dios, justicia suprema, como en su sanción; pero nada más allá!... A esto es a lo que se ha llamado la moral neutra, la moral independiente; neutra entre las religiones, positivas que se disputan las creencias de la humanidad, neutra entre los dogmas revelados cuya fe imponen a sus fieles.

Esa moral existe, y yo me guardaré de tratarla con desprecio; nosotros mismos, sacerdotes de Jesucristo y guardianes de su doctrina, la estudiamos en nuestras universidades y en nuestros seminarios; ella es la que constituye el objeto de nuestros cursos de filosofía moral, y nosotros damos el nombre de ley natural al conjunto de sus preceptos.

Pero, señores, ¿es esta moral la que hace falta al niño? Uno de nuestros filósofos contemporáneos ha escrito un volumen magnífico, en que expone con estilo encantador y con espíritu siempre generoso y frecuentemente cristiano, la doctrina de la moral natural: *El Deber*. Leed ese libro. Agregad a él las enseñanzas que pudieran aún referirse a él, y que el mismo autor ha diseminado en otras dos obras: *La religión natural y el Trabajo*.

Ciertamente, el esfuerzo de su espíritu ha sido sincero, ha sido poderoso. El resultado... casi irrisorio y, no vacilo en decirlo, desesperante, irrisorio, en efecto.

Aparte de algunos preceptos generales, vagos, pero en su fondo incontestables: *No robarás—no matarás*, ¿qué encontraréis allí sino leyes inciertas y mal definidas, y lo que es peor abandonadas a la interpretación del mismo que debe soportarlas? No lo olvidemos, es el hombre mismo quien debe descubrir en sí mismo esa moral... Ahora bien, señores, estad seguros que si el precepto que busca ha de contrariar su pasión, él se

arreglará de manera que no le encuentre. Y si a pesar suyo le encuentra, él se arreglará de manera que gluda su alcance. No robarás, es claro, pero este manejo de negocios, esta jugada de bolsa, ¿es robar? Y él descubrirá que eso no es robar... No matarás, también, es claro, pero él demostrará que rodeando el asesinato de ciertas formas de buen tono, ajustándole a las prescripciones de los lances de honor, ya no es un asesinato. Esa moral tiene recursos para todo; de ella proceden, en un orden de pasiones más frecuentes en el corazón humano, las intrigas galantes, las fortunas, inexplicables, las debilidades honrosas y los vicios favoritos. ¿Es semejante moral la que se quisiera enseñar al niño para fortificarle contra las sollicitaciones de todas las concupiscencias? ¡Oh! sí, he dicho bien, eso es irrisorio. Pero he dicho además que esa moral es desesperante.

¿Por qué? Vedlo aquí.

*
* *

El Dios que sanciona esa moral de que hablamos es el Dios que nos descubre nuestra razón humana, el principio y la causa del universo, Dios poderoso y justo.

Dios terrible, por consiguiente, para la debilidad humana, puesto que es un Dios que no perdona, y nosotros, miserables criaturas, tenemos más necesidad de perdón que de justicia.

¿Qué haríamos nosotros, señores, si no tuviéramos más que a ese Dios inflexible en su justicia severa?... ¿Quién de entre nosotros no se despertaría teniendo que comparecer ante Él con nuestras virtudes en la mano derecha, tan mezquinas por desgracia, y tan escasas, y en la izquierda con el pesadísimo fardo de nuestras iniquidades? ¿A quién de nosotros le quedaría un resto de esperanza? Es aterrador sobre toda

ponderación un Dios que no sabe lo que es misericordia.

*
* *

Permitidme, os ruego, que os lea una página del duque de Broglie, en que se esclarece este mismo pensamiento en una fundamental objeción contra esos mismos libros del filósofo de que hace poco os hablaba.

Después de haber recordado que el Dios de la filosofía y de la religión «no tiene la regia prerrogativa del perdón», apela al mismo aludido filósofo, y citando su propio libro acerca de *El Deber...* «Yo rogaría a su autor, le dice, que le volviera a leer con cuidado, y a hacer de él—no a sí mismo—(no permita Dios que sea tan indiscreto) sino a las mejores personas de bien que haya podido encontrar en su vida, una aplicación exenta de severidad extremada y de humor misantrópico, pero libre también de esa común indulgencia que constituye el fondo de los juicios corrientes de la opinión social. Yo le rogaría que, dejando a un lado toda prevención favorable, examinara todas las vidas que conoce detalladamente con la fría imparcialidad, pero también con el inexorable rigor del juez, no exagerando nada, tampoco disimulando nada; que se abstuviera igualmente de suponer como de perdonar la menor falta. Después que, establecida esta fiel balanza, esta cuenta por partida doble, tuviese a bien considerar cuánto dista su juicio en delicadeza moral y en severa perspicacia del juicio de aquel Sér justísimo para quien el corazón del hombre es un libro abierto; que tuviese a bien considerar que mientras su propia mirada se detiene en las apariencias y como en la certeza de las acciones, el ojo de Dios penetra hasta los repliegues más ocultos de nuestros sentimientos; que hasta al acto más honesto se mezcle el menor móvil de amor propio, de vanidad o de egoísmo, para que a los ojos de Dios

pierda al instante mucho de su mérito, si no llega a ofuscarle por completo, como el más ligero vapor empaña el brillo de un oro puro; que Dios sabe, que Dios ve, no solamente todo lo que hemos hecho y dicho a la luz del día, sino también cuanto hemos intentado y forjado en la sombra; que ha escuchado todas las palabras que han espirado en nuestros labios sin salir al exterior, todos los deseos reprimidos en nuestro corazón, todos los sollozos ahogados bajo la almohada de nuestros lechos. Luego le rogaría que se representara en el gran día del juicio todo ese bajo y sucio fondo subiendo a la superficie y mostrándose a la luz; al hombre apareciendo desnudo ante Dios, como jamás se ha dejado ver, como se avergonzaría de presentarse a sus semejantes, y después de todo esto apelo a su conciencia de escritor para que me digan a cuántos de los seres humanos se aplican las esperanzas de recompensas merecidas .. para cuántos la mera, la estricta justicia, tal como puede esperarse del Dios de la religión natural, es un motivo de confianza y no de espanto y temor» (1).

¿No véis lo que sucedería al niño callejero, al hijo de las calles? A los veinte años echará una mirada retrospectiva hará sobre sí mismo esa cuenta por partida doble del bien y del mal, de que habla el príncipe de Broglie, y se estremecerá .. ¡Ah! ¡gran Dios! el mal ya sobrepuja mucho al bien... y empujado por sus anhelantes pasiones, no sintiéndose ya con fuerza ni valor para dominarlas... «¿A qué preocuparme? exclamará. Lo he hecho no se puede deshacer. ¡Ya estoy perdido!»

• ¡Y les soltará las riendas!... Y como un torrente largo tiempo contenido, cuyo dique flaquea y llega a romperse, todas sus pasiones vencedoras, desbordán-

(1) De Broglie, *Questions de religion et d'histoire*, vol. II, pág. 333.

dose mugientes y espumantes, invadirán su alma y la ahogarán en sus inmundas olas.

* *

Pero concedamos, señores que esa moral fuera neta y precisa y que no condujera a la desesperación... tendríamos aún que es suficiente; es, a lo sumo, esa moral fácil sin la cual ninguno es tenido por hombre probado en este mundo; ¡apenas conduce al honor!...

¡El honor!... ¡Oh, señores, he ahí una palabra magnífica! Yo la respeto mucho. Pero me acuerdo haber leído un libro que metió gran ruido en su tiempo. *El Señor de Camors*, por Octavio Feuillet, y ved aquí lo que encontré en él acerca del honor: «El honor es algo, y conviene no difamarle. El honor es de un uso noble, delicado, necesario. El honor realza las cualidades viriles. Es el pudor del hombre. Es a veces una fuerza, siempre una gracia. Pero pensar que el honor basta para todo, que en presencia de los grandes intereses, de las grandes pasiones, de las grandes pruebas de la vida sea un sostén y una defensa infalible, que supla a los principios venidos de lo alto, y que, en fin reemplace a Dios, es caer en una grave equivocación. Es arriesgarse a perder en cualquier momento fatal toda la estima de sí mismo y a caer de repente y para siempre en ese sombrío océano de amargura en que, sumergido el conde de Camors, luchaba con desesperación como un naufrago en las linieblas de la noche» (1).

Y más adelante:

—«¿En qué consiste el honor, caballero?

—»Permitidme que os lo pregunte yo a vos a mi vez, Miss Marg.

—»¡Oh! yo no entiendo apenas de eso; pero, en fin,

(1) *Monsieur de Camors*, por Octavio Feuillet, pág. 233.

se me figura que el honor separado de la moral no es gran cosa, y que la moral separada de la religión no es nada. Todo esto forma una cadena; el honor pende del último anillo de ella como una flor; pero si la cadena se rompe, la flor cae con lo demás»(1).

Me acuerdo igualmente que De Maistre escribió un día esta seca frase: «Yo no sé lo que es la vida de un tunante, pero sé lo que es la vida de un hombre honrado a la moderna; es cosa horrible». Acerca de lo cual Mr. de Sacy añade por su parte: «¡Que no se diga que esto es exagerado!... No saben lo que es honradez los que se contentan con lo que de ella tienen los ojos del mundo... Estudiad, estudiad el asunto de esa regla de justicia y de verdad—la moral natural, señores,—que brilla en nosotros cuando no la extinguimos voluntariamente. ¿Queréis conocer al necio, al fatuo, al mentiroso, no me atrevo a decir al pérfido, al malvado? Retrocedo ante mi propia sinceridad, temeroso de que me cojáis la palabra; ¿queréis conocer, en una palabra al hombre con lo poco que tiene de bueno y lo mucho que tiene de malo? No os prohibo que le estudiéis en otros; a condición de que os persuadáis que en los otros contempláis vuestra propia imagen, el fondo de vuestra naturaleza, y si no lo que al presente sois, al menos lo que hubierais podido ser, y lo que acaso habéis sido más de una vez en lo secreto de vuestros pensamientos, en el tumulto de vuestros deseos, en el movimiento casi imperceptible de vuestras malas inclinaciones. Por mi parte, si quisiera pintar al hombre por su lado feo, no iría muy lejos a buscar mi modelo» (2).

Veid ahí, señores, el honor, juzgado, no por un sacerdote, sino por hombres de mundo poco sospechosos de despreciarle para hacer valer más la virtud.

(1) *Monsieur de Camors*, por Octavio Feuillet. pág. 369.

(2) De Sacy, citado por Broglie, ob. cit., pág. 283.

Por lo demás, señores, vivimos en nuestras grandes ciudades codeándonos con una sociedad que se ha reservado el honor como única regla de sus deberes y que ha rechazado todas las demás. Pues bien, observadla... y la veréis cuando aparece en el salón o en la calle, fina, correcta; leal, caballeresca y aun distinguida y de noble porte; tal vez os deslumbrará con el brillo de su elegante y pomposo exterior. Pero en momentos dados, bien lo sabéis; repentinas catástrofes rasgan en dos partes el velo del templo: lealtad, deber, justicia, honor, todo se desvanece, todo se evapora como el humo, y ante vuestros ojos espantados salen, como de una sentina inmunda, tortuosos y culebreando, ¡el robo y el adulterio, las mentiras y las traiciones, el suicidio y el asesinato!

¡Y este es el honor, esta es la honradez que servirá de base a la educación moral del pueblo!... Pero ¿no veis adónde conducen?... ¿No sabéis que el pueblo no sabe ocultar nada, que no entiende de tapujos ni de máscaras, que no desciende hasta la hipocresía, que lleva su alma y su corazón en la mano?... ¿Qué pueblo, qué sociedad saldría, pues, de ahí?...

No, señores, todas esas morales son vanas y no sirven para nada ni para nadie.

¡Lo que el pueblo necesita, lo que necesita el niño, lo que a todos nos es necesario es la moral viva de Jesucristo!

Esta moral es luminosa, es segura, no vacila, no anda oscilando en la incertidumbre y la duda, porque no es el resultado indeciso de las investigaciones de una razón mezquina, sino la revelación de Dios hablando como Supremo Señor, y boca a boca, a su criatura.

Esa moral es fortificante, porque al imponerla a su criatura débil e inclinada al mal, Dios le concede juntamente los socorros de su gracia, de esa fuerza que no es nuestra, pero que obra en nosotros y nos hace

invencibles; porque al indicarnos el camino del deber, Dios va por él delante de nosotros, tendiéndonos su mano... como una madre que de lejos, con los brazos abiertos, sonriente y presta a volar en su auxilio, llama a su hijo excitándole a dar los primeros pasos.

Esa moral es tierna y consoladora porque parte del Corazón misericordioso y amante de un Dios que, conociendo nuestras debilidades y miserias, perdona a los arrepentidos, y jamás, ni después de siete veces, ni de setenta, ni de setenta veces siete, se cansa de añadir perdones a perdones.

Y sobre todo, señores, esta moral es viva, es una moral viviente siempre en la sociedad humana. No es una ley muda tallada en el bronce o en el marmol y oculta bajo el silencioso altar de un templo. No, Dios la ha colocado en los labios eternos de la Iglesia. De siglo en siglo la Iglesia la proclama a la faz del mundo: «*Clama, ne cesses!*... ¡Clama, no ceses de clamar!» Los grandes, conjurados en pro de sus pasiones, habituadas a vencer, han ensayado en vano ahogar su voz. La Iglesia ha levantado su voz sobre el estrépito de sus armas. «*Clama, ne cesses!*...» El bramido de todas las concupiscencias humanas desencadenadas ha pretendido con inmenso clamor obligarla al silencio. Mas ella ha clamado más alto que esos gritos bramadores de la carne rebelde: «*Clama, ne cesses!*» Y no hay una sola alma, por extraviada o por ignorante que os la podáis figurar, en cualquiera edad del mundo, de la civilización o de la barbarie en que os plazca colocarla, que no haya escuchado, sobre todos los rumores de la tierra, el clamor solemne de esa voz, proclamando al universo el Decálogo divino, el viejo Decálogo de Moisés y del Sinaí.

He ahí la moral que es precisa al niño, la moral que le educa, que le engrandece, que le forma noble y digno, que le hace verdaderamente hombre.

He ahí la moral que se necesita en la escuela, y no se necesita ninguna otra; y esta moral... en verdad, más que el nombre de moral le conviene el de religión.

¿Basta ya con esto, señores? Esa doble enseñanza de importancia desigual, la una vital, esencialísima, la religión; la otra secundaria y útil, las ciencias y las letras; esa doble enseñanza, ¿será suficiente para educar al chico de las calles, al niño callejero, para prepararle al cumplimiento de los deberes de la vida social, para hacer de él un hombre digno de vivir entre los demás?

Sí, si esa enseñanza sale de un alma honrada y religiosa; amante y sacrificada en pro de los niños. ¡De otra suerte, no!

Acabo de nombrar al maestro.

* * *

No basta para formar al niño y educarle, meterle en la memoria preceptos religiosos y morales, como se meten en ella reglas de gramática y fórmulas de interés simple y compuesto. No basta clasificar las virtudes en su mente como en ella se clasifican las familias de insectos y mamíferos. No pasando esta cultura superficial más allá de la inteligencia, es totalmente vana; para formar al niño es menester penetrar más adentro en esa tierra; en el fondo de su corazón es donde hay que plantar la virtud; su voluntad es la que hay que sujetar al deber, poniéndola bajo el yugo de la justicia y de la disciplina. Esta es la obra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes; ¡es la obra maestra, es la obra única! En el plan divino está confiada al padre y a la madre; al padre, porque es una obra de fuerza y energía; a la madre; porque es una obra de ternura y amor. Cuando las necesidades sociales o los rigores de la suerte arrancan al padre y a la madre de esta obra tan grande viene a reempla-

zarles y representarles un hombre: este hombre es el maestro... Es preciso, pues, que el maestro tenga en su corazón lo que Dios había colocado en los corazones reunidos del padre y de la madre: la fuerza, la energía, la ternura y el amor; es preciso que ante todo tenga un santo respeto a esa inocente alma en la que sus dedos van a esculpir los rasgos del Justo... ¿Y cómo le tendrá, si él no respeta su alma propia? ¿Cómo plantará en aquella los gérmenes de la virtud, si primero no se hallan arraigados profundamente en la suya? ¿Cómo le enseñará a prestar obediencia al deber, si no sabe obedecer él mismo? ¿Con qué derecho le hablará de Dios vivo, nuestro Señor y nuestro Rey, si él mismo delante de ese Dios no inclina su frente y dobla su rodilla sumiso y humilde?...

¡Ah, señores! ¡Si se le exigiera al maestro que fuese un santo; no se le exigiría demasiado... pues se le confían almas! ¿Se entiende esto así ordinariamente en los días en que vivimos?... ¡No! Se forma a los maestros del niño de un modo singular. Se les carga con la colección completa de las ciencias terrestres, las lenguas y sus literaturas, la aritmética, el álgebra, la geometría, la agrimensura; todas las geografías: física, política, agrícola, comercial, industrial, astronómica, histórica; todas las historias: antigua, moderna y contemporánea; se les agrega la física, la química, la zoología, la psicología, el dibujo, la gimnasia, la poda de árboles, la agronomía, la higiene. De todas esas cosas se toman algunos retazos y se forma de ellos yo no sé qué mescolanzas... de moral y de religión una idea ligerísima, una especie de barniz, y se rellena de todo eso su inteligencia durante dos o tres años, como en los embutidos se meten los diversos ingredientes. De allí sale un personaje peculiar de nuestro siglo, pagado de sí mismo, sumamente despreciado de los demás, de alto porte y continente, y presto a regentar el cielo y la

tierra. ¡Es el maestro de escuela! Tiene veinte años; se le encarga que obedezca a las leyes, que respete las conveniencias sociales, que observe los reglamentos; se le construye una casa y una escuela, y se le dice: «¡Anda, hombre, educa a mi pueblo!...» Y con esto se duerme en paz bajo la garantía de las leyes, de las conveniencias sociales, de las circulares y de los reglamentos, que están encargados de lo demás,

¿Queréis saber lo que acerca de esto piensa, no un sacerdote—persisto en no recurrir a su testimonio por temor de que os parezca sospechoso,—sino un filósofo de vuelo y carácter independiente? Escuchad:

«¿Sabemos bien lo que es la educación cuando queremos confiar nuestros hijos a hombres cuya moralidad consistiría solamente en obedecer a la ley, en no faltar a las conveniencias sociales y en observar los reglamentos? ¿Qué es obedecer a la ley? Eso no se llama ni siquiera ser un hombre honrado, es simplemente no ser un malhechor. Todo el mundo guarda las conveniencias sociales. Basta el tener un poco de educación social, virtud aparente que frisa no pocas veces con la hipocresía. En cuanto a la omnipotencia de los reglamentos, que no admitimos en parte alguna, no es, sobre todo para las escuelas, más que una irrisión... Es preciso, en verdad, ser muy ciego para conceder tanta importancia a que se reciten las lecciones de las ocho a las nueve, que no se empiece a escribir la cuartilla hasta las nueve dadas, que se enseñe la ortografía en la última media hora... ¿Estamos, por ventura, en China? Guardad todas esas bellas prescripciones para vuestras oficinas, donde estarán en su lugar, y cuando invistáis a un hombre de la misión de formar ciudadanos, dejadle la libertad suficiente, la independencia necesaria para que él se sienta capaz y responsable. Haced, si podéis, que sea en la escuela un poco menos funcionario y un poco más padre. Ya podéis amon-

tonar decreto sobre decreto y circular sobre circular, todo eso es pura administración, eso no es escuela... El día en que estéis seguros de que hay en cada escuela un hombre suficientemente ilustrado, profundamente sacrificado al cumplimiento de su deber — yo añadiría eminentemente religioso y honrado, — estad tranquilos sobre vosotros mismos y sobre el porvenir del país. Y si en tal día se pueden reunir en un montón los reglamentos, las circulares, las relaciones quincenales y trimestrales y toda la papelería de la ciencia pedagógica, ¡hágase de todo ello una bonita hoguera! La escuela no es un regimiento, ni un convento, ni una oficina, es una sucursal de la familia» (1).

Es preciso, pues, señores, para que la escuela sea un foco de educación, un centro de cultura popular, que la enseñanza sea en ella ante todo y sobre todo moral y religiosa; y para que esta enseñanza sea efectiva, se requiere que salga de los labios de un maestro que a su vez sea también moral y religioso.

* * *

Podríase hacerme aquí, señores, una especiosa objeción. «Indudablemente, se me dirá, la educación moral y religiosa es necesaria al niño; pero ¿no puede adquirirla en otra parte que en la escuela? ¿No puede reservarse la escuela para la formación intelectual del niño y dejar para el templo y para el sacerdote la formación de su corazón?» El recuerdo de lo que he leído me va a servir aquí también, señores; y uno de los genios más elevados y más firmes de nuestro siglo, es quien va a responder por mí.

«Se invoca un principio, escribe Mr. Guizot: La instrucción civil y la instrucción religiosa deben, se dice, estar completamente separadas, dejando exclusivamente al clero la instrucción religiosa... es preciso co-

(1) Julio Simón. *L'école*, pág. 105.

locar bajo la sola autoridad laica toda la instrucción civil. Nosotros tenemos este principio por falso y funesto, al menos en la extensión que se le quiere dar. En materia de estudios superiores y para hombres formados o para jóvenes que tocan a la edad viril, la instrucción civil y la instrucción religiosa pueden estar completamente separadas; la naturaleza de esos estudios lo soporta, y la libertad del espíritu humano lo exige. Pero la enseñanza superior no es más que uno de los grados de todo el sistema general de instrucción pública. ¿De qué se trata en la mayor parte de los centros docentes, en las escuelas de instrucción primaria y en los establecimientos de segunda enseñanza, para el mayor número de los niños que a ellos acuden, y durante los años que en ellos pasan? Se trata esencialmente de educación y disciplina moral. Buena en sí misma la instrucción intelectual por las riquezas que agrega a las facultades naturales del hombre; es sobre todo excelente por su íntima relación con el desarrollo moral. Ahora bien, se puede dividir la enseñanza, no se divide jamás la educación; se pueden limitar a ciertas horas las lecciones que se dirigen a la inteligencia sola, no se cuidan de esa suerte, no se limitan de ese modo las influencias que se ejercen en el alma, especialmente las influencias religiosas. Para conseguir su objeto, para producir su efecto, necesitan esas influencias dejarse sentir habitualmente en todas partes. La instrucción puramente civil puede formar el talento, pero no alimenta ni regula en modo alguno al alma. Dios y los padres tan sólo tienen semejante poder. No hay verdadera educación moral sino por la familia y la religión; y allí donde no hay familia, es decir, en las escuelas públicas, es mucho más necesaria la influencia de la religión. Es una honra y una felicidad de nuestro país que en nuestros establecimientos de instrucción pública sea, en general, poderosa esta influencia. No

vemos por eso que ella haya perjudicado a la actividad ni al libre desarrollo del espíritu humano, y es al mismo tiempo evidente que ha servido en gran manera al orden público y a la moralidad individual» (1).

Esto es cosa tan clara y que fluye tan naturalmente de la naturaleza del niño y del concepto nativo de la educación del hombre, que cuesta trabajo comprender cómo un espíritu sano lo puede poner en duda, y mucho mayor trabajo explicarse cómo es posible anunciar, sostener, formular en sistema principios contrarios.

Y no obstante, eso es lo que hemos visto nosotros, eso es lo que vemos todavía, si no en nuestro país, al menos en naciones vecinas... ¡Hasta tal grado ciega a los hombres la pasión!... En la lucha incesante que han entablado contra la Iglesia se habfan dicho: «Arranquémosle los niños, y daremos cuenta de ella...» y en las tablas de la ley—de esa ley que debería ser la expresión misma de la justicia—con mano febril han escrito: «La escuela será neutra, no se enseñará en ella ni Dios, ni religión, ni moral cristiana», sino aquella moral en el aire, aquel fuego fatuo de moral de que antes os hablaba. Tenían el poder en su mano, y lo que habfan escrito se convirtió en hecho... ¿No sospechaban los infelices que su ley hería, no a la Iglesia, sino al niño, al pobre hijo del pueblo, al hijo de las calles?... ¿Qué digo? De ese niño hacían ellos un arma de guerra, una especie de bomba que se lanza al enemigo. No pensaban que, pasados veinte años, aquellos niños serían el pueblo, formarían la sociedad, y así, con ligereza imperdonable, por satisfacer odios políticos, jugaban el porvenir de la sociedad entera.

Uno de nuestros mayores poetas, Ledeganck, en una obra maestra, *De Ziundooze*, cuenta que un día una

(1) Guizot. *Memorias para servir a la historia de mi tiempo*.

loca cogió a través de las barras de su encierro a una niña pequeña que se le había aproximado demasiado... La acercó a sí, la tomó en sus brazos, la apretó contra su pecho, y exaltada la cubrió de besos febriles. La madre, distraída al principio, cuando vió a su hija en brazos de la loca lanzó un terrible grito, y se abalanzó a ella como una leona... Mas la loca, rugiendo, cogió a la niña por los pies, y como una masa inerte la hizo girar en el aire alrededor de su cabeza, presta a romperle el cráneo contra la pared.

Pues bien; esa lamentable historia la hemos presenciado nosotros, la presenciamos todavía; la impía, la loca ha querido coger al hijo de la Iglesia... la Iglesia ha lanzado un grito terrible, y como una leona se ha precipitado al socorro de su hijo. Mas la loca se ha enfurecido, ha cogido igualmente al niño por los pies, y como un objeto despreciable y de ningún valor, como un vil instrumento de venganza le ha blandido en el aire... No me detengáis, señores, os lo ruego; no me digáis que la impiedad no ha querido matar al niño. Ya lo sé, cuida ella solícitamente de su cuerpo, jamás tal vez ha cuidado tanto del desarrollo de sus músculos... Pero, ¿y su alma? ¿no ha querido matar su alma? ¿Y qué me importan vuestras lecciones de gimnasia, si en esos bellos cuerpos, en esos músculos de gladiadores no me dejáis más que un alma muerta y hedionda?...

* * *

¡He ahí la suerte reservada a esos pobres niños callejeros! Sin familia, ya os lo he dicho... ¡y por añadidura, la escuela homicida que acabo de pintaros!... Después de la calle y sus detestables lecciones, esa fábrica de enderezar los músculos y los entendimientos, pero de donde el corazón, abandonado enteramente, sale salvaje y pervertido!... ¿Qué había de ser, pues,

de esos pobrecitos abandonados? ¿A qué vida se les destinaba?... ¿Qué hombres se querían hacer de esos niños?

¡Pero allí estabais vosotros, señores... vosotros, los hijos de Cristo!

A la vista de esos intentos del poder contra el pueblo, ¿qué habéis hecho vosotros? ¿Qué habéis hecho por el niño callejero? Os restaba un arma: la libertad, y os habéis apoderado de ella.

Habéis creado una a una esas escuelas que han surgido de repente en todos los puntos de la patria, desde las grandes ciudades hasta la última choza de la más pequeña aldea, y allí habéis acogido a Cristo, a quien se expulsaba... Habéis realizado esa gran obra, y abriendo de par en par las puertas de esos benditos asilos, habéis dicho: «Dejad venir a nosotros al hijo del pueblo». Sí, a ellos, a los pobrecitos niños callejeros es a quienes llamábais... pues para ellos trabajábais, señores, y no para vuestros hijos. Bastantes escuelas se abren para vuestros hijos, y si vuestro pensamiento no se hubiera dirigido a esos pobrecitos desheredados, ¿qué necesidad hubiérais tenido de crear otras nuevas? No se ha fijado bastante en esto la atención; en esa gran obra, la mayor quizá que puedan registrar nuestros anales, había algo más que un movimiento de defensa político, había sobre todo una inmensa efusión de caridad cristiana, un profundo e invencible amor al pueblo. Vosotros habéis salvado a sus hijos. ¡Y salvándoos, habéis salvado a la sociedad!...

¿A precio de qué sacrificios? Vosotros lo sabéis: ricos, vosotros habéis derramado el oro a torrentes... pobres, vosotros habéis agregado la gota de agua de vuestro óbolo... todos habéis puesto en esa obra el amor de vuestro corazón... ¿A quién le será dado escribir un día la historia de todos los sacrificios de los

corazones humanos, ya entonces descubiertos? Esos grandes, cortando sus parques para levantar en ellos, a la sombra de sus viejos castillos, la escuela libre de Jesucristo... Esos cooperadores, esas infatigables cooperadoras siempre escuchadas, mendigando para los pobres niños... Esos indigentes curas de aldea vendiendo sus enseres y durante meses enteros desterrando de su mesa la tajadilla de carne que solían tomar en su comida... Y esos pobres criados viniendo a decir al maestro: «Yo no tengo parientes, soy viejo y no tengo necesidad de nada; tomad mis ahorros, los doy para la escuela de Jesucristo». Sólo Dios, señores, puede recompensar semejante heroísmo. Pero Dios es fiel, y llegará la hora.

Lo diré: ¡ya os ha llegado, a mi juicio, una recompensa bien dulce, y que debe haber conmovido deliciosamente vuestro corazón!...

El pueblo os ha comprendido; con su buen sentido natural, con ese instinto misterioso que Dios ha puesto en las entrañas del padre y de la madre, no se ha equivocado acerca de las cosas. Ha dejado allá esas escuelas fastuosas, pero vacías del espíritu cristiano, y ha venido a las vuestras, aunque más humildes; a vuestras manos han confiado esas madres sus pequeños; en vuestro corazón han depositado ese tesoro que no podían guardar ellos en su corazón. Y se han alejado confiados y tranquilos sabiendo que en su lugar velaba sobre ellos el amor de Jesucristo.

*
* *
*

Mas no ha concluido todo. La loca no abandona de buenas a primeras al niño a quien ha logrado atraer a su prisión... Le resta un arma a la impiedad.

¿No habéis visto jamás a esos grandullones holgazanes de trece a catorce años llamando a jugar a otros

niños mucho menores con sonrisas y caricias? Si el pequeño rehusa, ellos insisten, siempre sonrientes y acariciando. Si vuelve a rehusar, corren tras él y le apedrean. Eso es lo que va a hacer la impía, la loca: no pudiendo coger al niño, correrá tras él y le golpeará rehusándole el pan.

¿Qué ha sucedido? ¡Ah! señores, dejadme que os lo refiera en los mismos términos con que se lo refería hace algunas semanas a la valiente juventud de la Universidad de Lovaina. Me complazco en repetirlos porque veo en ello el honor inmortal de Amberes, de Amberes la grande, de Amberes la generosa, de Amberes la creyente y la fiel.

Esa madre que os ha confiado sus hijos era pobre. Ha ido la infeliz a tender la mano a la beneficencia oficial; sus pequeñuelos tenían frío, tenían hambre, carecían de vestido; el trabajo del marido no llegaba a satisfacer las necesidades de su familia.

Ha ido y ha encontrado el oro bajo la figura de un oficinista; personaje bien pagado, bien arropado, bien alimentado, y que desempeña a maravilla en la máquina administrativa el papel de un engranaje sin corazón, vulgarísimo por otra parte, y dotado de esa fatua imperfinencia que parece de absoluta necesidad a esos empleados de baja estofa.

La pobre le ha tendido la mano, y él ha dicho a la infeliz: «Da a tus hijos los maestros que nosotros queremos y que tú desprecias, y entonces te llenaremos las manos; ¡si no, no! No tendrás nada para ellos, no tendrás nada para tí, ni pan, ni carbón, ni aun médico cuando estén enfermos, ni siquiera un mal ataúd cuando mueran.»

La madre no ha respondido nada; ¡mas cubriendo sus ojos con su delantal de labor, se ha puesto a derramar gruesas lágrimas, amargas y ardientes!

¡Oh lágrimas crueles! ¡oh lágrimas benditas! ¡oh lá-

grimas de un mártir! Los ángeles os han recogido con sus manos indignadas; os han llevado a la presencia de Dios, y allí, al pie de Jesucristo, el Dios pobre, hijo de una pobre, hermano de pobres, allí gritáis: ¡venganza! ¡Ah! ¡seréis escuchadas, y sobre la conciencia de mi patria pesaréis más que toda la sangre derramada en veinte guerras civiles!

¿Cederá la infeliz?... Vuelve a su casa, y vuelve a ver a sus hijitos tiritando y hambrientos. Vuelve a ver a su marido, y se lo cuenta todo; después, mudos se miran el uno al otro; ella ahogando sus sollozos, él taciturno y pensativo...

De repente, con una rápida mirada, aquellas dos almas se comprenden. «¡No, no, no venderemos el alma de nuestros hijos; sufriremos, moriremos si es preciso, pero no venderemos el alma de nuestros hijos!»

El viejo crucifijo de madera que pendía junto a la chimenea de la buhardilla debió estremecerse de gozo. ¡He ahí corazones cristianos como vos los queréis, oh Maestro mío! ¡corazones como los que tenfan vuestros mártires! ¡corazones prestos a mezclar su sangre con la sangre de vuestro Corazón!

Señores, vosotros lo sabéis: aquí existen dos mil ochocientos padres, dos mil ochocientas madres que han dicho: «Antes morir que entregar a nuestros hijos». Se ha intentado en Bruselas, con pedantesca fatuidad, negar este hecho... ¿Mas quién osará negarlo aquí en Amberes, delante de vosotros que conocéis a esas desgraciadas, que las habéis visto llorar, delante de vosotros, que habéis enjugado sus lágrimas? ¿No es este un magnífico espectáculo? ¡Ah, yo os lo confieso, cuando en las calles me cruzo con una pobre mujer y descubro en su mirada esa simpatía respetuosa que el sacerdote encuentra aún en nuestros días en las almas fieles, me siento conmovido, mi corazón palpita con más velocidad y me descubro humillado, muy humilla-

do, porque me digo que tal vez tengo delante de mí uno de esos mártires sublimes!... (1).

Ante este nuevo golpe del enemigo, asestado cobardemente al pobre, ¿qué debíais hacer vosotros? No habéis vacilado, señores.

Ese pobre niño callejero, golpeado, herido, abandonado, era como aquel viajero del Evangelio a quien unos bandidos, después de haberle maltratado, habían dejado por muerto junto al camino. Todas las autori-

(1) Quiero conservar como recuerdo de esta nobleza y grandeza de alma del pueblo los datos siguientes, tomados sobre el terreno:

FAMILIAS A QUIENES SE HA REHUSADO EL SOCORRO
POR LA OFICINA DE BENEFICENCIA

Parroquia de Nuestra Señora.....	228
» San Andrés.....	574
» Santiago.....	405
» San Agustín y San Jorge.....	287
» San Pablo y San Carlos.....	113
» San José.....	122
» San Lorenzo.....	159
» San Willabrondo y San Amando..	741
» Kiel.....	180
TOTAL.....	<u>2.789</u>

MADRES A QUIENES SE HA REHUSADO EL AUXILIO
DE UNA COMADRONA

Parroquia de Nuestra Señora.....	48
» San Andrés.....	54
» Santiago.....	57
» San Agustín y San Jorge.....	60
» San Pablo y San Carlos.....	31
» San José.....	40
» San Lorenzo.....	55
» San Willabrondo y San Amando..	78
» Kiel.....	47
TOTAL.....	<u>470</u>

dades oficiales de Jerusalén pasan cerca del infeliz, una en pos de otra, le miran y le dejan allí. Vosotros os habéis acercado a él con un corazón amante y con manos piadosas; le habéis vendado, y tomándole sobre vuestros hombros, como llevaría una madre a su hijo, le habéis traído al abrigo de esta hospedería divina: a la escuela libre.

Se necesitaba oro de nuevo; era necesario para sustituirlo al oro oficial, que sólo tenía por objeto pagar la venta de las almas...

¡Y vosotros no habéis vacilado! ¡Habéis puesto vuestro oro en la mano de esa pobre mujer rechazada por el mundo oficial, y vuestro valor en su corazón; habéis dado, y vuelto a dar, y continuáis dando siempre!...

Y ahora, ved ahí vuestra obra:

Gracias a vosotros ese niño va a crecer, creciendo juntamente en la fe y en la virtud. Llegará a ser un hombre duro para el trabajo, celoso de su honor, y en cuya alma se desarrollarán todas las virtudes; será un cristiano...

Tenía hambre el pobre niño; vuestras limosnas le alimentan yendo al indigente padre y a la necesitada madre, que no pueden ganarle el pan.

Estaba mal vestido el infeliz, tiritaba de frío... y vosotras, señoras, trabajáis todo el año para dar a todo ese pequeño pueblo el lienzo y los vestidos que sus padres no podrían comprarles, y con vuestra ingeniosa caridad, estimulándole al bien, queréis que esos dones sean la recompensa de su trabajo y como el laurel de sus primeras victorias.

Y no para todo en esto. En nuestras grandes y orgullosas ciudades, los pobres, los obreros, son relegados aparte, como en la India las castas depreciadas. Para los ricos las grandes arterias, exuberantes de luz y de lujo; para el pobre las callejuelas estrechas, tortuosas, sombrías, llenas de escombros, malsanas; ¿son estos

hermanos que viven bajo un mismo cielo, iguales, sometidos a una misma ley?

¿Y cómo no ha de germinar la envidia en el corazón de esos relegados? Mas vosotros habéis penetrado en esas calles, señores de las Conferencias de San Vicente de Paúl; vosotras habéis subido por esas estrechas, pendientes y lóbregas escaleras, señoras, vosotras habéis llegado a esas buhardillas. La seda de vuestros trajes se ha rozado con la burda saya y el mísero percal de la obrera; vuestra mano ha estrechado su mano, vuestro corazón ha comprendido su corazón; habéis llorado con ella, habéis sufrido con ella, y ella ha sentido que su frente y su alma, lavada como la vuestra con la sangre de un mismo Dios, puede gloriarse de tener por hermanas a todas las cristianas y por hermanos a todos los cristianos.

Pero habéis hecho más que salvar a ese niño, y por medio de él salvar al pueblo: ¡os habéis salvado a vosotros mismos!

* * *

¿Cuál era la vida de la mayor parte de vosotros antes que esas creaciones múltiples de la caridad, las escuelas, los patronatos, los círculos de obreros, las visitas a los pobres, los roperos, las conferencias y tantas otras, hubiesen venido a llenarla?

Darante los primeros veinte años de esa vida os dedicabais a instruiros, completabais vuestra educación, después de lo cual marchabais al asalto de una posición; os casabais, y a vuestra vez educabais a vuestros hijos.

Echemos para esto último otros veinte años.

Colocabais a vuestros hijos, casabais a vuestras hijas, después... durante el resto descansabais, esperando la hora en que alguno viniera a deciros:

«¡Hermano, es tiempo de morir!»

¿Era esto vida cristiana? ¡No! Por pura y correcta que os plazca imaginarla, esa no es la vida cristiana. Ahí todo se concentra en derredor vuestro y de los vuestros... Es una vida enteramente personal, completamente egoísta.

¡La vida cristiana tiene muchos más amplios horizontes! Se desborda de ese círculo estrecho y egoísta; extiende mucho más allá las aguas invasoras de su caridad, como el Nilo sale de su cauce, cubre las llanuras y siembra en ellas la fecundidad y la vida... ¡Los brazos de los cristianos abarcan el universo!

Pues bien, señores, esas obras os han arrancado de las estrecheces del hogar, os han enseñado a ir más allá a buscar almas y servir las. ¡Y habéis ido en busca de esos niños callejeros, y los habéis recogido! ¡Y habéis ido al pobre, y le habéis ayudado! Y no os habéis contentado aún con esto: otras obras han venido a solicitar vuestro socorro, y por medio de ellas habéis llegado y servido a las almas muy lejos de aquí, más allá de los mares, hasta los últimos límites del mundo, con la voz de los misioneros.

¡Ah! esperad, pues tranquilamente que llegue la hora, y cuando a vuestros oídos suenen entre lágrimas estas palabras: «Hermano, es tiempo de morir...» no tembléis... id confiadamente a Dios; habéis salvado almas, El os reconocerá por suyos, ¡porque a El, a El mismo es a quien habéis recogido, servido y amado, al recoger, servir y amar a los pobrecitos abandonados de las calles!

* * *

¡Ay! señoras, la triste historia que acabo de trazar rápidamente ante vosotras no está concluída... Lo que os he referido y lo que pasaba ayer, pasa todavía hoy... ¡Habéis dado mucho... os resta mucho aún que dar!... ¡Os lo suplico, no os canséis!...

Bien sé hasta qué punto os veis como sitiadas, y en consecuencia, qué desagrado experimentáis con esto a la larga. Sin embargo, cuando se me ha encargado acudir hoy a vuestra caridad en pro de los pobrecitos niños callejeros no he vacilado un instante... ¿Sabéis por qué? Porque acababa de tener la prueba de que sois generosas, señoras, y sabía que erais cristianas.

Generosas, ¡incontestablemente!... Mas permitidme que os exponga familiarmente la prueba, palpable, por cierto, que de esto acaba de dárseme.

Había asistido yo a una sesión de la Sociedad científica de Bruselas; no habiendo llegado aún la hora de mi regreso a Amberes, iba a visitar a un amigo para explicar el espíritu con una de esas visitas afectuosas, a personas queridas a quienes hace tiempo no vemos, que tanto bien causan al alma... En el momento en que tiraba yo de la campanilla a la puerta del hotel, se detuvo allí un coche, de donde sacaron grandes cajas de cartón, que hicieron conmigo su entrada en la casa... «¿Qué son, qué encierran todos esos cartoneros?» pregunté a mi amigo. «Qué curioso venís», me respondió su esposa; pero con mayor curiosidad que la mía, según creo... se apresuró ella misma a abrirlas y a enseñarme todo el misterioso contenido.

Era un vestido y aderezo para el baile de un ministro... baile que debía tener lugar aquella misma noche... Admiré, y aun a riesgo de cometer cualquier dislate en esas materias que no constituyen precisamente el objeto acostumbrado de mis estudios, alabé mucho todo aquello. Me parece que no debía andar muy desacertado, pues en seguida me ofrecieron mostrarme otro traje con sus accesorios para el próximo baile de la corte... Subimos al piso principal, vi también este traje, le admiré no menos que al otro, y continuaba alabándole todavía cuando me mostraron las joyas de piedras finas, el precioso abanico, y todo lo demás...

¡Oh, pobrecitos míos! ¡Oh mis queridísimos pobres!
¡Cuántos de vosotros hubiérais podido alimentaros durante todo el invierno con el precio de aquellos valiosos objetos!...

La amiga de que os he hablado, señoras, tiene la mano siempre abierta para los pobres; todas las obras de la ciudad, del país, del extranjero y aun de allende los mares vienen a llamar a su puerta, y ni una sola, lo sé muy bien, ni una sola ha salido de allí desairada; también allí se ven como asediados todos los días; también allí llegan el cansancio y el disgusto, y, sin embargo... ¡ved lo que ha hecho una simple tarjetita portadora de la invitación de un ministro y de un rey!... ¡En su esplendidez, mi amiga no ha tenido cuenta ni del cansancio, ni de los disgustos, ni del asedio... y como por encanto han llegado a su chalet todas aquellas maravillas!...

Pues bien, no es un ministro, no es un rey mortal, es un Dios, es Jesucristo quien os invita cuando os tiende la mano por el pobre; cristianas, ¿seréis menos generosas para con Él?...

No, ¿no es verdad? ¡No! ¡Decidme que no! Porque de otra suerte... ataviadas como estáis cuando tantos pobres están desnudos, satisfechas como estáis cuando tantos pobres tienen hambre, gozosas como estáis cuando tantos pobres están llorando... si vuestras limosnas no vinieran a hacer contrapeso a vuestro lujo, si no quitárais nada de lo destinado a vuestro lujo para aumentar vuestras limosnas, ¿cómo os atreveríais a comparecer delante de Dios?...

¡Ah! dejadme concluir con un rasgo que me ha sido contado hace poco, y cuyos actores me son conocidos: no los nombraré, pues todavía viven.

*
* *
*

Uno de mis discípulos, después de dos años de

estudios en el Seminario, había ido a profundizarlos a la Universidad de Lovaina. Había pasado aquí otros dos años, cuando la víspera de vacaciones de Septiembre recibió de su Obispo un billete concebido poco más o menos en estos términos: «Señor Abate: vuestros estudios están ya bastante completos; vuelva usted a su casa, y espere allí las disposiciones que tomaré ulteriormente respecto de usted. Yo le bendigo». El joven sacerdote lió sus manuscritos y sus libros, arregló su maleta de estudiante, y gozoso se volvió a su casita, donde sólo habitaba su anciana madre. Ambos empezaron a forjarse gratas ilusiones... ¡ella iba a seguirle y acompañarle a su parroquia, él no la abandonaría ya más, rodearía de todas las dulzuras su ancianidad, la haría dichosa, ella moriría en sus brazos!... Pocos días después un nuevo billete del Obispo le llamó al Palacio episcopal; el joven presbítero acudió en seguida allá: «Señor Abate, le dijo el santo anciano, usted ha hecho la carrera completa de los estudios eclesiásticos y con lucimiento, yo le nombro profesor de Teología dogmática en el Seminario de... en los Estados Unidos...» El sacerdote se sobresaltó, palideció, miró al Obispo con los ojos abiertos de par en par, y al punto dos gruesas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Veo que le aflijo sin querer, hijo mío...—replicó el Obispo. —Sé también que no tengo el derecho de imponer a usted esta misión; pero yo me voy haciendo viejo, y cuanto más avanzo en edad, mejor veo que no hay cosa grande en el mundo fuera del sacrificio.

—¡Oh! yo iré, monseñor—contestó el sacerdote con voz entrecortada y convulsa. —iré; pero yo pensaba en mi pobre madre; es anciana, está sola y esperaba morir junto a mí... Y dejó correr todas sus lágrimas.

—Yo cuidaré de su madre de usted, hijo mío; yo le reemplazaré junto a ella... ¡ánimo! ¡valor!...

Medió un prolongado silencio, durante el cual el

Obispo oraba por lo bajo, el sacerdote lloraba. Al fin, comprimiendo su corazón:

—¿Y cuando debo partir, monseñor?—preguntó resueltamente.

—¡Oh! no hay que tardar, hijo mío. ¡Vaya usted a despedirse de su madre, y dentro de ocho días embárguese para allá!

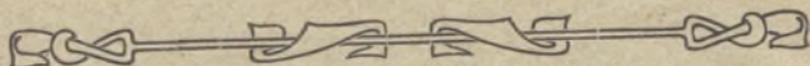
¿Necesito deciros lo que pasó en la casita de la anciana a la vuelta del hijo? La pobre mujer se arrojó a su cuello, y abrazándole exclamaba: «¡No, no, tú no irás, hijo mío... Tu Obispo no tiene corazón... ¿Puedo yo vivir sin tí?... ¡Oh, no, no, hijo mío!..., ¡Cuando yo haya muerto, bueno; pero, por Dios, no me dejes morir sin tí, por Dios te lo pido!...»

Pasaron dos días silenciosos y tristes. Al tercero, por la mañana, estándose mirando mutuamente taciturnos y desolados, se abre de repente la puerta de la casita y aparece en el umbral el traje morado del señor Obispo.

La madre y el hijo cayeron a sus pies de rodillas, el Obispo los bendijo; en seguida, tendiendo la mano a la pobre mujer: «Señora, le dijo, con tono solemne y grave; señora, ¡vengo a pedir os vuestro hijo para Jesucristo!...» Al oír este nombre como herida repentinamente, la madre levantó la cabeza... «¡Ah, monseñor!... ¡es verdad!... ¡Jesucristo! ¡Jesucristo! Pues bien, para Jesucristo, ¡sí! ¡tomad mi hijo! ¡yo os lo entrego!...» ¡Y destrozada por este arranque sublime, derribó la cabeza sobre sus dos manos, y sollozando fuertemente se dejó caer en los brazos de su hijo!...

*
**

Señoras, no es vuestro hijo lo que yo me atrevo a pedir os, es vuestro dinero solamente; ¡pero es para Jesucristo!... ¡Oh! no lo olvidéis, yo os lo ruego, ¡es para Jesucristo!...



ÍNDICE

<u>Dis- cursos.</u>	<u>Págs.</u>
I.—Pobres y ricos.....	7
II.—Deberes de los ricos en la actualidad.....	40
III.—En la fábrica.....	75
IV.—El patrón.....	103
V.—El obrero.....	139
VI.—La obrera.....	196
VII.—La miseria.....	251
VIII.—El hijo del pobre.....	301
IX.—Los chicos de la calle.....	338

